Gallo Nero

Vuelos separados

Andre Dubus

Traducción de David Paradela López

Table of Contents

Cover Page

Vuelos separados

Ya no vivimos aquí

Al monte

El médico

En mi vida

Si conocieran a Yvonne

El hundimiento

Vuelos separados

Vuelos separados

Andre Dubus

Traducción de

David Paradela López

Gallo Nero

www.gallonero.c

Título original:

Separate Flights

Primera edición: octubre 2021

© 1975 Andre Dubus

Published by arrangement with David R. Godine Publisher, Boston, USA

and Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

All rights reserved

© 2021 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2021 de la traducción: David Paradela López

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Corrección: Chris Christoffersen

Maquetación: David Anglès

Conversión a formato digital: Ingrid J. Rodríguez

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16529-32-0

Proyecto financiado por la Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura, Ministerio de Cultura y Deporte Financiado por la Unión Europea-Next Generation EU

Vuelos separados

Para Suzanne, Andre, Jeb y Nicole

Ya no vivimos aquí

La piedad es la peor de todas las pasiones: a diferencia del sexo, esta no se deja atrás.

Graham Greene, El ministerio del miedo

Vuelve a visitarnos otro día; en casa solo estamos nosotros y, además, ya no vivimos aquí.

Un amigo, una noche de borrachera

1

El propietario de la licorería era un irlandés de pelo entrecano; le dio un repaso con los ojos a Edith y, disimulando, dijo:

—Ya está aquí mi amigo el de la ale.

—Seis Pickwicks —dije yo—. Y seis latas de Miller para las mujeres.

—Cuesta encontrar mujeres que beban ale.

—Y que lo diga.

Nos apoyamos en el mostrador; sentí que Edith quería tocarme, así que di un paso atrás y saqué la cartera. Hank se había empeñado en pagarlo todo, pero al final había conseguido que me diera solo dos dólares.

—Hubo una época en que en Nueva Inglaterra todo el mundo bebía ale. ¿A ti quién te enseñó? ¿Tu padre?

—A mí mi padre me enseñó a beber ale y a reírme con chicas guapas.

¿Qué les pasó a los demás?

Me quedé mirando a Edith, que nos escuchaba entretenida. Es morena, menudita, con el pelo largo y negro, y hace esos gestos encantadores tan típicos de las chicas con pelo largo: con una mano lenta, se lo aparta del ojo; cuando se inclina a beber en una fuente, se lo echa por detrás de la oreja para que no se le moje en la pileta. Me gustaría que algún día se le soltase: Edith bebiendo, los labios mojados, la garganta moviéndose al paso del agua fresca y el pelo derramado sobre la pileta de cromo, empapándose.

—La Segunda Guerra Mundial. Los chavales tuvieron que incorporarse a filas cuando todavía no tenían edad para beber en Massachusetts. Así que empezaron a tomar cerveza en las bases del ejército. Y cuando volvieron a casa continuaron bebiendo cerveza. Eso fue el fin de la ale. Ahora, cuando un bebedor de ale se muere, no hay quien lo reemplace.

Ya fuera, bajo las farolas, Edith me tomó del brazo. Desde delante del quiosco de prensa de la acera de enfrente, un policía nos vio subir al coche y, ya al amparo de la penumbra, Edith se sentó muy cerca de mí mientras yo conducía por la ciudad. Había poca circulación y en las aceras no se veía a casi nadie. En las calles residenciales, la mayoría de las casas estaban a oscuras; a unas cuantas manzanas de mi casa, paré bajo un gran árbol cerca del bordillo, y abracé a Edith y nos besamos.

—Será mejor que vayamos —dijo ella.

—Estaré con el coche en la gasolinera de la Shell a las doce.

Se sentó más cerca de la puerta y se arregló el pelo con los dedos, y yo seguí conduciendo hasta casa. Terry y Hank estaban sentados en los peldaños de la entrada. Cuando apagué el coche, Edith se bajó y cruzó el césped sin esperarme ni mirar atrás. Terry me observó mientras yo me acercaba con la bolsa y, cuando pasé entre ella y Hank, levantó la cabeza para mirarme a la cara.

Charlamos en la oscuridad, sentados en unas sillas de jardín en el porche. Excepto Hank, que siempre estaba inquieto: ora se apoyaba en la barandilla del porche, ora se ponía a dar vueltas, se recostaba en la pared, se ponía al lado de alguno de nosotros mientras hablábamos,

asintiendo con la cabeza, la botella en una mano, el vaso en la otra, escuchando, metiendo baza, moviendo el vaso como quien tira un gancho al cuerpo justo antes de interrumpir con su voz, más estentórea que la nuestra. En el instituto jugaba de halfback. Ingresó en la universidad pesando setenta kilos y empezó a escribir. Se había mantenido en forma, y sus andares y sus gestos traslucían esa gracia atlética que yo había intentado cultivar de niño, cuando volvía a casa tras ver alguna de esas películas en las que salen pistoleros que caminan como si fueran pumas. Edith se sentaba a mi derecha, de espaldas a la pared; de vez en cuando su pie se tocaba con el mío. Terry se sentaba delante de mí, fumando demasiado. Tiene el pelo largo y pelirrojo, y hace once años era la muchacha más guapa que yo hubiera visto nunca; o, mejor dicho, la muchacha más guapa a la que hubiera tocado. Ahora tiene treinta años y ha ganado medio kilo por año desde entonces, aunque de un modo sutil; lo único que ha sufrido un cambio ostensible son sus ojos, aquellos ojos azules de los que yo me enamoré: hoy en día, cada vez es más frecuente advertir en ellos esa mirada triste y cavilosa que se les pone a las mujeres al cabo de unos años de casadas. Antes eran alegres. Edith tiene veintisiete años, y sus ojos, todavía alegres, se giraban hacia mí, oscuros y esplendentes, cada vez que yo decía algo. Cuando Hank y Edith se marcharon, los acompañamos hasta el coche, los abrazamos y les dimos un beso de buenas noches, como hacíamos siempre; mientras se alejaban, me quedé contemplando la silueta de Edith.

—Anda, vamos —dijo Terry agarrándome por la muñeca y tirando de mí hacia la puerta trasera.

—¿Vamos adónde?

—A la cocina. Quiero hablar contigo.

—¿Me sueltas la muñeca?

Seguía tirando. Al llegar a la acera que conducía a la puerta trasera me paré e intenté soltarme, pero ella no cedía y se volvió para mirarme.

—He dicho que me sueltes.

Pegué otro tirón y me dejó. Luego la seguí adentro.

—A partir de ahora nos comportaremos como personas casadas —dijo—. Se acabaron las tonterías. —Me acerqué al frigorífico y saqué una ale—. Vamos a ser como el resto de los matrimonios. Nada de flirteos ni de aventuras estúpidas. ¿Entendido?

—Claro que no. No entiendo por qué cojones me sales con esto.

—No me digas que ahora te vas a hacer el tonto. ¿En serio? Venga, no fastidies.

—Terry. —Yo todavía estaba tranquilo; creía que a lo mejor, agarrándome a eso, conseguiría que nos fuéramos la cama y nos pusiéramos a dormir—. ¿Quieres explicarme, por favor, qué es lo que ocurre?

Terry fue hacia mí y yo separé los pies dispuesto a agacharme o parar el golpe, pero pasó de largo, sacó hielo del congelador y se dirigió al mueble bar, donde guardábamos el bourbon.

—¿Por qué no te tomas una cerveza?

—No quiero cerveza.

—Te vas a emborrachar.

—Puede que sí.

Clavé los ojos en el vaso para no tener que verle la cara: en verano le salían unas pecas deliciosas, y me acordé de cuando la acariciaba a plena luz del día, de cuando le daba un beso fugaz o un abrazo al pasar por la cocina, o de cuando posaba una mano en su cintura o su hombro mientras caminábamos por la ciudad; no hacía tanto de eso, y, de hecho, ella todavía alargaba la mano hacia mí cuando nos cruzábamos por casa o me tocaba al pasar junto al sofá donde me sentaba a leer, pero yo ya no lo hacía nunca; por la noche, en la cama, sí, pero durante el día ya no.

—¿Por qué no lo hablamos por la mañana? Lo único que conseguiremos ahora es pelearnos, conozco esa cara.

—Deja mi cara en paz.

Las cacerolas de la cena todavía estaban en los fogones, los platos sucios en el fregadero y cuando me senté a la mesa aparté unas cuantas migas y restos de comida que tenía delante; cuando apoyé las manos, noté que estaba pegajosa, así que agarré una esponja del fregadero y froté la zona que ya había limpiado. Dejé la esponja sobre la mesa, me senté y detecté la rabia que le daba que me hubiera puesto a limpiar incluso antes de alzar la mirada y verla en sus ojos. Estaba de pie al lado de los fogones, con un cigarrillo sin prender en la mano.

—Tú y Edith, siempre juntitos a todas partes, siempre con algún puñetero recado; todo este verano, cada vez que alguien se queda sin cerveza o sin tabaco o quiere comerse unos rollitos del demonio, allá que vais, tú y Edith, y no está bien que me dejes con Hank, que me pongas en esa posición...

—Espera un momento.

—... algo pasa aquí, o está pasando o quieres que pase.

—Espera un momento, un momento... Dos preguntas: ¿por qué está mal que Edith y yo salgamos a comprar la cerveza y la ale del demonio, y qué posición es esa en la que te pongo cuando estás a solas con Hank, y qué es lo que en realidad te preocupa? ¿Te pones cachonda cuando te quedas sola con él y quieres que venga papá a salvarte de ti misma?

—No, no me pongo cachonda cuando me quedo sola con Hank; solo me pongo cachonda con mi marido, pero el muy cabrón prefiere estar con Edith.

—Llevamos diez años casados. Ya no estamos de luna de miel, por el amor de Dios.

Algo cambió en sus ojos, se ablandaron, y también su voz.

—¿Y por qué no? ¿No me quieres?

—Por Dios. Claro que te quiero.

—Entonces, ¿qué me estás contando? ¿Que me quieres pero, como hace tanto que estamos casados, necesitas también a Edith, o quizá ya

te la estás beneficiando? ¿Es eso? Porque si es eso, a lo mejor deberíamos hablar de cuánto más va a durar este matrimonio. Puedes largarte de aquí cuando te dé la gana, yo puedo buscarme un trabajo...

—Terry.

—... y por los niños no te preocupes, no tienes por qué aguantar este suplicio si tanto te arrepientes de haberte casado. A lo mejor es por algo que he hecho...

—Terry.

—Qué.

—Tranquilízate. Toma. —Me incliné sobre la mesa con el mechero y ella se agachó para prender el cigarrillo, haciendo pantalla con las manos a los lados de la mía, y bajo su carne, como un latido, percibí sus ansias y me entraron ganas de empujarla contra los fogones, y de acariciarle la mejilla y revolverle el pelo—. Terry, todo eso lo estás diciendo tú. No yo. Yo nunca he querido dejarte. No es ningún suplicio. No estoy harto de ti y no necesito ni a Edith ni a nadie. Me gusta estar con ella. Como con cualquier otro amigo, hombre o mujer, a veces me gusta estar con ella a solas. Por eso de cuando en cuando salimos a hacer algún recado. No veo ninguna amenaza en ello, no tiene nada de malo. Creo que las personas, aunque estén casadas, no tienen por qué estar todo el día la una encima de la otra, y creo que, si miras a tu alrededor, verás que la mayoría no lo hacen. Eres la única mujer que conozco que se mosquea con su marido porque no la toca en las fiestas...

—¡Es que el resto de los maridos sí tocan a sus mujeres! ¡Las rodean con el brazo!

—Hank no.

—Por eso está tan sola, por eso le gusta ir contigo como si fuera tu corderito, porque Hank no la quiere...

—¿Quién te ha dicho eso?

—Hank. —Bajó la mirada—. Esta noche, mientras vosotros dos estabais por ahí.

—¿Él te ha dicho eso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Y yo que sé, lo ha dicho y ya.

—¿Qué estabais haciendo?

—Pues hablando, que es como la gente se cuenta las cosas.

—Cuando la gente se cuenta algo así, generalmente está haciendo otras cosas.

—Ah, claro, es que estábamos echando un polvo en el porche, espero que no te moleste.

—No me molesta, siempre y cuando me digas la verdad.

—La verdad. No reconocerías la verdad aunque llamara a la puerta. Si ni siquiera eres capaz de admitir la verdad sobre ti mismo, que es que ya no me quieres...

—Basta ya, Terry. No quiero que sigas diciendo estupideces. ¿Sabes por qué? Porque no es verdad, nunca ha sido verdad, pero cuando lo dices de esa manera, entonces sí lo es. Durante un instante. Suficiente para que nos pongamos a pelear como dos idiotas. ¿Entiendes lo que te digo?

Terry asentía, tenía las mejillas como entumecidas, los ojos llenos de temor y desamparo; entonces sentí cómo mis ojos la compadecían y le lavaban los labios y las mejillas con su conmiseración, y cuando lo hice su gesto se tensó, la rabia retornó a sus ojos y, sin darme tiempo a agacharme, me tiró la bebida a la cara, los cubitos de hielo pasaron volando junto a mi cabeza, se estrellaron contra la pared y resbalaron por el suelo. Me levanté a toda prisa, pero solo a medias, apoyado con las manos en el borde de la mesa; luego aparté la vista y me senté y saqué el pañuelo y me froté la cara y la barba despacio, mirando a través de la puerta trasera en dirección a la noche, que era donde me apetecía estar; después me froté las manchas de la sudadera color borgoña que ella misma me había regalado un día que llegó a casa

radiante y, sacándola de la bolsa, la desplegó para mostrármela. A continuación me puse en pie y caminé rápidamente a la puerta, y ella me lanzó el vaso, pero demasiado tarde, la puerta ya estaba cerrándose y el vaso rebotó en la mosquitera y cayó al suelo. Por algún motivo, no se rompió.

Crucé el césped hasta la acera que iba calle abajo; a media manzana de casa, de repente sentí su presencia a mi espalda y temí que me estuviera siguiendo, así que me di la vuelta, pero la acera estaba vacía y se veía preciosa a la sombra de los olmos y los arces. Continué caminando. Si hubiera habido forma de llamar a Edith y de que ella fuera a recogerme... Pero, naturalmente, no la había. Podía dar media vuelta y coger el coche, tenía las llaves en el bolsillo, podía encenderlo y desaparecer antes de que Terry saliera corriendo con un maldito cuchillo en la mano, y si estacionaba enfrente de la casa de Edith y me quedaba mirando a la ventana del cuarto donde ella dormía junto a Hank, ella lo sabría, si me quedaba el tiempo suficiente mirando a su ventana, lo sabría, aunque fuera en sueños, y se levantaría y miraría por la ventana hacia mí bajo la luna; bajaría la escalera de puntillas y me abrazaría sobre el césped húmedo. Doblé una esquina y subí por otra calle.

—Edith —susurré entre las sombras de mi paseo en diagonal—, oh, Edith, cariño, te quiero y te quiero para siempre.

Pensé en ese para siempre y en si hay vida después de eso, y entonces me vi a mí mismo tendido en un féretro, con el pelo y la barba maravillosamente blancos. Me paré y me apoyé en un coche, podía sentir el fresco del rocío del parachoques a través del pantalón. Natasha y Sean y yo observando a Terry en su féretro. Yo colocado entre ellos dos, sujetando sus manitas. Las suaves mejillas de Terry, en pálido contraste con el cabello pelirrojo.

Cuando me dijo que estaba embarazada lo hizo sin miedo. Tenía veinte años. Era un jueves frío y luminoso de enero, hacía una semana que el cielo estaba azul y la nieve de Boston se veía vieja y sucia. Fuimos a una librería de Boylston Street y nos compramos libros mutuamente, luego comimos almejas con cerveza en un local oscuro en cuyas paredes pendían cuadros de balleneros y tempestades marinas y puertos con botes de pesca. Por algún motivo, las camareras llevaban túnicas de cuero. Por aquel entonces Terry siempre parecía

contenta. En cualquier momento puedo cerrar los ojos y recordar cuánto la quería y verla y sentirla tomándome de la mano por encima de la mesa y diciendo:

—A partir de hoy vigilaré lo que como, y si prometo no ponerme gorda y consigo un trabajo, ¿puedo tener el bebé?

Enfilé para casa. A pesar de los pesares, seguíamos siendo el Jack y la Terry de siempre, y ahora yo regresaría a su lado y la tocaría y la abrazaría; apreté el paso, asintiendo con la cabeza, sí, sí, sí. Nada más entrar en el salón a oscuras, percibí su presencia en la casa como quien percibe la larga y afilada hoja de un cuchillo. Estaba dormida. Entré sin hacer ruido en el dormitorio y me tendí a su lado, junto al borde de la cama para no tocarnos.

Natasha y Sean despertaron a Terry temprano para desayunar, pero yo me quedé en la cama, dormitando entre sus voces procedentes de la cocina y luego de fuera, mientras el sol subía y caldeaba el dormitorio, hasta que el calor se hizo insoportable y me levanté. Me fui directo a la ducha, sin ver a nadie. Cuando me estaba secando, Terry llamó a la puerta.

—¿Quieres desayunar o quieres comer?

Su voz tenía esa ensayada dulzura que adoptaba cuando tenía miedo: era la que empleaba con los extraños, y también conmigo después de algunas peleas o cuando cometía algún error con el dinero. Por un instante, me mostré tierno y afectuoso y quise ayudarla respondiendo con alguna ocurrencia («A ti sí que te voy a desayunar, cariño; échate mermelada por encima y métete en la cama»); pero entonces, tan cierto como que el tiempo siempre nos va a la contra, me vi sentado en la cocina la noche anterior, con el bourbon y el hielo volando hacia mí.

—No lo sé —dije. Aun con la puerta en medio, pude sentir como mi tono de voz se le clavaba como una aguja—. ¿Qué hay?

—Si quieres desayunar, solo cereales. Pero si quieres comer, puedo ir a buscar bogavante, seremos solo tú y yo; de todos modos, a los niños no les gusta.

—No, tengo prisa. Tengo que llevar el coche.

«Linhart —le dije a mi rostro en el espejo—, eres un petulante hijo de puta. ¿Por qué no la metes aquí dentro, le azotas bien el culo y luego te comes el bogavante con ella?» Terry seguía fuera, delante de la puerta; hice como si no me hubiera dado cuenta y continué secándome.

—Podría ir a la pescadería y tenerlo listo en media hora. Ponle cuarenta minutos.

—Tengo que estar con el coche ahí a las doce.

—¿Cómo que tienes que?

—Si quiero que lo tengan listo hoy, sí.

—¿Qué tienen que hacerle?

—Cambio de aceite y engrasar.

—Eso se hace enseguida.

—Tienen mucho trabajo, Terry. Me dijeron que a las doce o nada. Les da igual que se te haya antojado el bogavante. Pero bueno, si tanto te apetece, ve ahora, antes de que me vaya.

—Para mí sola, no.

—¿Qué pasa, que entonces no está bueno?

—Oh, ya sabes lo que quiero decir —dijo con esa voz falsamente plañidera que ponen las chicas cuando alguien les toma el pelo con cariño. Empecé a cepillarme los dientes—. ¿Cheerios o Grape Nuts?

—Grape Nuts.

Se fue. Cuando bajé ya vestido a la cocina, la mesa estaba puesta para uno: un mantelito individual rojo de paja, un cuenco hondo con ese brillo tenue de la loza recién lavada, una cuchara encima sobre la servilleta, un vaso de zumo de naranja. Ella estaba arriba con la aspiradora. En el fregadero estaban los platos del desayuno de los niños; debajo, los platos de la noche anterior.

Terry es el juguete de los poltergeists: la lavadora, la secadora, la

cocina, el frigorífico, los platos, la ropa, la pelusa del suelo. La cocina necesita una limpieza y, justo cuando ella desmonta los fogones, la lavadora termina en el otro cuarto; deja los fogones y acarrea otro montón de ropa sucia al cuarto de la colada; es ropa blanca, envuelta en una sábana, y lleva en el suelo de la cocina desde antes del desayuno. Vacía la lavadora y, abrazando la ropa húmeda contra sus pechos, abre la secadora; el problema es que se ha olvidado de que dentro todavía está la ropa que secó anoche. Deja la ropa húmeda encima de la secadora y se lleva la que está seca; la acarrea hasta el salón y la tira de cualquier forma encima del sofá; los Levi's de Sean se caen al suelo y cuando se agacha para recogerlos ve una corteza de pan y una piel de naranja entre el polvo de debajo del sofá. Como a menos que se tienda en el suelo no llega, se dice, mientras siente los primeros síntomas del pánico, que tendrá que hacer también el salón: barrer, limpiar el polvo, aspirar. Lo que pasa es que todavía tiene ropa por doblar, y otra carga para la secadora, y otra en la lavadora. Al pasar por la cocina se acuerda de los fogones y de los quemadores mugrientos que ha dejado encima de la porcelana blanca y grasienta. En el cuarto de la colada, mete la ropa húmeda en la secadora, cierra la puerta y enciende la máquina, que emite su suave sonido y la ropa da vueltas en la penumbra. Dentro de quince minutos estará seca. Todo es tan eficiente, y mientras está ahí de pie, escuchando la máquina, siente esa eficiencia y todo por fin parece estar en orden, tiene el control, puede descansar. La sensación apenas dura un instante. Carga la lavadora, la pone en marcha, vuelve a la cocina, aparta la vista de los fogones y se dirige a la cafetera; primero se preparará un café, repondrá fuerzas, planificará el resto de la mañana. Desesperada, advierte que no se trata de una mañana, sino del día entero, hasta pasada la hora del cóctel y la cena, ya entrada la noche: cuando los platos estén lavados seguirá habiendo ropa por doblar y por planchar. Es algo que ocurre a menudo y que la obliga a ver la televisión mientras trabaja. Le da vergüenza ver a Johnny Carson. Los platos del desayuno están en el fregadero; las cazuelas de anoche, en la encimera: puré de patata apelmazado, grasa reseca. Busca la taza que usa todas las mañanas, la encuentra encima del lavamanos del baño y tira el café frío sobre los platos del fregadero. Prende un cigarrillo y piensa dónde puede sentarse, dónde puede tomarse el café. No hay dónde, no hay ni una sola habitación limpia en el piso de abajo; la salita de la tele de arriba está razonablemente limpia porque en ella nunca hay nadie. Pero tener que subir para buscar refugio

resulta demasiado deprimente, de modo que entra en el salón y se sienta en el sofá entre la ropa limpia, haciendo caso omiso de la corteza de pan y la piel de naranja que le susurran desde el suelo. Tener que planificar las tareas del día la obnubila; es demasiado. De modo, pues, que hace lo que le queda más a mano; se pone a doblar ropa mientras se toma el café y fuma. Al rato oye que la lavadora ha terminado. Luego la secadora. Se va al cuarto de la colada, recoge la ropa seca, vuelve y mete la húmeda en la secadora. Cuando llego a la hora de almorzar, el salón está lleno de ropa: tirada en montones sobre las sillas, doblada y apilada en el sofá y el suelo; me quedó mirándola y luego miro a Terry, que está en el sofá; entre sus piernas se ve una corteza de pan y una piel de naranja; ella toma café con cara de agobio y el cenicero está a rebosar.

—¿Ya es mediodía? —dice volteando rápidamente los ojos del pánico —. Maldita sea, no sabía que era tan tarde.

Sigo caminando hasta la cocina: los fogones, los platos.

—Madre mía... —digo.

Peleamos, pero solo un rato porque es de día, no hemos bebido, los niños pronto volverán de jugar, sucios y famélicos. Como nuestro matrimonio, pienso, sucio y famélico.

Mientras me estaba comiendo los Grape Nuts, llegaron Natasha y Sean, brazos y piernas bronceados, el cabello rubio, ambos entrando por la puerta a la vez y cerrando la mosquitera de golpe tras de sí. Natasha tiene nueve años; la tuvimos antes de casarnos y fue lo que acabó de unirnos. Sean tiene siete. Al verlos, sentí amor por primera vez ese día.

—Has dormido hasta tarde —dijo Sean.

—Es porque os fuisteis a dormir tarde, estabais peleando —dijo Natasha—. Se os oía.

—¿Qué oíste?

—No sé... —Fuera lo que fuese, prefería esconderlo; palabras furiosas que, en el fondo de su corazón, le interrumpían el sueño—. Gritos, palabrotas, y luego tú te fuiste.

—¿Te fuiste? —dijo Sean. Su voz denotaba simple interés, no preocupación. Él vive su vida. Come y duerme con nosotros, nos pide algo cuando lo necesita, pero vive ahí fuera, con los otros niños y las bicicletas.

—Todos los adultos pelean de cuando en cuando. Si están casados.

—Ya —dijo Sean—. ¿Dónde está mamá?

Señalé al techo, donde sonaba la aspiradora.

—Queremos comer —dijo.

—Dejadla trabajar. Yo os preparo algo.

—Tú estás comiendo —dijo Natasha.

—Acabo enseguida.

—¿Eso comes? —dijo Sean—. ¿Grape Nuts?

—Es la merienda.

Les pregunté qué habían estado haciendo toda la mañana. No era fácil seguirles el hilo, aunque tampoco me esforcé; me limité a observar sus caras gritonas. No hacían más que interrumpirse: a Natasha le gusta hilvanar relatos, presentar el trasfondo histórico («Pues verás, primero queríamos ir a casa de Carol, pero luego no estaban en casa, y entonces me acordé de que había dicho que se irían a...»). A Sean le gusta contar las cosas tan rápido como sea posible, a veces incluso más. Mientras hablaban, preparé unos sándwiches. Faltaba poco para las doce, pero me lo tomé con calma; Natasha diluyó polvos de Kool-Aid en una jarra. Doce minutos más tarde, Edith estaría esperándome en la gasolinera de la Shell, pero me quedé viendo cómo comían, con la esperanza de que le hubiera salido algún imprevisto que le impidiera presentarse. Aunque sabía que no iba a ser así. Una de las ventajas de tener una aventura con la mujer de un amigo son las llamadas: nadie sospecha. Si Edith hubiese telefoneado y se hubiera puesto a hablar con Terry, yo habría sabido que esa tarde no podía verme. Les pregunté a los niños si querían postres.

—¿Pero hay? —dijo Natasha.

—Nunca hay postres —dijo Sean.

Miré en el congelador por si había helado y después en el armario por si había galletas, algún dulce con el que endulzar mi adiós, pero no había nada. Sean tenía razón: nunca había postres porque a mí no me gustaban y a Terry le gustaban demasiado; y su forma de poner coto a su glotonería era no tener nada dulce en casa.

—Lo siento —dije. Sabía que estaba siendo imprudente, pero no pude evitarlo—. Tenéis un padre bien tonto. Traeré algo de postre cuando vuelva.

—¿Adónde vas? —dijo Natasha.

—A poner a punto el coche.

La mentira hizo que me saliera voz de tenor.

—¿Puedo ir? —dijo Sean. El Kool-Aid de uva le había dejado bigote.

—Y yo —dijo Natasha.

—No, tardarán mucho y más tarde he quedado para correr con Hank.

—Da igual —dijo Natasha—. Os miraremos.

Dios no es uno, pensé. Es muchos y a todos les gusta gastar bromas.

—No, de eso nada —gruñí y, encorvando los dedos como si fueran garras, me puse a hacerle cosquillas en el vientre; ella dejó caer el sándwich al plato y se convirtió en una risotada de carne—. Porque después de correr vamos a un bar a tomar cervezas. Es lo que hacen los viejos malandrines.

Los dos se estaban riendo. Ahora ya podía irme. En esas, Terry bajó la escalera con una de mis viejas camisas colgando por encima del pantalón corto.

—Quiero que empecemos a comer postres.

—¿Qué?

—¡Yupi! —dijo Sean—. ¡Postres!

—Nunca hay postres —dijo Natasha.

Terry se quedó de pie mirándonos, sonriendo, confusa, sin saber si bromear o defenderse.

—Estamos privando a los niños de una de las experiencias básicas de la infancia.

—¿O sea?

—Los postres de su madre.

—Lo que me faltaba.

Habría deseado que fuera ella la que se disponía a salir para cometer iniquidades; entonces yo me habría quedado en casa haciendo galletas con un libro de recetas.

—En fin, me voy.

Les di un beso en la boca manchada de Kool-Aid, le rocé los labios a Terry y me fui. Ella me siguió hasta la mosquitera.

—¿Te has quedado con hambre?

—Qué va. Eso sí, no estaba tan bueno como el bogavante —dije por encima del hombro mientras bajaba los escalones—, aunque era más barato.

Ella no contestó. En el coche, pensé que el adulterio es una cosa, pero que ser una zorra versión macho con afición a librar guerras periféricas es otra: ese envenenado arrojarle los bogavantes a los vulnerables ojos a tu esposa, ese agostarle la dulzura y la esperanza con alusiones a lo magro del presupuesto. Lo cual a su vez era una cruel alusión a su repugnante creencia en la buena nueva de un evangelio secular: éramos americanos, gente buena, sana, inteligente, con amigos buenos, sanos, inteligentes, y nos merecíamos comer bogavante al día siguiente de haber peleado, del mismo modo que nos merecíamos ir a Boston al teatro o ver todas las películas buenas que pusieran en la ciudad, y cuando yo le decía que no teníamos dinero, ella, en lugar de amargarse, se sorprendía. Igual que se sorprendía cuando en el banco le decían que estábamos en números rojos y

entonces reparaba en que se había olvidado de ingresar un cheque, o cuando alguien le escribía a propósito de alguna factura que seguía sin abrir encima del escritorio.

Cuando llegué a la gasolinera, Edith estaba aparcada al otro lado de la calle. Le pedí al empleado que me cambiara el aceite y me lo engrasara.

—Voy a hacer unos recados con mi mujer —dije señalando a Edith por encima del hombro—. Luego vengo a recogerlo.

El tipo miró al otro lado de la calle, en dirección a Edith.

—¿Las llaves están dentro?

Me palpé los bolsillos.

—Sí.

Me pregunté cuáles serían los efectos a la larga para una pareja de adúlteros que se ven a plena luz del sol. Cuando era de día, todo el mundo parecía saber lo nuestro: el gordo de la camiseta churretosa que asentía mientras yo le decía que aceite del veinte, cambio de filtros y engrasar; las mujeres que pasaban con el coche y me miraban mientras yo esperaba para cruzar la calle; el chiquillo bronceado que tiraba de un remolque con su triciclo por la acera y me miraba con los ojos entornados. Subí al coche y dije:

—Hasta este lo sabe.

—¿Quién?

—El crío este. Sabe adónde vamos.

Edith condujo por la ciudad. Está construida a orillas del Merrimack, que es un río nauseabundo, y la ciudad en sí es pequeña, fea y tiene cierto aire moribundo, como un hombre enfermo de cáncer. Vivía de la industria zapatera, pero las fábricas han ido cerrando. En la calle principal, los escaparates de todas las tiendas, sea cual sea su tamaño, presentan ese aspecto de casa de empeños o de tienda de excedentes militares. No obstante, la renovación urbanística ya ha comenzado: en las riberas han derribado algunos de los viejos edificios de madera

gris; en su lugar construirán un centro comercial, y entonces, cuando nos paremos en el semáforo y miremos hacia el río, veremos los nuevos edificios de ladrillo con sus amplios ventanales, sus ofertas anunciadas en el cristal del supermercado y el estacionamiento de asfalto lleno de coches, carritos de la compra y mujeres desdichadas. No es una ciudad para gente con tendencias suicidas.

Cuando Edith se incorporó a la carretera general, me di la vuelta y abrí la neverita que había en el suelo del asiento trasero. Hasta teníamos rituales, como si fuéramos marido y mujer: una de mis funciones era empezar abriendo un par de cervezas y encendiendo un par de cigarrillos. Ese día, Edith había añadido algunas novedades: dos Löwenbräu, dos Asahi y dos San Miguel asomaban entre el hielo.

—Caramba, qué detalle —dije y le di un beso en la mejilla.

—Detalles fríos de una mujer fría.

El abridor estaba en la guantera, debajo de una bufanda roja y suave al tacto como un par de bragas. La chapa de las Asahi saltó, liberando el gas. Edith echó un vistazo al retrovisor, dio un trago y me tomó el cigarrillo ya encendido de entre los dedos.

—Creo que me voy a pasar a los Lucky —dijo sonriendo.

—Sí, hombre. Y de paso le pedimos que nos haga de canguro con los niños.

Evitábamos mencionar sus nombres: decíamos le, la, él, ella.

—Estaría encantado.

—Pues ella no, cariño.

Le dije que habíamos peleado; el sol me calentaba la cara y el brazo a través de la ventanilla, el aire olía a árboles y a hierba, íbamos conduciendo por un terreno de colinas boscosas bajo un cielo azul y me sentía demasiado feliz como para pensar en lo de la noche anterior. Se lo expliqué por encima.

—Creo que quiere hacer el amor con ella —dijo Edith.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque es guapa y porque le gusta y porque no ha estado con ninguna desde Jeanne. ¿Por qué crees tú?

—Digo que por qué crees que quiere hacer eso.

—Por cómo la mira. Y por la cara que puso cuando volvimos de comprar cerveza anoche.

—¿De culpabilidad?

—De vergüenza. ¿Te molesta?

—A mí no.

—Estupendo. Así nosotros también les haremos de canguro a ellos —dijo sonriendo con ojos relucientes.

—Te ves como una rosa —dije—. Y tan dolida que estabas en mayo.

—En mayo estaba sola.

Vivo rodeado de matrimonios atormentados que nadie entiende. Hank, sin embargo, entiende el suyo y creo que para él nunca ha sido motivo de tormento; el tormento era para Edith, que vino a mí en el mes de mayo, en el transcurso de una fiesta. Cuando me pidió que saliéramos un momento, supe que por fin había pillado a Hank, y, como es menuda y tiene una voz suave, la vi vulnerable y pensé que carecía de la presencia de ánimo necesaria para enfrentarse a un adulterio. Antes de eso fui a buscar a Terry a la cocina para que no me echase en falta y se pusiera a mirar si faltaba también alguna de las mujeres. Le dije adónde iba y comprendió también que a Edith se le había caído por fin la venda de los ojos; me miró con ese gesto de velada emoción que uno siente ante las desgracias ajenas. Ya en el jardín, Edith y yo nos sentamos encima de una mesita de pícnic, lejos de la luz de las ventanas.

—Me imagino que ya lo sabes, y supongo que Terry también, y todo el mundo: lo de Hank y esa puta francesa que alguien llevó a la fiesta de Navidad...

—Jeanne.

—Y, además, nadie las había invitado. —Me palpó el bolsillo de la camisa en busca de un cigarrillo—. Me he dejado el bolso dentro. Así fue como empecé a sospechar, robándole tabaco: un día llegó a casa con Parliaments, me imagino que se habían pasado tanto tiempo en la cama que se le habían acabado los suyos, y ahora no sé qué hacer, no soporto verlo desnudo, no puedo dejar de pensar en... Cabronazo: debería divorciarme, podría, aunque en realidad no quiero, pero ¿por qué no debería? Si no me quiere.

Calló. Yo la rodeé con el brazo; le di una palmada en el hombro y la estreché contra mí. Hubo una época de mi vida en la que creía que podía ayudar a la gente simplemente hablando con ella, y gracias a eso me convertí en el confidente de varias personas, la mayoría chicas jóvenes que eran estudiantes mías. La gente me hablaba de sus matrimonios, de sus trabajos, de sus padres, de sus novios, y yo escuchaba y hablaba sin parar y nunca conseguí ayudar a nadie. Por eso ahora, cuando alguien acude a mí, le ofrezco lo único que sé que puedo darle: la amistad de un rostro que escucha. Aquella noche abracé a Edith y escuché y apenas dije nada. Al cabo de un rato, se bajó de la mesita de pícnic y caminó hacia la sombra de la casa. Llevaba un vestido blanco. Estaba a punto de llamarla cuando se detuvo y se quedó fumando de espaldas a mí. Luego regresó a la mesa.

—Eres bueno conmigo.

—Pero si no te he ayudado nada.

Permaneció de pie, mirándome. Me bajé de la mesita y la abracé, estreché su cara contra mi pecho y le acaricié el pelo, y entonces nos besamos y se apretó contra mí, sus manos se movían por mi espalda y de repente me metió la lengua. Pasamos un buen rato besándonos en la penumbra.

—Ven a verme.

—Claro.

—El lunes por la tarde.

—¿Estás segura?

—Sí. Si tú quieres, sí. Ven a la una.

Al día siguiente era domingo y, mientras brilló el sol, no pude creerme lo que había dicho Edith y lo que yo había sentido al abrazarla, pero por la noche, después de cenar, salí a dar un paseo y me lo volví a creer todo, y esa noche pasé un buen rato despierto en la cama, como un niño antes de un cumpleaños. El lunes, terminada la clase de las doce, me acerqué a casa de Edith. En cuanto abrió la puerta, supe por su rostro que me había estado esperando.

El lugar al que ahora nos dirigíamos, y al que empezamos a ir siempre después de aquella primera tarde en su casa, era un bosque cercano a una carretera en Nuevo Hampshire: bajamos por una sinuosa pista de tierra, seca y polvorienta, y en cuanto Edith aparcó a la sombra abrí las dos San Miguel, cogí la manta del asiento trasero y subimos una resbaladiza cuesta alfombrada de pinaza marrón. Tímidamente, le di la mano. Prefiero cuando el adulterio es una colisión: algo repentino e irreflexivo que se produce a solas con una mujer, un abrazo imperioso, hebillas, cremalleras, botones. Mientras caminaba entre los árboles me daba tiempo a ver cómo Terry retiraba los platos del almuerzo, los apilaba en la encimera junto al fregadero y, con aire atribulado y distraído, se ponía a lavar los platos de las últimas tres comidas. Al llegar a lo alto del montículo, tendí la manta sobre las agujas de pino y un tallo alto de cicuta y oí a mi espalda los botones de su pantalón; me giré y, arrodillándome, se lo bajé por las piernas bronceadas y cálidas. Ella se quitó la blusa y buscó el cierre del sujetador; a continuación, se acostó sobre la manta y me observó hasta que me quedé desnudo, tendido a su lado, con el sol brillándome en la cara por encima de la copa de un abedul gris.

—¿Qué haremos cuando sea invierno? —dijo ella.

—En el coche, como los adolescentes.

—Si es que llegamos al invierno.

La besé en los ojos y dije:

—Cuando llegue el otoño haremos el amor en el coche, y cuando llegue el invierno empañaremos las ventanillas y haremos el amor en suéter, y en primavera vendremos otra vez con la manta a este montículo.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Me quedé rumiando a solas la idea de pasar un año engañando a Terry y a Hank y a todos los demás a los que no engañas y de los que no puedes esconderte porque no tienen rostro ni nombre, pero que siempre te vigilan. Noté que Edith sabía lo que estaba pensando.

—Te lo prometo.

—Ya lo sé. No, amor mío, quédate así. Quiero ponerme arriba. Ahí. Vaya, vaya.

Le apreté los pechos y la miré a la cara, los ojos cerrados, los labios entreabiertos, el largo cabello negro derramado sobre la mejilla derecha, en la boca un mechón; dejó caer la cabeza para atrás, arqueando el cuello, y el pelo resbaló por encima de su hombro. Entonces cerré los ojos y mis manos soltaron sus pechos y se aferraron a la tierra. Durante un rato permanecimos inmóviles, hasta que abrí los ojos y me encontré con el sol y con su cara.

—No quiero moverme todavía —dijo—. Quiero quedarme así sentada y mojarte. —Yo ya podía sentirlo—. ¿Me alcanzas la cerveza?

Alargué el brazo y le tendí la botella y observé su garganta al tragar. Levanté la cabeza para tomar un sorbo de la mía.

—Ahora vas mucho más rápido —dijo.

Aquella tarde de mayo fuimos al cuarto de invitados, en la parte trasera del piso de abajo, y al cabo de una hora lo di por imposible. Teníamos la camisa puesta y yo no me había quitado los calcetines.

—¿Seguro que no puedes? —dijo.

—A cada momento me parece que oigo llegar a Sharon o a Hank.

—¿Seguro que solo es eso?

—¿Te parece poco?

Salimos al jardín y nos sentamos al sol en un par de sillas plegables. Al

rato, Sharon se despertó, salió y se puso a jugar entre los pies de Edith. Le dije que la vería al día siguiente, en el centro comercial que hay al norte de la ciudad, justo al otro lado de la frontera de Nuevo Hampshire; luego me fui feliz para casa y Terry dijo:

—Parece que hoy te ha ido bien en clase.

Evité sus ojos hasta que se giró hacia la cocina, entonces observé su cabello largo y pelirrojo y, como cantando, pensé: «Las querré a las dos». Dije que iba a ducharme y me fui al dormitorio: la cama estaba sin hacer, en el suelo había un par de Levi's suyos y una camisa, y tuve que pasar por encima de la aspiradora para entrar en el baño, donde había dos toallas húmedas tiradas en el suelo, pero ninguna limpia en el armarito, y entonces grité:

—¡Coño! ¿Es demasiado pedir una toalla?

Por la noche me quedé leyendo en el salón hasta que ella se durmió, y a la tarde siguiente Edith y yo encontramos la pista del bosque y el montículo, y ese día, al cerrar los ojos, en vez de a Sharon y Hank me dio por ver a Terry, y Edith tuvo que ayudarme hasta que, al fin, pese a tener la cabeza ocupada, conseguí correrme, y sentí como si fuera una parte distante de mí la que se corría, como si el semen en sí se hubiera hartado de esperar y hubiese decidido salir para darnos un respiro. La cosa continuó así dos o tres semanas, hasta que de repente un día todo fue distinto, como si ni siquiera la culpa y el miedo fueran inmunes a la familiaridad de la pasión.

Ahora Edith estaba tendida a mi lado y bebíamos cerveza tibia y fumábamos desnudos al sol.

—Que no se te queme —dijo—; si no, te pillará.

—Pobre, lo que le faltaba.

—Ven, yo le tapo el sol.

—No. No puedo más.

—Claro que puedes.

—Estoy viejo.

—Eres mi joven amante. Te rugen las tripas, ¿has almorzado?

—Grape Nuts. Me he levantado tarde.

—Deberías vivir conmigo. Conmigo estarías mejor alimentado.

—Es lo que quería. Ella me da lo que yo quiero.

—Sabes a mí.

Una ardilla se encaramó a la cicuta. Al cabo de un rato dije:

—Espera.

Le acaricié el brazo, tiré de ella y se colocó bocarriba, a mi lado. Me puse encima, entré, me tomé mi tiempo, el sol a mi espalda, sudando sobre su vientre, escuchando un monólogo de gemidos.

—¿Has acabado? —dije.

—Sí. Quiero que acabes tú también.

Se mojó los dedos con la lengua y me tocó los pezones. Gracias a ella había descubierto su existencia.

—Ah, amor mío —dijo.

—¿Otra vez?

—Creo que sí. Sí. Joder, sí.

Acabó arrastrándome consigo y yo me desplomé encima de su vientre y de sus pechos húmedos y escuché el latir de su corazón.

—Creo que me ha salido sangre y todo —dije.

—¿Te duele?

—No te lo sabría decir.

—Mi joven amante.

—Me estoy muriendo de hambre.

—Primero tienes que ir a correr.

—Creo que paso.

—No, tienes que estar fuerte, tienes que ocuparte de dos mujeres. ¿Te gustaría que viviéramos juntos?

—Sí.

—A mí también. Deberíamos alquilar una casa grande para todos.

—¿Y quién fregaría la sangre?

—No habría sangre.

—Ella me cortaría el cuello.

Me levanté y me vestí y bajé al coche a por las Löwenbräu, luego volví a subir la cuesta pensando que era una suerte tener los gemelos fuertes; de repente me apetecía salir a correr. Edith se había vestido y estaba acostada boca arriba, con las manos a los lados, los ojos cerrados, de cara al sol.

—Me pregunto por dónde nos pillará —dijo.

—Reconocerá el olor de su mujer cuando me desvista.

—Me refiero a Terry. Si nos pilla él, me da igual, seguiría haciéndolo, a menos que tú no quisieras. Seguramente no querrías. Te daría vergüenza.

—A lo mejor no.

—Seguro que sí. Tratas de hacerme encajar en tu vida, pero es difícil, y si te pillasen, me apartarías. Pero tú eres parte de mi vida: eres la única cosa que me permite seguir viviendo con Hank.

—¿La única cosa? Yo no quiero ser una cosa. Esto sí es una cosa —dije levantando la Löwenbräu—, y va a ser la causa de que me pase todo el primer kilómetro eructando.

—Mi cosa amorosa.

—El viejo Jack, el nuevo miembro de la familia.

—Claro que sí. Gracias a ti soy una buena esposa. Si no te quisiera a ti, tendría que querer a otro. Nos casamos demasiado jóvenes...

—Vosotros y todos.

Una vez, en una fiesta, Terry estaba en la cocina con Edith y otras dos mujeres. Salieron sonriéndoles a los maridos: los suyos y los de las demás. Acababan de confesarse que todas se habían casado de penalti. De eso hace cuatro años y ahora una de las parejas está divorciada, otra ha firmado una paz separada, para él la caza y la pesca, para ella la cerámica y la universidad; y después estamos los Allison y los Linhart. Como casos de éxito somos un poco sui generis, pero no conozco ningún otro.

—Nos necesita, tanto a Sharon como a mí, pero es incapaz de amar a nadie, solo a su trabajo, todo lo demás es superfluo.

—Eso no me lo creo.

—No me refiero a su amistad contigo. Vosotros dos tenéis una relación profunda, no vivís juntos y, lo que es mejor, eres un hombre, no tienes necesidades de las que no le apetece ocuparse. Te daría un riñón si lo necesitases.

—Y a ti también.

—Desde luego. Pero no iría a ver a una consejera matrimonial.

—Tiene gracia. Después de follar como una caníbal me sales con la consejera. ¿Se puede saber quién eres, cariño?

—Me llamo Edith Allison y soy la jefa de la banda. Quería que fuera a la consejera matrimonial para que hablase con alguien. Porque conmigo no hablaba. Para él todo tenía que ser sencillo: estuvo un tiempo follándose a Jeanne, luego lo dejó y aquí paz y después gloria.

—¿Y tú qué más querías?

—Ya sabes lo que quería. ¿Te acuerdas de cómo estaba yo en mayo? Todavía creía en algo. Quería saber dónde estábamos parados, qué

significaba Jeanne. Ahora que te tengo a ti, ya sé lo que significaba: que no me quiere. Quieres a la persona con quien tienes la aventura. Pero eso ya da igual, puedo vivir con él así, en la superficie. Pronto le dará por otra. Desde que rompió con Jeanne ha estado hibernando con la novela. Dentro de poco asomará la cabeza y se tirará lo primero que entre en su despacho.

—Por Dios, espero que entre alguien antes que yo.

—No creo que te hiciera ascos.

—Mira que eres mala.

—A fin de cuentas, de vez en cuando se folla a su mujer, ¿por qué no a otro hombre?

—¿A ti también se te folla? ¿Con lo frígida que eres?

—Hago lo que puedo.

—He oído que uno puede ir a Saint Louis y follar delante de la pareja que escribió aquel libro. Ese sobre el orgasmo.

—¿En serio?

—De verdad. Te observan y te ayudan a pulir tus complejos.

—Deberíamos ir. Me gustaría que nos observaran. Se pondrían cachondos.

—Quizá se te quitaría el sentimiento de culpa. Te haría bien.

—¿Y arruinar la diversión? A lo mejor tú aprenderías a correrte más.

—¿Qué le contaría una casquivana lasciva como tú a una consejera matrimonial?

—Siempre he intentado no ser una casquivana lasciva. Ahora me alegro de no haberlo conseguido. ¿Qué haces?

—Tocarte.

—¿No es un poco tarde?

—No sé.

—¿Puedes repetir?

—No sé.

Nos dejamos puesta la camisa; error: fue un recordatorio de que se nos acababa el tiempo. A mí me dolía la espalda, pero seguí intentándolo; Edith tampoco llegó, y al final dijo:

—Vamos a dejarlo.

Teníamos la camisa sudada. Recogimos las botellas, el tabaco, la manta. Ya en el coche, se maquilló la cara.

—¿Qué vas a hacer con las botellas? —dije.

—Creo que las usaré para quemar velas durante la cena. Y si nota algo, que no lo notará, le diré que son un recuerdo de esta tarde. Aparte del escozor en el coño.

—Las verá en el cubo de la basura, cuando salga a vaciarlo o algo.

Puso el coche en marcha y me lanzó una sonrisa, casi una carcajada.

—¿Y entonces qué, Charlie Chan?

—Se preguntará qué demonios has hecho esta tarde para beberte seis botellas de cerveza de importación.

—Bueno, no es que se merezca mi sinceridad, pero podría darle alguna pista.

—A veces creo que...

Era posible que Edith deseara ser descubierta; uno no debe perder eso de vista cuando hace el amor con la mujer de otro. Pero no me apetecía hablar de eso.

—¿A veces crees que qué?

—A veces creo que te quiero más de lo que creo. Que es mucho.

—Ya lo veo. Quizá seas impotente, pero no se puede decir que no te esfuerzas.

Le dio la vuelta al coche y avanzamos lentamente entre los baches de la pista. Al llegar a la carretera, se paró y se puso las gafas de sol.

—Enciéndeme un Lucky —dijo—. Será el último que me fume hasta...

Me puse a pensar en el fingimiento y las mentiras y, en ese preciso instante, si Edith hubiera dicho que debíamos dejar de vernos, me habría quitado un peso de encima.

—No lo sé, ya te llamaré.

Mientras se incorporaba a la carretera, ambos fingimos no estar vigilando por si nos cruzábamos con el coche de algún amigo. El aire que entraba por la ventanilla enfrió el sudor que me impregnaba la camisa y el pecho.

—Tengo el capullo dolorido.

—Le voy a decir a la canguro que se quede una hora más y me echaré una siesta.

—Déjame que pague yo una parte.

—Otro día. Mi madre me ha enviado dinero.

—Las botellas vacías están en la neverita.

—Pasaré por el vertedero.

Los cursos de verano habían empezado y por el centro de la ciudad podía verse a las universitarias lamiendo cucuruchos de helado. Una vez di un curso sobre Goodbye, Columbus y una chica rubia de ojos pardos como un ciervo me paró en la puerta antes de la clase y me preguntó: «Señor Linhart, ¿qué es el placer oral?». Estaba chupando un caramelo de palo. Aparté la vista de su lengua y le dije que una felación; cuando me preguntó qué era eso, murmuré, con el rostro acalorado, que mejor que se lo preguntase a una chica. Tardé un par de horas en darme cuenta de que lo había hecho por divertirse.

Después de eso traté de entablar conversación con ella, pero no buscaba ningún otro tipo de diversión; tenía un novio que la esperaba todos los días en el pasillo donde estaba la clase, y cada vez que los veía darse la mano y alejarse por el pasillo me sentía viejo y estúpido. Eso fue hace tres años, cuando yo tenía veintisiete.

En verano no había clase por la tarde y los edificios estaban vacíos. Casi todos los días, cuando terminaba de subir los tres tramos de escaleras de aquel edificio viejo y frío, me encontraba a Hank trabajando de espaldas a la puerta; en cuanto me oía llegar, se daba la vuelta sonriendo y colocaba el folio sobre la pila del manuscrito asegurándolo con un clip. «¿Qué hay?», decía en tono afectuoso, como si hablara con una mujer o un niño. Hay varios hombres a los que quiero y que me quieren, todos hombres casados y misógamos pasivos, y si no nos tuviéramos los unos a los otros para hablar, probablemente, cada cual a su manera, nos volveríamos locos. El nuestro, sin embargo, es un amor que nos avergüenza, y por eso demostramos nuestro afecto a la inversa: «¿Dónde te habías metido, hijodelagranputa? Mira el muy cabrón, no le pagaría una ronda ni a Dios padre». Pero Hank solo decía esas cosas si te hacían sentir mejor.

—¿Qué hay? —dijo.

—Pero si no sabes escribir, capullo. Anda, vamos a correr.

—Una puñetera página.

—¿En cuatro horas?

—Tres horas y cuarenta y seis minutos. Vámonos.

Empecé a bajar por la escalera antes de que me preguntase qué había hecho ese día. De camino al gimnasio apenas abrió la boca. Al pasar junto al palo de la bandera prendió un cigarrillo y, acto seguido, lo tiró a la acera, arrugó el paquete y lo lanzó con fuerza, como si fuera una pelota de béisbol; describió una suave parábola, rojo y blanco contra el sol.

—Acababas de dejarlo.

—Así es.

—¿Cuántas van?

—Esta es la última.

—Caerás.

—Ya lo veremos. Empiezo a estar hasta los huevos. Quieren matarme.

—No tienen alma.

—Exacto.

—Entonces, ¿cómo van a querer matarte?

—Los cigarrillos, no. Me refiero a los cabrones que los fabrican.

En el vestuario había varios tenistas. Teníamos taquillas contiguas y miré cómo se ponía el suspensorio y el pantalón corto.

—Joder, ¿es que tú no engordas? —dije.

—Pero si estoy gordo.

Se pellizcó un trozo de carne firme en la parte trasera de la cintura.

—Venga, no me jodas —dije.

Se me hacía difícil creer que Edith me prefiriera a mí, que tenía la tripa flácida y la polla más pequeña. Pero a veces me lo creía, y entonces la sensación era maravillosa.

—Hueles a cerveza.

—Me he tomado un par.

—Voy a tener que llevarte a cuestas.

—Más quisieras tú, cariño.

Salimos al césped de detrás del gimnasio y nos pusimos a hacer flexiones, abdominales y saltos de tijera, y luego empezamos a correr por una carretera de asfalto que salía al campo.

—¿Ocho? —dije.

—Tendría que hacer quince. A ver si así se me pasa esta maldita frustración.

—Una página al día no está mal.

—Vete a la mierda.

Hacía un día cálido y sin viento. Corrimos suave, los dos al mismo ritmo; cuando pasábamos por delante de las casas, los niños nos saludaban con la mano y nos llamaban, y las mujeres nos miraban desde el porche o el jardín. Eructé un par de veces, y Hank sonrió y me golpeó el brazo. Poco a poco, las casas se fueron espaciando, el desnivel se incrementó y empezamos a machacar el asfalto, resollando y sin hablar en las subidas, pero charlando en llano o en bajada: «Joder, mira qué jardín». «No abras la boca, mamón, ¿no hueles qué peste a pocilga?» «Coño, mira ese faisán.» Hank estaba mejor, se había olvidado del trabajo y hablaba de cazar faisanes en Iowa, caminando entre campos de maíz helados, con las espigas secas y caídas bajo el sol. Corrimos hasta lo alto de una loma arbolada a unos cuatro kilómetros del gimnasio y dimos media vuelta, siempre a paso parejo: Hank no apretaría hasta los últimos doscientos metros. Corrimos cuesta abajo entre las sombras repentinamente frescas del espeso boscaje; en otoño, las hojas de los arces adquirían tonos anaranjados y amarillos y escarlatas, y era como vislumbrar a Dios. De pronto, a nuestra izquierda, el bosque desapareció y el aire se llenó de olor a pocilga hasta que dejamos atrás las colinas bajas y el granero, con sus polluelos picoteando grano en la entrada, el chiquero y la casa gris de tejas de madera. Un perro blanco salió de debajo del porche y se puso a ladrar; a la ida no nos había visto, pero a la vuelta nos persiguió y, cuando ya casi lo teníamos pegado a las piernas, nos giramos y gritamos «¡Eh, perro!», y el animal regresó trotando a la casa, mirándonos por encima del hombro y parándose de vez en cuando para pegarnos un ladrido. Correr me ha enseñado que casi todos los perros son unos cobardes. Si bien es cierto que antes en esa carretera vivía un dóberman pínscher: era tan silencioso que no reparábamos en su presencia hasta que oíamos sus pisadas en el asfalto, y entonces le gritábamos, nos encarábamos con él y nos agachábamos como si fuéramos a pelear, mientras el perro decidía si ese día le apetecía o no mordernos. Él siempre se mostraba imperturbable; eso era lo que asustaba. Al final se marchaba trotando por la carretera, con la dignidad intacta; cuando el año pasado supimos que se había mudado

fue un alivio. El resto de los perros eran como el blanco de la granja. Pasada la granja había otra vez árboles, pinos inmóviles en el aire estático, y después, a la derecha, en lo alto de una loma verde, un manzanar.

—Te veo un poco cascado este verano —dijo Hank.

—¿Se me nota?

—Sí.

—Tendría que haber dado clase en los cursos de verano.

—O no.

—No me apetecía demasiado este año. Pensé que me hacía falta un descanso. Ahora me hace falta el dinero.

—El trabajo es lo que te hace más falta.

—Estoy preocupado. Uno cree que cuando tiene tiempo debería poder hacer cosas. Leer. Pensar, incluso. Alguna actividad noble. Pues no, todo el puto día haciendo recados. A veces me pregunto qué ocurriría si no tuviera que ganarme la vida.

—Nunca lo sabrás.

—Mejor. Probablemente me suicidaría. Uno debería ser capaz de vivir consigo mismo. Sin hacer nada. Sin volverse loco. Las mujeres lo hacen.

—Tampoco se les da tan bien.

—Lo del trabajo es raro.

—Es lo que hay.

—Esto. Esto sí que es bueno.

—Es lo mejor.

Dejamos de hablar y, al instante, noté la cabeza despejada y serena, todo yo era pulmones y piernas y brazos, el sol sobre los hombros, el

sudor se filtraba a través del pañuelo rojo que me ceñía la frente, se me introducía en los ojos, quemaba, y yo me lo apartaba con el dedo. Al llegar a las casas que hay al lado de la universidad, Hank se adelantó un par de pasos. Lo alcancé y corrí un rato a su lado, luego apretó y desapareció; amplié la zancada, intensifiqué el braceo y empecé a resollar; vi su espalda a diez, veinte metros, esprintó hasta el gimnasio, aminoró y se puso a caminar, subiendo y bajando la cabeza en busca de aire, con las manos en la cintura. Caminé a su lado. Aunque no sonreía por haberme ganado, detecté una especie de risita en su aliento presuroso.

—Cabrón competitivo —dije.

Entonces sonrió y tuve la impresión de que sabía que yo estaba haciendo el amor con Edith y de que así mismo me lo decía: «Ya lo ves, tanto Edith como tú me vais a la zaga, aquí lo importante es lo que a mí me importa, y lo que a mí me importa es escribir y dejaros atrás y sobreviviros a todos, y en eso estoy».

Tampoco fumó. Una vez duchados, tras haber dejado correr un buen rato el agua caliente por los hombros, las piernas y los músculos de la espalda, después la tibia y después la fría, nos tomamos una Heineken de barril en jarra grande bien helada. Estábamos solos en la barra, hasta que apareció un tipo calvo y enclenque con un pescado envuelto en papel. Adyacente a la zona del bar estaba el comedor, donde la gente comía pescado de mar con vistas a la inmundicia del Merrimack; saliendo por el otro lado del bar y cruzando el corredor, estaba el mercado de pescado. Antes de ponernos a beber, Hank y yo habíamos entrado a oler el pescado y echar un vistazo al tanque de los bogavantes. Pensé en Terry, pero no con culpa; la culpa ya se había diluido a fuerza de amar y correr y sudar. Estuve cambiando el peso de pierna, ora una, ora la otra, para sentir la acción de los músculos, y respiré mi propio olor a limpio mezclado con el salitre y el pescado, y entonces resolví no fumar hasta al cabo de una hora, para no embotar el agudo sentido del olfato del que siempre disfrutaba cuando el ejercicio restituía la inocencia a mis pulmones; y sentí que amaba y deseaba abrazar a Edith y a Hank y a Terry, que, cada cual a su modo, hacían que mi vida mereciera la pena. Intuía que me encontraba al borde de un hallazgo, que de algún modo podía hacer malabares con mis seres queridos y conseguir que todos nos salvásemos. Lo malo es que no sabía en qué consistía tal hallazgo.

El hombre del pescado se sentó a nuestra izquierda, dejó el pescado encima de la barra y pidió una Schlitz. Betty estaba de encargada de la barra; era una rubia de mediana edad que había vivido en la ciudad toda la vida. Se sentó en un taburete alto al lado de los surtidores de cerveza y se puso a conversar con el tipo, que lanzó una mirada al cartel de Heineken que había encima del espejo y preguntó si era cerveza de importación; ella le dijo que sí. Él dijo que era la primera vez que oía el nombre de esa marca y ella le dijo que sí, hombre, que sí, que era muy conocida y que un montón de gente la pedía.

—Schlitz —dijo Hank procurando que no lo oyeran—. Eso parecen meados de burra.

—¿La viste antes de que se fuera?

—Sí, la vi —dijo con la misma sonrisa zorruna que me había dedicado tras ganarme en la carrera.

—¿Para despedirte?

—¿Te acuerdas de cuando fui a Nueva York a ver a mi agente?

—Anda, no sabía que mentías tan bien.

Hank le alargó dos dólares a Betty.

—Una ronda para nosotros y una Heineken para mi amigo del fondo de la barra.

El hombre del pescado miró en nuestra dirección.

—Pues muchas gracias. Muy amable.

—Es mejor que esa mierda que ahora fabrica la Schlitz.

Betty sonrió. El hombre del pescado se quedó algo cohibido y empezó a decir algo, quizá sobre la Schlitz, pero finalmente se limitó a mirar cómo Betty le llenaba la jarra; cuando la probó, dijo:

—Caramba, no está mal, ¿no?

Él y Betty se pusieron a hablar de cervezas.

—Yo nunca he pasado la noche con nadie que no sea Terry.

—Es lo mismo. Duermes, sueñas, te levantas por la mañana, echas la meada, te cepillas los dientes.

—Anda, agarra un cigarrillo, casanova.

—Ah, no. Cada vez que quiera uno, aguantaré la respiración sesenta segundos y pensaré en el tío de Marlboro, los cabrones esos de Winston y el resto de los de su calaña y se me pasará.

—Muy bien, pues yo tampoco fumaré hasta que tú también lo hagas. Pero con Edith no podrás aguantar. Una vez lo dejé tres días y Terry cogió olor a cenicero.

—En fin, lo que decía. Fue un buen encuentro. Estuvimos en Boston, en un hotel. A la mañana siguiente la llevé al aeropuerto y nos tomamos un bloody mary como dos tristes enamorados. Luego despegó y se acabó. Me quedé mirando el avión. Pensé en ella mirándome desde la ventanilla. Se acabó. Regresó a Francia. Quizá vaya a verla algún día.

—¿Entonces la quieres?

—Me la estuve follando, ¿no?

—Supongo que fue difícil dejarla, teniéndola a ella en Boston...

—Jack —dijo sonriendo—, ¿qué te hace pensar que la dejé? ¿Por qué iba a hacer una tontería semejante?

—No sé, Edith dijo que cuando se armó todo el lío la dejaste.

—Claro que dijo eso. Es lo que yo le dije.

—Anda, acábate la puta cerveza, pedazo de crápula.

Levanté dos dedos en dirección a Betty y ella se bajó del taburete.

—Un momento —dijo el hombre del pescado—. Esta corre de mi cuenta, y... vamos a veeer... —Se sacó un reloj de bolsillo del pantalón y trató de descifrar la hora bajo la tenue luz roja—, perfecto, Betty, yo también me tomaré otra y luego me iré a casa y pondré el pescado en

el horno. —Hank giró la cabeza y se quedó mirándolo—. Otra y no más, si no, mi mujer llegará a casa y se preguntará dónde está la cena.

—No la culpo —dijo Betty.

—Claro que no. Ella también trabaja todo el día, y como yo llego a casa un poco antes, voy adelantando la cena.

Betty nos sirvió las cervezas, levantamos las jarras en dirección al tipo y le dimos las gracias. Él levantó la suya, sonrió, inclinó la cabeza y dio un sorbo. Cogió el pescado, le dio la vuelta entre las manos y volvió a dejarlo sobre la barra.

—Si lo hiciera frito, podría irme más tarde, pero este lo voy a hacer al horno, así que necesito un poco más de tiempo. —Miró a través de la puerta hacia dos hombres que se dirigían al comedor—. Un día de estos me sentaré ahí y me pediré una de esas bandejas de pescado. Verás tú cómo me voy a poner.

Hank seguía mirándolo.

—¿En algún momento te planteaste irte con ella? —dije.

—¿Por qué?

—Has dicho que la querías.

—Y la quiero. Mira que eres decimonónico, Jack.

—Siempre me dices lo mismo.

—Por eso has sido fiel tanto tiempo. Tu conciencia te pide irte de putas, pero tú no puedes rebajarte, así que te agarras a algo que es peor: la monogamia.

—¿A qué coño viene eso de irse de putas?

—Es como se hacía antiguamente. Uno tenía su esposa y sus hijos. Esa era una parte de su vida. Y luego tenía su furcia. Pero uno sabía muy bien qué era cada cosa y no las confundía. Ahora ya no es así: uno tiene su mujer y su novia, pero las acaba mezclando, ¿entiendes?, ya no sabe dónde debería volcar sus emociones. Entonces, cágate, se enamora. Le parece una incongruencia. No sabe cómo vivir con ello,

va en contra de todo lo que se supone que debe sentir, y entonces, como es natural, hace algún tipo de maniobra para volver al lugar que cree que le corresponde. Al de la devoción por una sola mujer, o alguna mierda por el estilo. Eso lo lleva a hacer tonterías: o rompe con la novia e intenta querer solamente a su mujer o deja a la mujer y se casa con la novia. Si hace esto último, al cabo de unos años volverá a estar igual de jodido y tendrá que volver a casarse...

—O volverse monógamo.

—También. Y ambas cosas son una puta mierda.

—Y tú crees que esa es mi situación.

—Pues sí. Eres tan buena gente que no puedes follarte a una mujer sin quererla, pero si tienes la suerte de que ocurra, entonces te sientes confuso y culpable porque crees que eso significa que no quieres a Terry.

Lo miré a los ojos y dije:

—¿Has estado hablando con mi amante?

—Sí, la del rabo por delante. Llevo tres años hablando contigo. He visto cómo miras a las mujeres.

Le creí. Si sabía de lo mío con Edith, era porque lo había adivinado: ella no le había dicho nada.

—¿Tengo razón o no? —dijo.

—Me preocupa Terry, eso sí es verdad. Que me pille, quiero decir. Y el hecho en sí de tener una aventura también: el compromiso, ¿me explico?

—¿Qué tendrá que ver el compromiso con una aventura? Las aventuras son para olvidarse de todo. Para volver a disfrutar follando. Eso sí, tiene que ser con una buena mujer. Mira, Jeanne lo tenía claro. Sabía perfectamente que yo no iba a dejar a Sharon y a Edith. Compromiso... Eso es para Terry. A Terry le da igual si la quieres o no. Estáis casados. Lo importante es no odiarse y mantener la paz. El Múnich matrimonial de toda la vida. Vives con una mujer, en torno a

una mujer, pero no por mediación suya. Ella no sale a correr contigo ni se va contigo a tomar cervezas, joder. ¿Amor? No me jodas. Ama a los niños. Ama a las amas de casa cachondas y a las chicas con falda corta. Ama a todo el mundo, hijo mío, y mantén la paz con tu mujer. Quien, por otra parte, tampoco es invulnerable al amor. ¿Qué harías si se diera el caso?

—Eso es asunto suyo.

—Muy bien. Lo que tú digas.

—Claro que sí, es la verdad.

—Entonces, ¿por qué te pones tan tenso?

—¿Qué tenso ni qué tenso? Además, ¿por qué estamos hablando de esto?

—Porque no me ha gustado la cara que has puesto. Cuando te he dicho que pasé la noche con Jeanne pero que nunca rompí con ella. Mira, yo te quiero. No deberías sentirte mal por nada de lo que yo haga. No es que tenga más narices que tú. Solo que me tomo las cosas de forma diferente, nada más. No me gusta verte reprimido. A las chicas les gustas, Jack, se ve a la legua. Joder, si hasta Edith se moja cada vez que llamas a casa. El otro día Sharon dijo que quería un cómic de Jack el Destripador y Edith estuvo a punto de caerse del sofá de la risa. Una de esas risas traviesas. Se partía.

—Conque Jack el destripador —dije sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

Hank me dio una palmada en el hombro y apuramos las jarras y nos levantamos.

—Hasta la vista —dije al pasar junto al hombre del pescado.

—Hasta pronto, chicos —respondió él levantando su jarra.

Nada más salir por la puerta, Hank se fue a la izquierda, en dirección al comedor; esperé mientras hablaba con la recepcionista, sonreía y se sacaba la cartera. Le dio cuatro dólares y le dijo que se quedara con el cambio.

—¿A qué ha venido eso?

Nos dirigimos a la puerta principal para salir, pero de pronto me dio por volver a entrar en el mercado de pescado.

—Le he comprado una bandeja de pescado.

Me acerqué al tanque de los bogavantes y un hombre mayor con un gran delantal blanco apareció al otro lado del mostrador.

—Para cuando se la sirvan ya se habrá marchado —dije.

—También le he dicho que le ponga otra cerveza. No dirá que no a eso. Antes de que se la acabe, tendrá el plato delante.

—Pues muy bien, entonces. —Me giré hacia el hombre mayor—. ¿A cuánto va el bogavante?

—A tanto como se pueda —dijo él guiñándome el ojo con una carcajada que desembocó en una tos resollante.

Los pequeños costaban tres con noventa el kilo; a ella le encantaban, diría «mmmm», les chuparía las pinzas y les partiría la cola. Pedí dos y me abstuve de mirar cómo los pesaba y les ponía las gomas en las pinzas. Era superior a mí; era como cuando tu padre o tu jefe te llaman para que pagues por algo que has hecho: sientes frío en el culo, el corazón se te acelera, la humillación de toda la vida. Me costaron cuatro dólares con cincuenta y dos centavos. No pensé en la cuenta corriente hasta que compré el vino. De camino a casa de Hank, paré en la licorería y compré un pinot chardonnay Paul Masson: dos cincuenta. Siete dólares. Más dos en cerveza. Nueve. Luego entré en el A&P que había al lado; Hank se quedó en el coche, escuchando el partido de los Red Sox. Ocho en el supermercado: diecisiete. Compré tarrinas de helado de fresa, chocolate y vainilla, una mano de plátanos, una lata de sirope de chocolate, un tarro de cerezas, una lata presurizada de nata montada, pero no frutos secos porque solo había de esos salados que se ponen en las fiestas. Mis hijos no sabían lo que era un banana split; días atrás les había explicado que mis amigos y yo nos comíamos uno después de ir al cine, y si podía gastarme siete dólares en Terry y en mí, sin duda ellos merecían otro tanto. ¿Es posible que el amor no sea más que sentimiento de culpa? Como tengo una novia, Terry debería buscarse un amante. Como nosotros nos

permitimos bogavante y pinot chardonnay, los críos tienen que comerse esa porquería. Los banana splits costaban cuatro dólares con veintiocho centavos. Veintiún dólares en un día, solo dos invertidos en algo que de verdad me apetecía: las cervezas con Hank. Ahora ya podía levantar el telón mental y echar un vistazo al estado de cuentas: cuarenta y tres dólares con ochenta centavos. El día anterior lo había visto de refilón, evitando fijarme demasiado, pero la cifra había saltado como una serpiente y se había enroscado en el interior de mi cabeza. A ocho días de cobrar y con las compras de la semana por hacer. ¿Y ahora qué? ¿Privarse de beber? ¿De fumar? ¿Para pasar las noches tiesos como palos, con un rictus en la cara, mascando hojas de hierba mientras vemos cómo la comida, la leche y el gas se van consumiendo, consumiendo y consumiendo? Una vez lo intentamos seis semanas: nada salvo vino tinto, a sesenta centavos el litro. No pasó nada. El dinero del bourbon y la ginebra y la cerveza nunca apareció; acabó en la registradora del supermercado, en la estación de servicio, se fue en los suministros y el teléfono, en el alquiler, en reparar un coche inútil, en gente que vendía calzado infantil defectuoso y gente que vendía juguetes más defectuosos todavía. Se fue agotando hasta que el día antes de cobrar no quedó más; cuando el último cartón de leche se acabó, Terry puso leche en polvo, pero a los niños no hay quien se la pegue, y cada día había más espacio en el frigorífico y en la alacena, y todos los días yo me levantaba queriendo que llegase el día de cobrar y odiando la trampa en la que me hallaba metido: alguien como yo, que por miedo a la muerte se resistía al paso del tiempo, obligado ahora a desear su curso.

—Hoy me he gastado veintiún pavos. ¿Cómo van?

—Dos a uno para los Sox. Parte alta de la tercera. ¿Te lo has gastado todo?

En el estacionamiento había carriles para circular, pero la gente pasaba con el coche a través de los espacios para aparcar; conducían en círculos, en triángulos, en cuadrados, en trapezoides y demás figuras geométricas, y había que mirar a todos lados a la vez.

—Me queda para un par de días.

—Toma —dijo sacando la cartera.

—No, hombre, no. No lo decía por eso.

—Joder, ya lo sé. ¿Cuánto necesitas?

—No puedo aceptarlo.

—Venga ya. Hoy por ti, mañana por mí.

—Necesito unos cuarenta pavos. Iré al banco.

Hank me tendió dos billetes de veinte al mismo tiempo que Reggie Smith atrapaba un fly junto al borde de la cerca.

—A Edith le han mandado un talón desde Winnetka.

—Pues os va a durar dos días como tengas que mantenerme a mí también.

Pensé en la cerveza de importación, en la canguro.

—Necesitábamos doscientos, así que pedimos trescientos y su madre ha enviado quinientos.

—¿Quinientos? No jodas. ¿Me estás diciendo que en el mundo hay gente capaz de firmar un talón de quinientos dólares sin echarse a llorar? Te lo devolveré poco a poco, ¿de acuerdo?

—Claro, hombre. Invítame a una cerveza un día de estos. O a unas cuantas, que mira que eres tacaño, maricón.

Al llegar a su casa me invitó a entrar para echar una rapidita. Me daba miedo por el helado, pero Hank lo sacó de la bolsa, así que lo seguí. Ella estaba cocinando. Nos sonrió por encima del hombro; se había cambiado el pantalón y la blusa y se había puesto una cinta roja en el pelo. Parecía que se hubiera cambiado de alma. Estaba removiendo una cazuela de algo y echó un vistazo al horno mientras Hank ponía el helado en el congelador y abría un par de ales y una cerveza. Después se sentó a la mesa y le pidió un cigarrillo a Hank.

—Lo he dejado.

—Buena suerte, cariño.

Le di uno de los míos y saqué otro para mí.

—Anda, un Lucky —dijo.

—Mira lo que has hecho. En todo el rato que ha estado conmigo no ha fumado.

—Soy una corruptora.

—Pareces una chica de los años cuarenta —dije—. O de principios de los cincuenta. Quitándote el tabaco de la lengua. Solo que entonces se pintaban las uñas. Me encantaba ver cómo movían esas uñas rojas por encima de la lengua.

—¿Por qué? —dijo Hank.

—No lo sé. Supongo que me parecía sensual. Te has pasado un poco con el tipo del pescado.

—Ya. Cuando hemos subido al coche ya no me ha parecido tan gracioso.

—¿Qué tipo del pescado?

La observé mientras escuchaba la historia y pensé en que no sabía que Hank y Jeanne no habían terminado hasta que esta se había ido a Francia. Y en si él sospechaba o no que nunca sabría cómo era su mujer ahí fuera, encima de la manta. En ese momento era tan solo una esposa joven y atenta que escuchaba lo que decía su marido, desplazando la mirada entre él y Sharon, que estaba en el suelo con su cuaderno de colorear. Todavía eran un matrimonio. Él le explicaba lo que había hecho durante el día. Ella había conseguido todo ese dinero. La cena olía bien y la casa estaba limpia. Por un momento me sentí como si también fuera mi casa y recordé cómo era todo antes de enamorarme de ella, durante el largo tiempo que no estuve enamorado de ella; yo necesito estar enamorado, sé que es una cosa romántica, que no es lo que se dice realista, que debería amoldarme a la regularidad estacional, al imperceptible tictac del matrimonio.

—Hank, eso ha sido una crueldad.

—Ya lo sé. Pero es que hay gente que no tiene huevos. Cocinar, por el

amor de Dios.

Al entrar por la puerta trasera de casa olí a salsa de espagueti. Terry estaba planchando en la cocina, pero yo clavé los ojos en la negra sartén de hierro donde estaba cocinándose la salsa. Ni siquiera le di ocasión de que me preguntase qué tal me había ido el día; vi la interrogación en su cara en cuanto levantó la vista de la plancha y cogió el vaso que descansaba en la punta de la tabla. Edith no estaba bebiendo cuando Hank y yo habíamos llegado, y me pregunté si otras mujeres también bebían mientras sus maridos estaban fuera.

—Un tipo me ha regalado un par de bogavantes —dije mientras la mosquitera se cerraba tras de mí—. He salvado a su hija de morir ahogada y me ha dado todo lo que tenía.

—Oh, a ver.

Rodeó la tabla de planchar y miró el interior de la bolsa. Yo, mientras, puse el vino en el congelador.

—¿Vino también?

—Sí. Y algo para los críos.

Le entregué la bolsa del supermercado.

—Fíjate tú —dijo sacando el tarro de cerezas, la nata montada y el sirope de chocolate—. Qué padre tan atento.

Se llevó la ropa ya planchada y colgada en perchas al piso de arriba; después guardó la tabla y la cesta de la ropa por planchar en el cuarto de la colada. Yo sintonicé el partido en la radio y me senté en la mesa de la cocina con el Boston Globe mientras ella buscaba la cazuela grande, la encontraba y la ponía al fuego. Leí en diagonal unas cuantas noticias que no me podía creer mientras le explicaba que Hank solo había escrito una página, que había dejado de fumar, que habíamos echado una buena carrera, que habíamos tomado unas cervezas y que me había prestado cuarenta dólares. Se alegró por lo del dinero, pero añadió muy seria que debíamos acordarnos de devolvérselo a razón de diez dólares por paga hasta saldar la deuda.

Durante todo ese rato yo estuve pendiente del partido y ojeando por encima las noticias sobre Nixon y la guerra, hasta que llegué a otras noticias que sí me podía creer: un hombre había ganado un concurso de escupir tabaco; una mujer y su hijo se habían ahogado entre las olas de la costa de Maine; las noticias del béisbol. También me podía creer todas las noticias sobre el mal. Estaba acostumbrado a las mentiras del Gobierno y la prensa, y nunca me creía nada de cuanto dijeran con intención esperanzadora o consolatoria. Por eso me creía todas las noticias sobre mentiras, atrocidades y corruptelas, porque parecían contener esa verdad que yo esperaba y rara vez me contaban. Yo era consciente de que mi perspectiva estaba igual de distorsionada que la de quienes mentían, pero no veía ninguna alternativa. Cuando terminé con el periódico, decidí contarle a Terry lo del hombre del pescado, pero antes de que la primera palabra acabara de formarse en mis labios me callé.

En un matrimonio concurren toda suerte de mentiras cuya malignidad poco a poco lo va matando todo, y yo ese día estaba probando toda la gama: desde la mentira descarada del adulterio a la escrupulosa selectividad que se impone cuando dos personas ya no pueden hablar de ciertas cosas. Se hace difícil decir cuál de ellas mata más deprisa, pero supongo que la selectividad, ya que implica una capitulación: uno evita tocar heridas y, por consiguiente, evita tocar el corazón. Si le contaba aquella historia, Terry lo vería como una forma retorcida de llegar a ella: que el hombre cocinase sería un trasunto de la parte de mí que ella asfixiaba; que Hank le hubiera pagado una bandeja de pescado sería mi rebelión. Y estaría en lo cierto. Por eso yo trataba nuestra enfermedad a base de aspirinas y limitaba mi conversación a lo superficial, no sin cierto regusto de desesperanza por el hecho de saber que me hallaba condenado para siempre al cómodo expediente de la mentira; que con la decadencia de los años había ido instalándome en esa posición como quien se instala en la muerte, y que ahora, al término de aquellos años y al principio del resto de los años por venir, no quedaba en mí ninguna voluntad de fomentar la franqueza entre nosotros. Y, sin embargo, a veces, cuando estaba solo y lejos de casa, porque para que esto ocurriera tenía que estar lejos de casa, conduciendo acaso bajo el sol entre el verdor de los árboles y las praderas, oía una canción de otra época y me entraban ganas de llorar (pero no lloraba) pensando en los tiempos en que la quería todos los días y llegaba a casa por la tarde feliz de volver a verla, tiempos en los que no tenía que pensar antes de decir las cosas. Mientras nos

comíamos el bogavante y nos tomábamos el vino, estuvimos escuchando el partido.

Más tarde, después de aquellos espaguetis que al final nadie se comió, hicimos el amor. Los críos estaban tan impacientes por probar sus banana splits que cenaron poco y deprisa, sorbiendo la pasta y dejándose la carne, con los ojos puestos de continuo en la puerta del congelador, en Terry mientras partía los plátanos y abría la lata de sirope de chocolate. Parecían dos hombres que llegasen tarde al trabajo y no dejasen de mirar el reloj de encima de la barra. Los banana splits les encantaron y comieron hasta que temí por su estómago; después de eso me fui con un libro al sofá del salón y Terry guardó la carne con la salsa en el frigorífico para recalentarla otro día.

Cuando se metió en la cama fingí estar dormido, pero entonces me tocó el pecho y repitió mi nombre hasta que la miré.

—Anoche me volví un poco loca —dijo—. Lo siento.

—No pasa nada.

—No tendría que haberme emborrachado.

Encontró mi mano y la agarró.

—Ya pasó —dije.

—Tengo que madurar.

—¿Quién dijo que la gente madura no se pone violenta?

—No con su marido.

—Lee el periódico. Hay mujeres que asesinan a sus maridos.

—La gente como nosotros, no.

—Claro, solo las mujeres de los marineros. O las de los albañiles.

—No quería decir eso.

—A lo mejor hay gente con suficiente dinero como para no tener que matarse. Así, cuando van mal dadas, cada cual puede vivir su vida. No

tienes que sudar mientras te tomas la cerveza pasando calor en la misma cocina: viendo su culo gordo bajo el pantalón de algodón gastado, su cara sudorosa y el pelo tieso y húmedo. Antes o después alguien agarra un martillo y pone fin a la situación. ¿Se te insinuó Hank?

—Sí.

—¿En serio?

—Te he dicho que sí.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué hizo?

—¿Y a ti qué te importa?

—Está bien, ¿qué hiciste tú?

—Nada.

—Venga ya.

—Intentó besarme en el porche, así que me fui adentro.

—¿Adónde? —dije sonriendo—. ¿Aquí?

—A la cocina. Para buscar una cerveza.

—Y entonces él te siguió y...

—Me dijo que me quería y me besó y me dijo que no quería a Edith. Entonces me sentí sucia y salimos y nos sentamos en la escalera.

—Sucia. ¿Por lo que había dicho de Edith?

—Sí. Es una chica encantadora y no se merece eso, y no pienso entrometerme en sus cosas.

—Pero, hasta que dijo eso, a ti te pareció bien.

—¿Podemos dejarlo aquí o quieres saber si su nariz estaba a la derecha o a la izquierda de la mía?

—¿Lo recuerdas?

—Nos echamos en el suelo y él estaba a mi derecha, así que me imagino que su nariz estaba a la izquierda de la mía.

—¿Conque en el suelo, eh? Madre mía.

—Me había agachado para sacar una cerveza de… Déjame en paz.

—Solo te estaba pinchando.

—Estabas haciendo algo más que eso. Estás encantado de que me besara.

—Digamos que no me molesta.

—Pues a mí sí.

Salió de la cama a por el tabaco y cuando regresó fingí estar dormido y escuché cómo fumaba a mi lado. Luego de eso apagó el cigarrillo y empezó a tocarme, la vieja lujuria bajo el signo del silencio, y entonces la monté, los muelles de la cama comenzaron a chirriar en la quietud de la noche; entre nosotros ni una palabra, solo el aliento y ese otro sonido: y me acordé de una mañana, cuando recién casados, en que ella vació una lata helada de zumo de naranja en una jarra y de cómo el sonido de aquel escanciar despacioso nos invitó a volver a la cama. La sentía cada vez más cerca, pero yo seguía estando lejos; abrí los ojos: los suyos estaban cerrados. Cerré los míos y vi a Edith esa tarde, «ah, amor mío»; y pensé «está pensando en Hank, detrás de estos ojos entornados, su cráneo es la alcoba de una adúltera», y ahora él también estaba ahí y me había dado cuarenta dólares y era Hank, no yo, sino Hank quien hacía malabares con nosotros y quien haría que todos nos salvásemos y entonces nos corrimos, Hank y Terry y Edith y yo, y dije «Buenas noches, amor mío», y me di la vuelta y me dormí.

A la luz de la luna de una noche de verano, en un cementerio a seis calles de mi casa, acostado quizá entre los huesos de algún viejo ballenero y a la sombra del pedestal de un ángel de dos metros, Hank le hizo el amor a mi pelirroja esposa.

A medianoche los había dejado en el porche. Edith estaba con gripe y Hank se había acercado a tomar algo después de cenar; yo había cobrado el día anterior y le di diez dólares que no quiso aceptar. Estuvimos bebiendo en el porche, pero yo estaba cansado y me quedé escuchando mientras ellos conversaban sobre libros y películas, hasta que al final me fui a la cama; sus voces sonaban como el zumbido de un tren eléctrico desde la esquina de la casa, a través de la mosquitera de la ventana abierta. Cuando me desperté, el corazón se me aceleró porque sabía lo que yo todavía ignoraba. El silencio atronaba aún más que antes sus voces, y escuché por si oía el crujir del suelo, el clic del Zippo, algún susurro antes de que este se disolviera en el aire. Pero a mis carnes no llegaba más que el silencio, por lo que seguramente no estaban en casa; a menos que, mientras hacían el amor en el salón o el estudio, hubieran oído mi corazón al despertarme y ahora esperasen a que volviera a dormirme como esculpidos en amoroso tableau. O quizá estuvieran en el jardín y, si salía de la casa, al doblar la esquina me toparía con la imagen de ella abierta de piernas bajo la luna y la blanca circunferencia del culo de Hank en plena faena.

La luna brillaba demasiado para que la manecilla fosforescente del reloj fuera visible; me acerqué con tensa cautela al lado de Terry y levanté el reloj de la mesita de noche: las dos y veinte. Esperé otros diez minutos, observando expectante la pálida luz gris de la luna, hasta que comprendí a las claras que lo que oía era el vacío, no su silencio. Y si de verdad me estaban escuchando, emplearía mi astucia con ellos: me di la vuelta y apoyé los pies de golpe en el suelo, me fui al baño de al lado del dormitorio y encendí la luz. Tiré de la cadena y salí por la otra puerta, en dirección a la cocina, el comedor, el salón, y me asomé al porche. La noche estaba fresca y sentí un escalofrío ahí parado, con mi camiseta tan blanca y visible a la distancia. El coche de él estaba aparcado enfrente. Habían dejado los vasos en la escalera. Los recogí: lima y agua con olor a ginebra. Después regresé a la cama y esperé, y los vi bajo el sauce del jardín trasero, cuyas ramas penden casi hasta el césped, y me hice la pregunta y sí, dije, quiero los

cuernos; pónmelos, Hank, pónmelos. Me habría gustado que mi maravillosa Edith estuviera ahí conmigo y hasta en dos ocasiones levanté el teléfono y en una de ellas llegué a marcar los tres primeros números, pero estaría durmiendo con su fiebre y lo cierto es que aún no tenía nada que contarle, no sabía nada, y luego de eso me acosté y, con el corazón palpitante y en guardia, esperé y fumé.

Pasados diez minutos de las tres, Hank puso el coche en marcha. Corrí de puntillas hasta la ventana del salón justo a tiempo para ver cómo el vehículo se alejaba del bordillo y Terry se quedaba fumando en la acera; levantó una mano y saludó mientras él conducía calle abajo. Hank respondió prendiendo la luz del habitáculo, pero no acerté a verlo y, al instante, la luz volvió a apagarse y el coche, iluminado tan solo por los faros traseros, se perdió de vista y la calle quedó de nuevo en silencio. Ella continuó fumando. Cuando tiró la colilla a la calle y se giró hacia la casa, volví corriendo al dormitorio. Entró en casa y cruzó el salón en dirección al comedor y el cuarto de baño. Permaneció ahí un rato: dejó correr el grifo, tiró de la cadena, luego otra vez el grifo. Después se fue a la cocina, abrió una cerveza y se fue al salón; el mechero se abrió, raspó y se cerró. Cuando se acabó la cerveza, la dejó sobre la mesita de centro y vino al cuarto.

—¿Dónde estabas?

Se quitó la ropa, la dejó tirada en el suelo y las mentiras le resquebrajaron la voz:

—Me he desvelado y, como no podía dormirme, he salido a dar una vuelta.

Salió desnuda al salón y regresó sacudiendo la cajetilla para sacar un cigarrillo, lo prendió y se metió en la cama.

—Terry.

—Qué.

—No tienes por qué decirme eso. Me he despertado a las dos y veinte.

Aspiró una calada. En todo ese rato no me había mirado.

—Cabrón. ¿Has llegado a acostarte?

—Sí.

—Ojalá pudiera creérmelo.

—Estaba cansado.

—Podrías haberme dicho que viniera contigo a la cama.

—Podrías haber venido tú misma.

Apartó la sábana y la manta, salió de la cama y, la piel pálida y el cabello suelto, se fue de la habitación. Volvió con una cerveza, se metió en la cama, se tapó y se dobló la almohada debajo de la cabeza para poder beber.

—Lo que pasa es que me encuentro sola. Soy una mujer, lo siento, no puedo ser otra cosa, y necesito que me lo digan y necesito que me hagan el amor, y tú ya no haces el amor conmigo, tú me follas; estaba sentada en los escalones con él y me ha cogido la mano y me ha estado escuchando mientras le decía que este matrimonio es una mierda porque tú no ves más que la casa, a mí ya ni me ves, y entonces ha dicho que fuéramos adonde está el ángel de bronce, que nunca lo habíamos visto de noche, y eso me ha hecho feliz y he sido feliz mientras hacíamos el amor...

Así que al final lo había hecho. Sentí que un bulto bajaba por mi garganta hasta el pecho, las piernas, para luego perderse como espuma de mar, frío como el mar.

—... y después me he quedado mirando las alas y por primera vez desde que nos hemos ido del porche he pensado en ti, y por un instante, bajo aquellas alas, te he odiado por haberme empujado a esto. Luego se me ha pasado. Quería volver a casa y sellar la brecha que hay entre nosotros, pegarla como si fuera un asqueroso mueble viejo, quería dar una palmada y que se me apareciera Campanilla, hacer algo profundo y mágico que nos permitiera volver a ser como éramos cuando éramos felices. Cuando tú me querías y yo nunca habría hecho el amor con nadie más. Y mientras volvía a casa quería echarme a correr para estar a tu lado, aquí en la cama, en esta casa, con mi marido y mis hijos porque este es mi lugar. Y creo que ahora mismo te quiero más de lo que te he querido desde hace años, pero estoy furiosa, Jack, en el fondo de mi sangre estoy furiosa porque todo

esto lo tenías preparado, tú querías que ocurriera y ahora ya ha ocurrido y no sé qué más puede pasar, porque esto no se ha acabado, hacer el amor es algo que no se acaba nunca...

—¿Vas a volver a verlo?

—No.

—Entonces se ha acabado.

—Por Dios, ¿te crees que hacer el amor es como fumar? ¿Que cuando lo dejas se ha acabado? No solo es el acto. No entiendo cómo puedes ser así..., es el sentimiento, es...

Dio un trago, se incorporó ligeramente y dio otro trago, un sorbo largo, echando atrás la cabeza, y después prendió un segundo cigarrillo con el que todavía no había acabado de fumarse.

—¿Qué es? —dije.

—Lo que prometes.

—¿Le has prometido que volverías a verlo?

—No le he dicho nada. El hecho de abrirte de piernas es la promesa.

—Pero él habrá dicho algo.

—Ojalá pudieras oírte la voz ahora mismo, lo que acabas de decir, ojalá te hubiera grabado porque entonces te obligaría a escucharte hasta que tuvieras que ir al psiquiatra a averiguar por qué has puesto esa voz tan asquerosamente empalagosa. A ti esto te gusta. Claro que te gusta. Pues que sepas que hemos tardado un rato en llegar al cementerio porque nos íbamos parando para besarnos, y cuando caminábamos lo hacíamos despacio porque íbamos abrazados y él no me quitaba la mano de las tetas, y cuando hemos llegado al ángel ni siquiera nos hemos fijado en él, ni lo hemos mirado, nos hemos desvestido, nos hemos acostado en el suelo y hemos follado, Jack, hemos follado como locos, y yo estaba tan cachonda que me he corrido antes que él; la segunda vez me he puesto yo encima y lo hemos hecho despacio y sin prisa y yo le he dicho que lo quería y que te quería a ti también, a ti, pobre diablo, cornudo, enfermo, mírate la

cara... por el amor de Dios, ¿con qué me casé?

—Anda, cállate.

—¿Por qué? Deberías estar partiéndome los dientes a golpes. Pero no. Te gustaría mirar. ¿Es eso? ¿Es eso lo que quieres, Jack?

Me incorporé decidido a golpearla, pero me detuve aun antes de que viera venir el puño, y entonces abrí la mano y señalé a sus ojos, con el dedo cerca, muy cerca, y me apetecía clavárselo, abofetearla, estrangularla, y el dedo me temblaba mientras yo intentaba no ponerme a gritar bajo los cuartos de los niños y la voz sonaba ronca y constreñida en mi garganta:

—Mira, Terry, fóllate a quien quieras y cuando quieras y donde quieras, pero ni se te ocurra venir a darme sermones de mierda sobre el alma de un hombre al que nunca has comprendido.

De repente rompió a reír, al principio con una risa franca, o por lo menos una sonrisa, pero luego recostó la cabeza en la almohada y arqueó la garganta, los hombros y los pechos empezaron a temblarle, y la carcajada se prolongó retronando en el aire con fuerza; la tensión se diluyó en mi brazo y salí de la cama para no tener que tocar siquiera las mismas sábanas que ella.

—Ay, por Dios, ¿sermones de mierda sobre qué? ¿El alma de un hombre al que nunca he comprendido? Ay, pobre, pobrecito mío, pero si es muy sencillo. Ahora tú vas de liberal, que si el amor libre, que si fóllate a quien te dé la gana, ay, pero qué manera de hablar y hablar y hablar cuando en realidad todo obedece a una pequeña tara que no eres capaz de admitir: eres un pervertido, Jack. Necesitas ayuda. Y lo siento, de verdad que lo siento, pero yo no puedo hacer nada por ti. Esta noche he hecho el amor con Hank y mañana quiere verme, o esta tarde, mejor dicho, y en cuanto me acabe esta cerveza me voy a dormir porque los niños no tardarán en levantarse y tú no eres famoso precisamente por las veces que les has preparado el desayuno...

—Ya lo haré yo, no te preocupes, ya lo haré yo.

—Perfecto. Al menos puedes hacer eso. Con mi otro problema no puedes ayudarme, como tampoco yo puedo ayudarte con el tuyo. Mira, ya soy mayorcita y esta noche sabía muy bien lo que estaba

haciendo y no sé si mañana..., o sea, hoy..., seré capaz de decir mira, Hank, anoche fue anoche y hoy es hoy y, en fin, que no quiero que eso se repita. Lo que quiero decir es que hasta tú, con esas ideas tan liberales y progresistas, tienes que admitir que el adulterio también tiene su ética, supongo que me entiendes. En fin, que hay cosas que tengo que pensar.

—De acuerdo —dije saliendo de la habitación—. Haz lo que puedas.

—Ah, muy bien. —Me detuve en la puerta, pero sin girarme—. Eso es lo que dicen todos mis buenos amigos existencialistas cada vez que les pido consejo: haz lo que puedas. Pues eso haré, Jack, eso haré.

Me fui a la cocina y me tomé una ale y cuando Terry se quedó dormida me fui a la cama.

A la mañana siguiente me levanté el primero y, aunque solo había dormido cuatro horas, me sentía totalmente despierto y alerta. Todo estaba en silencio, salvo los pájaros. Me vestí viendo cómo Terry dormía cara arriba, con la boca abierta; pisé su ropa, que seguía en el suelo, y al cruzar el salón recogí su lata de cerveza de la noche anterior y me la llevé a la cocina. Entre el silencio podía sentir la presencia de mis hijos durmiendo en el piso de arriba, como si me acariciasen con su respiración. Salí al porche: era una mañana soleada, azul y fresca. Me fui en coche hasta una pequeña tienda de ultramarinos para comprar el Globe y cigarrillos. Después conduje hasta una estación de servicio donde había una cabina de teléfono y estacioné, pero no llegué a salir del vehículo. Solo eran las nueve menos cinco del domingo, estarían durmiendo. Por lo menos Hank. Ella quizá no, así que conduje hasta su calle: todas las casas se veían tranquilas, también la suya. Pasé por delante, di media vuelta en un vado y regresé por donde había venido, decidido a pasar de largo; pero entonces paré y caminé hasta la puerta trasera de la casa y ahí estaba ella, en la cocina tenuemente iluminada, apartada del sol, sorprendida, mirándome con el camisón puesto y una sonrisa feliz mientras abría la puerta con cuidado para no hacer ruido con el cerrojo. Entré y se me abrazó con fuerza y yo le acaricié el suave cabello recién cepillado y aspiré su olor a dentífrico y jabón.

—¿Ya te encuentras bien?

—Se me ha ido la fiebre. ¿Lo pasasteis bien anoche?

—Hicieron el amor.

Apartó la cabeza para mirarme y dijo:

—¿En serio? —Y pegándose de nuevo a mi mejilla añadió—: ¿Te lo ha dicho ella?

—No quería, pero yo ya lo sabía, me desperté. Se fueron adonde el ángel de bronce.

—¿Estás celoso?

—No. —Ella seguía abrazada a mí, frotando su mejilla contra mi pecho. La cocina estaba limpia—. Puede que hoy vuelvan a quedar. Si es así, podemos vernos tú y yo.

—Se llevarán los coches y nos quedaremos con los niños.

—Mierda.

El agua empezó a hervir; me soltó y apagó el fuego. Luego volvió.

—¿Y tú cómo estás?

—Todavía débil, pero nada más. Ya te he dicho que se me ha ido la fiebre.

—Por lo de ellos, quiero decir.

—Bien. Me parece bien. Así dormirá hasta tarde.

—Podría despertarse.

—Lo oiríamos, estaríamos justo debajo del dormitorio. Lo primero que hace siempre es ir al baño.

—Sharon —dije.

—Ella también dormirá hasta tarde.

Fuimos hacia la puerta; Edith hizo un alto para echar café instantáneo en un par de tazas y verter el agua. Después cruzamos la casa de puntillas hasta el cuarto de invitados.

Cuando me fui tras tomarme el café, que todavía no se había enfriado demasiado, Sharon estaba bajando la escalera. Antes de subirme al coche lancé un vistazo hacia el dormitorio donde Hank estaba durmiendo.

Al llegar a casa me resistí a entrar; me quedé sentado en los escalones de la parte trasera leyendo la página de deportes. Podía oler el cigarrillo de Terry, luego la oí y finalmente salió con el salto de cama, el cabello sin peinar, y se sentó a mi lado y me puso una mano en el hombro. A punto estuve de dar un respingo.

—Me he asustado —dijo— al despertarme y ver que no estabas. Creí que te habías ido.

—Me había ido. A comprar tabaco y el periódico.

—¿Y por qué has tardado tanto?

—He dado una vuelta con el coche, hace una mañana espléndida.

—¿Espléndida?

Alcé la vista del periódico y señalé con la mano hacia los árboles, los tejados y el cielo.

—Parpadea y mira.

—La barba se te ve bonita con este sol. Se le hacen reflejos rubios y rojizos.

—Eso es por ti y por los niños.

—Creía que me habías dejado.

—¿Por qué iba a dejarte?

—Por lo que dije.

—Era tarde.

—Ya lo sé. Basta con que lo sepas tú también. Estaba a la defensiva porque tenía miedo y cuando tengo miedo soy cruel.

—¿Por qué tenías miedo?

—Porque tengo un amante.

—¿Eso es lo que has decidido?

—Yo no he decidido nada. Hice el amor con Hank, así que tengo un amante, lo pinte como lo pinte. ¿Tan poco te importa?

Había empleado la palabra adecuada: importar. Por lo tanto, tenía que hacer algo para despistarla. El secreto para cazar a un ciervo es que no sepa que estás vivo.

—Me importas tú. Es la monogamia lo que no me importa.

—Llevas años diciendo eso. Hace años que me levanto oyendo esa monserga. Pero hace tiempo no eras así.

—Hace tiempo no era muchas cosas.

—Yo no podría dejarte hacer lo que yo estoy haciendo.

—¿Entonces estás haciendo algo?

—Aún no lo sé.

—Pero quieres.

—Si supiera eso, sabría algo.

—¿Cómo es posible que no lo sepas? Yo sí lo sé.

—¿Qué sabes?

Ahora su mano estaba en mi brazo; yo tenía los ojos puestos en las estadísticas del partido.

—Te quedaste ahí fuera con él porque querías y creo que cuando volviste a casa tenías la intención de volver a verlo hoy y mañana y pasado y el otro, pero cuando viste que yo lo sabía se te hizo bola. No

pudiste asimilarlo. Renunciar en una misma noche a la monogamia y, además, tener que vértelas con que tu marido lo sabe, con que será él quien se quede con los niños mientras tú...

—No, cállate —dijo con tono suplicante, apretando los dedos en mi hombro—. Shhh, cállate.

—¿Es eso, sí o no?

—No lo sé. O sea, sí, claro que quería, y Hank me gusta; en cierto modo lo quiero, y a ti también, en ese sentido nada ha cambiado, lo que pasa con Hank es que... —Volvió a apretarme el hombro y, sin apartar los ojos del periódico, percibí una sonrisa falsa en su voz—. Es lujuria amistosa, solo eso. Pero vivir así quizá no pueda llamarse matrimonio.

—Pero estamos casados. Tú y yo estamos casados. Somos un matrimonio.

—Quizá no por mucho tiempo.

—Ojalá Boston jugara en la Liga Nacional. ¿Quieres decir que te da miedo acabar fugándote con él?

—No. Por Dios, no. Hay muchos motivos por los que un matrimonio puede dejar de ser un matrimonio.

—Estás asustada porque te pilla de nuevas.

—Si yo continuara con Hank, tú querrías estar con una chica. Pensarías que tienes derecho. Quizá incluso con Edith, y eso sí sería horroroso.

—Se me hace extraño que, cuando todavía no has decidido si vas a hacer el amor o no con un hombre que dices que es tu amante, pienses sobre todo en lo que podría hacer yo.

—No tiene nada de extraño. Eres mi marido.

—Es extraño y es indigno de ti. Esto es algo entre tú y Hank, no va conmigo.

Sacó una cajetilla de cigarrillos del cartón que yo acababa de comprar

y se quedó sentada fumando mientras yo leía.

—¿Tienes hambre? —dijo.

—Sí.

—¿Tortitas y huevos?

—Alforfón. ¿Se han levantado los niños?

—No. Creo que hoy me los llevaré a la playa. ¿Quieres ir con nosotros?

—Quiero ver el partido.

—Creo que le voy a decir que no.

—¿Es eso lo que quieres?

—No lo sé. Estoy asustada.

—¿Porque yo lo sé?

—Porque hay algo que saber.

Se fue adentro. Leí los promedios de bateo, los registros de los lanzadores y luego el resto del periódico mientras oía como ella lavaba los platos y cazuelas de la noche anterior. Luego se puso a freír panceta y yo me quedé allí, escuchando y oliendo, hasta que oí que Natasha y Sean bajaban la escalera. Nos tomamos nuestro tiempo para comer; finalmente, Terry encendió un cigarrillo y dijo: «Muy bien», y se fue al dormitorio y cerró ambas puertas. Distinguí su voz, pero nada más. Natasha y Sean se fueron arriba a vestirse, y cuando Terry volvió a la cocina se acercó al pie de la escalera para llamarlos y decirles que se pusieran el traje de baño.

—¡Nos vamos a la playa!

—¡La playa! —dijeron—. ¡La playa!

—¿Cómo lo has hecho? —dije.

—Se ha puesto él. Ha dicho que de acuerdo. Le he preguntado cómo

estaba Edith y me lo ha dicho.

—¿Esa era la señal?

—Sí.

—Pobre Hank. ¿Y si hubieras decidido quedar con él?

—No le habría llamado.

Llevaba toda la mañana fumando mucho. Y entonces se puso a preparar un bloody mary.

—¿Quieres uno?

—No. ¿Cómo está Edith?

—Bien. Se le ha ido la fiebre.

Desde hace unos años tengo alergia espiritual a las palabras marido y esposa. Cuando leo u oigo la palabra marido veo a un hombre siniestramente tranquilo en el interior de un coche; es domingo por la tarde y la familia habla a voz en grito mientras él conduce. El día terminará con helados, la tapicería pegajosa, cansancio y mal humor. Cuando era joven, tenía las virtudes de un loco: rabia y pasión y generosidad. Ahora es de los que coge un estropajo húmedo de la cocina para frotar el helado reseco de la tapicería. Anhela la compañía de hombres gritones y procaces, le gustaría tomar bourbon y pelearse con alguien en un bar, agenciarse alguna chica joven y guapa y amarla toda la noche. Cuando alguien dice la palabra esposa veo la cara segura, posesiva y divertida de una mujer en su cocina, entre cortinas brillantes y paredes y el olor a la grasa caliente; le ofrece un beso a su marido cuando este regresa a casa, fondón y sobrio, de camino hacia alguna nebulosa meta que empezó siendo amor y con el matrimonio se trocó en prosperidad para convertirse ahora en una respetable supervivencia. Ella lleva puesto un vestido nuevo. De su corazón artero penden los cojones de él a la manera de un trofeo arrebatado en lid a un joven héroe caído hace mucho.

La alergia me hizo resollar una vez más mientras, de pie en el césped,

veía cómo Terry, Natasha y Sean se iban a Plum Island con el coche. Llevaban una cesta de pícnic, una nevera de poliestireno con refrescos y cerveza, una bolsa de playa llena de cigarrillos y toallas, y una manta. El coche en el que se fueron pedía a gritos que lo jubilasen. El ruido de las cortacéspedes empezaba a desgarrar la hermosa atmósfera de aquella mañana. Una de ellas se encontraba en la acera de enfrente, dos casas más a la derecha; el hombre que la empujaba era calvo e iba en camiseta y pantalón corto. La de la izquierda se encontraba en mi lado de la calle, detrás de unos setos, y solo pude ver al tipo cuando llegó al final de su parcela y dio la vuelta. Me senté en el césped y me puse a mascar una brizna de hierba mientras observaba al hombre calvo. Me pregunté en qué estaría pensando. Entonces pensé que seguramente no pensaba en nada de nada. Porque si pensase, habría apagado la máquina con la que estaba segando el césped, se habría ido al garaje y se habría clavado las tijeras de podar en el gaznate.

Y, sin embargo, de vez en cuando te las encontrabas: sentadas en los restaurantes, parejas mayores de veinte y veinticinco y treinta años que se miraban con afecto y, sobre todo, conversaban. Verlas era siempre algo portentoso y cuando me las encontraba intentaba oír lo que decían. Por regla general, cosas amenas y triviales: marineros entrados en años hablando en clave en un lenguaje que han dominado toda la vida. La mayoría de las parejas me inspiraban desasosiego y desprecio, pero a estas las observaba con la fascinación de quien encuentra un tigre feliz en un zoológico; y con envidia. «Podrían estar fingiendo», dijo Hank una vez. Estábamos en un bar. El camarero de la tarde había terminado su turno, su esposa lo esperaba en uno de los reservados y se tomaron una copa mientras conversaban; en un momento dado se echaron a reír en voz alta. «Hay dos clases de personas —dijo Hank—. Las que son infelices y lo parecen y las que lo son pero no lo parecen.»

Entré en casa, subí al piso de arriba y puse el partido. El matrimonio de Hank no era una tumba porque Hank no estaba muerto; utilizaba el matrimonio como base desde la cual se desplazaba en acimuts de locura y a la cual regresaba cuando se sentía cansado. Edith se aferraba a esa base, pero era una mujer herida y, en los primeros tiempos, cuando empezó a sospechar que Hank no le era fiel, la compañía de ellos dos resultaba desagradable: podías oler el veneno en su hálito, sentir los pequeños dardos que se lanzaban uno a otro.

Ahora ella también tenía una vida al margen y, cuando regresaba a casa, ambos se sentaban en la cocina con sus secretos, que eran lo que los mantenía con vida, y volvían a bromear y a ser amigos. Era así de sencillo y lo único que se requería era que ambas partes renunciaran a los celos y se convencieran de que aquella amistad parental era lo mismo que ser amantes. Hank y Edith lo sabían y yo lo sabía. Me había despertado feliz, creyendo que Terry también lo sabía, y ahora, después de su primera noche, estaba en la playa con los niños y volvíamos a ser marido y mujer. Me quedé arriba viendo el partido. De fondo, como si saliera de las calles situadas tras el estadio en blanco y negro, sonaba el rumor de las cortacéspedes.

Después de cenar, Terry vino al salón, donde yo estaba leyendo en el sofá. Los niños estaban arriba viendo la televisión.

—Hank ha venido a la playa.

—¿Y os habéis encontrado? ¿Un domingo de sol en Plum Island? Madre mía, este se ha enamorado.

—Eso dice.

—¿En serio?

—Ya, ya sé que no significa nada, que son cosas que se dicen... Quiere verme esta noche. —Estaba fumando—. Ojalá anoche no hubiera hecho eso. Pero lo hice y no me parece bien decir sí y al día siguiente decir no, o sea, que no lo hice porque estuviera borracha ni nada, era consciente de mis actos. Pero tengo miedo, Jack. —Se sentó en el sofá; yo me aparté para dejarle espacio y ella me tomó de la mano—. Mírame. Sé sincero, ¿qué piensas? ¿O qué sientes? ¿A ti no te da miedo? ¿Que la gente vaya por ahí follando con quien sea?

—No, no me da miedo.

—¿Entonces por qué a mí sí? Sobre todo siendo yo la que... Maldita sea.

—¿Cómo te has sentido en la playa?

—Culpable. No sé ni cómo he podido hablar con él mientras vigilaba a los niños.

—¿Le has dicho que os veríais?

Ella bajó la vista y dijo:

—Sí.

—Pero ya no quieres ir porque te da vergüenza salir de casa ahora que sé adónde vas. Si yo no lo supiera, habrías buscado alguna excusa para salir. ¿Hank sabe que yo lo sé?

—No se lo he dicho. Sería muy raro cuando quedásemos los cuatro. ¿Tú no te sentirías extraño? Cuando lo veas mañana, por ejemplo.

—No lo creo. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—Tengo que pensarlo.

Se fue a la cocina. Escuché cómo lavaba los platos: lo hizo muy despacio, y el sonido del grifo y el sordo entrechocar de la loza al colocarla en el escurreplatos se oían cada vez más espaciados, cosa que me hizo suponer (y no me equivocaba) que había lavado menos de la mitad de los platos cuando la oí dirigirse apresuradamente al baño. Se dio una ducha rápida, debía de ir algo justa de tiempo, y luego dejó la puerta abierta para que el vapor se disipase. Justa o no de tiempo, por supuesto, perdió un buen rato entre rulos, brochas y potingues para acentuar una belleza que, en cualquier caso, era franca y natural, a pesar de que cada vez que salía de casa o alguien venía de visita se empeñaba en trabajarla. Eso era algo que siempre me había molestado: en cuanto un coche paraba delante de casa, Terry se iba corriendo al baño para ponerle a quienquiera que fuese una cara más bonita que la que ponía para mí. Aunque también creo que lo hacía por ella misma. Cerró el armarito del baño, abrió el grifo una última vez y se dirigió rápidamente al dormitorio; yo, recostado en el sofá, miré por encima del libro de Tolstói; iba envuelta en una toalla y rodeó la cama hasta el armario. Ponía mucho cuidado en no mirarme. Si quería verse en el espejo, no tendría más remedio que hacerlo o girar la cabeza, de modo que levanté el libro y continué leyendo mientras ella apartaba unos cuantos vestidos, los examinaba y elegía uno. Cuando cruzó el cuarto para ponerse delante del espejo de cuerpo entero, pude sentir su mirada. Intenté leer sin prestar atención al clic del sujetador, el roce del vestido al deslizarse sobre su cabeza y bajar por su cuerpo, a los golpes de cepillo en el pelo. Levanté la vista

justo cuando ella entraba en el salón con el vestido amarillo y unos zapatos de color amarillo brillante; el pelo, largo y suave, le caía divinamente por detrás de la tela amarilla de los hombros. En cuanto la miré, abrió el bolso, tiró dentro un paquete de cigarrillos nuevo y se quedó contemplándolo. Se había maquillado los párpados de verde.

—Bueno... —dijo.

—Muy bien.

—Lavaré los platos cuando vuelva.

—No sufras.

Me miró con unos ojos relucientes de ambivalencia: amor, afecto o quizá solo nostalgia, y, entreverado con esa ternura, un punto de odio. A lo mejor ella también sabía que nuestro matrimonio había cambiado para siempre y me echaba a mí la culpa; o quizá no era el matrimonio lo que la inquietaba, sino ella misma, porque se disponía a salir de casa de noche, cortadas las amarras, y yo era el hombre del hacha que la condenaba a errar a la deriva por aquella bahía sin luna. La cara me hervía. Ella se dio la vuelta de forma abrupta y se fue al piso de arriba y la oí hablar con los niños. Estuvo un rato. Luego bajó y me llamó desde la cocina:

—La película acabará sobre las once.

Yo seguí leyendo. El libro podría haber estado en latín y habría sido lo mismo. De pronto la mosquitera se abrió otra vez y ella volvió a entrar en la cocina, pero mi corazón no respondía; se fue al dormitorio pasando por el baño, las llaves del coche tintinearon cuando las recogió de la cómoda y, en cuanto mi corazón empezó a alzarse, ella ya no estaba. Al cabo de un rato conseguí reanudar la lectura y volví sobre las páginas que había leído sin leerlas; leí veinte minutos hasta estar seguro de que Hank había salido también, entonces me fui al dormitorio y llamé a Edith.

—«Iván Ilich había tenido una vida de lo más corriente y sencilla, y por eso mismo terrible.»

—¿Quién dijo eso?

No era una mujer muy leída, pero daba igual; la quería también por eso y, además, ¿qué había que esperar de una mujer, aparte de que fuera limpia y apacible y afectuosa y, entonces, amarla?

—Tolstói. Nuestras vidas no son tan corrientes y sencillas.

—¿Ella también se ha ido?

—Al cine. Eso es lo que me ha dicho para que los niños la oyeran repetir lo mismo que les ha dicho a ellos. Una nueva variante de la clásica colusión marital contra los hijos. Pero también me ha dicho la verdad.

—Él se ha ido a ver un western. Dice que así se relaja y al día siguiente escribe mejor. Yo no soporto los westerns.

—A mí me encantan. Esta noche ponen uno en televisión y lo veré con los niños.

—Vamos a tener que hacer algo con los coches.

—Habrá que poner lista de espera o algo.

—Querida mamá, por favor, cómprame un coche para que pueda quedar con mi amante cuando Hank queda con la suya.

—¿Así de rica es?

—Así de rica. Te echo de menos.

—Mañana. ¿A las once?

—Iré a comprar.

—Yo iré a la biblioteca.

—Empiezas a repetirte un poco. Un día de estos se pasará por ahí a ver si estás.

—Es demasiado perezosa. Además, como las cosas sigan así, a lo mejor puedo dejar de inventarme excusas.

—Yo no contaría con eso.

—Ser cornudo está bien, pero resulta aburrido. Llama a la canguro y pide un taxi.

—Anda, vete a ver la película con tus hijos.

Terry no había guardado sus productos de belleza, que seguían encima del lavamanos y de la cisterna del retrete; tuve que cerrar algunos frascos y guardarlo todo en el armarito. Luego me acerqué al pie de la escalera y llamé a los niños.

—¡Qué!

Cuando levantaban la voz, ambos tenían el mismo tono; supuse que sería Sean.

—¡Poned el canal siete!

—¡Qué ponen!

—¡Una de vaqueros! ¡Con sombreros, caballos y pistolas!

—¡Vaqueros! ¡Podemos verla!

—¡Claro!

—¡Toda!

—¡Claro que sí! ¡Toda!

—¡Tú también la verás!

—¡Sí! ¡Subo enseguida!

Saqué una cazuela del lavavajillas y la lavé para hacer palomitas. Sean gritó que la película ya había empezado y le dije que sí, que ya lo sabía, que podía oír los cascos de los caballos y que subiría en un plis plas. Había Coca-Colas escondidas en el armario para que los niños no se las bebieran todas en un día. Las serví con hielo, me abrí una botella de Pickwick, saqué una jarra de cerveza y me lo llevé todo para arriba en una bandeja.

—¡Uala! ¡Súper! —dijo Natasha.

—¡Palomitas!

Arrastré la mesita de centro hasta el sofá y coloqué la bandeja encima.

—Siéntate en medio —dijo Natasha.

Cuando me senté, Sean me abrazó.

—Papá es lo más.

—Ahora mamá está viendo una película y nosotros otra —dijo Natasha.

—¿Qué película ha ido a ver mamá?

—Creo que una de vaqueros.

—¿Y tú no querías ir?

—No. Quería ver esta. Veréis como pronto se carga al tipo ese.

—¿A quién?

—Al malo gordo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque si no se lo carga, no nos quedaremos contentos.

Cuando la película terminó, los arropé, les di un beso y volví abajo con Tolstói y el sofá; mientras leía iba mirando el reloj y, a medianoche, pensé que ella nunca se pone el cinturón de seguridad, da igual las veces que se lo diga y lo gráfica y ominosamente que se lo explique. Continué leyendo y me acordé, aunque sin quererlo, de Leonard, de Míchigan: se había casado joven, había madurado antes que su esposa y la odiaba. Cuando estaba borracho, solía decir: «Nadie odia a su mujer tanto como yo a la mía». Y una noche, mientras tomábamos unas cervezas —era un tipo grandullón, levantador de pesas y bebedor de cerveza como he conocido pocos—, dijo: «Se me ha ocurrido la manera en que uno puede matar a su mujer. La sacas a dar una vuelta en coche, ¿de acuerdo?, y te llevas un casco y lo dejas

ahí en el asiento, entre los dos, y ella se pregunta qué pinta eso ahí, pero como es así de burra la tía no dice nada, ella nunca dice nada de nada, ya puede caerse el mundo que ella se limita a pestañear como una imbécil y a mirar de esa forma que nunca acabas de saber si de verdad tiene algo en la cabeza, entonces te desvías por una de esas carreteras de campo con rectas largas de cojones, te pones el casco, le desabrochas el cinturón, pisas a fondo, te estrellas contra un puto palo de teléfono y tiras el casco a tomar por culo...».

Deseé que la película no se hubiera acabado para estar todavía arriba viéndola con los niños; la salita de la tele era una estancia donde uno podía sentirse a gusto, la más limpia de la casa por el hecho de que no había casi nada: un sofá, dos tumbonas de lona, la tele y una mesita de centro. En el suelo había una pelota de playa y unos cuantos camiones y coches de juguete. El secreto residía en no hacer demasiada vida en la salita. A Terry lo que la derrotaba era la vida: las habitaciones donde dormíamos y comíamos y el salón y los platos y la ropa. El problema era muy sencillo y habría podido resolverse con dinero, pero yo nunca ganaría tanto como para contratar a alguien que se ocupase del trabajo de Terry. De modo que no había solución. Hace dos años, Terry tuvo una neumonía y se pasó una semana en el hospital. Natasha, Sean y yo nos las arreglamos estupendamente. Cada cual se hacía su cama y lavaba su plato y su vaso y su cubierto, y para las ollas hacíamos turnos; todos los días yo me encargaba de lavar la ropa, doblarla tan pronto como estuviera seca y guardarla; esa semana pasé la aspiradora dos veces por toda la casa. Todo esto apenas me consumía tiempo y en ningún momento sentí el menor agobio. Cuando a Terry le dieron el alta, volví a cederle el testigo de la casa y, aunque los niños dejaron de hacerse la cama y de lavar los platos, le expliqué lo bien que se habían portado. En adelante podríamos haber seguido haciendo lo mismo, y yo incluso podría haber tenido una bolsa aparte en la cual meter mi ropa sucia cada noche, podría haber puesto mi propia lavadora una vez a la semana y lavado mis platos y haberme ocupado de las ollas por turnos, podría haberme hecho cargo de la casa como si viviera con otro hombre. Pero no estaba dispuesto a hacerlo. Si Terry siempre se hubiera ocupado de la casa y se ocupara de ella también ahora, entonces podría haberle echado una mano sin que se me cayeran los anillos y lo habría hecho. Pero tal y como se había vuelto últimamente, no.

En Míchigan, cuando yo estaba haciendo el doctorado, Terry encontró

una vieja granja en el campo por cien pavos al mes, y durante un tiempo estuvo desbordante de emoción: cuando yo llegaba a casa me encontraba los muebles cambiados de sitio, y una tarde le dio por pintar el baño de naranja. El propietario pagó la pintura del baño y un par de botes de amarillo para la cocina; el hombre era un antiguo granjero, vivía al otro lado de una carretera de tierra, le tenía un gran aprecio a Terry y le dijo que cuando terminase con la cocina le compraría pintura para el resto de las habitaciones. De los colores que quisiera. Durante unos días, Terry no hizo más que hablar de posibles colores, me preguntó cómo me parecía que debían ser los dormitorios y los pasillos, y entonces pasó una semana, y otra, y por fin, un día que yo había salido a correr por la carretera, el señor Kenfield, que estaba recogiendo el correo, me preguntó cómo iba lo de la pintura. «Ahí vamos», grité por encima del hombro. Esa misma tarde pintamos la cocina. Yo estaba de morros porque debería haber estado estudiando, así que pintamos en un silencio casi absoluto, escuchando la radio, mientras Natasha miraba y decía cosas. Cuando terminamos, dije: «Muy bien, y ahora le dices a Kenfield que estás demasiado ocupada para pintar el resto de las habitaciones. Por lo menos ahora, cuando venga a tomar un café, verá las paredes amarillas. Y cuando vaya a mear, las verá naranjas. En fin, me voy arriba a hacer mis cosas».

Eso fue lo que hizo durante todo el doctorado: mis cosas. Cuando yo llegaba con un libro a casa, ella se lo leía antes que yo, y cuando mis amigos se pasaban una tarde a tomar una cerveza y a charlar sobre las clases y los libros y los trabajos, hablaba como si fuera una doctoranda. Un día tuve una ensoñación a propósito de su alma: ella, Rex y yo estábamos tomando cervezas en la mesa de la cocina y me quedé mirándola mientras hablaba de Hijos y amantes, y me acordé de ella apenas un año antes, cuando yo era alférez de navío y ella se quejaba de la petulancia con la que el capitán trataba a los oficiales de reserva y se reía de toda la burocracia con la que el oficial de suministros manejaba hasta los asuntos más sencillos y decía que ojalá hubiera todavía buques de guerra para que pudieran destinarme a uno y subir a bordo también ella. Y ahí, en la cocina de la granja de Míchigan, tuve una ensoñación en la que Rex y yo éramos jugadores de béisbol y acabábamos de terminar un partido, y Terry, que había seguido el encuentro desde detrás del dugout, decía ahora que desde el principio había visto que se me escaparían las bolas curvas y no conseguiría anotar, pero en la quinta me había visto salir al plato y

conseguirlo, y entonces había pensado que con el calor me cansaría, pero después de anotar cuatro carreras en la séptima —porque no lo eliminaron, yo sé que no lo eliminaron— se dio cuenta de que iba a conseguirlo... Y aquella voz que salía de detrás del dugout no se callaba. Y desde detrás del dugout subía al estudio donde yo trabajaba y se llevaba un libro al piso de abajo y más tarde, cuando yo bajaba al atardecer, con los ojos irritados de leer toda la tarde, me la encontraba en el sofá, leyendo.

Hace un par de años, ya en la casa de Massachusetts, un día arropó a Sean con las mismas sábanas secas que el niño había mojado la noche anterior; me di cuenta cuando subí a darles un beso de buenas noches. Dos días antes había bajado al sótano y me había encontrado una cazuela y una olla de hierro en la escalera: había poca luz y al principio me pareció que tenían algo plantado, a lo mejor Terry estaba criando una de esas plantas que crecen a oscuras con la humedad. Entonces me agaché y me di cuenta de que en algún momento aquello había sido comida; ahora estaba cubierto de moho, pero en algunas partes acertaba a distinguirse algo debajo del moho, algo que algún día no habíamos terminado de comernos. Agarré las herramientas o lo que fuera que había ido a buscar y fui al salón; ella estaba sentada en el sofá, inclinada sobre el periódico abierto en la mesita de centro, y sin mirarla —porque no podía, tuve que mirar por encima de su cabeza— dije: «He encontrado esas cazuelas». Ella dijo: «Oh». Me di la vuelta. Nunca he vuelto a oír ese tono de culpa en su voz. Se levantó y se fue a la escalera del sótano; volvió a subir corriendo y, mientras atravesaba la cocina, se le escapó una arcada; seguidamente desapareció por el jardín trasero. Poco después oí la manguera. Yo estaba en el salón viendo a una pareja joven que empujaba un carrito de bebé; iban por el otro lado de la calle, caminando despacio por la acera. La chica llevaba el pelo corto y liso, de color castaño; tenía un rostro anodino y, a esa distancia, parecía algo rellena de caderas y plana de pecho. Y, sin embargo, la habría deseado para mí. Pensé que debía de ser una chica limpia; me imaginé su cocina, que habría dejado limpia y ordenada antes de salir a pasear. Terry volvió a entrar en casa a toda prisa; desde donde yo estaba, podría haberla visto si me hubiera dado la vuelta, pero no quise; cruzó la cocina, entró en el baño y cerró la puerta; luego la oí vomitar. Continué mirando a la chica y a su marido y al bebé hasta que desaparecieron de mi campo de visión. Al cabo de un rato, oí la cadena y el agua del grifo; estaba cepillándose los dientes. Después volvió a salir al jardín.

Durante dos días no mencionamos el incidente. Cada vez que la miraba —durante esos dos días, cada vez menos—, volvía a ver la cazuela y la olla de hierro, como si las llevara en el alma.

Sin embargo, cuando fui a darle un beso a Sean y olí su aliento, su límpida piel de niño y luego lo otro —el orín de la noche anterior—, bajé la escalera hecho una furia y me la encontré fumando un cigarrillo en la mesa de la cocina, donde se había hecho un hueco entre los platos sucios; estaba leyendo el teleprograma con tal cara de concentración que parecía que estuviera leyendo poesía, y en ese instante en que entré en la cocina y vi su cara antes de que le entrara el miedo, antes de que alzara la vista y viera la cólera que había en la mía, supe a qué obedecía tanta concentración: trataba de no pensar en todos aquellos platos, como quien barre las migas de la mesa para apartarlas de la vista, y entonces entendí que toda su vida era como aquel reconcentrado esfuerzo por no enfrentarse a los platos, al orín de las sábanas, a las cazuelas olvidadas en la oscuridad de la escalera.

—¿Qué más, eh? ¿Qué más? —dije con voz ronca y queda para que no me oyesen los niños.

Ella no sabía de qué le hablaba. Se asustó y supe que disponía de tres minutos antes de que el miedo, como siempre, diera paso a la ira.

—¿De qué más te escondes detrás del teleprograma? ¿Eh? ¿Se puede saber qué coño pasa contigo?

—¿Pero qué he hecho? —Todavía estaba asustada, sorprendida. Apartó la silla, empezó a levantarse. Hizo un gesto en dirección a los platos—. Lavaré esto en cuanto me acabé el... —Y ambos miramos al cenicero y la colilla humeante que ya no habría podido sostener entre los dedos.

—No es lo que haces, es el porqué. Podría decirte diez cosas que haces a diario, pero ni un solo motivo. Por qué vivo en la casa más asquerosa que me haya tirado a la cara. Por qué dices que me quieres, pero me haces vivir en una casa hecha una mierda. Por qué dices que quieres a tus hijos, pero no los bañas en varios días y ahora, además, dejas que Sean duerma entre los meados de anoche.

—Se me ha olvidado.

—Una mierda —dije casi susurrando—, estás haciendo lo mismo que con el teleprograma, esconderte. ¿También te olvidaste de las cazuelas que había en la...?

—¡No me hables de las cazuelas!

—Shhh. No te he hablado de ellas desde que me las encontré.

—¡Podía verlas en tu mirada! ¡Esa mirada criticona de mierda!

Y salió de la cocina. Yo me quedé escuchando: al llegar al piso de arriba aminoró el paso, entró sosegadamente en el cuarto de Sean y le habló con esa voz dulce, maternal, mimosa. Sean saltó de la cama. Al cabo de un momento Terry bajó con las sábanas sucias; cruzó la cocina sin decir nada y se metió en el cuarto de la colada; sacó la ropa húmeda del tambor para ponerla en la secadora y preparó una nueva colada. Encendió ambas máquinas. Conque también se había olvidado la ropa en la lavadora, también eso se le había pasado; aunque en realidad no era cierto. No se le había olvidado, no se le había pasado nada. Lo había... ¿qué? No lo sé. Por un segundo sentí el impulso de registrar la casa entera como si fuera un soldado decidido a expoliar su alma: de vaciar la canasta de la ropa por planchar y ponerle delante todas las camisas que no había visto desde hacía meses; de encender una linterna debajo de la cama de los niños para iluminar las pelusas de polvo, los pijamas sucios, los corazones de manzana; de levantar los cojines del sofá y agarrarla de la cabeza para que viera bien la tierra, la arena de la playa, las ceras y los lápices y las monedas; y así con todas las habitaciones, hasta el último cajón de todos aquellos cajones abarrotados e inútiles (o mejor dicho: útiles tan solo como papelera, como contenedor de almacenaje de cosas por hacer). Era lo que me apetecía: agarrarla por el brazo y llevármela a rastras a hacer la ruta de todos aquellos estropicios en los que, esa noche, veía los entresijos de un alma evasiva y trastornada.

Salí de la cocina al mismo tiempo que ella entraba desde el cuarto de la colada. Me fui al porche a fumarme un cigarrillo en la oscuridad. Era otoño y por unos instantes conseguí olvidarme de la casa. El aire era fresco, pero no soplaba viento, y con la sudadera se estaba relativamente a gusto; caminé hasta la esquina y di media vuelta mientras olía ese aire limpio y maravilloso. Después entré otra vez en casa. En cuanto puse los pies dentro, lo vi todo claro: ahí estaba,

esperándome, burlándose de mí, dejándome que saliera a disfrutar del aire limpio, de la paz, solo para arrearme otro palo al regresar.

Me quedé en el salón con un libro. Al cabo de dos páginas lo dejé y busqué otro que me sentase como me había sentado aquella noche de otoño; encontré uno y, al cabo de un par de páginas, supe que había acertado, no había ni casa ni Terry. El libro era Sábado por la noche y domingo por la mañana, y podía verme reflejado en él, un hombre soltero que bebe ginebra y ama a una mujer casada. Pensé en los niños, que dormían encima de mí, y sentí vergüenza; pero también la lánguida y persuasiva resaca del deleite.

De repente la oí cantar en la cocina. Se había puesto a lavar los platos; desde el cuarto de la colada, al otro lado, llegaba el traqueteo del tambor y el zumbido de la secadora. No quería que cantase. Canta sola en la cocina cuando está furiosa y le da vueltas a algo.

En ese momento supe que no podría seguir leyendo; algo tramaba. Aceleré el ritmo de lectura, como si a fuerza de velocidad hubiera de ser capaz de concentrarme y obviar su presencia. Conseguí leer casi una hora. Fue lo que tardó en limpiar la cocina; la lavadora y la secadora habían terminado, pero no había sacado la ropa seca para poner la húmeda a secar. Así pues, cuando entró en el salón con un bourbon con agua en la mano, ya libre de miedos y de culpas, con esa expresión en el rostro que delata que a veces sería capaz de matarme, levanté la vista, me puse en pie, lancé una mirada de desprecio no hacia ella, sino a través de ella, y con voz queda y fría dije que me iba a poner la ropa en la secadora.

—Espera. Quiero hablar contigo.

Nos quedamos mirándonos cara a cara.

—Podemos hablar mientras se seca la ropa.

—No. Porque ahora no puedo doblar la otra. Y no me mires así, maldita sea, pensaba doblarla.

Me senté, abandoné la posición de pelea y me aparté de su radio de alcance.

—Estoy harta de que me juzgues. ¿Quién te has creído que eres?

¿Quién eres tú para juzgarme? De acuerdo, sí, me he olvidado de que Sean había mojado la cama anoche. Si tú los despertases una mañana de cada mil, si tú los quisieras tanto como dices... Hay que tenerlos cuadrados para acusarme de no querer a mis hijos, pero esa es tu forma de pelear, como una zorra neurótica..., con indirectas..., pero si tú los despertases algún día, te habrías dado cuenta de que llevaba cuatro o cinco noches sin hacérselo, por eso no me he dado...

—Tres noches. Todas las mañanas viene a decírmelo.

—Está bien: tres. Ya te lo he dicho: se me ha olvidado. —Se había acabado el cigarrillo; sacó otro de la estantería—. Y también me había olvidado de las cazuelas. Son las que usé la noche que diste la fiesta.

—¿Qué noche, qué fiesta?

—La noche esa del demonio. Aquel día que estabas... —y continuó imitando un sollozo infantil—, tan deprimido... Tú y tus putos malos humores en los que te encanta revolcarte...

—¿De qué noche me estás hablando?

—Esa que llamaste a tus amigos para improvisar una maldita fiesta.

—También son amigos tuyos.

—Oh, claro que sí: yo y mis chicos. A sus mujeres las traen por obligación, y a mí me toca quedarme con ellas. Es tu fiesta, con tus amigos, en mi puta casa, la misma que se supone que yo debo tener como los chorros del oro.

—A mis amigos les caes bien y lo sabes. Pero estábamos hablando de las cazuelas. Las famosas cazuelas de la escalera.

—Eres un arrogante de mierda. —Le sonreí—. Las usé para cocinar esa noche porque tú estabas de bajón y te dio por llamar a Hank y a Roger y a Jim y a Matt y yo no tuve ni tiempo de limpiar la puta cocina, así que dejé los cacharros en la escalera, iba a lavarlos cuando todo el mundo se hubiera ido a su puta casa, pero se quedaron hasta las quinientas...

—Recuerdo que esa noche estuviste bailando.

—Porque esa noche se me fue de la cabeza, seguramente estaba borracha, yo qué sé, y al día siguiente no estaba para pensar en cazuelas sucias. ¡Tengo otras cosas en que pensar! Así que me olvidé de ellas hasta que las encontraste. ¡Y eso es exactamente lo que pasó, por Dios!

Se fue a la cocina, regresó con el vaso lleno y se quedó de pie mirándome.

—Siento lo que te voy a decir, cariño —dije—, pero no me creo una mierda de todo eso. Puede que esa noche se te pasara por alto porque estabas bebiendo y bailando. Aunque no entiendo por qué no podías lavar los cacharros aunque esos a los que llamas mis amigos estuviesen aquí; otras mujeres lo hacen, ¿sabes? Entiendo que antes de que llegasen tenías que pintarte y todo eso, pero creo que después te las podrías haber apañado para estar diez minutos charlando con alguien en la cocina mientras fregabas la cazuela y la olla de hierro...

—¡Diez minutos!

—Quince, pues.

—Ya que tienes solución para todo, ¿te habrías prestado tú, que eres mi marido, a hacerme compañía? Ah, coño, no, estabas demasiado ocupado tonteando...

—Venga ya, joder, no me salgas con eso. Mira: incluso puedo creerme que se te pasara a la mañana siguiente. Ahora bien, lo que no pienso tragarme es que no te acordaste de ellas en todas las semanas que estuvieron ahí abajo...

—No fueron semanas.

Su voz había perdido ese tono estridente; sonaba más apagada, más adusta, más artera.

—Mientras describías el suplicio que suponía lavar dos cazuelas sucias y disfrutar al mismo tiempo de la fiesta, he estado revolviendo en el archivo de mis recuerdos (porque ya sabes que siempre he tenido cierta debilidad por los recuerdos nostálgicos) y me he dado cuenta de una cosa: la fiesta fue un viernes, el veintiuno de septiembre; hoy es veinte de octubre; esos cacharros se han pasado un mes ahí. ¿De

verdad te vas a quedar ahí bebiéndote mi bourbon y me vas a decir que en todo un mes no los echaste de menos? ¿O que en un mes no bajaste al sótano?

Entonces fue cuando empezó a tirarme cosas: primero el vaso, que se estrelló contra la pared detrás de mí; me levanté de la silla y esquivé el cenicero de cobre, pero me dio en el hombro con el mechero. Me retiré hacia la cocina, donde estaban las llaves del coche colgadas de un clavo, pero ella me cerró el paso y trató de estrangularme con ambas manos.

—Puta loca...

La empujé con fuerza y se golpeó la cadera contra la mesa. Cuando volvió a la carga, yo ya había desaparecido dando un portazo tras de mí, saltando los escalones y corriendo por el césped en dirección al coche. En cuanto subí al vehículo, oí abrirse la mosquitera; aseguré las cuatro puertas, intenté meter las llaves en el contacto y, a la tercera, justo cuando ella agarraba el tirador de la puerta, conseguí poner el motor en marcha, aceleré y me fui.

Conduje hasta Plum Island, me bajé y caminé por la playa. La luna brillaba sobre el agua y un viento fresco soplaba en dirección al mar. Caminé hasta que me entró frío y me olvidé de Terry y se me despejó un poco la cabeza. Temblaba y caminaba. A veces me detenía y miraba hacia el agua mientras inspiraba hondo y el viento me empujaba por la espalda. Luego conduje hasta un bar donde los pescadores y demás hombres que trabajaban con las manos iban a tomar cervezas con sus corpulentas mujeres. Me senté en la barra y giré el taburete para darle la espalda a la televisión en color, y al cabo de un par de vasos de ale pensé que seguramente me odiaba, y la idea de su aborrecimiento me hizo sentir bien. Sabía lo quería al ir a por mí con esos ojos relucientes y llorosos, la voz destemplada y las manos dispuestas a estrangularme: quería mi muerte. Y durante el rato que estuve ahí en el bar, contemplando a esas parejas, la idea me reconfortó.

Me acordé de esa noche en que llamé a mis amigos para que fueran a casa a beber; por la tarde había estado sentado en el césped tomando cerveza y viendo jugar a los niños; luego vinieron y se sentaron en el césped a mis pies y les acaricié la cabeza como si fueran perros, y

hablé con ellos, y cuando Terry salió yo estaba contándoles un cuento que iba inventándome sobre la marcha y en el que ellos eran los protagonistas: se titulaba «Cuando Natasha y Sean eran vaqueros»; eran dos personajes cómicos y heroicos, sobre todo heroicos, se enfrentaban a ventiscas, criaban un cachorro de puma, capturaban a un forajido. Mientras yo contaba la historia, Terry preparaba una parrilla con chuletas de cerdo. Me invadió una sensación de amor y de sosiego, pero por algún motivo también de tristeza. Y fue ese amor triste lo que me llevó a llamar a Hank, Matt, Roger y Jim en cuanto los niños estuvieron acostados.

Mientras estaba en el bar contemplando a las parejas que miraban por encima de mí para ver la película o el programa de variedades o lo que fuera que estuvieran echando, me acordé claramente del césped, de los niños, del cuento y de mi humor, y me acordé también de que habíamos cenado en el jardín: chuletas a la parrilla, judías estofadas, ensalada verde, pan de ajo... Estaba en el bar, pero lo que veía ante mí era aquel plato de cartón al atardecer en el jardín, en septiembre. Las judías. Podía ver el tenedor hundiéndose en la montaña de judías de mi plato; y me acordé de que más tarde Sean y yo fuimos a la cocina para terminarnos las últimas judías directamente de la bandeja. Terry había preparado la comida en la parrilla y en una bandeja de cristal.

Me había mentido. Aunque al principio pensé que se trataba de una simple confusión. Porque detesto las mentiras y no quería creer que me había mentido. Pero al final me dije no: no, te ha mentido. Era una historia demasiado buena: mi humor, mi fiesta, todo eso había hecho que se le olvidaran sus deberes. Al confrontarla con el moho y el hedor de las cazuelas y el orín de las sábanas, había echado mano de la única noche que podía poner como excusa.

De modo, pues, que eludía sus deberes y mentía. ¿Pero qué quiere?, me pregunté. ¿Qué demonios quiere? Y al instante lo supe: ser hermosa, encantadora, inteligente, seductora, buena cocinando, buena bebiendo, buena follando. En pocas palabras, que los hombres la quieran y las mujeres la admiren. Una vida pasiva. Una vida receptiva.

Recuerdo un día que se presentó en casa la hija del propietario, una muchacha de dieciséis años; quería subir a la buhardilla porque creía que se había dejado ahí la bomba de la bicicleta. Era un sábado por la tarde; abrí la puerta y cuando me dijo lo que quería pensé: «Una

bomba de bicicleta. Mi mujer se la va a cargar por una bomba de bicicleta». Porque la casa parecía habitada no por una familia, sino por un regimiento de soldados en plena campaña. La noche anterior habíamos dado una fiesta. Terry, al menos, había trasladado los restos del desastre a la cocina, y allí estaban todavía, junto con los platos del desayuno y la comida; en la mesa, en la encimera, en el fregadero; el suelo de la cocina estaba pegajoso por el alcohol derramado; las camas, todas por hacer; etcétera. Dejé entrar a la chica y llamé a Terry para que la acompañase a la buhardilla; después me fui con Sean a pasear en bicicleta por el Merrimack. Cuando regresamos, Terry estaba en la cocina, fregando platos.

Esa noche ponían Tío Vania en la cadena net. La casa ya estaba razonablemente ordenada y Terry se sentó con una cerveza a ver la obra. Laurence Olivier interpretaba al doctor Ástrov, y cuando dijo: «Es hermosa, no lo discuto, pero... se limita a comer, dormir, pasear y deslumbrarnos a todos con su belleza, y nada más. Y una vida ociosa no puede ser una vida pura», quise mirar a Terry, pero no lo hice. Ella siguió mirando la obra y cuando terminó dijo: «Cielo santo», y se fue arriba a acostarse. A la mañana siguiente teníamos que ir a Lennie's a ver a Cannonball Adderley; yo tenía el dinero apartado desde el día de la paga; íbamos a ir con Hank y Edith, pero Terry se pasó toda la mañana y el almuerzo diciendo que no iba, que su vida había llegado a un punto de inflexión, que lo de la hija del propietario («¡Su cara! —dijo—. Reflejaba tanto dolor y tanto... ¡desprecio!») y lo de Tío Vania había sido demasiado, que se pondría a trabajar, trabajaría de firme, y empezaría ese mismo día pagando por haber sido tan dejada y, por eso mismo, no iría a ver a Cannonball Adderley. Le dije que todo aquello eran sandeces y que, si de veras creía que la casa necesitaba una limpieza a fondo, bien podía esperarse al lunes por la mañana, que a fin de cuentas era el día tradicionalmente establecido para hacer las cosas que nos dan por culo. Pero que no quería ir. Así que fui yo y les dije a Hank y a Edith que Terry se había quedado leyendo. No tuve que decir nada más; les gustan los misterios. Cannonball tocaba a las cuatro. Llegué a casa sobre las ocho. Los niños estaban en la cama, la cocina estaba limpia y Terry dormía en el salón al cálido son de su secador de pelo portátil. La casa no estaba ni más sucia ni más limpia que cuando me había ido. Nunca le pregunté en qué había empleado la tarde. Supuse que habría limpiado por encima como siempre y pasado la mayor parte del rato con los niños; es lo que hace cuando se siente culpable. Los tres días siguientes hizo todas las camas en cuanto

nos levantábamos por la mañana; al cuarto día, sin mencionar una palabra sobre Tío Vania o la chica de la bomba o Cannonball Adderley, empezó a perder el poco impulso que tenía, como un ciclista cuando enfila una cuesta empinada: se bajó de la bici y empujó. Todo volvió a unos niveles por debajo de lo admisible.

Mientras estaba en el bar, la noche esa que me agarró por el cuello —¿y hasta dónde habría apretado si yo no hubiera conseguido apartarla? Había ido directa a comprimirme la tráquea—, tuve una visión: la vi sentada leyendo el teleprograma entre los platos, con esa mirada de concentración genuina, sí, pero no de concentración en algo, sino de concentración para no pensar en el trabajo. No, decía. Y yo pensé: Claro, esa es su palabra. No. Eso era lo que le decía a la vida que la esperaba todas las mañanas, posada a los pies de la cama. Ella sencillamente se negaba a vivirla eludiendo el trabajo, mintiendo al respecto y, sí, a qué dudarlo, empleando la violencia. No era a mí a quien ella odiaba, no era a mí a quien quería matar: eran las preguntas que yo hacía. Y era tan imposible disociarme de mis preguntas como disociar a Terry de la casa. Uno es lo que hace, le digo siempre; y supongo que para ella yo soy lo que pregunto. Por eso, pensaba yo, nuestras discusiones solían terminar de forma violenta: porque ella no podía o no quería responder las preguntas que yo le hacía a propósito de las cazuelas de la escalera o de las sábanas meadas de Sean. Por eso me atacaba.

Y al final esa noche había salido con Hank y yo me puse a pensar en el día que encontré las cazuelas y subí al salón y se lo dije y ella bajó; recordé que me había quedado de pie delante de la ventana, observando a aquella pareja que empujaba el carrito del bebé; la muchacha, como ya he dicho, tenía un rostro más bien anodino y los pechos un poco demasiado pequeños y las caderas un poco demasiado anchas, pero aun así me quedé mirándola, y eso era lo que yo quería y lo que todos estos años me he resistido a admitir que quería: una vida tranquila y apacible con esa muchacha limpia y anodina que empujaba el carrito bajo el sol de aquella tarde.

Llegó a casa bastante pasada la medianoche, a la una y veinte minutos de aquel nuevo lunes, y entró por la puerta trasera directamente a la cocina, donde yo, dando a Tolstói por imposible, me había sentado a tomar bourbon. Se paró en el umbral de la puerta, mirándome y sacudiendo la cabeza.

—Así no, Jack. No después de diez...

De pronto los ojos se le humedecieron, los labios y la mejilla le empezaron a temblar, se mordió la voz y se fue al frigorífico a por hielo. Me levanté para ponerme a su lado; pero fui incapaz. Me quedé de pie delante de la pared y observé mientras se preparaba una copa; se encontraba de espaldas a mí, con la cabeza encorvada, el cabello colgando a ambos lados de la cara, y tuve la sensación de que estábamos en una película y de que lo único que tenía que hacer era cruzar la habitación y tomarla por los hombros y darle la vuelta y mirarla a los ojos y, después, abrazarla y besarla. «Podemos volver a intentarlo», le diría entonces. Y ella diría: «Sí, cariño. Sí, claro que sí». Me quedé observándola. Cuando se dio la vuelta, tenía los ojos secos y las mejillas firmes.

—He estado bebiendo sola en DiBurro's, por primera vez en mi vida, sola en un bar...

—¿Qué ha pasado?

—Qué más da lo que haya pasado. He estado pensando en el amor y hay algo que quiero decirte, quiero decirte algo que tengo en el corazón, pero no quiero verte la cara. Tu cara fría y culpable. —Se sentó a la mesa, mirando hacia la puerta trasera; yo me recosté en la pared y esperé—. En fin, ahí va. —Giró la silla hasta quedar de perfil con respecto a mí—. No sufras, algún día me perderás de vista, pero no por esto, no por un sórdido y alcohólico adulterio. ¿Sabías...? No, qué vas a saber si nunca me miras..., pero ¿sabías que bebo más que cualquiera de las mujeres que conocemos? Soy la única que en las fiestas se emborracha tanto como los hombres. La única que empieza a beber antes de que su marido vuelva a casa. Por eso digo que algún día me perderás de vista: me convertiré en una estadística. Porque es verdad, no tengo esta casa como los chorros del oro precisamente, porque leo mucho y, aunque no te lo creas, pienso mucho, y en algún sitio he leído que muchas amas de casa terminamos o alcoholizadas o

suicidándonos, ¿lo sabías? Ningún otro colectivo de este país le pega tanto a la botella y a los somníferos. Me imagino que es así como lo hacen, con somníferos. Aunque de pequeña conocí a una mujer que jugaba al bridge con mi madre y un día se pegó un tiro, un agujerito en la sien, dijeron... Una pistola chiquitina, decía papá, de esas de mujer... Llevaba tiempo entrando y saliendo de hospitales como quien entra y sale del supermercado (a lo mejor no hay demasiada diferencia, ambos son una molestia o el final de un trayecto) y estaba convencida de que tenía cáncer. Eso decían las mujeres, mi madre y sus amigas, claro que ellas tampoco eran famosas por ir con la verdad por delante, las tardes de verano merendaban Oreos de chocolate y Coca-Cola y hablaban de las pequeñas cosas y decían triunfo y sin triunfos y paso; yo a veces me acercaba a ellas y veía cómo sus almas se elevaban por encima de sus cabezas con el humo de los cigarrillos. Ah, sí, preferían creer que un cáncer inexorable le había devorado los huesos o el hígado o los pulmones a su querida amiga a creer que aquella tarde soleada una de ellas había decidido dejar de ser un zombi y levantarse de entre los muertos. Es la única suicida que conozco. Y solo he conocido a una alcohólica, a menos que yo lo sea también, que no lo soy. Bebo mucho en las fiestas y en noches como hoy, cuando mi marido me envía a follarme a su mejor amigo. Sin embargo, no bebo con el almuerzo ni a primera hora de la tarde, mientras que una dipsómana de verdad es capaz de saludarte a las diez de la mañana con aliento a ginebra, un olorcillo cálido y agradable, aunque espeluznante cuando el sol todavía no ha subido y el rocío no se ha evaporado del césped, como la madre de Sue cuando íbamos al instituto, que aparte de alcohólica era una mujer rica y encantadora, así que quizá daba lo mismo porque tampoco tenía motivos para estar sobria. Apestaba siempre a alcohol y generalmente estaba de buen humor y era muy amable, y nunca se dejaba ver con una copa en la mano antes de las cinco, la hora del cóctel. Y hasta aquí las estadísticas.

Se acercó a la encimera y se sirvió otro bourbon.

—¿Por qué no lo dejas ya?

Ella se dio la vuelta, con la cubitera en la mano.

—Dame un motivo, Jack.

La miré un instante y luego lancé un vistazo alrededor y acabé posando la mirada en mi vaso. Ella acabó de servirse la copa y se sentó a la mesa y observé su perfil.

—Me imagino que esas estadísticas las habrá sacado un hombre —dijo—. A mí me huele a filfa. Porque se trata a las amas de casa como si lo suyo fuera una profesión, como un abogado o un médico o qué sé yo, y eso no es así, porque ahí cabe todo; si hubiera hecho lo mismo con los hombres y los hubiera agrupado bajo la etiqueta de maridos, ya verías tú cómo subían los números. La mayoría de los que conozco son poco menos que alcohólicos y se suicidan de las formas más cobardes; a veces, cuando voy al banco, mientras estoy en la cola me pongo a mirar a los suicidas ambulantes que hay ahí, los hombres que están a ambos lados del mostrador, los ojos gachos, los labios caídos, lanzando miradas furtivas alrededor como si Dios fuera a fulminarlos sin previo aviso. Deberían clasificarnos en función del trabajo de nuestros maridos: ¿cuántas esposas de farmacéuticos están demasiado borrachas para cocinar por la noche? ¿Cuántas mujeres de profesor se cortan la puta garganta? Pero eso tampoco sería exacto. Somos un sexo escurridizo, no somos fáciles de clasificar. Aunque todo el mundo lo intenta. Sí, lo sé: soy pelirroja. Tiene temperamento de pelirroja, decía papá. Esta noche me estaba acordando de él. Un día, cuando yo tenía diez años, me llevó a pescar. Estuvimos descalzos en la arena, arrojando el sedal a las olas para pescar platijas. La caña era muy larga; tenía que sujetarla con las dos manos. En un momento dado me puse de lado cerca del agua, la caña casi arrastraba por la arena detrás de mí, y entonces la lancé por encima de mi cabeza y el anzuelo salió volando, no tan lejos como el de papá pero más que en mi anterior intento, y él me dijo: «Así está mejor». Recogí carrete rezándole a Dios para que picase alguno. Qué absurdo, ¿no? Creer que por haber tenido la suerte de atrapar un pez él había de quererme más. Porque entonces la conclusión lógica era que, si tenía mala suerte, había de quererme menos, ¿sí o no? Seguramente eso era lo que yo creía de pequeña. Y mientras estaba bebiendo sola esta noche, se me ha ocurrido que a lo mejor todavía lo creo. Aunque la suerte, claro está, ya no es un elemento en mi vida. No pesco ni juego a las cartas; pero siempre está la habilidad. Así pues, ¿debería esperar que me quisieran más por el hecho de cocinar o follar bien? Quizá. Supongo que no se le puede pedir a un hombre que quiera a una mujer a la que no se le dan bien ni la cama ni la cocina. Yo eso lo acepto, aunque creo que la conversación y la compañía son más importantes, pero acepto que un

hombre tiene que ir bien alimentado y bien follado. «Solo Dios, querida, te podría amar por ti misma y no por tu pelo rubio.» ¿Y si no supiera cocinar? ¿Y si me quedara paralítica y no pudiera follar más? Porque entonces a lo mejor es verdad que me odias por la casa, porque a veces está sucia...

—Yo no te odio. —Me miró, apenas un instante, luego se giró, apuró el vaso y se levantó para rellenarlo—. Terry...

—¿Cómo vas a saber si me odias? Si ni siquiera me conoces. Tú dices: «Uno es lo que hace». Pero ¿de verdad lo crees? ¿Quiere decir eso que soy la cocinera, la chica de los recados, la folladora, el ama de llaves, etcétera? ¿La puta señora de la limpieza? Por el amor de Dios. Si tú... sí, tú, cabrón... —me miró, luego apartó la vista—, si tú hubieras perdido la disciplina, si te rindieras y te dieras a la bebida y te despidieran, yo te querría, y me buscaría un trabajo y mantendría la casa. A lo mejor nadie más te querría. Para los demás serías una persona distinta, para tus amigos y para tus estudiantes. Pero no para mí. Yo te quiero. Te querría aunque salieras todas las noches a envenenar perros. Así pues, ¿a quién quiero yo, si las acciones no cuentan? Te quiero. —Volvió a mirarme y volvió a apartar la vista—. Quiero a Jack Linhart. Y sé que eres más que lo que haces. Pero si tú me quieres por lo que hago y no por lo que soy... y sé que no es lo mismo, lo sé..., entonces ¿por qué me quieres aunque me folle a Hank? Porque si me quisieras por lo que hago, no podrías querer que te fuera infiel, porque si me follo a alguien es porque quiero a esa persona, así que o bien tú no me quieres y te da igual o bien no me conoces y solo quieres a alguien que se parece a mí y lo que en realidad te gusta es enseñarme a hacer trucos. Fóllate a Hank. Dame la patita. Siéntate, date la vuelta, hazte la muerta, busca... Me quieres como a un perro. Y yo no soy así, yo a los perros los quiero sin más, y he tenido perros, cuatro, todos desaparecieron o se murieron o los mataron, igual que ocurre con todo, igual que a mí, pero yo los quería y punto: les daba de comer, los acariciaba, pero no les pedía que hicieran trucos. ¡Nunca esperé que hicieran ningún truco, joder! Pero tú no. —Se puso en pie y me miró—. Tengo razón, ¿verdad? Tú no me quieres, solo te gusta que haga cosas. Es eso, ¿no? La puñetera salsa de los espaguetis, el martini de las narices en el frigorífico para cuando llegas a casa por la tarde, mi forma de arreglarme y de caminar y de follar.

—Quiero a Edith —dije, y la miré directo a la cara; probablemente contuve la respiración. Ella echó la cara hacia atrás como si la hubieran amenazado con un puñetazo; sacudió la cabeza, despacio al principio, luego cada vez más deprisa, adelante y atrás, y entonces dije—: Terry. Sí, Terry: la quiero. A ti ya no te quiero. Hace tiempo que no. No sé por qué. Quizá nadie sabe nunca por qué ocurren estas cosas. Lo siento, Terry, pero no puedo evitarlo...

—Nooooo —gimió mientras cruzaba la habitación y dejaba caer el vaso, llorando ahora, sacudiendo la cabeza debajo de mi cara, golpeándome el pecho, no con furia, sino como una niña despechada: podría haber estado golpeando una mesa o una pared—. No, Jack. No, Jack...

De pronto me empujó con fuerza contra la pared y respondí propinándole un empellón con ambas manos: cayó pesadamente de espaldas, se golpeó la cabeza en el suelo y yo me agaché cerrando los puños, observando su rostro asustado y repentinamente dolorido. Se dio la vuelta sobre un costado y poco a poco se levantó.

—Vamos —dije—, esto es lo que quieres, ¿no?

Me miró a la cara, miró mis puños y negó con la cabeza.

—No. No, tienes razón: te he pegado demasiado. Has hecho bien en empujarme. Te he pegado demasiado.

Se fue al fregadero y me dio la espalda, encorvada sobre la encimera con la cabeza entre los brazos, golpeando el tablero rítmicamente con el puño; al cabo, se dio la vuelta. Tenía las mejillas llenas de lágrimas y se sorbió la nariz una, dos veces.

—Está bien. No voy a llorar y no voy a pegarte. Edith. Así que Edith. Muy bien. Madre mía. —Echó un vistazo en busca del vaso. Empecé a agacharme para recogérselo del suelo, pero ella dijo—: Vete a la mierda.

Volví a ponerme de pie. Ella sacó otro vaso del armario y se sirvió un buen chorro; la cubitera estaba vacía. Se acercó al frigorífico, dejó el vaso encima, abrió el compartimento del congelador y se quedó con la puerta abierta mirando los cajones y el vapor y las latas de zumo congeladas, y me dio la impresión de que iba a echarse a llorar, pero

no; al cabo de un momento, sacó otra cubitera y se la llevó al grifo y le echó agua sobre la base y tiró de la palanca, pero el hielo no salía; entonces se puso a apretar las celdillas con las manos, hasta que se le cayó al fregadero y, sacudiendo la mano, dijo:

—Odio estas putas cubiteras.

Volvió a abrir el agua caliente, apretó la palanca y sacó unos cuantos cubitos. Hecho esto, se apoyó sobre los fogones y me miró por encima de la mesa.

—Edith, qué puta zorra de mierda. Mi puta amiga Edith. Se acabó, Terry. Te has quedado sola. Tendría que habérmelo imaginado. Si es que lo sabía. Lo supe desde el principio. Solo que no me permitía saber que lo sabía. ¿Desde cuándo te la tiras?

—Mayo. Finales de mayo.

—Sí. Me lo imaginaba. Lo he pensado esta noche mientras iba adonde había quedado con Hank y lo he vuelto a pensar mientras follábamos como adolescentes en el coche, he visto cómo la miras, como hace años que no me miras a mí, he visto cómo te la follabas y por eso cuando hemos terminado le he dicho a Hank que quería estar sola, que me dejara en DiBurro's, donde tenía el coche. ¿Me quisiste hasta que te enamoraste de Edith?

—No. —Negué con la cabeza—. No. Supongo que por eso me...

—¡No lo digas! No tengo por qué seguir oyendo eso. Debí...

Agachó la cabeza, el cabello le tapó los ojos; luego se fue a por el bolso, que estaba encima de la mesa, sacó un cigarrillo y lo prendió con el fogón, echándose el pelo por detrás del cuello. Cuando se giró otra vez hacia mí, se puso a mirar la alianza de oro que llevaba en el dedo, dándole vueltas como si quisiera quitársela, pero no lo hizo.

—Qué engañado teníamos a todo el mundo. La gente va a alucinar. Mi novio. —Dejó caer la mano del anillo—. Tengo treinta años, he perdido mi figura.

—No, pero qué dices.

—Déjame, Jack. He perdido mi figura, ya no soy joven, ni siquiera quiero ser joven, soy casi todo lo que puedo llegar a ser... —Era incapaz de mirarla: me acerqué al frigorífico, no tanto por la ale como porque necesitaba moverme, saqué una botella y la abrí y me fui hacia la puerta, donde me quedé de medio lado, de tal modo que ni le diera la espalda ni tuviera que verla—. Sin embargo, hubo una época en la que sí quería volver a ser joven, aunque nunca te lo dije porque no veía la necesidad de echarte esa carga encima. Recuerdo un día en Ann Arbor, dándole el pecho a Sean, que se había despertado en plena noche: puse la radio en voz baja en la cocina y observé a Sean mientras escuchaba la música, y yo lo quería, claro que lo quería, pero tenía casi veinticinco años y llevaba toda mi vida casada. Entonces empezó a sonar «La mer» y de repente retrocedí cinco años, cuando faltaba un año para conocerte, el verano de mis diecinueve. Íbamos siempre a casa de Carolyn Shea porque era la que tenía la casa más grande y sus padres eran lo máximo, se ponían a hablar con nosotros en la salita del tocadiscos, y es verdad que su madre era un poco condescendiente con las chicas, no con los chicos, pero solo porque era mujer; su padre, en cambio, no era condescendiente con nadie. Los chicos siempre se pasaban por ahí: Raymond Harper y Tommy Zuern y Warren Huebler, Joe Fleming, y a veces llevaban chirlas y almejas, y el señor Shea les ayudaba a abrir las chirlas, y cuando llevaban almejas, la señora Shea las hacía al vapor y nos sentábamos en la cocina con una cerveza o un vino. Nos pasamos casi todo el verano en esa casa, y nadie se enamoró de nadie, bailábamos y nos íbamos al cine y a la playa, y en todo el verano no dejó de sonar «La mer». Cuando esa noche en Ann Arbor la pusieron en la radio, me acordé de que Raymond se cayó una noche de un destructor y nunca lo encontraron, y de que Tommy se había vuelto gordo y serio, y de que Joe se había hecho enterrador como su padre, y de que Warren había cambiado de aires; y de que Leslie había abortado y se había casado con otro hombre y se había ido a vivir a Nebraska, y de que Carolyn se había casado con un imbécil podrido de pasta que había estudiado derecho en Harvard, y de que Jo Ann se había casado con un camello y se hacía la loca para sobrevivir, y ahí estaba yo, dándole el pecho a mi bebé en Ann Arbor, Míchigan, y entonces me eché a llorar, a temblar y a dar sollozos, y pensé que ibas a oírme y creí que Sean se había muerto y apreté los dientes pero no podía parar de llorar porque sabía que la vida se me había ido de las manos porque aquel día tú no llevabas un condón encima porque nunca lo habíamos hecho (qué

dulce y qué tierno cuando uno lo piensa ahora, ¿no?) y yo, como una tonta, te creí cuando dijiste que no te ibas a correr dentro, y, como una tonta, no le di importancia cuando vi que estabas a punto, y esa noche me fui a dormir con Natasha viva dentro de mí y cuando me desperté a la mañana siguiente lo supe. Después de eso empezaste a comprar condones, pero yo ya sabía que daba igual; perdí toda esperanza, pero pensé que con un poco de suerte acabaría saliendo con otros chicos. Haría el amor contigo, pero saldría con otros. Tenía veinte años. Y ahora me dices que no me quieres. Que quieres a Edith. —El labio inferior empezó a temblarle y de repente se giró y, dándome la espalda, golpeó la encimera con ambas manos—. No voy a llorar. No me vas a hacer llorar, hijo de puta. Te he dado mi viiida. —Se frotó los ojos una vez, a toda prisa, con el dorso de la mano y volvió a mirarme—. Dios, cómo odio a esas malditas estudiantes que traes a casa para que hagan de canguro, esas lerdas ingenuas e indefensas, qué no daría yo por tener sus oportunidades, por ser joven y poder terminar la universidad y hacer algo. A estas alturas podría estar en Nueva York, podría estar donde quisiera, pero no. Tenía que casarme. Tendría que haber abortado... —Bajó la voz hasta que fue poco más que un susurro, dejó de mirarme y desplazó la vista a un lado, escudriñando el vacío sin fijarse en nada en particular—. Me lo planteé. No llegué a conseguir el nombre de ningún abortista, pero sí el de una chica que lo había hecho, solo tuve que manipular una conversación para conseguirlo, pero no seguí adelante. Y no por miedo. Lo que me daba miedo era quedarme preñada y casarme con mi novio. Porque eso eras tú: mi novio. Pero no, Terry no era así, ella quería hacer las cosas como Dios manda. Y eso hice. Y ahora tengo a Natasha y evidentemente doy gracias por no haberla matado. A cambio eché a perder mi vida. Siempre lo supe, pero no quería admitirlo, quería ver el lado bueno, quería seguir siendo una chica enamorada. Muy bien, pues. De modo que tienes una historia con Edith y la quieres y a mí no. Muy bien. No voy a llorar ni voy a pegarte. ¿Cuándo te vas?

—No lo sé.

—Podrías largarte hoy mismo.

—Podría.

—¿Edith piensa irse?

—Nunca lo hemos hablado.

—Oh, seguro que sí.

—No.

—Vaya, así que estás como el coyote.

Era una broma que teníamos, inspirada en los dibujos del Correcaminos; cuando alguien hacía algo nuevo y terrible era como el coyote, que se queda flotando en el aire sobre un barranco a mil metros del suelo, pero mientras no mire abajo no se cae.

—Da lo mismo —dije—. Además, si Hank quiere seguir con ella, no seré yo quien se la quite.

—Entonces no es por ella: es por mí. Coño, qué fuerte. Yo siempre decía que no me querías. Pero no lo decía en serio. Nunca lo pensé. ¿Es por la casa?

—No lo sé.

—No. Ya me imagino que no, como yo, que tampoco sé por qué te sigo queriendo. ¿Jack? —dijo con el labio tembloroso—. ¿No me quieres ni un poco?

Miré por encima de ella, hacia los cacharros colgados en la pared de la cocina. Luego cerré los ojos y sacudí la cabeza y dije:

—No, Terry.

Y entonces, sin volverle la vista, me fui. Entré en el dormitorio, me desvestí a oscuras y me metí en la cama. La oí en la cocina, sollozando en silencio.

Dormí a ratos, pero Terry no vino a la cama en toda la noche y durante toda la noche estuve desvelándome y escuchándola. Se quedó un rato en la cocina: dejó de llorar y me adormenté escuchando su silencio, y cuando me desperté supe que todavía estaba ahí, sentada frente a la mesa bajo la lámpara. Nadie me había roto el corazón desde que yo era muy joven, pero recordaba muy bien esa sensación y deseé que Terry me dejase, deseé con toda mi alma que llegase una

tarde y, mirándome con pena y a la vez con decisión, dijera: «Lo siento, pero tengo que irme...». Deseé estar en la cama llorando porque mi mujer había dejado de quererme. Me volteé de un lado y del otro y me tendí bocarriba y respiré lenta y superficialmente como si estuviera dormido, pero no había manera; sentía su presencia sentada en la cocina y sentía cómo pensaba en mí junto a Edith y en mí ya divorciado riéndome con algún amigo en una calle soleada, y sentí su corazón desconsolado y a punto estuve de llorar también yo. Me incorporé, sacudiendo la cabeza despacio, prendí un cigarrillo y me recosté de espaldas, escuchando su silencio, y entonces las piernas se me pusieron rígidas, como si fuera a salir a buscarla, pero di otra calada y apreté las piernas contra el colchón. Luego la oí trastear con los cacharros: pasos de los fogones al grifo, el ruido de la pesada sartén de hierro en el fregadero seco, otra vez pasos y después el agudo repicar de la olla de acero y el repicar más agudo aún de la de aluminio. Se puso a raspar una de ellas con un cuchillo o un tenedor o una cuchara. Golpeó la olla contra el interior del cubo de basura y se puso a raspar la otra. Luego las lavó y las secó y las colgó en sus ganchos. Dejó correr el agua del grifo y me yo me puse a escrutar la noche mientras ella lavaba los platos. Acabó enseguida y entonces se movió y supuse que estaría dando la vuelta a la mesa, frotándola con el trapo, y a continuación lo mismo con los fogones. Siguió moviéndose a paso veloz, entró y salió del cuarto de la colada, volvió al fregadero, puso un cubo encima y abrió el grifo; yo apoyé los pies en el suelo y me quedé sentado en el borde de la cama. Cuando empezó a fregar, fui a la cocina. Advirtió que yo estaba ahí, en el umbral, pero no levantó la vista: estaba inclinada sobre la fregona de esponja, con la cabeza gacha, de cara a mí; tenía el vestido amarillo salpicado de agua; fregaba deprisa, desplazando hacia delante una fina espumilla de agua sucia y jabón. Finalmente, no tuvo más remedio que erguirse y mirarme. Tenía la frente empapada y el pelo greñoso de sudor y yo era incapaz de imaginármela con Hank apenas unas horas antes.

—Ven a la cama.

—No, quiero limpiar mi casa. He sido una cerda y te he pegado y te he tirado cosas. Sé que para ti ya es demasiado tarde, pero quizá para mí no lo sea, a lo mejor todavía puedo hacer algo bueno por mis hijos. O quizá los acabes extrañando y quieras volver y entonces la casa estará limpia. ¿Por qué no te quedas aunque sigas tirándote a Edith?

¿No podrías ser feliz así?

—Tú no quieres eso.

—No, supongo que no. —Continuó fregando encorvada—. No lo sé. A lo mejor puedo cambiar. Vete a la cama, cariño; quiero limpiar mi casa.

Dormí con sueño ligero. De vez en cuando oía que Terry se movía por la casa y sentía cómo la noche se retiraba y el día iba volviéndose luminoso y cálido; a una hora ya cálida y luminosa oí una aspiradora de fondo en sueños. Cuando oí las voces de los niños me desperté; pero no abrí los ojos. Me quedé tendido de lado y escuché sus voces. Al rato oí que Terry subía al piso de arriba, a la habitación de Sean, justo encima de mí. Iba de un lado para otro; entonces se puso a arrastrar muebles por el suelo. Abrí los ojos y miré hacia el salón: Natasha estaba de pie bajo el dintel.

—Tendrías que ver la casa.

—¿Qué está haciendo ahí arriba?

—Nos ha hecho el desayuno, lo ha limpiado todo y ahora está con el piso de arriba.

Sean llamó desde la cocina:

—¿Estás hablando con papá?

Le guiñé un ojo a Natasha.

—¿Es verdad que no quieres a mamá? —dijo.

—¿De dónde has sacado eso? ¿Del periódico de hoy?

—Anoche oí a mamá.

—¿Ah, sí? ¿Y con quién hablaba?

Sean entró con un vaso lleno de zumo de naranja; lo sostenía frente a sí con los brazos extendidos, sin quitarle el ojo de encima mientras se acercaba a la cama con el paso agarrotado.

—Gracias, campeón —dije y le di un beso.

—A ti no te oía —dijo Natasha—. Solo a mamá.

—¿Os vais a divorciar? —dijo Sean.

—Caramba, tú sí que sabes dar los buenos días.

Arriba seguía sonando la aspiradora. Me imaginé lo que Terry estaría sacando de debajo de la cama.

—Natasha dice que te vas a ir.

—Puede ser. ¿Adónde quieres que vaya? ¿Me hago de la Policía Montada del Canadá?

—Yo quiero vivir contigo —dijo Sean.

—Yo no pienso elegir —dijo Natasha.

—Escúchame, cariño: no deberías hacer caso de lo que dicen los mayores cuando están borrachos y discuten. Siempre exageran.

—Mamá decía que te ibas a ir y que querías a Edith y que te la estabas tirando.

—¿Y tú sabes qué significa eso?

—Sí.

—¿Qué? —dijo Sean—. ¿Qué significa?

—Nada —dije mirándolo y sintiendo los ojos de Natasha clavados sobre mí—. Tonterías que hacen los mayores. —Miré a Natasha—. Vamos a dar una vuelta en bicicleta.

—Tú no has comido aún.

—Vamos al río —dijo Sean.

—Pararemos en algún sitio donde pueda comer y vosotros os tomáis algo.

Les dije que fueran sacando las bicicletas mientras yo me vestía. Cuando hubieron salido telefoneé a Edith para decirle que no podía quedar con ella. Respondió Hank.

—Hoy no podré salir a correr —dije—. No me encuentro bien. Un gripazo. Dile a Edith que estoy con gripe y quizá se sienta culpable por ir contagiando a sus amigos.

Nubes blancas se apilaban en el cielo, que hacia el suroeste se veía gris y encapotado. Me llevé a Natasha y a Sean en fila india calle abajo, en dirección al río. Paramos en un ultramarinos, donde compré una sidra de manzana que me bebí de pie en la acera, directamente de la botella, mirando por encima de la calzada hacia las oscuras aguas del río.

—¿Es verdad lo de tú y Edith?

En sus ojos había voluntad de saber, una mirada de profundo interés; nada más.

—¿Qué es verdad? —dijo Sean desde debajo de nuestras voces y almas, mirando al río.

—Lo es y no lo es —les dije a los ojos de Natasha—. No sé si soy capaz de explicárselo a una chica joven y a la que quiero.

Se sacó una moneda del bolsillo y se la dio a Sean.

—Cómpranos algo de comer.

Sean se metió corriendo en la tienda.

—¿De dónde has sacado eso?

—De mi semanada.

—Te lo explicaré lo mejor que sepa —dije. La miré a los ojos—. No quiero abortarlo.

Ella siguió mirándome, impertérrita.

—¿Qué significa eso?

—Matar algo antes de que se haya desarrollado plenamente. Como cuando estás preparando una fiesta. O cuando un bebé está formándose dentro de su madre.

—Oh.

En ese instante me acordé de Terry bajando la voz: «Tendría que haber abortado»; aun a pesar de su furioso dolor, el viejo instinto del animal que protege a su cría seguía presente en ella. Entonces miré al río y al bosque frondoso que se alzaba en la otra orilla, cuyo verdor ganaba intensidad a medida que las nubes grises y negras avanzaban presurosas en lo alto; en el horizonte, las últimas volutas blancas y las franjas azulinas semejaban la luz del sol vista desde dentro de una tienda de campaña; giré la cara porque tenía los ojos anegados de lágrimas, no por Natasha, que era una chica fuerte y joven y con esperanza, sino por Terry y su labio tembloroso. «¿Jack? ¿No me quieres ni un poco?» Siempre le he tenido miedo al agua, pero de pronto, mientras contemplaba el río, deseé abandonarme a su corriente; dar una vuelta, dos, hundirme poco a poco tanteando con los brazos, abriendo y cerrando las manos a través de aquella muerte fresca y legamosa, con el pelo ondeando sobre mi cabeza mientras mi cuerpo desciende entre burbujas hasta el fondo. Sentí un escalofrío, tanto de remordimiento como de miedo. El deseo pasó enseguida. Volvía a estar vivo y respiré el aire oloroso de lluvia y supe que me haría viejo junto a Terry.

—Mamá y yo hemos cometido errores —dije. Natasha estaba de pie a mi lado, casi tocándome; yo seguía con la mirada fija en los árboles del otro lado del río. Frente a la imagen se cruzaron unas gaviotas—. Tienes que confiar en que haremos lo mejor para todos. Tu madre y yo nos queremos. Es una mujer buena y maravillosa, y no te preocupes por nada de lo que oíste anoche, la gente es de muchas maneras, y un error solo es una pequeña parte de una persona, mamá es muy buena, y Edith también, y...

—Y tú también —dijo ella, y me tomó de la mano y no pude continuar.

Un cielo ya completamente gris estuvo observándonos de camino a casa; guardamos las bicicletas en el garaje, cruzamos el jardín y mientras subíamos por la escalera trasera empezó a llover. Nos

quedamos en la cocina con la luz apagada, observando cómo se abatía el ruidoso aguacero. Sean me tocó la pierna. Yo le alboroté el pelo y encendí la luz. La habitación cambió: durante el rato que estuvimos en la penumbra, contemplando aquel día tan oscuro como la cocina, me había sentido como si siguiéramos bajo la lluvia, los tres juntos, en algún lugar cerca del río y los árboles; podría haber vivido para siempre en aquella paz, encadenando instantes de frescor lluvioso para siempre. Ahora, con la luz, volvíamos a estar en casa; nuestros cuerpos seguían tocándose delicadamente, pero el fluir, la unidad, se había evaporado. Éramos tres personas en una casa revuelta. Los toqué y me fui al dormitorio. Terry estaba metiendo mi ropa en una maleta. Se la veía limpia y muy cansada; se había duchado y cambiado de ropa. Intentó sonreír, no le salió, volvió a intentarlo y lo consiguió.

—¿Ha sido muy difícil? —dijo.

—¿El qué ha sido difícil? ¿Por qué estás haciendo eso?

—Creía que habías salido para eso. Para decírselo a los niños.

Aparté la maleta para tener un poco más de espacio y me senté sobre la cama; me resistía a mirarla.

—Deshazla —le dije.

—¿Por qué? ¿No has podido decírselo?

—No quiero.

—Les diré que vengan y se lo diremos los dos juntos.

—Digo que no quiero irme.

Terry dio un paso hacia la cama y temí que intentase tocarme.

—¿De verdad que no?

—No.

—¿Es por los niños? O sea, ya sé que es por los niños, pero ¿solo por los niños? Sabes que podrías verlos. Cuando quisieras. Y yo nunca me iría de aquí. Continuaría viviendo aquí mientras siguieras enseñando...

Así que, si el problema es decírselo, podemos hacerlo juntos y quitarnos eso de encima, estas cosas siempre cuestan, pero al final uno lo consigue...

—No es eso. —Cerré los ojos—. Deshaz la maleta.

Sentí su dolor y su esperanza desde el otro lado de la cama. Mantuve los ojos cerrados y escuché su ir y venir de la cama al armario mientras volvía a colgar mi ropa. Hecho esto, se acercó a mi lado de la cama, se sentó en el borde y me puso una mano en la mejilla.

—Oye —murmuró—. Mírame.

Lo hice.

—Todo irá bien —dijo—. Ya lo verás. Todo volverá a ir bien.

Durmió el resto de la tarde y se despertó para preparar la cena; mientras cenábamos, ella y los niños estuvieron hablando, y, aunque a veces yo también hablaba con los niños, pasé casi todo el tiempo escuchando su voz y la lluvia al otro lado de la ventana. En cuanto hubo limpiado la cocina, Terry volvió a la cama y durmió hasta entrada la mañana siguiente; después llamó a Edith y le propuso salir a almorzar juntas.

—¿Es necesario? —dije yo.

Terry estaba de pie en la cocina, con una falda corta y una blusa alegre y el impermeable, bonita como todas las mujeres cuando quedan para almorzar con otras mujeres.

—Yo la quería —dijo—. Me gustaría seguir queriéndola.

La lluvia había concedido un receso, pero ahora volvía a animarse. El almuerzo duró un buen rato; los niños estaban aburridos, así que dejé que vieran una película en la televisión. Era una película antigua sobre unos soldados británicos en la India; les expliqué que los británicos nunca tuvieron ningún derecho a estar allí, y después de eso pudimos disfrutar viendo cómo los soldados cumplían su deber. Todos tenían una puntería formidable y eran muy valientes. La película no

había terminado todavía cuando Terry apareció en el piso de arriba, sonriente y feliz, y dijo:

—¿Quieres bajar?

—Solo un segundo. Quiero ver cómo acaba.

Bajé con ella a la cocina y calenté agua para un té. Había en su rostro una expresión cariñosa e indulgente que me impedía mirarla; no podía soportar la imagen de ella en franca connivencia con Edith, porque era evidente: algún día volveríamos a reunirnos los cuatro en un salón, como si nada hubiera ocurrido. Y es que quizá nada había ocurrido.

—Quiere que vayas a verla esta noche. —Tenía las mejillas encarnadas, los ojos relucientes, y olía a bourbon—. Se lo va a explicar a Hank, probablemente ya se lo haya explicado, ha dicho que a él no le importaría...

—Lo sé.

En el agua del hervidor empezaban a formarse burbujas. Cogí la taza con la bolsita de té y esperé.

—Le he explicado lo mío con Hank enseguida, en cuanto le he dicho que me había enterado de lo vuestro, y no ha pasado nada, le he dicho que era lo mismo que lo suyo contigo, porque ella tampoco hacía esto porque quisiera robarte de mi lado, sino por salvarse, eso ha dicho, y...

—No quiero oírlo.

—¿No quieres?

—No. Y no sé por qué. Pero no quiero.

El agua se puso a hervir y la vertí en la taza.

—Lo siento —dije—. Seguro que Edith y tú habéis pasado una tarde la mar de agradable.

—La verdad es que sí. —La miré. Ella me observaba con compasión—. Ha sido una tarde maravillosa.

Me fui al piso de arriba. Mientras subía oí los disparos de los rifles. Por la noche me fui a ver a Edith y a Hank. Estaban tomando café en la mesa de la cocina; los platos de la cena todavía estaban puestos y la cocina olía a pescado a la parrilla. Saludé desde la mosquitera y entré.

—Tómate un café —dijo Hank.

Rehusé con la cabeza y me senté.

—¿Una copa? —dijo él.

—Sí. Bourbon.

Edith se levantó para servírmelo.

—Creo que me voy al cine —dijo Hank.

Edith me miró con la botella en la mano y por su expresión me di cuenta de lo cerca que yo estaba de llorar.

—No hace falta que... —dije negando con la cabeza, pero él ya se había levantado y se dirigía a la puerta; me dio un apretón en el hombro al pasar y yo lo seguí afuera—. Hank...

Se dio la vuelta junto al coche.

—¿Sabes? Debería dedicarte la novela. —Sonrió y me estrechó la mano—. Tú me has ayudado a escribirla. Es mucho más fácil vivir con una mujer que se siente querida.

Dejamos de estrecharnos las manos.

—¿Jack? ¿Te encuentras bien, Jack?

—Sí, no es nada. Dentro de poco me reiré. Estoy investigando en la filosofía de la risa. Se basa en la creencia de que, si te estás ahogando en la mierda, la única solución es flotar.

Cuando regresé a la cocina, Edith estaba esperándome con la copa. Se la quité de las manos y la dejé sobre la mesa y la abracé.

—Hank dice que lo sospechaba desde hacía tiempo —dijo—. Dice que se alegraba por nosotros, pero que ahora le da pena. Lo que quiere

decir es que se alegraba de que tú te ocuparas de mí y que ahora siente que ya no puedas.

Alargué el brazo hacia la copa y, sin dejar de abrazarla, me la bebí rápidamente por encima de su hombro y después, sin hacer ruido, nos fuimos al cuarto de invitados. A oscuras, retiró la colcha y la sábana; aún en silencio, y de pie uno junto al otro, nos desvestimos despacio, dejando la ropa doblada sobre el respaldo de las sillas, y sentí que la vida se me escapaba de las manos, que estaba obligado a cumplir un ritual de mortalidad y despedida, despedida no solo de Edith, sino del amor en sí, pues nunca más volvería a acostarme desnudo al lado de una mujer a la que amase, y, ya en la cama, me aferré con fuerza a ella y, entre sus brazos, me eché a temblar y lloré casi, aunque al final me contuve y dije:

—No puedo hacer el amor, estoy demasiado triste, lo...

Ella asintió junto a mi mejilla y durante un rato nos abrazamos en silencio, hasta que al final me levanté y me vestí y la dejé desnuda bajo las sábanas y me fui para casa.

Como los gatos cuando matan algo, Terry me obsequia con regalos que no quiero. Cuando vuelvo a casa por la noche me sirve una copa; cocina mejor que cualquier mujer que conozca y mientras ceno me observa como si estuviera desenvolviendo un regalo que le ha costado tres meses encontrar. Nunca se olvida de preguntarme qué tal me ha ido el día, y en la cama responde a mi palpar ambivalente e irresoluto con una pasión que nunca puedo igualar. Esas son virtudes que siempre ha poseído, y sus defectos, como los míos, no han cambiado. El verano pasado, la casa tardó cinco semanas en derrotarla: peleó con ahínco, pero no supo resistir; perdió una serie de escaramuzas, de ataques procedentes de debajo de la cama, de los armarios, de la cocina, de la despensa, de la cesta de la colada. Acabó perdiéndolo todo y desde entonces se despierta todos los días de la forma que lo hacía antes, que será siempre la suya: se levanta pasivamente, sin plan ninguno; espera a ver qué traerá el día, que por eso mismo trae siempre lo peor: cacharros y ropa y suelos por limpiar. Aquí tienes tu día, le dicen. Ella lo aparta todo y espera a que llegue algo mejor. Ya no nos peleamos por esas cosas, porque yo ya no peleo; no hay motivo

para hacerlo. Exceptuando a Edith, de quien está más celosa que nunca; puede que sea demasiado lista para buscarme las cosquillas con Edith, pero suele ocurrir que, después de una fiesta, me acuse de haber estado flirteando. Tal vez sea cierto, pero no significa nada, no lo hago en serio. Ya no es violenta. Se me acerca con los ojos intranquilos y me dice que quizá sea una falsa impresión, pero que le ha parecido que me pasaba mucho rato en la cocina con... Le digo que es una falsa impresión, se disculpa y nos vamos a la cama. Le hago el amor con un desapego que deviene en lujuria.

Ahora que es invierno los niños y yo hemos engrasado las bicicletas y las hemos guardado juntas en el sótano, donde esperan, como dice Sean, a que vuelvan la primavera y el verano. Ahora salimos con el trineo. En la universidad hay un repecho donde los estudiantes aprenden a esquiar y los fines de semana lo tenemos para nosotros solos; Natasha y Sean siempre le piden a Terry que nos acompañe y ella siempre dice que no, que tiene cosas que hacer, que irá otro día. Sé cuánto le cuesta decir eso, sé que le gustaría estar con nosotros mientras nos lanzamos gritando cuesta abajo y después vuelta a subir, a por el termo de chocolate para los niños y un traguito de brandi para mamá y papá. Pero sabe que con los niños estoy feliz y siempre dice que irá otro día. Y nosotros pasamos un par de horas pegando gritos y lanzándonos en trineo, hasta que, empapados y ateridos de frío, regresamos a casa con las mejillas coloradas y Terry nos prepara un chocolate caliente.

Hank vendió la novela la semana pasada y el sábado por la noche él y Edith dieron una fiesta para celebrarlo. Ese mismo día, a última hora de la mañana, Hank y yo salimos a correr ocho kilómetros; el cielo estaba azul; por la tarde se nubló y por la noche empezó a nevar. Cuando subí a su despacho había terminado de escribir (ya tiene otra novela en marcha) y estaba ahí con su chica; tiene diecinueve años, es estudiante y tiene el pelo largo y rubio, lleva botas de ante de caña alta y el despacho olía al humo de sus cigarrillos. Hank no ha vuelto a fumar. Lleva lo suyo con esta chica con mucha discreción y creo que Terry y yo somos los únicos que lo sabemos, aunque no hablamos de ello porque ella es incapaz. Sé que esa incapacidad la molesta, sé que desearía ser de otra manera, pero no lo es. Edith también sabe lo de la chica de Hank; entre ellos ya no hay mentiras.

—No es amor —dijo Edith esa noche durante la fiesta. Habíamos

salido al porche a respirar y ver la nieve—. Es el matrimonio. Hacemos lo mejor por Sharon. Nos respetamos. Hay afecto. Ojalá tú pudieras tener lo mismo: es suficiente. Me da tristeza veros. Ella te quiere y tú ni la tocas, ni la miras cuando habláis. El verano pasado, después de que dejáramos de vernos, esa misma semana, me llevé a Sharon al zoo y fuimos a ver al gorila: estaba solo en su jaula y había otras mujeres con sus hijos mirando. Son herbívoros, ¿lo sabías? Son herbívoros afables. A mí no me gustan los zoos y no debería haber ido, pero había sido una semana espantosa, tenía que aprender a vivir otra vez, en mayo había pasado lo que había pasado y luego apareciste tú y de repente ya no estabas, así que me llevé a Sharon al zoo. Y entonces miré al gorila a los ojos y me pareció tan humano... ¿Cómo te diría...? Como si fuera consciente de todo, de lo espantosa, fatal e irremediablemente atrapado que estaba. No es como ver a los flamencos. Él estaba ahí, viendo cómo lo mirábamos, todas esas madres jóvenes, con sus pantalones y faldas de color sorbete, y los niños, que no se callaban ni un segundo. Y de repente se agachó así y se cagó en la mano. Sin dejar de mirarnos. Levantó la mano con la mierda —dijo levantando la mano hasta el hombro, con la palma mirando hacia mí— y entonces se la llevó a la boca y la lamió. Sus ojos se movían de un lado para otro, observándonos. Tenían como un aire feliz y travieso. Luego volvió a lamerla. Las madres que estaban a mi lado se quedaron mudas y los niños empezaron a reírse; entonces todo el mundo se fue corriendo. Murmurando. Intentando distraer a los niños. Yo, sin embargo, me quedé y el gorila me miró y sonrió y volvió a mostrarme el zurullo y volvió a lamerlo y me lo mostró otra vez; me miraba casi con expectación; y entonces apreté la mano de Sharon y lo miré a los ojos y lloré, y ahí me quedé, sollozando frente al gorila bajo el sol de la tarde, y durante un rato él siguió observándome, primero con curiosidad, y después bajó la mano con la que sostenía el zurullo y nos miramos mutuamente, y escrutó mis ojos y fue como si él supiera que yo sabía y como si yo supiera que él sabía, y si hubiera podido, él también se habría echado a llorar. Entonces me fui. Y al cabo de unas semanas, cuando pude volver a ver a alguien más aparte de a mí misma, te vi y me acordé de aquel gorila encerrado en su jaula lamiendo su propia mierda. Y quise llorar por ti también... No solo por mí, porque te quiero y no puedo tocarte, no puedo estar a solas contigo, sino por ti. Y lloré. Y lloro todavía. O al menos así lo siento, como si llorase en el fondo de mi alma. Por Dios, Jack..., pero ¿lo estás intentando, al menos?

—No hay nada que intentar.

Me sentía incapaz de mirarla a los ojos, porque quería abrazarla, pero eso ya no servía de nada. Me acerqué a la ventana y miré adentro; Terry levantó la vista desde el sofá y sonrió; continuó sonriendo cuando Edith entró en su campo de visión y se quedó a mi lado. Me di la vuelta. La nieve caía deliciosamente alrededor de la farola. Cuando acabó de sonreír, Terry dejó de mirarnos; conversaba muy animada con Hank y Roger, y al verla tan serena —algo achispada por el bourbon, hablando, escuchando, siendo escuchada— pensé que probablemente era feliz. Levanté mi copa en dirección a la nieve y a la noche.

—Por el alma de Jack Linhart: porque le salieron alas de gallina y las bate a ras del suelo. —Bebí—. Porque algún día, a su lado, seré un viejo fiel y pobre de espíritu, y cuando llegue el largo invierno... —bebí—, cuando su pelo sea blanco como la nieve, posaré mis dedos artríticos sobre su mejilla empolvada y...

—Te quiero.

—¿Todavía?

—Siempre.

—Pero vives con Hank.

—Que es mi marido y el padre de mi hija.

—Además de un maldito... Está bien, lo siento. Es el resentimiento, es la...

—Me da igual que tenga una chica.

—¿De verdad te da igual?

—A algunas les da por la cerámica, a otras por el punto.

—Oh.

—Ya lo ves.

—Creo que prefería no saberlo.

—Lo siento.

—Mierda, joder, en serio, habría preferido no saberlo. En fin, tampoco hay motivo para que no estés con nadie, aunque yo no, no... Joder.

Me fui adentro, me emborraché y le perdí la pista a Terry hasta las dos de la noche, cuando fue a buscarme con el abrigo. Le dije que estaba demasiado borracho para conducir. En el coche olí su perfume y pensé en lo triste que es el olor a perfume en una mujer rechazada.

—Edith tiene un amante —dije.

—Ya lo sé. Me lo dijo hace un mes.

—¿Lo conocemos?

—¿Quieres saber quién es?

—No.

—De todos modos, no lo conocemos.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No quería hablar de eso. Me parece triste.

—Ella está feliz.

—No me lo creo.

—Qué sabrás tú.

—Por favor, no empecemos —dijo. Conducía arrimada al volante, escudriñando la nieve bajos los faros—. Sé que no me quieres. Quizá algún día volverás a quererme. Lo sé. Ya lo verás, Jack: volverás a quererme. Pero, por favor, no me hables de esa manera, ¿de acuerdo? Por favor te lo pido, porque...

De pronto se le quebró la voz y guardó silencio.

Mientras ella acompañaba a la canguro a su casa, yo me senté a oscuras en el salón y me tomé una ale mirando por la ventana. Entre la nieve que caía vi a un amante para Terry. Me acosté antes de que

ella volviera y a la mañana siguiente me levanté el primero. El cielo estaba despejado, y la nieve, dura y brillante bajo el sol. Natasha y Sean bajaron mientras yo me tomaba un zumo de tomate en la cocina.

—Vestíos —dije—. Iremos a comprar el periódico.

—Podríamos ir a jugar con el trineo —dijo Sean.

—Muy bien.

—¿Sin desayunar? —dijo Natasha.

—¿Por qué no?

—Nunca hemos ido tan temprano —dijo Sean—. Será díver.

—Muy bien —dijo Natasha—. ¿Mamá ya se ha levantado?

—No.

—Le dejaremos una nota.

—Está bien. La escribes tú. Y no hagáis ruido al subir.

—No haremos ruido —dijo Sean, y se fue al piso de arriba.

—¿Qué pongo?

—Que nos hemos ido a jugar con el trineo a las nueve y que volveremos sobre las once con más hambre que el demonio.

—Pondré tan solo que volveremos con hambre.

Cogí el abrigo, me guardé unas naranjas en los bolsillos, salí y me puse a palear la nieve acumulada frente al garaje mientras ellos se abrigaban para el frío matutino.

Al monte

1

Tenía la mano pequeña. Él se la acariciaba dulce, protectoramente, encima del regazo, rozando el brocado de seda del kimono con el dorso de la mano y, con la palma, la piel suave, delicada y tierna. La miró a la cara, no más grande que la de una niña, y la muchacha sonrió.

—¿Tú invita otra copa? —dijo.

—Por supuesto.

Le hizo una seña al barman, que rellenó el vasito de la chica con algo que se suponía que era whisky, aunque Gale sabía que no y le daba igual, y a continuación mezcló bourbon y agua para él, usando para ello la botella de Old Crow con la que Gale había entrado en el bar tres horas antes.

—Vuelvo enseguida —le dijo a la chica.

Ella asintió y él le soltó la mano y se bajó del taburete.

—No te muevas de aquí —dijo.

—No muevo.

Caminó con paso indeciso entre los reservados donde las muchachas japonesas bebían con los marineros. Cerró la puerta del hediondo retrete tamaño armario y orinó mientras leía los nombres de los marineros y los barcos escritos en las paredes, algunos de ellos acompañados de obscenidades garabateadas por una mano distinta y más tardía. El techo estaba intacto. Se encaramó en el inodoro, estiró los brazos y, tensando las costuras de las axilas y la parte baja del abrigo, se puso a escribir con un bolígrafo, parando de vez en cuando para agitar la tinta: «Gale Castete, Sol. usmc, Destacamento de

Marines, USS Vanguard, Dic. 1961». Se quedó encima del inodoro con una mano apoyada en la puerta, leyendo su nombre. Entonces pensó en la cara de ella echada para atrás, en las raíces castañas de la frente cuando a su pelo le hacía falta tinte y el resto de la cabellera rubia derramada sobre la cabeza, los ojos cerrados, la boca entreabierta, los dientes a la vista, solo que ahora quien veía todo eso no era él... Levantó los brazos furioso para escribir una grosería detrás de su nombre, pero se contuvo; y es que al volver a leerlo sintió el suave aguijón de la inmortalidad, tenue como el susurrante aliento de una muchacha junto al oído. Se bajó, lo invadió una náusea repentina y salió del retrete en dirección al callejón de detrás del bar, donde se apoyó en una pared, se aflojó la corbata y el cuello, y levantó la cara al viento frío. Dos jóvenes japonesas salieron al callejón por una puerta situada a su izquierda y pasaron junto a él como si no estuviera, los brazos doblados y las manos dentro de las mangas del kimono, la cabeza gacha y cuchicheando de forma extraña, como un par de gaviotas.

Se sacó la billetera, deformada por el bulto de los yenes doblados, e intentó contarlos sin éxito en la oscuridad. Pensó que tenía que haber unos treinta y seis mil, ya que la noche anterior —en el mar— había recibido la carta y esa mañana al atracar en Yokosuka había retirado ciento cincuenta dólares, que era lo que llevaba ahorrado desde que se embarcara en agosto, porque ella quería un estéreo japonés (y porcelana y cristalería y sedas y lana y suéteres de cachemira y una radio transistor) y, con un par de pagas más, ya habría sido suyo. Esa noche había abandonado el barco con el dinero y dos objetivos inmediatos: agarrar una cogorza descomunal, escandalosa, y pegar un polvo, dos cosas que no había hecho en toda la travesía porque tenía motivos para no hacerlas; o eso creía. Pero primero había llamado a casa —a Luisiana— para oír de su boca lo que su madre le había dicho en la carta, y las vagas respuestas de la muchacha le habían costado treinta dólares. Después de eso se había comprado el Old Crow, había entrado en un bar y la más linda de las azafatas se le había acercado y se había quedado de pie a su lado, con la cara a la altura de su pecho, a pesar de que él estaba sentado en uno de los taburetes de la barra, le había puesto una mano en el muslo y le había dicho «¿Puedo sentar?», y él había dicho «Sí, ¿te apetece una copa?», y ella «Sí, gracias», y se había sentado y le había hecho una seña al barman y había dicho «Mi nombre Betty-san», y él «¿Y tú nombre japonés?». La muchacha se lo había dicho, pero él había sido incapaz de repetirlo, y entonces ella se

había echado a reír y le había dicho «Llama a mí Betty-san», a lo que él había respondido que de acuerdo, «Yo me llamo Gale». «¿Gale-san? Es nombre de mujer.» «No —había dicho él—, es de hombre.»

Gale se abotonó el cuello, se arregló el nudo de la corbata y volvió adentro.

—Tú ido mucho tiempo —dijo ella—. Yo pienso que tú vuelve a barco.

—No. Demasiado skoshi. Creo que no voy a volver al barco.

—Tú vuelve. Te ponen en casa para mono.

—Podría ser.

Gale levantó el vaso en dirección al barman y le hizo un gesto con la cabeza a Betty, luego se miró la bocamanga, donde lucía el distintivo rojo indicativo de que llevaba cuatro años alistado sin haber subido de rango —tres años en el Ejército y dieciocho meses en los Marines—, a pesar de que ocho meses antes era soldado de primera y abrigaba esperanzas de que pronto lo ascendieran a cabo; sin embargo, una noche, mientras volvía al barco en Alameda, dos marineros le faltaron al uniforme y se armó una pelea y al día siguiente lo degradaron a soldado. Tenía veinticuatro años.

—Pienso que tú hombre con esposa —dijo Betty.

—¿Por qué lo piensas?

—Tú todo tiempo callado. Todo tiempo piensa, piensa, piensa.

Lo imitó poniendo cara de concentración y luego se echó a reír tapándose vergonzosamente la cara con ambas manos.

—Mi mujer meretriz, furcia —dijo él.

—¿Verdad?

Gale asintió con la cabeza.

—¿Mientras tú en Japón ella furcia?

—Sí.

—¿Cómo tú sabe?

—Mi mamá-san me lo ha dicho en una carta.

—Eso mucha pena.

—Creo que hoy pasaré la noche contigo, ¿te parece bien?

—Veremos.

—¿Cuándo?

—Bar cierra pronto.

—Eres muy bonita.

—¿Verdad tú cree?

—De verdad.

La muchacha se llevó las manos a la cara y se tocó los ojos con las yemas de los dedos.

—¿Tú gusta chica japonesa?

—Sí —dijo él—. Mucho.

2

Ahora no podía dormir y deseó que no se hubieran ido a la cama tan temprano, ya que al menos mientras caminaban a paso ligero por aquellas extrañas y sinuosas calles repentinamente silenciosas no pensaba más que en Betty y en la pasión que llevaba cuatro meses y medio reprimiendo; sin embargo, ahora estaba acostado fumando, consciente apenas del pie de la muchacha en contacto con su pierna y convencido de que el cabo de guardia habría reparado ya en su ausencia; se sentía impotente ante las caprichosas fuerzas que

gobernaban su vida.

Se llamaba Dana. Se había casado con ella en junio, dos meses antes de zarpar, y la transición del cortejo al matrimonio comportó tan solo la adopción de ciertas responsabilidades económicas y la modificación de determinados hábitos relativos a la comida, el sueño y el uso del cuarto de baño, ya que llevaban haciendo el amor desde la tercera cita, cuando descubrió que él no solo no era el primero, sino que probablemente ni siquiera era el cuarto o el quinto. Aquella falta de inocencia no se convirtió, por sí sola, en motivo de preocupación. Sus valores morales eran una mezcla entre el calvinismo (muy atenuado desde que se había ido de casa cuatro años y medio antes), las necesidades prácticas de la vida militar y su capacidad para no razonar demasiado en términos de bien y mal. Por lo demás, tampoco se hacía excesivas ilusiones con respecto a las chicas, motivo por el cual aquella tercera cita tampoco le causó ningún sobresalto. Las preocupaciones llegaron más tarde. Aunque a menudo se atormentaba imaginando escenas del pasado de Dana, nunca hizo preguntas ni supo jamás cuántos años o chicos, luego hombres, abarcaba; aun así, tenía la impresión de que durante los últimos dos o tres o incluso cuatro años (ella tenía diecinueve) Dana lo había estado engañando de algún modo, como si la propiedad que ostentaba sobre ella fuera retroactiva. También temía las comparaciones. Pero lo que más lo reconcomía era su mundana indiferencia: el hecho de que esa primera vez se le hubiera entregado con la misma facilidad con la que, años antes, las muchachas del colegio concedían un beso, y de que aparentemente diera por hecho que Gale no esperaba ni un largo galanteo ni que ella fuera virgen. Aquellos pensamientos tenían una cualidad infecciosa, inexorable, lo hacían sentirse mayor y más sabio, como si hubiera alcanzado el final de una prolongada infancia. Al mismo tiempo, Gale presentía su propia destrucción y, en determinados momentos, la miraba a los ojos con temor.

Eran azules. Cuando se enfadaba se tornaban repentinamente duros, los ojos más duros que Gale hubiera visto, y al mirarlos siempre terminaba capitulando por miedo a que, de lo contrario, Dana le gritara aquellas cosas terribles y silenciosas que él veía en ellos. Los recuerdos de los últimos días antes de zarpar —el trayecto de California a Luisiana en el viejo Plymouth, la falta de intimidad en la casa de sus padres— abundaban en imágenes de aquellos ojos y de sus reacciones al calor y al polvo o a un mechero sin piedra o a la

incapacidad de Gale para permitirse una entrada de cine o una noche de cervezas.

Se la había llevado a Luisiana porque Dana, en Alameda, vivía con su hermana y su cuñado (no tenía padres: según ella, habían muerto en un accidente de tráfico cuando tenía quince años, aunque por algún motivo Gale no se lo creía) y no se llevaba bien con su hermana; quería vivir sola en su propio apartamento, pero él se negó alegando que era un despilfarro cuando podía vivir con su hermana o con sus padres sin gastar en alquiler. Lo hablaron durante días y discutieron a menudo, pero al final, a regañadientes, la chica accedió a mudarse a Luisiana diciendo que hasta eso era preferible a quedarse con su hermana. Y así fue como Gale se la llevó a la casa de sus padres, adonde llegaron en coche una tarde de julio; sudoroso y cansado, irresoluto como un niño, Gale la tomó de la mano y subió con ella los peldaños del porche, donde casi cinco años antes su padre, carpintero, lo había mirado entornando los ojos y le había dicho: «Conque te has alistado en el Ejército. A ver si ellos consiguen hacer algo contigo, porque a fe mía que yo no he podido».

3

Delante de los mercados se exhibían extraños peces y pulpos y calamares cuyo olor se difundía por toda la calle. Era una mañana fría, húmeda y gris: tan semejante a un día de invierno en Luisiana que Gale caminó en silencio con Betty pensando en los arrozales y las marismas y los patos sobre el cielo gris, y en los rostros difuminados y las impersonales literas que, durante sus años de servicio, habían conformado su entorno, que no su hogar.

Caminaron calle abajo, regateando entre una caterva de niños en cuclillas con los abrigos abotonados hasta el cuello y de mujeres en kimono, encorvadas bajo el peso de los bebés cargados a su espalda, y de hombres jóvenes en traje que miraban a Gale y a Betty de soslayo, y de muchachas jóvenes con aspecto de azafata de bar que, como Betty, iban vestidas con suéter y falda; hombres en bicicleta, cuyo flemático gesto resultaba incongruente con su pedalear apresurado,

circulaban indiferentes entre el gentío, y pequeños taxis hacían sonar en vano la bocina y daban frenazos y volantazos y cambiaban de marcha hasta que desaparecían dejando atrás aquellos rostros impasibles. A lado y lado de la calle había bares con nombres americanos. Betty entró en uno de los mercados y, tras pararse a mirar el pescado de fuera, Gale fue tras ella y observó con curiosidad las hileras de comida en lata con etiquetas en japonés antes de salir de nuevo a la calle. Arriba del mercado se abrió una ventana y una mujer vestida con kimono se asomó a la calle; lentamente, se puso a tender ropa de cama sobre el tejado del mercado y Gale, con dolor, sintió la serenidad de la alcoba que se abría detrás de ella. Betty salió del mercado con una bolsa de papel.

—Yo hace a ti sukiyaki —dijo.

—Genial. Aunque antes necesitaría algo para afeitarme.

—Bien. Vamos tienda japonesa.

—¿Dónde es?

—No lejos. ¿Tú piensa que alguien ve a ti?

—No. Están todos en el barco. Saldrán por la tarde.

—¿Qué hacen a ti cuando tú vuelve? ¿Te ponen en casa para mono?

—Exacto.

—¿Cuándo tú vuelve?

—La semana que viene. Antes de que zarpen.

—Mejor tú ir ahora.

—Me encerrarán de todos modos. Lo mismo da echarse al monte un día que seis.

—Aquí tienda.

—Cómpralo tú. A mí no me entenderán.

—¿Qué tú quiere?

—Espuma de afeitar, maquinilla y cuchillas.

Le dio diez mil yenes.

—Esto demasiado.

—Quédate el cambio.

—Gracias. Tú hombre bueno.

Entró en la tienda. Gale esperó y cuando ella volvió a salir le llevó las bolsas y, mientras caminaba hacia su casa, tratándola con deferencia y fascinado por su feminidad y por su honradez y pureza aparentes, recordó los primeros tiempos con Dana, cuando cada mañana se iba al barco sintiéndose útil e implicado con el mundo y fantaseaba con ser algún día un almirante general de tez curtida y cabello entrecano.

4

«... y desapareció una semana entera hasta que dimos con ella y entonces cuando llegamos nos dijo que no queria volver con nosotros, que se iba a quedar con el y tu papá se pasó como una hora convenciendola de que viniera con nosotros y ya saves tu como se pone, todavia no sé como no le dio una buena zurra hay mismo, que es lo que me apetecia hacer a mi, y menos mal que el chico no estaba porque estoy segura de que tu padre se lo habria cargado. No sé desde cuando se traian eso entre manos, ella salia por las noches con tu coche; nos decia que se iba al cine y supongo que tendriamos que haberle dicho que de eso ni hablar o seguirla o algo pero es que en el momento una que sabe, y entonces el domingo no vino a casa y la maleta no estaba, así que supongo que la preparó y la metió en el coche mientras yo echaba la siesta. Lamento tener que decirte todo esto pero es que no sé que se supone que debe hacer una madre cuando a su hijo le hacen algo así. La tendremos en casa hasta que nos digas que quieres que hagamos con ella, no tiene dinero y papá se ha quedado con las llaves del coche. Tu dirás. Espero que te diborcies porque esta muchacha no te conviene. Lamento decirlo pero la calé nada más verla, cuando una chica es así se nota y el problema es que

te diste demasiada prisa en casarte. Aquí no hace nada, se pasa casi todo el dia en tu cuarto y no hace más que ir a la cocina cada dos por tres para comer algo y creo que no hemos intercambiado ni tres palabras desde que ha vuelto...»

Volvió a guardarse la carta en el bolsillo, encendió un cigarrillo, se sirvió otro vaso de ese ron oscuro y abrasador que un marinero había dejado en casa de Betty unos meses atrás y miró el reloj. Eran las siete en punto; Betty se había ido hacía una hora, prometiendo que lo despertaría cuando volviera del bar. Por la tarde habían comido sukiyaki, con Betty arrodillada en el extremo opuesto de la mesa, cocinando y sirviendo mientras él comía, rehusando con la cabeza cada vez que él le pedía que comiese en vez de cocinar, diciendo que en Japón las mujeres son las últimas en comer; él había comido sentado con las piernas cruzadas en el suelo hasta que se le habían empezado a agarrotar, y entonces había tenido que estirarlas y apoyar un brazo atrás, mientras con la otra mano seguía manipulando orgullosa y hábilmente los palillos o se llevaba el vaso de sake caliente a los labios. Después de comer, ella había encendido la televisión y habían pasado el resto de la tarde mirándola sentados en el suelo. Betty se comportaba como un niño: se reía, arrugaba el ceño, observaba con atención. Él no entendía nada y se había limitado a sostener su mano y a fumar hasta última hora de la tarde, cuando pusieron un western americano doblado al japonés que le arrancó una sonrisa.

Se levantó, se llevó el ron y el vaso al dormitorio, se desvistió, volvió al salón a por un cenicero y los cigarrillos, y luego se acostó en la cama y se tapó con la manta hasta el cuello. Se quedó tendido en la oscuridad, con las manos sobre el vientre, pensando en que no podía volver con ella, pero tampoco podía divorciarse; luego continuó bebiendo ron y llegó a la conclusión de que no quería vivir.

5

Se quedó de pie en la oficina del destacamento, las piernas separadas, manos a la espalda, y fijó la vista en el mamparo blanco que había

detrás del capitán. Esa tarde, mientras su abogado exponía los motivos de su deserción ante el tribunal, le habían entrado ganas de llorar, y ahora que se compadecían de él volvió a sentirlas. Había esperado dos semanas en el mar a que se convocara el consejo de guerra y todas las noches, sobrio, sin mujer y sin correo, se acostaba en el catre apretando los dientes hasta que por fin se dormía sin llorar. Cerró los ojos y volvió a abrirlos en busca del mamparo y de la voz.

—Si me lo hubieras dicho, te habría dejado volver. Permiso de emergencia. Te habría mandado a casa en avión. ¿Por qué no nos lo dijiste?

—No lo sé, señor.

—En fin, lo hecho, hecho está. Ahora quiero que sepas lo que va a ocurrir. Te han condenado a tres meses de reclusión. Como en el calabozo del barco no se puede estar más de treinta días, cuando volvamos a Yokosuka tendrás que cumplir ahí lo que te quede de condena. Así pues, tendremos que transferirte al cuartel de Marines de Yokosuka. Ahí será donde te presentarás cuando salgas del calabozo. ¿Queda entendido?

—No, señor.

—¿Qué es lo que no has entendido?

—¿Cuándo volveré a Estados Unidos?

—Terminarás lo que te queda de servicio en el cuartel de Yokosuka. Estarás ahí más o menos un año.

—¿Un año, señor?

—Sí, lo lamento, pero para cuando salgas del calabozo el barco habrá regresado ya a Estados Unidos.

—Entiendo, señor.

—Otra cosa. Tú has trabajado en el calabozo del barco. Conoces mis normas y conoces cuáles son los deberes de carceleros y guardias. Mientras estés ahí, espero que seas un preso ejemplar. No les des trabajo a tus compañeros marines.

—No, señor.

—Muy bien. Si necesitas ayuda con tu problema, házmelo saber.

—Sí, señor.

Esperó, pestañeando en dirección al mamparo.

—Eso es todo —dijo el capitán.

Gale entrechocó los talones, se dio media vuelta y abandonó la estancia. Un guardia con porra lo esperaba al otro lado de la puerta. Gale se detuvo.

—La madre que me parió —murmuró—. Me mandan a Yokosuka.

—Vete a tu taquilla, recoge tus artículos de aseo, los cigarrillos y lo que necesites para escribir cartas —dijo el guardia.

Gale se encaminó a la litera, seguido por el guardia, y se agachó, abrió la pequeña taquilla situada en el mamparo, cerca de la cabecera de la cama, que era la inferior, de suerte que sus manos quedaban tapadas por las dos camas de arriba, lo cual le permitió esconderse una cuchilla en la palma de la mano. Sacó las cosas de afeitar con una mano y, llevándose la otra a la cintura, se guardó la cuchilla debajo del cinturón.

Se levantó y el guardia lo escoltó hasta el calabozo de la tercera cubierta, donde Fisher, el carcelero, le quitó los útiles de afeitar, los folios de papel y los cigarrillos y los guardó en una taquilla.

—Es la hora de la correspondencia —dijo Fisher—. Puedes sentarte en la cubierta y escribir una carta.

—Señor, el recluso Castete quisiera fumar, señor.

—Solo después de las comidas. Se te ha pasado la hora.

—Señor, el recluso Castete escribirá una carta, señor.

Fisher le entregó papel y pluma y Gale se sentó en la cubierta, al lado de dos marineros que le echaron una ojeada y continuaron escribiendo.

No escribió nada. Permaneció media hora sentado, pensando en cómo sus arrogantes y furiosos ojos azules lo miraban o contemplaban la pared del salón en Luisiana mientras hablaba dando voces por teléfono:

—¿Qué querías que hiciera mientras estás en ese barco de mierda? Me imagino que tú tampoco habrás estado de brazos cruzados en Japón.

—¡No! Yo no he hecho nada, maldita sea. Dana, joder, yo te quiero. ¿Tú me quieres?

—No lo sé.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Cómo que qué voy a hacer?

—¡Algo tendrás que hacer, digo yo!

—Pues quedarme aquí sentada, supongo.

—No, no es eso lo que... Puta zorra de mierda, la madre que te parió, cómo coño has podido hacerme eso, con lo que yo te quiero, si ni siquiera he mirado a las chinas estas, me vas a matar, Dana, me cago en Dios, me vas a matar...

—Hijo. ¡Hijo!

—¿Mamá?

—Estaba a punto de colgarte, y tú llamando de Japón y gastando un dineral...

—¿Has estado ahí todo el rato?

—Sí, y no puedo soportar el modo en que te habla...

—¿Por qué estabas ahí?

—¿Qué pasa, que no puedo estar delante cuando suena el teléfono en mi propia casa y mi hijo...?

—Da igual. ¿Dónde está Dana?

—En el cuarto, supongo. No sé.

—Dile que se ponga.

—No querrá.

—No se lo has preguntado.

—Gale, estás malgastando el tiempo y el dinero.

—Mamá, haz el favor, ¿puedes decirle que se ponga?

—Está bien, espera un momento.

—¿Qué quieres?

—Dana, tenemos que hablar.

—¿Cómo vamos a hablar con tu madre aquí de pie y tú en la otra punta del mundo gastando una fortuna?

—Si te escribo una carta, ¿me contestarás?

—Sí.

—¿Cómo?

—¡Que sí!

—Necesito saber lo que ha pasado, todo. ¿Crees que lo querías?

—No lo sé.

—¿Todavía os veis?

—No.

—Dana, te quiero. ¿Me habías engañado alguna vez antes?

—No.

—¿Por qué lo hiciste?

—¡Ya te lo he dicho, no lo sé! ¡Por qué no me dejas en paz!

—Te escribiré.

—De acuerdo.

—Adiós. Contéstame cuando te llegue mi carta. Te quiero.

—Adiós.

La hora de la correspondencia se acabó y Gale le devolvió el papel en blanco y la pluma a Fisher, que empezó a decir algo, pero no terminó.

Gale no se echó a llorar hasta que lo hubieron metido en su celda y cerrado la puerta y él hubo desenrollado el colchón de espuma bajo el mentón y, con ambas manos, empezó a poner la funda mientras pensaba en Dana y en sí mismo preparándose la cama en aquella celda a tantos miles de kilómetros de ella, y entonces empezó, las lágrimas fluyeron en silencio por sus mejillas hasta que lo cegaron y fue incapaz de distinguir sus propias manos o incluso el colchón, y por un momento fue como si jamás hubiera de terminar de poner la funda y deseó desesperadamente que alguien lo hiciese por él y que le tendiera el colchón en el suelo y que le diera la vuelta al borde de la manta mientras pronunciaba su nombre. Dejó caer el colchón, arrojó la funda contra el mamparo, desenrolló la manta, se acostó, se tapó, y entonces, con cuidado, se sacó la cuchilla de debajo del cinturón y la posó encima de la muñeca izquierda, limitándose por unos instantes a sentir aquel contacto; después, apretó y cortó, descubriendo al mismo tiempo que en el fondo eso no era lo que quería; que si quisiera, habría cortado una arteria en lugar de una vena, de donde ahora manaba aquella sangre que fluía cálida y veloz por su antebrazo, y cuando le llegó al pliegue interior del codo, dijo:

—Fisher.

Pero no hubo respuesta, de modo que arrojó la manta y se puso en pie y, esta vez gritando, repitió:

—¡Fisher!

Fisher se acercó a la puerta y miró entre los barrotes y Gale le mostró la muñeca; el carcelero dijo lamadrequemeparió, desapareció y volvió con las llaves y abrió la puerta, sacó a Gale al pasillo, le apretó la muñeca y, mascullando, le aplicó un torniquete con un pañuelo.

—Puto tarado. ¿Qué pasa contigo? ¿Estás loco?

Después se fue corriendo al teléfono y llamó al dispensario sin quitarle el ojo de encima a Gale, y cuando colgó dijo:

—Ponte boca arriba. Tengo que aplicarte el tratamiento de choque.

Gale se acostó en el suelo y Fisher tumbó una papelera, se la puso debajo de las piernas y lo arropó con una manta.

—¡La puta madre que me parió! —dijo—. De esta me cuelgan. ¿De dónde cojones has sacado esa cuchilla?

6

El médico era alto, con el cabello corto y cano y un fino bigote gris. Tenía grado de capitán de navío, así que por lo menos eso, por lo menos no le habían mandado a un teniente. El médico se sirvió una taza de café, se giró hacia Gale y lo miró; luego se acercó un poco más, hasta que Gale pudo oler el café.

—Menuda chapuza te has hecho, hijo mío.

—Sí, señor.

—¿Hay algo que se te dé bien?

—No, señor.

Al médico se le enterneció la mirada, se llevó la taza a los labios y miró a Gale por encima del borde; luego bajó la taza y tragó y se secó la boca con el dorso de la mano.

—Ahora intenta dormir —dijo—, y no más ideas de bombero. Mañana volveremos a vernos y hablaremos de todo esto.

—Sí, señor.

Gale salió al pasillo, donde lo esperaba el guardia, y recorrió con él el

largo pasillo de babor, desierto y oscuro a excepción de unas pequeñas luces rojas, Gale con la mirada al frente, pensando en el vendaje que le cubría la muñeca como si fuera el emblema de su incertidumbre y de su incapacidad para cambiar su vida. Lo único que sabía era que tenía por delante un año de esperar cartas que rara vez habían de llegar, tres meses de calabozo donde pasaría el tiempo acostado sin dormir y preguntándose quién estaría con ella en la cama; cuando lo sacasen del calabozo, tendría que volver con Betty o buscarse a otra chica para no pensar todas las noches en Dana (aunque de antemano sabía que sería en balde); y que, cuando por fin regresase a Estados Unidos, su vida sería poco más que una concatenación de esfuerzos destinados a evitar que ella lo engañase, hasta que por fin, quizá años más tarde —con una última de sus inclementes miradas—, lo abandonara para siempre. Todo eso se extendía ante él, inmutable como el largo pasillo que recorría en ese instante, con el guardia a su espalda, y aun así, no solo se resignó, sino que abrazó su suerte. Supuso que eso, al menos, era mejor que nada.

El médico

A finales de marzo, la nieve empezó a fundirse. Al principio se escurrió por los declives y carreteras, y los arroyos comenzaron a fluir. Finalmente, quedaron tan solo pequeños parches en las zonas más oscuras del bosque. En abril hubo cuatro días de calor y sol, y, al primero, Art Castagnetto le dijo a Maxine que podía guardar los pijamas hasta el año siguiente. Esa noche durmió en camiseta y, por la mañana, al ver que los humidificadores de los radiadores estaban secos, los dejó vacíos.

Maxine no se fiaba del primer día, ni tampoco del segundo. Sin embargo, a la tercera tarde, se vistió con pantalón corto y suéter y sacó la parrilla del garaje, la instaló en el jardín y se puso a asar unos filetes. Incluso le pidió a Art que fuera a buscar tónica y limas para la ginebra. Era domingo por la tarde; se sentaron fuera con las tumbonas de lona y le dijeron a Tina, su hija de cuatro años, que podía mirar las brasas, pero no tocarlas porque quemaban, aunque no lo pareciera. Cuando los filetes estuvieron a punto, el sol bajaba ya por detrás del bosque que había junto a la casa; Maxine sacó suéteres para Art y sus cuatro hijos, para que pudieran comer fuera.

El lunes nevó. Al principio la nieve estaba húmeda y se fundía sobre el césped muerto, pero los copos se hicieron más pesados y empezaron a caer despacio, como pequeñas hojas, hasta que cubrieron todo el suelo. Al cabo de dos días la nieve se fundió y, aunque el tiempo seguía siendo gris y fresco, cada día hacía más calor que el anterior. El sábado por la mañana el cielo comenzó a clarear; se vio la puesta de sol y, antes de irse a la cama, Art salió a contemplar las estrellas. Por la mañana se despertó con la habitación inundada de luz. Dejó a Maxine durmiendo, se puso una camiseta, pantalón corto, las zapatillas de correr y, con el chándal en la mano, se fue al piso de abajo caminando de puntillas, ya que los fines de semana los niños tenían el sueño ligero. Tiró el chándal en el cesto de la ropa sucia; hasta el otoño no volvería a ponérselo.

Dio unos cuantos saltos de tijera en el jardín y seguidamente empezó a correr por el arcén de la carretera, que durante el primer kilómetro

estaba flanqueada por árboles, lo que le permitía aspirar el olor de los pinos y, según él, los rayos del sol. Pasó por delante de la casa de los Whitford. Nunca se había cruzado con él ni con ella, pero había visto su nombre en el buzón y lo relacionaba con los niños que a menudo se ponían a jugar delante de la pequeña casa gris resguardada entre los árboles. La parcela de tierra tenía el tamaño justo para que cupieran el edificio, un Ford medio oxidado y un olmo del que colgaba un columpio hecho con un neumático y cuerda. A esa hora la casa todavía estaba silenciosa y oscura, como dormida. Art dobló la curva y, al echar la mirada al frente, vio a tres de los chicos de los Whitford junto al arroyo.

Era un arroyo poco profundo y se veía más bonito en invierno, cuando se congelaba; los primeros días de la primavera corría transparente, pero después se estancaba y hacia julio se secaba. El arroyo era uno de los puntos de referencia que Art utilizaba para explicar a los amigos cómo llegar a su casa. «Pasarás por un arroyo con un puente de piedra», les decía. El puente, en realidad, no era de piedra; los pretiles consistían en unas losas de hormigón de más o menos un metro de altura, pero como a él le gustaban las cercas y los puentes de piedra, decía que era de piedra. En uno de los taludes que bajaban al río había una casa de color rojo. En ella vivía una pareja joven sin hijos, y en ese momento el hombre, que vendía seguros de vida en Boston, estaba saliendo con el coche enganchado a un remolque con una barca. La mujer le decía adiós desde la rampa del garaje y los chavales de los Whitford dejaron de tirar piedras al agua el tiempo justo para saludar ellos también. Al oír las pisadas de Art sobre el asfalto se giraron a mirarlo. Cuando llegó al puente, uno de ellos dijo: «Hola, doctor», y Art sonrió y les dijo hola sin detenerse. Una vez cruzado el puente, echó un vistazo al arroyo, que discurría despacio hacia la oscura penumbra del bosque.

A un kilómetro y medio del arroyo se alzaban varias casas, con pequeños tramos arbolados entre ellas. En la primera había una familia sentada en torno a una mesa de pícnic en el patio, leyendo el periódico del domingo. Nadie reparó en Art, que se sintió como un espía. La siguiente familia, a unos cien metros carretera arriba, estaba trabajando. Dos niñas recogían basura mientras el hombre y la mujer cavaban un parterre. La pareja se giró a saludar y el hombre dijo: «¡Un día estupendo para eso!». En la siguiente casa, una pareja joven estaba lavando un Volkswagen, ella con la manguera y él frotando la mugre

acumulada durante el invierno. Ambos levantaron la vista y saludaron. Para cuando llegó ahí, Art ya tenía la camiseta sudada y fría, pero sacó fuerzas de flaqueza para seguir.

Todo ese trecho era igual: gente arreglando el jardín, lavando el coche, alguien sentado al sol; un hombre grueso y calvo levantó una botella de cerveza y sonrió. Enfrente de una casa había dos adolescentes jugando al frisbi; más adelante, un hombre le lanzaba suavemente la pelota a su hijo, que llevaba puesta una gorra de béisbol y bateaba siempre tarde. Un chico y una chica adelantaron a Art a bordo de un mg color turquesa con la capota abierta, el pelo sin pañuelo de la muchacha pegado a su mejilla mientras esta se inclinaba para besar fugazmente en la oreja al chico. Todo el mundo lo saludaba, a pesar de que nadie lo conocía; solo sabían que era el tocólogo que vivía en la casa grande del bosque. Cuando dio media vuelta y echó a correr carretera abajo, volvieron a saludarlo, esta vez no de forma tan espontánea, pero sí más relajada, más familiar. Dobló una curva a quinientos metros del arroyo; la mujer había vuelto a entrar en casa y los chavales de los Whitford tampoco estaban. En aquel tramo de carretera no había nadie más, y a lo lejos se veía a las ardillas corriendo en dirección al bosque.

De pronto algo se torció; lo presintió antes de saberlo. En cuanto los dos muchachos aparecieron corriendo procedentes del arroyo y entraron en su campo visual, empezó a esprintar y, por un gratificante segundo, sintió que todavía le quedaba fuerza en las piernas, aunque ignoraba si había motivo para semejante derroche de velocidad y energía. Continuó dando zancadas sobre el asfalto mientras los chicos subían por el repecho hacia la casa de color rojo, y en cuanto llegó al puente les dio un grito.

Los chicos no se pararon hasta que volvió a gritarles, entonces se dieron media vuelta con la cara pálida y la boca abierta, y señalaron el arroyo y echaron a correr hacia allí. Art viró hacia la cuneta e inclinó el cuerpo hacia atrás para bajar por el pequeño terraplén de piedras junto a la entrada del puente, y enseguida vio la losa de hormigón blanco caída entre las aguas mansas del arroyo. Y de pronto tuvo otro presentimiento: se introdujo en el agua hasta las rodillas, se agachó junto a la losa y hundió los dedos en la arena del fondo incluso antes de bajar la mirada hacia la cara, los hombros y el torso. Enseguida vio que los brazos se agitaban bajo el agua como los de

alguien que se hubiera hundido en un agujero en la nieve. Las manos pálidas del muchacho rozaban apenas la superficie.

Al cabo de unos cinco segundos, Art comprendió que no iba a poder levantar la losa. Echó a correr hacia la casa de color rojo, subió la escalera y abrió la puerta de golpe mientras gritaba, tropezaba contra la mesa de la cocina y señalaba con una mano el teléfono de la pared y con la otra a la mujer vestida con una blusa de color amarillo chillón que reculaba protegiéndose la cara con los brazos.

—¡Llame a los bomberos! ¡Hay un chico ahogándose! —dijo señalando ahora a su espalda, en dirección al arroyo.

La mujer no perdió un instante; en su rostro hubo un trueque de temores, corrió hacia el teléfono y con eso hubo suficiente. Art salió otra vez, trastabilló al pie de la escalera y pasó corriendo entre los dos chicos, que estaban mudos junto a la orilla del río. Se negaba a aceptar que aquello fuera tan sencillo y tan imposible. Hundió las manos bajo la losa, hizo fuerza con brazos y piernas, y oyó que uno de los muchachos gimoteaba a su espalda:

—A Terry se le ha caído la losa encima, se le ha caído la losa encima.

Poniéndose de cuclillas en el agua, Art le tapó la boca con una mano al muchacho de los Whitford, le cerró los orificios nasales y dejó escapar un gemido; ahora era su propia mano la que estaba matando al chico. Retiró la mano. Como los brazos del muchacho habían dejado de moverse —parecían reposar a los lados del tronco—, Art le palpó el brazo derecho y enseguida volvió a sacar a la mano del agua. La pequeña extremidad estaba dura, agarrotada y temblaba. A continuación, palpó el izquierdo, lo recorrió con la mano y notó como el chico apretaba los dedos contra la losa, empujando.

Algo cambió en el cielo, que se resquebrajó bajo ese sonido de color humo de las noches invernales —la sirena de los bomberos—, y a través del silencio subsiguiente se oyó la voz de una mujer que les decía algo a los niños. Art se dio la vuelta y la vio de pie a su lado en el agua, y de repente deseó que lo abrazara, sentir su pecho contra el de ella, pero los ojos de la mujer le gritaban que hiciera algo, así que volvió a agacharse e intentó levantar la losa de nuevo. La mujer se agachó a su lado y juntos siguieron intentándolo hasta que, diez

minutos más tarde, cuatro bomberos voluntarios se apearon del agonizante gemido de la sirena e irrumpieron en el arroyo.

Nadie sabía por qué se había caído la losa. A lo largo de la tarde, cada vez que trataba de entenderlo, Art notaba que el cerebro se le entumecía y procuraba no darle más vueltas, pero no podía. Tres copas más tarde, pensó sobre la losa lo mismo que pensaba sobre el cáncer: que poseía una voluntad asesina. Y continuó hablando de ella en esos términos hasta que Maxine le dijo:

—No podías hacer nada. Hicieron falta cinco hombres y una mujer para levantarla.

Estaban sentados en el jardín trasero, con las tumbonas pegadas, y Maxine sostenía su mano entre las suyas. Los niños estaban jugando delante de la casa porque Maxine les había explicado lo ocurrido, que papá había tenido el peor día de su vida y que debían dejarlo un rato a solas. Maxine le iba rellenando el vaso de gin-tonic y, en un momento dado, cuando Tina se puso a gritar, Art se levantó de un brinco, pero ella lo aferró de la muñeca con fuerza y le dijo: «No pasa nada. Ya voy yo». Dio la vuelta a la casa y Tina dejó de llorar enseguida, y Maxine volvió y dijo que se había caído en la rampa del garaje y se había pelado el codo. Art estaba temblando.

—¿No deberías tomarte un calmante? —dijo ella.

Él negó con la cabeza y se puso a llorar.

El lunes por la mañana le aguardaba una respuesta —por lo menos en potencia— que parecía haberse manifestado deliberadamente en su cabeza al sonar el despertador. Se levantó a toda prisa y se quedó de pie bajo el haz de luz que se proyectaba en el suelo. Maxine se había dado la vuelta y continuaba durmiendo.

Se puso el pantalón y los mocasines, bajó la escalera y salió y se dirigió por la carretera hacia el arroyo. Quería correr, pero continuó caminando. Antes de llegar a la casa de los Whitford, cruzó al otro lado de la calzada. La casa, guarecida entre los árboles, estaba en penumbra y en silencio. Siguió caminando hasta el puente y ahí se detuvo y miró hacia la casa de color rojo. Entonces la vio y no supo

(ni sabría nunca) si la había visto también el día anterior, mientras corría hacia la puerta, o si tan solo creía haberla visto. La cuestión es que ahí estaba: una manguera de jardín de color verde claro, enrollada a plena luz del sol en uno de los laterales de la casa.

Caminó de vuelta. Se dirigió al jardín, donde su manguera había estado todo el invierno conectada al grifo. Se quedó mirándola y después entró, subió la escalera en silencio, escuchando el respirar de los niños, y cogió la navaja. Ya más aprisa, bajó de nuevo, salió y, agarrando la boca de la manguera, la cortó. Un poco más arriba, cortó otro trozo de manguera. Se guardó la navaja y se introdujo uno de los extremos del tubo en la boca, se tapó los orificios de la nariz con los dedos y respiró.

Miró al cielo a través de un arce aún deshojado. Luego dio la vuelta a la casa y abrió el maletero del Buick. Con los dedos temblorosos, colocó el trozo de manguera al lado del botiquín, delante de un cubo de arena y una pequeña pala de nieve que había estado cargando todo el invierno.

En mi vida

El día que electrocutaron a Sonny Broussard tuve los rulos puestos toda la tarde. O mejor sería decir el día anterior, supongo, ya que lo hicieron a medianoche. En cierto modo, parece una hora bien extraña para hacer algo así, pero cuando lo piensas, empieza a tener sentido. Es mejor de noche. Yo al menos no querría que me lo hicieran a primera hora de la mañana, toda la noche en vela, hasta el amanecer, el sol entrando por el ventanuco de la celda, a la espera; creo que preferiría aguardar todo el día y ver cómo se pone el sol y llega la oscuridad y saber que a medianoche ya no estaré allí. Aunque quizá sea tan solo porque trabajo de noche y no me gustan las mañanas. En realidad, se llamaba Willard, era corpulento, y a veces todavía recuerdo su peso encima de mí y su olor a alcohol y a negro.

—Seguro que te gustó —dijo una vez Charlie—. Seguro que te pusiste cachonda y todo.

—Una mierda, estaba seca como un ajo. Me quedé quieta mirándolo con las piernas así, y no dejaba de pensar «Ay, Dios mío», porque estaba convencida de que cuando terminase me iba a cortar el cuello, y por eso ni siquiera cerré los ojos.

—¿Y él no dijo nada en todo ese rato?

—«Ya.» Cuando terminó, dijo: «Ya». Dos veces lo dijo. Cuando se iba tropezó porque todavía se estaba subiendo los pantalones y tiró una lámpara, una lamparita pequeña que antes estaba ahí, encima de la cómoda, y se rompió y él echó a correr. Entonces se me empezó a pasar el miedo y me entraron ganas de matarlo y llamé al sheriff.

Charlie está casado. Parece que pasados los veinticinco solo salen hombres casados. Yo me casé cuando tenía dieciocho, no hubo más remedio, pero perdí el bebé y al cabo de dos años me di cuenta de que no podía ni mirarlo. Se llamaba Brumby, y acabé aborreciendo hasta su nombre, y lo pronunciaba con odio. «Que sí, que sí, Brumby», le decía. Una mañana me desperté y él no estaba. Me fui a la cocina y vi una nota encima de la mesa, debajo del salero. Sonreí y la leí. Decía:

«Lo siento. Te mandaré dinero. Brumby». Solté una carcajada de lo contenta que estaba de que por fin se hubiera decidido a largarse. Sin embargo, mientras me reía sentí un pequeño helor en las tripas al reparar en lo silenciosa que estaba la casa. Encendí la radio y puse agua en la cafetera. Mientras se hacía el café, me di una ducha tarareando. Luego volví desnuda a la cocina, era verano y empezaba a hacer calor; en la higuera había una hembra de arrendajo que armaba un escándalo formidable. Me serví el café y encendí un cigarrillo y subí la radio para poder oírla desde el cuarto de baño y fui a arreglarme la cara. En la radio ponían hillbilly. Tardé un buen rato arreglándome, me sentía bien, libre, y recé: «Gracias, Señor, y te lo ruego, no le dejes cambiar de idea». Se había ido sin el coche. Por la tarde fui a la ciudad y me compré un vestido amarillo en Penney's; cuando llegué a casa me lo puse y tomé la pequeña pista asfaltada de conchas blancas que cruza entre los pinos hasta la carretera. El Bons Temps distaba un kilómetro y medio, y cuando entré pregunté si les hacía falta alguna camarera y el señor Breaux me contrató porque soy bonita. Brumby me mandó un giro de cincuenta dólares y me preguntó si iba a divorciarme de él, y, en cuanto encontré tiempo para hacerlo, lo hice.

El único momento en que lo echaba de menos era al atardecer, aunque sabía que en realidad no lo echaba de menos a él. El sol se ponía y yo encendía las luces, pero no era lo mismo. A pesar de todo era afortunada: hacia esa hora me hacía la cena y me vestía y me preparaba para ir a trabajar. Es un alivio no trabajar de día, sobre todo en invierno, cuando oscurece temprano. Si trabajase de día, dejaría una luz encendida al salir por la mañana, así al volver no estaría oscuro. Como en nuestra parroquia los bares cierran por ley los domingos, a veces, por la tarde, me voy a ver a mi hermana y a su marido a Opelousas o me voy al cine, pero antes dejo siempre unas cuantas luces encendidas: la del techo de la cocina y la lámpara de suelo del salón. Los días que hace bueno ni siquiera me doy cuenta de que están prendidas, de tanto como brilla el sol en esas habitaciones.

Tardaron lo suyo en decidirse a matar a Sonny, casi dieciséis meses desde el día que entró por la puerta de mi casa (ahora cierro con llave y tengo un perro que les ladra a los negros que pasan por la carretera y una pistola que al menos sé cómo funciona) e hizo lo que le vino en gana y se largó trastabillando de tan borracho como iba. De modo que tuve mucho tiempo para pasar página de él; o de aquello. En el Bons

Temps todo el mundo se portó muy bien conmigo mientras la noticia estuvo en los periódicos. Luego me vino la regla. Luego llegó Earl: estaba casado, era cartero y los viernes y sábados por la noche tocaba la guitarra eléctrica con la banda de hillbilly del Bons Temps. Podría decir que Earl, en cierto modo, me salvó. Todavía me sentía distinta, como si tuviera llagas o algo, y pensaba que, como Sonny Broussard era negro, los hombres no se me volverían a acercar; pero entonces, un sábado por la noche, Earl vino a tomar un café a casa y todo salió bien. Me levanté preguntándome si por la mañana seguiría viéndome de la misma forma. Como él no podía salir las noches de entre semana, no volví a verlo hasta el viernes y en cuanto me sonrió supe que todo iba bien. De modo, pues, que durante un par de meses estuvimos viéndonos los viernes y los sábados, y yo luego miraba cómo se vestía a toda prisa con el frío. Por las mañanas me despertaba tarde y me quedaba acostada fumando y contemplando la escarcha en la poca hierba que quedaba, y la tierra marrón, y, a lo lejos, los pinos bajo el sol. O algunas mañanas caía esa lluvia lenta y gélida, y del frío que hacía se me quitaban hasta las ganas de levantarme a encender la estufa, así que me quedaba en la cama hasta que me daba la impresión de que el silencio había de explotar; entonces me levantaba y al poco rato la panceta empezaba a oler y a silbar en la sartén. Entonces su esposa lo descubrió todo y hasta me escribió una carta en la que me decía que yo era una mujer despreciable por entenderme con su hombre; envió la carta al Bon Temps, y al leerla pensé: «¿Su hombre? ¿Pero qué hombre, si solo nos veíamos un par de veces a la semana, como cuatro horas en total?». El caso es que ahí se acabó la cosa con Earl; a partir de ese momento su mujer empezó a esperarlo. Pero no pasaba nada, Earl había sabido cuidarme.

Entre Earl y Charlie apareció Vern, y mientras tanto Sonny Broussard continuaba esperando, y la mayor parte del tiempo yo ni siquiera pensaba en él; aunque a veces sí, y entonces deseaba que durante el juicio se hubiera descubierto que también había cometido otros delitos, que si atraco o algún apuñalamiento, pero no fue así. Solo estaba lo mío, y yo había llamado al sheriff y habría deseado que lo mataran cuando tiró la lamparita y se largó corriendo; habría deseado que lo mataran cuando el sheriff y su ayudante llegaron y se fueron por la pista asfaltada de conchas hasta un pinar donde viven unos negros en chabolas; habría deseado que lo mataran cuando lo detuvieron esa misma tarde en Port Arthur, Texas; y habría deseado que lo mataran cuando volví a verlo en el juzgado. Sin embargo,

cuando dijeron que lo harían tuve una sensación extraña, como de sorpresa, y también de miedo. Entonces, como ya he explicado, apareció Earl y no le importó; y luego Vern, el camionero que vino a casa un viernes por la noche y se quedó conmigo todo el sábado hasta que se me hizo la hora de ir a trabajar, y entonces se fue por su lado; no he sabido más de él, pero tengo la esperanza de que algún día volvamos a vernos. De todos modos, Charlie se porta bien conmigo. Es un tipo grandullón y brutote, y le trae sin cuidado si su mujer lo espera o no, él le dice que no es cosa suya adónde va o deja de ir. Una vez se quedó hasta que salió el sol y los pinos empezaron a arrojar sombra.

Mataron a Sonny Broussard un martes del mes de marzo. A última hora de la tarde me quité los rulos despacio, luego el sol se fue y encendí las luces y puse a hacerse el arroz y encendí la radio; mientras me cepillaba el pelo traté de imaginármelo en la cárcel, donde probablemente había luz en todos los rincones, y me pregunté si estaría cenando. A mí los negros no me gustan ni en pintura. Detestaba su olor y su color y su aliento alcohólico y que estuviera dentro de mí, detestaba su jadeo y sus gruñidos en mi cara, y sus manazas apretando las mías contra la almohada. Jamás saldría con uno por gusto. Su abogado no era mucho mayor que yo, pero se lo veía descuidado y gordo y llevaba el pelo al rape. Me preguntó si había opuesto resistencia; dije que no mucho, que tenía miedo de que me matase. Fue lo único que me preguntó al respecto. En general, trató de demostrar que Sonny Broussard tenía el historial limpio y que esa noche iba como una cuba.

Mientras me cepillaba el pelo frente al espejo del baño pensé que era bonita y me pregunté cuánto tiempo seguiría siendo bonita, porque los días y las noches van pasando, y no recuerdo adónde van, y me pregunto si hacerse mayor consiste en eso, si llegará el día en que me tiña las canas de negro y no me acuerde de que Vern se llamaba Mackey de apellido ni de que lo conocí entre Earl y Charlie en el invierno de mil novecientos cincuenta y seis. Entonces pensé en Sonny Broussard ahí de pie el día que me desperté con el corazón desbocado, y en cómo se bajó los pantalones y apartó las sábanas y me abrió las piernas como quien separa los juncos de un cañaveral, y yo estaba más seca que seca pero aun así acabó enseguida, quizá un par de minutos, como Charlie la primera vez, y entonces dijo: «Ya. Ya».

Pensé que a lo mejor se lo podía explicar a Charlie. Pero esa noche llevaba una temporada sin aparecer por el Bons Temps; hasta para ser jueves había poca gente, ni siquiera hacía falta renovar el aire, tanto es así que a las once todavía podía olerse la cera del suelo. Yo no quitaba el ojo de la puerta y el reloj. Hacia las once me puse nerviosa y la cosa fue a peor, no había momento en que no tuviera un cigarrillo encendido en el cenicero de la barra. Entonces, sobre las once y treinta y cinco, me puse a servir una mesa de cuatro, la bandeja estaba mojada y las monedas se pegaban, y el tipo ese las iba despegando una por una, apretando de tal modo que cada vez me costaba más sostener la bandeja. Cuando hubo recogido la última moneda, oí la voz de Charlie detrás de mí:

—Jill.

Me giré y estuve a punto de abrazarlo. Con la chaqueta de leñador se lo veía más corpulento, con la cara grande y ancha y el cabello espeso y pelirrojo.

—Pensaba que no vendrías.

—Para que veas —dijo él sonriendo.

Durante un rato estuve hablando con Charlie en la barra y atendiendo las mesas; seguía estando nerviosa, pero también feliz porque esa noche iba a estar con él. Miré el reloj cuando faltaban cinco minutos para las doce, mientras esperaba a que Curtis terminase de preparar un vodka Collins y abriera tres cervezas. Luego las llevé a la mesa. La gramola había dejado de sonar, así que le eché veinticinco centavos de la propina y puse tres canciones de Hank Williams. Al cabo de un minuto, Hank empezó a cantar. Eché un vistazo a la veintena escasa de rostros repartidos por las mesas, había algunos hombres juntos pero la mayoría eran parejas, mayores que yo, y me quedé mirando sus cigarrillos y sus manos y sus caras. «Dios santo —pensé—. He sentido su cuerpo y ahora lo van a quemar.» Y entonces pensé: «No». Y a continuación lo dije en voz alta: «No», y dio la medianoche.

Llegamos a casa a la una y cuarto y nos metimos en la cocina, donde la luz estaba encendida. Esta vez no hice café, le dije que me tomaría algo con él y saqué del armarito el bourbon que él guardaba ahí para cuando iba a verme. Parecía receloso, no sabía muy bien cómo

tratarme; se había enterado de que aquel era el día porque en un momento dado yo me había acercado corriendo a la barra, donde él estaba sentado, y, apoyando la cabeza en su brazo, le había dicho: «Está muerto, Charlie». Sirvió un par de copas, nos tomamos una en la cocina y la siguiente en la cama, desnudos bajo las mantas, pero yo todavía no tenía claro si quería hacer algo. Estábamos acostados de lado, mirándonos, apoyados sobre el codo para poder beber.

—Solo fue un par de minutos —dije—. Cuando estuvo en mí.

—Ya.

Charlie me observaba y por un segundo pensé que era una suerte que estuviera tan relajado, no como Earl. Charlie nunca tenía prisa por marcharse.

—Si le hubieran pegado un tiro esa misma mañana... —dije—. O si tú me hubieras conocido entonces y lo hubieras sacado a rastras de su chabola para pegarle una paliza...

—Lo habría hecho.

—¿Quieres otra?

—No.

—¿Podemos quedarnos así un rato?

—Por supuesto.

Dejó los vasos en la mesita de noche y se quedó acostado boca arriba con un brazo estirado hacia mí, y yo apoyé la cabeza encima y me puse de medio lado para pegarme bien a su cuerpo.

—¿No te importa esperar? —dije.

—Habrá más noches.

—He estado con once —dije—. Sin contarlo a él.

—No está mal para empezar.

—Uno me dejó preñada, era un zángano —dije.

Enseguida me dormí. Pasado un buen rato, Charlie me despertó y le dije que sí que quería. Por encima de su hombro se veía la pálida luz de la ventana.

Si conocieran a Yvonne

Para Andre y Jeb

1

Me crie en Luisiana, y durante doce años fui a un colegio para chicos de los Hermanos Cristianos, una congregación religiosa católica. En octavo, nuestro profesor era el hermano Thomas. Todavía guardo una estampita que nos regaló a cada chico de la clase al final del curso; es una estampita en la que aparecen Tomás de Aquino, dos ángeles y una mujer. En primer plano a la izquierda, se ve a Tomás de Aquino sentado y recostado sobre uno de los ángeles, que le sujeta los hombros con las manos; parece un boxeador cansado entre dos asaltos, y su rostro mira al ángel con gesto suplicante. El segundo ángel se encuentra arrodillado a sus pies y, con ambas manos, le ciñe una cinta alrededor de la cintura. Al fondo a la izquierda, una mujer huye por una escalinata de piedra; tiene la cabeza vuelta para echar un último vistazo antes de abandonar la habitación. Según el hermano Thomas, algunos de los parientes de Tomás de Aquino no querían que se hiciera monje, de modo que enviaron una mujer a su cuarto. Él le mandó que se fuera y entonces los ángeles descendieron, le rodearon la cintura con un fajín y le extrajeron toda la concupiscencia del cuerpo para que nadie pudiera volver a tentarlo. En el reverso de la estampita, bajo el título de «Milicia angelical», hay una oración por la pureza.

El hermano Thomas fue el primer profesor que nos habló de los pecados incluidos en los mandamientos sexto y noveno, que, según la formulación católica del Decálogo, prohíben el adulterio y codiciar a la mujer del prójimo. A modo de introducción, enumeró los diferentes pecados. Después, se centró en lo que al parecer era lo más importante: lo llamó autoabuso y, escrutando nuestras caras con una mirada fugaz, vio que entendíamos a qué se refería. Se trataba de un

pecado mortal, dijo, ante todo porque implicaba derrochar la preciosa semilla que Dios nos había concedido con vistas al matrimonio. Además, el placer sexual era algo reservado a las personas casadas, para que tuvieran hijos mediante la consumación del acto conyugal. El autoabuso ni siquiera era un acto natural; era antinatural, y los muchachos que lo cometían no eran mejores que un mono. Suponía una profanación de nuestro cuerpo, que era el templo del Espíritu Santo; un pecado mortal que nos privaba de la gracia santificante y que, por tanto, podía condenarnos al infierno. Se alejó unos metros de la mesa caminando con las piernas ocultas bajo las faldas del hábito negro, dio media vuelta y volvió a ponerse detrás de la mesa y se bajó el alzacuello: la parte delantera quedó colgando de su garganta como dos naipes con la cara en blanco.

—Evitad estar a solas —dijo—. Cuando volváis a casa del colegio, no os quedéis dentro de casa. Salid a jugar al béisbol o a cortar el césped o lavadle el coche a papá. Haced lo que sea, pero gastad energías. Y rezadle a santa María, Madre de Dios: llevaos el rosario a la cama por las noches y recitadlo cuando os vayáis a dormir. Si os quedáis dormidos antes de acabar, a Nuestra Señora no le importa... Justamente eso es lo que quiere que hagáis.

Después nos instó a que comulgáramos a menudo. Nos habló de los beneficios que reportaba la eucaristía: la gracia santificante, que nos ayudaba a resistir la tentación; la exención del castigo temporal del purgatorio, y, por tanto, hasta que cometiéramos otro pecado mortal o venal, garantía de acceso inmediato al cielo. Siempre decía que él le rezaba a Dios para que le permitiera morir con la santa eucaristía en la boca.

Hasta entonces había hablado con la voz llena de emoción, pero con esa mirada errabunda de quien repite sus verdaderas creencias de corrido. De repente, sin embargo, sus ojos se clavaron en la ventana, como si ese caluroso día de primavera se le hubiera revelado una nueva verdad en el polvoriento patio del colegio.

—En cierto modo —susurró rascándose la mandíbula con la mano—, si mataseis a alguien justo después de que recibiera la eucaristía, estaríais haciéndole un favor.

Aguanté hasta mitad del verano, más o menos dos semanas antes de mi decimocuarto cumpleaños. Me había convencido de que podría aguantar para siempre. Pero, entonces, una calurosa noche de verano, mis padres salieron a jugar al bridge, Janet tenía planes y yo me quedé solo en casa, hojeando la revista Holiday: anuncios con chicas bebiendo ron o fumando, chicas en pistas de esquí abrigadas con jerséis de lana gruesa, chicas en la playa, chicas a caballo... Fui al baño diciéndome que solamente iba a mear, y ahí estuve un rato, pensando que lo que sentía era dolor, pero de pronto supe que no, que por primera vez en la vida aquello iba a ocurrirme de manera consciente, y entonces ocurrió, y me quedé débil y temblando y, al cerrar los ojos, vi los rostros de la Virgen María y de Jesucristo y del hermano Thomas, y en lo alto, descendiendo sobre ellos, la terrible y diáfana mole de Dios.

Eso fue un martes. Puse el despertador y al día siguiente me levanté a las seis y media con la sensación de que todos los habitantes del cielo y de la tierra habían sido testigos de mi pecado y habían estado observándome mientras dormía. Me vestí a toda prisa y pasé de puntillas por delante del cuarto de Janet; dormía de lado, con uno de sus brazos morenos asomando por encima de la sábana; luego pasé por delante de la puerta cerrada del dormitorio de mis padres y salí de la casa. Mientras bajaba a la calle con la bicicleta, temí que me atropellase un coche, así que fui pedaleando por la acera hasta la iglesia, adonde llegué justo a tiempo para confesarme antes de la misa. Cuando volví a casa, Janet estaba sentada en los escalones de la entrada, tomando un zumo de naranja. Crucé por el césped, me paré delante de ella y miré sus suaves piernas cobrizas.

—¿Dónde estabas?

—En misa.

—¿Por algo en especial?

—Me he despertado —dije— y me ha dado por ahí.

Una mosca se puso a zumbar junto a mi oído y recordé que el hermano Thomas nos había citado las palabras de un santo, que decía que si somos incapaces de soportar el zumbido de un insecto en el oído cuando nos acostamos a dormir, ¿cómo vamos a soportar el

castigo eterno del infierno?

—Te has puesto la alarma —dijo ella—. La he oído.

Entonces mamá nos llamó para desayunar. Me preguntó dónde había estado, y dijo:

—Vaya, eso está muy bien. A lo mejor te acabas haciendo cura.

—Ja... —dijo papá.

—No te preocupes, papá —dijo Janet—. Ya no odiamos a los episcopalianos.

Aguanté dos días más, hasta el viernes, y el sábado por la tarde tuve que volver a confesarme. A través de la cortina de la ventana de celosía, el padre Broussard me dijo que le rezara a la Virgen María, que evitara las personas y los lugares y las cosas que daban ocasión para pecar, que me confesase y que comulgara por lo menos una vez a la semana. Su voz susurrante tenía un timbre agradable y el confesionario en sí estaba diseñado para brindar cierto consuelo, pues nos acogía a mí y a mi secreto, y su interior era tan oscuro como mi alma, y en él Cristo crucificado me devolvía la mirada a pocos palmos de mi cara. El padre Broussard me dijo que rezara diez padrenuestros y diez avemarías como penitencia. Los recé de rodillas en uno de los bancos del fondo y después salí y rodeé la iglesia hasta el cementerio. Caminé entre las viejas tumbas bajo el calor del sol y, sacando el rosario, me puse a rezar.

El domingo fuimos a misa de once. Janet y yo recibimos la comunión, pero mamá no porque había roto el ayuno con las tostadas y el café. La mayoría de los domingos no observaba el ayuno porque íbamos tarde a misa, y en aquel entonces había que ayunar entre la medianoche y el momento de recibir la comunión; hacia las diez de la mañana, mamá empezaba a marearse y tenía que comer algo. Terminada la misa, Janet puso el coche en marcha, encendió un cigarrillo y esperó a que la fila de coches empezara a avanzar por el estacionamiento. Yo envidiaba aquel descaro suyo. Solo tenía dieciséis años, pero desde que le había dado por fumar mis padres no habían podido hacer nada por disuadirla.

—No hay manera de que aguante en ayunas —dijo mamá—. Creo que

necesito vitaminas.

Iba sentada delante, abriendo y cerrando su abanico negro.

—A lo mejor sí —dijo Janet.

—A lo mejor. Si tienes que fumar, preferiría que lo hicieras en casa.

Janet sonrió y condujo en primera hasta el exterior del estacionamiento. Tenía la ventanilla bajada y durante el trayecto de vuelta a casa estuve fijándome en cómo su cabello oscuro ondeaba al viento.

Así transcurrió mi decimocuarto verano: béisbol por la mañana, y amigos y películas y unos cuantos días de paz, de esperanza, y luego vuelta al confesionario, donde el olor a sudor impregnaba el aire como si alguien hubiera vomitado pecado. Una vez me encontré con el presidente del consejo estudiantil caminando por la calle principal; me reconoció y me dijo hola, y yo me sonrojé, no por timidez, sino por vergüenza, porque él caminaba con paso seguro, era fuerte y bueno, mientras que yo era débil. Otro día, una chica del instituto que vivía en mi calle me llevó en su coche apenas una hora después de que lo hubiera hecho, y yo me senté pegado a la puerta y fui incapaz de mirarla; le respondía en voz baja y evitaba decir nada por iniciativa propia, y sabía que ella debía de tomarme por un chico retraído, pero mejor eso que la verdad, pues estaba convencido de que si hubiera sabido qué clase de ser se sentaba a su lado, habría retrocedido del asco. Fue un alivio que llegara el otoño, porque tenía la esperanza de que el horario escolar rompiera la pauta de mis pecados. Aunque también temía que los Hermanos pudieran adivinar el verano en mis ojos; el problema es que no fue solamente el verano, sino también el otoño y el invierno, ya que la pauta no se rompió y no pude dejarlo.

En el confesionario, el cura más severo era un viejo holandés que me regañaba y me hablaba de la hombría y de la fuerza de voluntad, y un día me dijo que pusiera el dedo sobre la llama de una vela y me imaginara la eterna llama del infierno. No lo hice. El padre Broussard era firme, a veces impaciente, pero ni punto de comparación con el holandés. El más indulgente era un italiano joven, el padre Grassi, que apenas abría la boca: creo que nunca me habló durante más de treinta segundos, y sus penitencias eran tan leves —tres o cuatro avemarías—

que empecé a pensar que no sabía suficiente inglés como para entender lo que le decía.

Y entonces volvió a ser otoño, yo ya tenía quince años y Janet estaba en primer curso de la universidad. Había empezado a salir con Bob Mitchell, un yanqui de Míchigan. Era un soldado de la base del Mando Aéreo Estratégico, así que durante la primera semana Janet tuvo que convencer a mamá. Bob tenía estudios secundarios, era inteligente y tenía previsto ingresar en la Universidad de Míchigan en cuanto se licenciase. Eso fue lo que Janet le dijo a mamá, que creía que un hombre con uniforme era menos de fiar que un civil de nuestra tierra. Un fin de semana de octubre, mamá y papá fueron a Baton Rouge a ver el partido de la Universidad de Luisiana contra la de Misisipi. El partido era por la tarde-noche y luego iban a salir con unos amigos por la ciudad. Se fueron el sábado después de almorzar y en cuanto hubieron salido por la puerta, Janet llamó a Bob, canceló la cita que tenían y se metió en la cama. Dijo que tenía gripe, solo que no había dicho nada porque mamá se habría sentido obligada a quedarse en casa.

—¿Puedes traerme una cerveza? —me dijo—. Me quedaré en la cama tomando cerveza y así no te molestaré.

Yo me senté en el salón a escuchar cómo Bill Stern retransmitía el partido entre Notre Dame y la Universidad Metodista del Sur. De vez en cuando me acercaba al cuarto de Janet para ver si quería otra cerveza; ella me sonreía por encima del libro —El idiota—, agitaba la botella y decía que sí. Cuando el partido hubo terminado, le dije que me iba a confesar y me dio dinero para que comprara cigarrillos. Bastantes motivos de bochorno tenía ya como para que la gente además pensase que me había puesto a fumar. Cuando volví a casa le dije que se me había olvidado.

—¿Puedes mirar si a papá le queda alguno?

Entré en el dormitorio de mis padres. En la pared, encima de la cama, había un pequeño crucifijo negro con un Cristo de plata (papá lo llamaba el ídolo, pero lo decía con una sonrisa); clavada detrás del crucifijo había una hoja de palma seca del Domingo de Ramos. Abrí el primer cajón de la cómoda de papá y saqué el cartón de Lucky, pero entonces vi una cosa roja y blanca que me llamó la atención: la

esquina de una cajita escondida bajo los calcetines. Al principio no la toqué. Me quedé observando aquella esquina de cartón y enseguida supe lo que era y que aquello no me venía de nuevas, porque de algún modo vago y secreto hacía tiempo que lo sabía, quizá unos meses o un año o incluso dos años. Seguí ahí de pie con la historia de mi conocimiento, hasta que al fin dejé el cartón de cigarrillos y saqué la caja de condones de la cómoda. Abrí la tapa y estaba mirando los condones colocados en vertical cuando oí los muelles de la cama, pero ya era tarde, sus pies desnudos estaban cruzando el pasillo y no pude más que alzar los ojos mientras ella decía:

—¿Es que no sabes dónde...?

Se calló de golpe. Al principio se ruborizó, pero le duró apenas un segundo. Entró en el dormitorio, me quitó la cajita de las manos con cuidado, cerró la tapa y se quedó mirándola un instante. Luego la guardó en el cajón, recolocó los calcetines encima, sacó una cajetilla de cigarrillos y regresó a su cuarto.

—¿Por qué no me traes una cerveza —dijo por encima del hombro— y tenemos una pequeña charla?

Cuando le llevé la cerveza se recostó en la cama y dejó El idiota cerrado encima de la mesita de noche.

—¿De verdad estás sorprendido? —dijo.

Yo negué con la cabeza.

—¿Estás molesto?

—Sí.

—Supongo que son escrúpulos. Te confiesas más que Eichmann.

Yo me ruboricé y aparté la vista.

—¿Sabes que hay gente, teólogos, que creen que los pecados mortales son tan infrecuentes como los crímenes capitales? ¿Que la mayoría de las cosas que hacemos no son tan malas?

—Será que no son católicos.

—Algunos sí lo son. Escucha: la única cosa mala que hace mamá es creer que lo que hace es pecado, por eso no comulga. Y supongo que por eso tampoco se pone un diafragma, sería demasiado comprometido.

Aquella manera de hablar me estaba asustando, fue un alivio que no siguiera. Me dijo que no me preocupase por mamá y, sobre todo, que no le echase la culpa a papá, que no pensara en él como un protestante que había apartado a mamá de la Iglesia. Decía que la Iglesia se equivocaba. Varias veces empleó la palabra amor, y por la noche, en la cama, pensé: ¿amor? ¿Amor? Porque lo cierto es que yo solo podía pensar en semen, y entonces recordé que tiempo atrás había visto un condón tirado en el suelo de una carretera de campo; de su interior salía una hilera de hormigas negras. Salté de la cama, encendí la lámpara y me puse a leer la oración de la «Milicia angelical», que termina así: «¡Señor, que a bien tuviste defender con el bendito cordón de santo Tomás a quienes libran la terrible batalla de la castidad! Concédenos a quienes a Ti suplicamos que, con su ayuda, venzamos felizmente en esta guerra al abominable enemigo que acecha nuestros cuerpos y almas, que coronados con el lirio de la pureza perpetua seamos merecedores, entre el casto rebaño de los ángeles, de la palma de la dicha...».

A Janet no le fue muy bien en la guerra. En enero ella y Bob Mitchell se fueron en coche a Port Arthur, Texas, y se casaron ante un juez de paz. Después de eso fueron a ver al padre Broussard para que los casara por la Iglesia, pero en cuanto supo que Janet estaba embarazada se negó. Dijo que no creía en la estabilidad de aquel matrimonio y que no estaba dispuesto a consolidarlo ante los ojos de Dios. Mis padres y yo no supimos nada de todo eso hasta un par de semanas más tarde, cuando Bob se licenció de la Fuerza Aérea. Nos lo anunciaron una noche y dos días más tarde Janet se fue a Míchigan; nos escribió diciendo que, aunque Bob no era católico, había accedido a intentarlo de nuevo, y que esta vez habían encontrado a un cura que los había casado. Siete meses después de la ceremonia de Texas, tuvo gemelos y mamá se fue a verla en autobús y se quedó dos semanas y nos envió postales desde Ann Arbor.

Uno deja de pensar en los problemas de su hermana, incluso en la imagen de ella quedándose preñada en el asiento trasero de un coche, del mismo modo en que, con el tiempo, uno deja de pensar en si su

madre vive o no en pecado. Yo tenía mis propios problemas y una tarde de verano, a los dieciséis años, solo en casa, justo después de hacerlo pese a haber recibido la comunión esa misma mañana, me tiré encima de la cama llorando y golpeándome la cabeza con el puño. Como era entre semana, los curas no escuchaban en confesión hasta la mañana siguiente antes de misa. Podría haber ido a la rectoría a confesarme con el cura que hubiera en el despacho, pero no me decidía, necesitaba que entre nuestras caras se interpusiera la ventana de celosía. Finalmente me levanté y fui al teléfono del vestíbulo. Marqué el número de la rectoría y cuando el padre Broussard contestó le dije que no podía ir a la iglesia, pero que tenía que confesarme y que quería hacerlo enseguida, por teléfono. Apenas percibí la inflexión suspicaz de su voz cuando me dijo que fuera a la rectoría.

—No puedo —dije.

—¿Y mañana? ¿Podrías venir mañana antes de misa o a lo largo del día?

—Imposible, padre. No puedo esperar tanto.

—¿Con quién hablo?

Por un instante ambos guardamos silencio. Luego dije:

—No pasa nada.

Los jóvenes solíamos usar esa expresión para dar a entender que algo no era de la incumbencia de alguien. Me salió como un susurro, y no supe si sería capaz de proferir otra palabra sin echarme a llorar.

—De acuerdo —dijo—, te oiré en confesión.

Me arrodillé en el suelo con los ojos cerrados; el cable del teléfono ya no daba más de sí.

—Bendígame, padre, porque he pecado; mi última confesión fue ayer… —Empecé a derramar lágrimas en silencio, las que no había gastado antes en la cama; todavía podía hablar, pero se me resquebrajaba la voz—. Mis pecados son estos: he cometido autoabuso una vez…

La palabra vez se apagó susurrada junto al auricular en la soledad del vestíbulo, tanto más solitario por el hecho de que el padre Broussard no decía nada y yo seguía arrodillado con los párpados apretados y el auricular clavado en mi oreja ya caliente, hasta que por fin él dijo:

—Está bien, pero no puedo darte la absolución por teléfono. ¿Por qué no pasas por la rectoría hacia las tres?

—De acuerdo, padre.

—Y pregunta por el padre Broussard.

—De acuerdo, padre; gracias, padre...

Cuando colgó, yo seguía con el auricular en la mano, y una vergüenza rojinegra me impedía abrir los ojos; al rato, me levanté despacio y volví a la cama —no iba a ir a la rectoría— y ahí me quedé, sintiéndome como si yo fuera la única persona viva aquel abrasador día de verano. No podía dejar de llorar y empecé a golpearme la cabeza otra vez. Me puse a hablar en voz alta con Dios, rogándole que me perdonase y después me matase para no tener que seguir pagando el precio de ser un chico. De repente tuve una visión: una imagen se presentó ante mis ojos, la observé y la repudié, todo a la vez, con el puño en alto todavía. Me vi sentado sobre la cama, con los pantalones bajados hasta el suelo, en la mano derecha tenía mi afilado cuchillo de caza y, con un tajo rápido y decidido, me cercenaba aquel pene autónomo y lo arrojaba al suelo para que se marchitase y muriese. Antes de que el puño impactara otra vez, me quité aquella imagen de la cabeza. No por mandato de ninguna voz. Ni siquiera porque anticipase la posibilidad del dolor, de morir desangrado, de acabar convertido en un engendro impotente. Sencillamente sabía que aquello era algo que uno tenía entre las piernas y que no se lo podía cortar.

2

Yvonne Millet fue quien finalmente le dio uso para bien. Los dos teníamos diecinueve años, y los dos éramos vírgenes; comenzamos a

salir en el verano de nuestro primer año de universidad. Era esbelta, con el cabello negro y corto, a lo chico italiano, que se decía entonces. Era católica y había estudiado doce años con las monjas, pero no se andaba con tantos remilgos como yo. En el coche, la ropa se nos empapaba de sudor y, a veces, yo me iba a casa con los pantalones manchados, de tal modo que tenía que hacer una pelota con ellos y dejarlos en la canasta de la tintorería. Yo eso luego lo confesaba, y también que nos habíamos acariciado, y cuando nos veíamos intentaba no mojarme, pero después, muchas noches, a la hora de irme a la cama me dolía todo y me daban náuseas. Entonces me quedaba inmóvil con mi dolor y me sentía casi victorioso: estaba convencido de que Yvonne y yo incurríamos en pecado mortal por el mero hecho de tocarnos, pero, por lo menos, habíamos resistido una noche más el pecado tanto más grave del orgasmo. Había noches en que ella me lo hacía con la mano o nos refregábamos hasta corrernos, en una especie de pantomima con ropa de la cópula. Esto ocurría con tanta frecuencia que por primera vez en casi siete años dejé de masturbarme. Y un sábado tras otro me encaminaba bien ufano a la iglesia y confesaba mis pecados con Yvonne. Me confesaba con el padre Grassi, que seguía sin hablar demasiado, hasta que un sábado por la tarde dijo:

—¿Cuántos años tienes tú, amigo mío?

—Diecinueve, padre.

—De acuerdo. ¿Y la muchacha?

Le dije que diecinueve. De repente empezaba a preocuparme: había evitado confesarme con el padre Broussard o con el holandés por miedo a que me preguntasen por la frecuencia de nuestros pecados y que luego me dieran a elegir entre mantenerme puro o romper con ella, alegando que, de lo contrario, no podrían volver a darme la absolución. Había dado por hecho que el padre Grassi no haría preguntas.

—¿Tú la quieres?

—Sí, padre.

—Creo que a tu edad es difícil saber si de verdad se quiere a alguien. Te voy a recomendar que tú y tu chica penséis en casaros en los

próximos dos o tres años, y hasta entonces, amigo mío, hasta que estéis preparados para un breve periodo de compromiso y el posterior matrimonio, creo que deberíais veros con otras personas. Entre vosotros también, obviamente, pero también con otras personas. Puede que no sea la manera de manteneros puros, pero por lo menos os ayudará a saber si os queréis.

—De acuerdo, padre.

—Porque eso que hacéis ahora mismo, eso no es amor. Deberíais buscar otras maneras de poneros a prueba.

Le dije que lo entendía y que lo hablaría con mi chica. Pero nunca lo hice. De tarde en tarde, Yvonne también se confesaba, aunque no tengo la menor idea de lo que le decía al cura, ya que ella no veía las cosas de la manera que las veía yo. Una noche, mientras intentaba convencerla de que no siguiéramos adelante, me agarró la mano y se la puso ahí hasta que se cansó. Luego cogió un cigarrillo del salpicadero, le dio unos toquecitos y se quedó quieta como si acabara de caer en que no me había ofrecido uno.

—¿No quieres que te haga nada? —dijo.

—No, estoy bien así.

Estuvo un rato fumando con la cabeza apoyada en mi hombro.

—¿Crees que es más pecado cuando te pasa a ti? —dijo.

—Sí.

—¿Por qué?

Le expliqué lo que me habían enseñado los Hermanos.

—¿Y tú te lo crees? —dijo—. ¿Que Dios te dio la semilla nada más que para tener hijos y que, si la malgastas, te mandará al infierno?

—Supongo que sí.

—Alguna vez has tenido sueños húmedos, ¿no?

—Es distinto. Ahí no entra en juego la voluntad.

—¿Y en mi caso? Yo acabo de tener uno, pero no he malgastado óvulos ni nada, ¿en qué he pecado?

—No lo sé. A lo mejor los pecados funcionan de otra manera en el caso de las chicas.

—Entonces tampoco sería pecado que nos masturbásemos. ¿No? No es que yo lo haga, pero ¿tengo razón o no?

—Nunca lo había pensado.

—Pues no lo pienses. Ya piensas demasiado.

—Quizá tú no piensas lo suficiente.

—Tienes razón, yo no pienso.

—Te diré por qué es pecado —dije—: porque está reservado a las personas casadas.

—¿El clímax?

—Sí.

—Pero se supone que también hay que estar casado para tocarse —dijo ella—. Entonces, ¿por qué poner el límite en el clímax? Es decir, ¿qué sentido tiene excitarse para luego parar y creer que aquí no ha pasado nada?

—Tienes razón. No deberíamos hacer nada de eso.

—Venga ya, estoy segura de que no es tan malo.

—¿De verdad? ¿Crees que lo que hacemos no es pecado?

—A lo mejor un poco, pero hay cosas mucho peores.

—Es un pecado mortal.

—No creo. Yo creo que es pecado hablar de lo que uno hace con una chica, pero no creo que lo que uno haga con ella sea tan malo.

—Muy bien, si eso es lo que piensas, ¿por qué no llegamos hasta el

final?

Se incorporó para tirar el cigarrillo por la ventanilla y seguidamente se acurrucó con la cara sobre mi pecho.

—Porque me da miedo —dijo.

—¿Por si te quedas embarazada?

—No, no por eso. Simplemente me da miedo dejar de ser virgen.

Y con eso zanjó la discusión, la ganó y barrió de un plumazo mis sofismas. A la mañana siguiente, cuando bajé a desayunar, me sentía cansado.

—Te vas a dejar la salud —dijo mamá—. Era pasada la una cuando volviste a casa.

Yo saqué bíceps y le dije que me encontraba bien. Pero papá no me quitaba el ojo desde la otra punta de la mesa.

—A mí tu salud me da igual —dijo—, solo espero que tengas más seso que Janet.

—¡Cariño! —dijo mamá.

—Ella lo hizo todo al revés. Se puso a tener hijos antes de casarse y luego lo dejó.

Era verdad. Ahora sus gemelos tenían cuatro años y no había tenido más hijos. Bob había terminado la carrera y estaba a las puertas de empezar el doctorado en ciencias políticas. A principios de verano mamá había subido a visitarlos dos semanas. Cuando volvió, cada vez que hablaba de ellos se ponía nerviosa, como si mintiera, y en un par de ocasiones entré en la cocina mientras ella y papá estaban hablando y entonces se callaban hasta que yo encontraba lo que había ido a buscar y me marchaba.

—Yo no me quedaré embarazado —dije.

—Ni tampoco Yvonne —dijo papá—, siempre y cuando te acuerdes de mantener la bragueta cerrada.

Finalmente, una noche de principios de otoño, nos fuimos en coche de su casa, donde habíamos estado un buen rato aparcados, y supe que Yvonne no me pararía, ya que por el simple hecho de alejarnos de su casa se arriesgaba a que sus padres hicieran preguntas, y al asumir ese riesgo asumía también el otro. Tomé una carretera de campo, cruzamos un tembloroso puente de madera sobre una ciénaga que aquella noche sin luna se veía tan oscura como la tierra, seguí conduciendo entre la negrura de los árboles hasta que fuimos a parar a una pista de tierra que se internaba en el bosque y, echando mano a sus menudos pechos, apagué el motor y los faros. Al cabo de un instante ella ya estaba desnuda en el asiento trasero, y entonces me quité la ropa, calcetines incluidos, y al ver su confiado gesto y la inesperada blancura de su cuerpo estuve a punto de volver a vestirme y llevarla a casa, pero ella dijo:

—Quiéreme, Harry, quiéreme...

Los Hermanos no me habían preparado para eso. Si mi primera vez hubiera sido con una puta, es probable que su adiestramiento hubiera funcionado, ya que esa era la clase de lujuria a la que ellos se referían siempre. Sin embargo, no podían competir con Yvonne, y a la mañana siguiente me desperté con una felicidad desconocida hasta entonces. Ese día, en la universidad, tomamos café y nos dimos la mano y hablamos cuchicheando. Por la noche, de camino a su casa, paré en una estación de servicio y compré una caja de condones en la máquina del baño de hombres. Fue el único momento en que me sentí culpable. Aunque al menos tuve la lucidez suficiente para saber por qué: los condones, como la masturbación y las putas, eran cosas de las que los Hermanos sí sabían hablar. Salí de aquel retrete hediondo de orines, caminé bajo la clara noche de otoño y conduje hacia casa de Yvonne, donde los Hermanos no habían estado nunca.

Durante el resto del otoño y unas cuantas semanas de invierno, fuimos amantes tórridos y felices. Yo mismo me asombraba ante mi gozo, mi ausencia de remordimiento. Un día, al cabo de unas semanas, le pregunté si aquello la hacía sentir mal alguna vez. Era noche entrada y estábamos sentados en un bar, comiendo ostras. Al principio no entendió a qué me refería; luego sonrió.

—Me siento maravillosamente —dijo.

Mojó la última ostra en la salsa y se inclinó sobre la bandeja para comérsela.

—¿Tenemos suficiente dinero para pedir más? —dijo.

—Sí, claro.

Iban a noventa centavos la docena. Vimos cómo el camarero negro las iba abriendo y me sentí bien, comiendo ostras y bebiendo cerveza a la una de la noche, tras haberle hecho el amor una hora antes a aquella muchacha tan bonita sentada junto a mí. Me fijé en su pelo y me pregunté si debía dejárselo más largo.

—Aunque debo decir que a veces me preocupo —dijo.

—¿Por si te quedas embarazada?

—No, nunca te he dicho que te pongas un chisme de esos. Eres tú quien me preocupa.

—¿Por qué?

—Porque antes siempre pensabas en el pecado y ahora ya no.

—Eso es porque te quiero.

Se chupó la salsa roja de los dedos, me tomó la mano, la apretó y bebió un poco de cerveza.

—Temo que algún día vuelvas a sentirte mal y que entonces me odies.

Hacía bien en buscar la derrota en esa dirección, en esperar que me moviera por las rutas más trilladas. Sin embargo, no fue la culpa lo que al final agrió la relación. Sencillamente que, al cabo de un par de meses, empecé a percatarme de cosas.

Descubrí que en realidad no le gustaba el fútbol americano. Disfrutaba yendo a los partidos porque le daban la ocasión para arreglarse, y porque había una banda y grupos de estudiantes, y porque era divertido esconder la petaca mientras te echabas bourbon en el vaso de cartón. Animaba igual que hacíamos el resto, pero no por el mismo

motivo. Ella animaba porque estábamos allí y porque había un tipo que había corrido muy rápido con una pelota. Una vez nos levantamos para ver cómo terminaba un pase largo: cuando el receptor saltó, la atrapó y cayó resbalando sobre el césped, Yvonne se giró feliz hacia mí y me manchó la manga con su manzana de caramelo. Ten cuidado, le dije. Ella escupió en su pañuelo y se puso a frotar la lana pegajosa. Le encantaban los dulces, cuando íbamos al cine siempre me pedía que le comprase chocolatinas Mounds o Hershey's, y de vez en cuando le salía un granito que intentaba disimular con maquillaje. Cuando bailábamos notaba las carnes flácidas de su cintura y una tarde, mientras caminaba a su lado por el campus, miré y vi cómo se le marcaba la tripa debajo de la apretada blusa; hice un comentario en broma y le dije que metiera la barriga. Ella se puso firmes, se llevó la mano a la frente y me mostró el dedo. Me va a venir la regla, dijo. A excepción de esas carnes fofas de la cintura, era más bien delgada, y cuando se acostaba boca arriba, sus pechos desnudos se abrían y caían a los lados como si estuvieran derritiéndose.

Hacia finales de noviembre sus padres se fueron a pasar el fin de semana con unos parientes de Houston y dejaron a Yvonne a cargo de su hermana y su hermano, de catorce y once años. Se marcharon un sábado por la mañana y, por la noche, Yvonne me invitó a cenar en casa. Iba muy arreglada, se había puesto un vestido de noche negro, incluso tacones, y se llevó un chasco cuando vio que no me había puesto americana. Aun así, no dijo nada. Sus hermanos ya habían cenado y estaban en la salita de la parte trasera de la casa, viendo la televisión. Yvonne había encendido la chimenea del salón y, en la mesita de centro, había bourbon, una jarra de agua, un cubo con hielo y un azucarero.

—Como en Faulkner —dije, y nos sentamos en el sofá y nos tomamos un par de toddies antes de cenar.

Luego me dejó solo un momento y me quedé observando el fuego, vivo y voraz, y me pregunté a qué hora se irían a la cama sus hermanos y si Yvonne querría hacerlo mientras estos dormían. Cuando volvió al salón, sonrió, se sonrojó y dijo:

—Si tú te atreves, yo también. ¿Quieres probar?

Comimos a la luz de las velas: cóctel de ostras, asado con arroz y una

espesa salsa oscura con un toque de ajo. Después comimos tarta helada de limón y, con la segunda taza de café, volvimos a la chimenea.

—Me chifla cocinar —dijo desde el tocadiscos.

Puso como cinco álbumes, y comprendí que íbamos a quedarnos charlando junto al fuego el resto de la noche. El primer disco fue Music, Martinis, and Memories de Jackie Gleason, e Yvonne se sentó a mi lado, me cogió la mano y dio un sorbo a su café. Recostó la cabeza en el respaldo del sofá, pero como no me gustaba sujetar la taza ladeado de esa forma, aparté la mano y me incliné sobre la mesita.

—Creo que empecé a cocinar cuando tenía siete años —dijo a mi espalda—. No, déjame pensar, ocho... —Eché un vistazo a sus piernas cruzadas, el vestido negro tapándole apenas las rodillas, y luego miré el fuego—. Cuando vivíamos en Baton Rouge. Tenía un libro de cocina para niñas y preparé una cosa llamada estofado de chile. Todo el mundo dijo que me había quedado muy bueno, y papá repitió durante la cena y me dijo que guardara lo que sobrase para el desayuno, que se lo comería con unos huevos. Y lo hizo. Después preparé una cosa que se llamaba tarta rápida de fresa, y creo que me quedó muy rica. Un día de estos te la haré.

—Está bien.

Yo todavía estaba inclinado sobre la mesita, de modo que no la estaba mirando. Me acabé el café y me preguntó si quería más, y eso me irritó, así que no supe si decirle que sí o que no. Supongo, dije. Mientras veía cómo se levantaba con mi taza, sentí asco de mí y también de ella. Y es que si yo no era merecedor de aquella velada, ¿acaso eso no la convertía a ella en una idiota molestamente vulnerable? El siguiente disco era de Sinatra; me acabé el café, me eché para atrás de tal modo que nuestros hombros se tocaron y, con las manos sobre su regazo, escuchamos la música. En un momento dado dio una calada a mi cigarrillo y le dije que se lo acabase y prendí otro. El tercer disco era de Brubeck. Yvonne echó un poco más de hielo en el cubo, preparé un par de toddies y ella me preguntó si había entendido «El oso». Me encogí de hombros y dije que probablemente no. Ella lo había terminado el día anterior y se puso a hablar del cuento.

—Escucha una cosa —dije—. ¿A qué hora se van a dormir?

Me miró sorprendida y, de nuevo, sentí asco de nosotros. Se había molestado, bajó la mirada al regazo y dijo que no lo sabía, pero que en cualquier caso no podía hacer el amor, no en esa casa, aunque estuvieran durmiendo.

—Podríamos salir un rato —dije—. Por aquí cerca.

Ella continuó mirándose el regazo, donde nuestras manos seguían enlazadas.

—No les pasará nada —dije.

Entonces me miró a los ojos y yo aparté la vista y ella dijo:

—Está bien, voy a decírselo.

Cuando volvió con el abrigo sobre el brazo yo ya estaba esperándola en la puerta, con la chaqueta abrochada y las llaves del coche en la mano.

Rompimos en enero, más o menos una semana después de Año Nuevo. No recuerdo si peleamos o si nos despedimos con un beso o si nos quedamos en el coche mirando en silencio a través de la ventanilla. Lo que sí recuerdo es en qué momento comenzó el final; o, mejor dicho, en qué momento Yvonne se decidió a admitirlo.

La noche de fin de año, un amigo nuestro dio una fiesta. Sus padres estaban fuera, así que todo el mundo se emborrachó. Era una de esas oportunidades que uno se siente obligado a no dejar pasar. Dos o tres chicas acabaron vomitando y hubo que lavarles la cara y sacarlas a que les diera el aire fresco. Yvonne también se emborrachó, pero fue una borrachera agradable y me la llevé al piso de arriba. Creo que nadie se dio cuenta: era pasada la medianoche y no era fácil saber dónde estaba la gente. Nos acostamos en la cama del dormitorio principal, Yvonne con la falda remangada, sin las bragas, y yo en camisa, suéter y con los calcetines puestos. Mientras estábamos de pie en el cuarto a oscuras y yo me bajaba la ropa interior, ella se mantuvo en silencio; ni siquiera respondió cuando le susurré Feliz Navidad y

empezamos a hacer el amor, por primera vez, en una cama. Pero luego, al ponerse debajo de mí, habló con una voz tan incongruente con su cuerpo que a punto estuve de ablandarme, aunque enseguida me recuperé, haciendo oídos sordos a lo que acababa de decirme: Esto es lo único que hacemos, Harry… Esto es lo único que hacemos.

La otra cosa que recuerdo de aquella noche fue algo que ocurrió sobre las tres. Una chica se puso a hacer hamburguesas, yo estaba de pie en la puerta de la cocina charlando con unos chicos, e Yvonne estaba sentada a solas en la mesa de la cocina. Había más gente hablando, pero ella no escuchaba; solo se movía para sacudir la ceniza y dar caladas al cigarrillo para luego exhalar el humo hacia el espacio donde se perdía su mirada. Aparentaba más de veinte años, se la veía sola y triste, y me dio pena. Pero había algo más: supe que nunca volvería a hacer el amor conmigo. Quizá por eso, como una última forma de posesión, me fui de la boca. Debió de ser apenas una hora después, yo estaba más borracho y, en el baño, decidí ponerles los dientes largos a tres amigos que fanfarroneaban de que les habían tocado las tetas a unas chicas que estaban borrachas. Les dije que me había llevado a Yvonne arriba y me la había pasado por la piedra. Para añadir una nota de color, hasta les expliqué lo que me había dicho.

3

Mientras esperaba en fila para confesarme por primera vez en cinco meses, sentí una ligera culpa, pero no miedo. Solo tenía que confesar haber tenido relaciones sexuales, y no había nada vergonzoso en ello, nada antinatural. Era un pecado de hombres. El padre Broussard me exhortó a que no volviera a verme con esa chica nunca más (así la llamó: esa chica), porque el hombre es débil y necesita la ayuda de la gracia para volverle la espalda a una chica dispuesta a hacerle entrega de su cuerpo. Me dijo que debía entender que se trataba de un pecado grave, porque el coito es un don que Dios otorga a las parejas casadas a fin de que procreen, y que nosotros nos habíamos apropiado de ese don y lo habíamos utilizado de forma ilegítima para nuestro placer físico, cuya importancia era secundaria. Yo sabía que, de algún modo, había pecado, pero me pareció que la descripción que el padre

Broussard hacía de aquel pecado se quedaba corta y no acababa de reflejar lo que yo había hecho con Yvonne. De modo, pues, que cuando salí del confesionario todavía no me sentía absuelto.

El campus de la universidad no era muy grande, pero sí lo suficiente como para que uno pudiera evitar encontrarse con alguien. Dejé de ir al centro de estudiantes a tomar café y no había ninguna clase a la que fuéramos juntos; solo nos veíamos de tarde en tarde, generalmente de lejos, caminando de un edificio a otro. Nos saludábamos con la mano e intercambiábamos esa clase de sonrisas que uno fuerza en situaciones similares. Como la ciudad también era pequeña, a veces la veía pasar con el coche o buscando aparcamiento o cosas por el estilo. Pasado un tiempo, me dio por que quería volver a verla y empecé a frecuentar de nuevo el centro de estudiantes, pero ella ya no iba ahí a tomarse el café. Al cabo de una semana o así, me di cuenta de que en realidad no quería verla: quería que fuera feliz, y, si me la encontraba, no podía decirle nada para contribuir a ello.

Enseguida retomé el vicio solitario, si bien ya no me parecía un vicio, sino un capricho; no tan serio como fumar, ni tan solo como beber, sino más bien como comerse un helado bañado en almíbar todas las noches antes de acostarse. Así lo veía yo, como si me comiera dos bolas de helado con trocitos de chocolate que, al cabo de un par de cucharadas, dejaban de apetecerme pero que me terminaba igualmente, pensando en las calorías. Se había convertido en un ejercicio tedioso en el que no valía la pena parar demasiadas mientes, ni para bien ni para mal. Aun así, me confesaba para poder seguir recibiendo la eucaristía. Hasta que un día de primavera me puse a enumerar mis pecados como quien recita su fecha de nacimiento, altura y peso, y el padre Broussard se apresuró a decir con voz severa:

—¿Pero tú estás arrepentido de estos pecados?

—Sí, padre —dije yo, pero al instante supe que era mentira. El padre Broussard me estaba preguntando si tenía el firme propósito de no volver a cometer ese pecado en el futuro cuando dije—: No, padre.

—¿No qué? ¿No volverás a cometerlo?

—Quería decir que no, padre, que no estoy arrepentido. Ni siquiera creo que sea pecado.

—Ah, ya veo. Como te falta disciplina para dejarlo, has decidido que no es pecado. Que puedes revocar la ley de Dios, así de sencillo. ¿Quieres que te absuelva?

—Sí, padre. Quiero recibir la comunión.

—Pues no puedes. Vives en pecado mortal y yo no puedo absolverte mientras no depongas esa actitud. Quiero que te plantees muy seriamente si...

Pero yo ya había dejado de prestarle atención. Me puse a contemplar el crucifijo y a esperar que su voz dejara de sonar para poder marcharme educadamente y pensar qué haría a continuación. Entonces dejó de hablar y dije:

—Sí, padre.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Qué?

Descorrí rápidamente la cortina y salí del confesionario y de la iglesia.

Los domingos iba a misa, pero no recibía la eucaristía. A mi entender, podía recibirla, pero temía que en cuanto la hostia tocase mi lengua descubriese de repente que me había equivocado y que estaba recibiendo a Cristo con el alma en pecado mortal. Mamá tampoco comulgaba. Yo rezaba por ella y esperaba que pronto se diera paz, aunque fuera a costa de una menopausia precoz. Por entonces yo veía las cosas como Janet y habría deseado que mi hermana le hubiera escrito una carta a mamá para convencerla de que no era una mala mujer. Suponía también que mamá debía de rezar por Janet, que llevaba cinco años sin traer hijos al mundo.

Era junio, el curso había terminado y no volví a cruzarme con Yvonne. Me había puesto a trabajar con una brigada topográfica y me dedicaba a manejar una cadena de treinta metros de largo, a abrir sendas a golpe de machete, a comer de bolsas de papel y a esperar que algo ocurriera. Había dos opciones, pero no era lo suficientemente hipócrita para escoger la primera ni lo bastante valiente para decantarme por la segunda: podía empezar a confesarme como lo había hecho toda la vida o podía saltarme la confesión y limitarme a recibir la eucaristía. La cuestión es que no ocurría nada y todos los domingos me quedaba al lado de mamá en el banco mientras los

demás se acercaban al comulgatorio.

Y entonces Janet volvió a casa. Había mandado una carta diciendo que Bob la había dejado, que se había ido a vivir con una chica —otra doctoranda— y que ella y los niños bajarían en autobús. Recibí la noticia una tarde en cuanto llegué del trabajo, mamá me tendió la carta nada más entrar por la puerta, y ella y papá me miraron mientras la leía. Luego papá blasfemó, mamá se echó a llorar otra vez y yo salí al porche con una cerveza. Al rato, papá salió también y los dos nos quedamos sentados en silencio con nuestras respectivas cervezas, hasta que mamá nos llamó para cenar.

—Hijo de la gran puta —dijo papá, y se fue adentro.

Para cuando Janet y los niños tomaron el autobús para volver de Ann Arbor, a mamá le había surgido otra preocupación: la Iglesia, porque ahora Janet tenía veintitrés años y estaba divorciándose y si algún día volvía a casarse se quedaría fuera de la Iglesia. A menos que Bob se muriera, y aunque papá decía que le traía sin cuidado lo que la Iglesia pensase sobre el divorcio, aquello parecía razón suficiente para subir a Ann Arbor, Míchigan, y meterle un balazo entre ceja y ceja a Bob Mitchell. De modo, pues, que mientras Janet, Paul y Lee bajaban en un Greyhound, mamá iba a misa todos los días y rezaba para encontrar una respuesta al futuro de Janet.

Pero Janet ya se había ocupado también de eso. En cuanto se apeó del autobús, supe que algún día volvería a casarse: había ganado como cinco kilos, probablemente por culpa de esa comida barata que compraba mientras Bob seguía estudiando, pero, como siempre había sido tirando a flaca, tenía mejor aspecto de lo que yo recordaba. Llevaba el pelo largo, hasta media espalda. Los niños tenían cinco años y me alegré de que no hubiera tenido más, porque parecían buenos chicos y dos no eran tantos como para espantar a un hombre. Nos los llevamos a casa —era viernes por la noche— y papá le sirvió a Janet un bourbon en vaso alto y estuvimos hablando como si nada hubiera ocurrido. Después comimos gambas étouffées y, después de cenar, cuando los niños ya estaban en la cama y nosotros en el salón, Janet dijo que madre del amor hermoso, aquello había sido lo mejor que había comido en cinco años, y que la próxima vez se casaría con

alguien a quien le gustase la cocina de Luisiana. En cuanto reparó en la mirada fugaz de mamá, añadió:

—No llegamos a casarnos por la Iglesia, mamá. Te lo dije para que te quedases tranquila.

—¿De verdad?

—Bob estaba tan mosqueado con el padre Broussard que no le apetecía volver a preguntar. Si ni siquiera es católico.

—No es eso lo peor que puede decirse de él —dijo papá.

—El caso es que todavía puedo casarme por la Iglesia —dijo Janet—. Con otro.

—Pero Janet...

—Oye un momento —dijo papá—, oye. Te has pasado días y días rezando para que Janet no siga viviendo con ese malnacido y salve su alma. Pues ya está, ¿no?

—Pero...

—¿Sí o no?

—No sé —dijo mamá—. Supongo que sí.

Papá y mamá se acostaron como una hora más tarde de lo habitual, pero Janet y yo nos quedamos tomando gin-tonics en la cocina, con la puerta cerrada para no despertar a nadie. Al principio ella solo hablaba de lo contenta que estaba de volver a casa, aun cuando el primer indicio de ello fuera que los negros iban sentados en la parte trasera del autobús. Le encantaban esas noches de calor empalagoso, decía, y los escarabajos que se estrellaban contra la mosquitera, y ya no se acordaba de cómo la humedad reblandecía los cigarrillos. Por fin, se puso a hablar de Bob; creía que nunca la había querido, que había empezado a engañarla como al año de instalarse allí y que las cosas habían seguido más o menos así durante cinco años; hacia el final, ella había hecho lo mismo, se había buscado un novio, pero no por eso la situación se había hecho más llevadera, al contrario, había empeorado, y ahora por lo menos se sentía limpia y fuerte y creía que

ese era el primer paso hacia la esperanza.

Lo más ridículo era que todavía estaba enamorada de aquel mierda que se iba con la primera que se le ponía por delante. Fue el único momento en que lloró, cuando dijo eso, y ni siquiera lloró tanto como para que me diera tiempo a levantarme, sentarme en su lado de la mesa y abrazarla: aún no había terminado de ponerme en pie cuando ella me hizo un gesto para que volviera a sentarme, sacudió la cabeza y se frotó los ojos; las lágrimas que momentáneamente los habían anegado ya no estaban. Enseguida se animó y me preguntó si al día siguiente podía llevarla a dar una vuelta en coche por la calle principal, y yo le dije que por supuesto y le pregunté si todavía era católica.

—No le digas nada de esto a mamá —dijo—. Bastante confundida está ya. Seguí yendo a comulgar todos los domingos, excepto durante la temporada que tuve esa estúpida aventura, y aun así solo me sentía pecadora porque él me quería y yo lo estaba utilizando. Pero antes y después de eso, comulgué.

—Pero no podías —dije yo—. Quienes no están casados por la Iglesia no pueden.

—Puede que me equivoque, pero me parece que la Iglesia no tiene las ideas muy claras en lo que respecta al sexo. Bob no quería santificar nuestro matrimonio, así que cualquier cura me habría dicho que lo dejase. Pero yo lo quería, y durante un buen tiempo creí que él a mí también, que me necesitaba, por eso seguí con él y me esforcé por mantener la paz y criar a mis hijos. La eucaristía es el sacramento del amor y justamente eso era lo que yo más necesitaba, y nadie era quién para negármelo.

Me levanté, recogí los vasos y preparé un par de copas más. Cuando me di la vuelta desde el lavadero, Janet estaba mirándome.

—¿Todavía vas tanto a confesarte? —dijo.

Me senté rehuyendo sus ojos, y entonces pensé qué demonios, si no se lo puedes contar a Janet a quién se lo vas a contar. Así que, mientras miraba la mosquitera y los escarabajos que se estrellaban contra ella procedentes de la oscuridad exterior, le expliqué cómo habían sido las cosas en el instituto y le hablé de Yvonne, aunque me callé su nombre,

y de mi confesión inacabada con el padre Broussard. Janet, con mucho tacto, se dedicó a fumar y a beber mientras yo hablaba. Finalmente dijo:

—Tienes razón, Harry. Tienes toda la razón.

—¿De verdad lo crees?

—Una cosa tengo clara: demasiado a menudo, los célibes hablan del sexo tal y como es para ellos. Lo pintan como una introversión, por eso luego sales de sus colegios creyendo que el sexo es algo que te atañe solo a ti, o a ti y a Dios. En lugar de a ti y a otra persona. Como mi aventura. Si estuvo mal, no fue porque yo estuviera casada. Estuvo mal porque le hice daño a ese chico. —Noté que se le había pegado ese acento de las regiones de la nieve y los lagos—. Si Bob se hubiera quedado en casa y se hubiera limitado a irse al baño con la Playboy de vez en cuando, a lo mejor yo todavía tendría marido. Y si eso es pecado, no entiendo el pecado.

—Vaya, vaya —dije, y, volviendo la vista hacia ella, esbocé una sonrisa que acabó derivando en carcajada—. Desde luego, Janet —dije —, eres un caso.

Pero yo todavía no era un renegado como Janet y quería que un cura me diera la absolución, así que, al día siguiente, mientras mamá y papá nos tomaban el pelo a costa de nuestra resaca, decidí que iba a obtenerla. Por la tarde me fui a ver al padre Grassi y le dije a Janet que después la llevaría a dar una vuelta por la ciudad. El padre Grassi abrió la puerta de la rectoría; era un hombre menudo, de tez rubicunda y con unas patillas oscuras, e iba vestido con una camisa blanca y pantalón negro. Le pregunté si podíamos hablar en su despacho.

—Supongo que sí —dijo—. ¿Vienes de parte del papa?

—No, padre. Solamente quiero confesarme.

—Parece que hoy el santo vas a ser tú, no yo. Adelante, pasa.

Me condujo a su despacho, se puso la estola al cuello y se sentó en la

silla giratoria que había detrás del escritorio; yo me arrodillé a su lado sobre la alfombra y él se tapó la cara con la mano, como si estuviéramos en el confesionario y no pudiera verme.

—Bendígame, padre, porque he pecado —musité con las manos juntas a la altura de la cintura y la cabeza agachada—. Mi última confesión fue hace seis semanas, pero se me negó la absolución. Con el padre Broussard.

—¿Ah, sí? A mí no me pareces tan mala persona. ¿Qué crimen has cometido?

—Confesé haberme masturbado, padre.

—Ah. ¿Y entonces?

—Le dije que no creía que eso fuera pecado.

—Ya entiendo. Pobre padre Broussard, yo también me habría quedado confuso. Confesar algo como un pecado para luego decir que crees que no es pecado... Deberías ser un poco más considerado con tus sacerdotes, amigo mío.

Abrí los ojos: él seguía con la mano puesta delante de la cara y la vista recta al frente, por encima del escritorio, en dirección a la estantería.

—A lo mejor sí —dije—. Y ahora lo estoy importunando a usted.

—Oh, en absoluto, no es ninguna molestia. La única lástima es que no te haya enviado el papa. Pero ya que las cosas están así, hablemos de pecados. En el seminario teníamos un libro de teología moral, y en ese libro, amigo mío, ponía que la masturbación era peor que la violación, porque al menos la violación daba rienda suelta a un instinto natural. ¿Qué me dices a eso?

—¿Usted está de acuerdo, padre?

—¿Lo estás tú?

—No, padre.

—Yo tampoco. Quemé ese libro nada más salir del seminario, pero no solo por ese motivo. También decía, entre otras cosas, que el

comprador asume el riesgo. Así que, anda, háblame del pecado e instruyámonos mutuamente.

—Yo estudié en el colegio de los Hermanos.

—Ah, sí. Buena gente, los Hermanos.

—Así es, padre. Aunque creo que se centraban excesivamente en el cuerpo. En el propio cuerpo, quiero decir. Por aquel entonces yo me lo creía todo a pies juntillas, y un día incluso quise mutilarme. Luego, el otoño pasado, estuve con una chica.

—¿Qué significa que estuviste con una chica? ¿Quieres decir que erais amantes?

—Sí, padre. Pero no debería haber estado con ninguna chica, porque yo creía que mi semilla era la parte más importante del sexo, así que la primera vez que hice el amor con ella no hacía más que esperar ese momento, como si mi alma estuviera pendiente de ello, no sé si me explico. Era como si no pudiera saber qué sentía por ella hasta que averiguara cómo me sentía al eyacular con ella.

—¿Y cómo te sentiste? ¿Quisiste mutilarte con un abrelatas? ¿O quizá algo peor?

—Sentí felicidad, padre.

—Entiendo.

—Después de eso fuimos amantes. Bueno, ella sí, yo no. Yo solo era feliz porque podía eyacular sin odiarme, así que en cierto modo seguía masturbándome, solo que con ella... No sé si me explico.

—Oh, claro que sí, amigo mío. Conozco esa sensación desde que salí del seminario. Siempre se habla demasiado del autoabuso. Fíjate que la propia palabra es peyorativa. ¿Has terminado tu confesión?

—Quiero confesar otra cosa que tiene que ver con esa chica, porque cuando lo confesé la otra vez no me expliqué bien. Hice el amor con ella sin quererla y la última vez que lo hicimos se lo expliqué a unos chicos.

—Entiendo. ¿Algo más?

—No, padre.

—Muy bien. San Juan tiene un versículo que me gusta mucho. En él, Jesús le está rezando al Padre y dice: «No pido que los tomes del mundo, sino que los guardes del mal». ¿Entiendes a qué se refiere?

—Creo que sí, padre.

—Entonces, como penitencia, di tres aleluyas.

Al día siguiente, por la tarde, Janet y yo fuimos con los niños a pescar cangrejos. Nos llevamos una neverita con hielo y cervezas que colocamos debajo de la pequeña marquesina que ocupaba el centro del muelle, y seis carretes de hilo para cangrejos que atamos a la barandilla. Me acordé de que, el último verano antes de que se casase, Janet y yo habíamos ido a pescar cangrejos y luego los habíamos cocinado en casa: pusimos una cazuela grande de agua al fuego y, cuando el agua comenzó a hervir, abrí la bolsa de arpillera con los cangrejos todavía vivos y estos fueron cayendo al agua dando salpicones; agitaban las pinzas, daban unos cuantos pasos y se morían. Y recordé que Janet dijo: «Parece que de un momento a otro fueran a gritar».

Hacía calor, sobre unos treinta y cinco grados. Alguien estaba haciendo esquí acuático en el lago, que era de agua salada y se comunicaba con el golfo a través de un canal, pero teníamos todo el muelle para nosotros y estuvimos tomando cervezas a la sombra mientras Paul y Lee pescaban cangrejos. Los dos primeros se les escaparon, así que salí de la marquesina y me agaché junto al tercer carrete. Los chicos se apretujaron a mi lado, tendidos boca abajo con la mirada fija en el punto donde el hilo se introducía en el agua oscura; se habían quitado la camiseta y sus brazos y hombros calientes y bronceados me hacían cosquillas en las piernas. Tiré del hilo con cuidado hasta que, justo debajo de la superficie, apareció un cangrejo que nadaba y mordisqueaba el jamón de la carnada.

—Bien, Lee. Ahora baja la red hasta el agua y pónsela debajo para no asustarlo.

El chiquillo bajó el palo y colocó la red despacio debajo del cangrejo.

—¡Lo tengo!

—Perfecto. Ahora solo tienes que subir muy lento.

Se puso en pie, levantó la red y la dejó encima del muelle.

—Mira qué grande —dijo Paul.

—Este es de los buenos —dije yo—. Mételo en el saco.

Pero ellos se agacharon junto a la red y se quedaron mirando cómo el cangrejo intentaba atravesarla con las pinzas.

—Pobre cangrejo —dijo Lee—. Te vas a morir.

—Harry, ¿esto les hace daño? —dijo Paul.

—No lo sé.

—A mí me haría daño —dijo él.

—Me imagino que sí, durante uno o dos segundos.

—¿Cuánto dura un segundo? —dijo Lee.

Le pellizqué el brazo.

—Esto, más o menos.

—No es mucho —dijo él.

—No. Anda, metedlo en el saco y seguid pescando.

Regresé al banco para terminarme la cerveza. Paul continuaba agachado al lado del cangrejo, tocándole el caparazón con el dedo. Entonces Lee abrió su saco de arpillera y Paul volteó la red y le dio una sacudida y el cangrejo acabó cayendo.

—Adiós, cangrejito —dijo.

—Adiós, pobre cangrejo —dijo Lee.

Se fueron a por el siguiente carrete. Durante un par de horas estuve hablando con Janet mientras los observaba y oía sus pies descalzos caminando sobre el muelle y sus voces cada vez que le decían adiós a un cangrejo. De vez en cuando, uno de los dos se quedaba quieto, miraba al agua y se tiraba del pito, y entonces recordé aquel día, igual de caluroso, en que yo tenía dieciséis años y había querido cortarme el mío. Hundí la mano en el hielo y saqué una cerveza fría para Janet y me puse a pensar en Yvonne sentada en la mesa de aquella cocina a las tres de la noche, cansada, con el pintalabios desvaído, la mirada fija en algún punto situado entre la gente de la habitación. Después miré a los niños, tendidos panza abajo para sacar otro cangrejo, y deseé que esos cuerpecitos fuertes, esos corazones bondadosos, crecieran como es debido.

El hundimiento

Para Holly

Miranda va de morado y aguarda en el umbral, a su espalda se alzan las paredes amarillas del salón y el sofá de color calabaza donde han estado amándose, tiene el pelo casi negro, muy largo, y el cuerpo espigado y esbelto. Tiene veintiún años; el día que nació, Peter tenía quince. Se la ve encantadora con ese suéter morado y en ropa interior, y él estrecha la cara contra su hombro, su pelo, la abraza y los talones de ella se separan del suelo, luego la besa y respira el olor a grifa chamuscada que emana del fondo de su garganta. Contempla sus ojos verdes: están vidriosos y, aunque sonríe, su sonrisa parece puesta allí por una mano ajena; Miranda anda en otra parte. De repente sus ojos parecen suplicar algo, se desvían y, cuando retornan, vuelven a ser tan solo un par de ojos verdes y brillantes, y entonces ella se acurruca sobre su pecho y murmura: «Solo una pipa pequeña», y él la estrecha con más fuerza todavía, aplastando contra ella la soledad que lo invade cada vez que Miranda interpone entre ellos ese humeante muro de cristal; aprieta tanto que los músculos de los brazos y el pecho se le tensan, como si hiciera ejercicios isométricos contra su propio corazón, que poco a poco cede, se doblega y accede a no gritar. Y es que sabe cuán alto es el precio que se paga por contrariar a Miranda.

Peter la abraza y la besa nuevamente, y juntos cruzan el salón —en cuyas paredes penden las fotografías en blanco y negro de Miranda; pronto empezará a trabajar con color— y se van a la cocina, donde ella le prepara un martini. No es que sea muy aficionada a la bebida, en realidad nunca se ha acabado un martini, pero Peter le ha enseñado a prepararlos y le gusta, y cuando está a punto lo prueba y luego se lo tiende, y él se sienta a la mesa y observa cómo sus fuertes dedos se ponen a pelar gambas cocidas. Las facciones de Miranda forcejean con la grifa, procura prestar atención mientras él apoya los pies sobre una silla, sorbe su martini y se pone a contar cosas. Le explica cómo le ha ido la tarde y que había tráfico para salir de Boston, y ella escucha con una concentración exagerada; sus sonrisas

de asentimiento llegan un segundo tarde y se prolongan un segundo más de la cuenta.

Se comen el cóctel de gambas a la luz de las velas mientras el lenguado se hace a la parrilla, la cocina es de color azul claro y de las paredes cuelgan tazas y cazuelas rojas y naranjas; en el tocadiscos del dormitorio suenan temas de Dylan, y ellos comen pescado y beben chablis, ella solo un par de copas porque ya está colocada, y luego él la ayuda con los platos y se quedan un rato más en la cocina. Él se acaba el vino, las velas arden y gotean y, al ver su expresión bajo esa luz, Peter se siente abrumado y se enerva, y ella lo nota y se le esfuma la sonrisa, la pasión avejenta su rostro, se levantan y ella se agacha y sopla las velas, y cruzan el pasillo en dirección a la música a través de la penumbra.

Por la mañana él es el primero en despertarse; la primera luz del día se filtra por la ventana y él se acerca y examina el brillo de la nieve sobre las ramas de cicuta, que rozan casi el vidrio congelado. Regresa a la cama. Al rato, Miranda empieza a despertarse; se percata de que él la observa y gira la cabeza. Lo mira como lo miraban sus hijos desde la cuna, como cuando pasaba frente a la puerta del dormitorio y veía a Kathi acostada boca arriba, con sus deditos rechonchos acariciando el borde satinado de la manta, los ojos abiertos y ausentes como si su cabeza estuviera aún sumida en el sueño. Miranda es la única persona adulta a la que ha visto despertarse de esa forma. Está a punto de decirle algo, pero de repente ella cierra los ojos otra vez y se duerme. Cuando vuelve a despertarse, Peter le tiende un zumo de uva y, juntos bajo las mantas, se lo beben.

—Hagamos bogavante esta noche —dice Peter—. Yo cocino.

Ella desvía la mirada. Sus ojos no se apartan de los de él, pero desvía la mirada. Es un don que tiene.

—No voy a poder —dice.

—Vaya. Bueno, quizá mañana por la noche.

—Creo que mañana tampoco me va bien.

—Creía que habíamos hecho planes para esta noche. Para ir al cine.

—¿Ah, sí?

—Quizá no.

Así termina la conversación. Miranda tiene novio; Peter no sabe por qué. Es decir, no sabe por qué, teniendo novio, empezó a hacer el amor con él; o por qué, haciendo el amor con él, sigue teniendo novio. Ahora sabe, y ella sabe que lo sabe, que seguramente el novio le ha hecho algún tipo de requerimiento; que quizá la ha llamado el día anterior para pedirle que vaya a Connecticut. Es probable, como es probable que la presión debida a ello fuera la causa de que anoche a Miranda le diera por fumar. Pero Peter debe conformarse con probabilidades, con suposiciones, ya que la fuerza centrífuga de su evasión los aleja cada vez más del centro de sí mismos. Permanece acostado en silencio, sintiendo cómo el fin de semana se extiende frente a él y cómo ahora por el cuarto rondan los demonios, y se gira hacia Miranda y la toca con cautela, una cautela que ella advierte porque es justo lo que necesita en ese instante; quiere su perdón y cree que él se lo concede, pero no. Ahora no. El perdón se lo concedió hace tiempo, anticipándose a todas las traiciones que ya entonces estaba dispuesto a tolerar. En su gesto no hay perdón, ni siquiera ternura, sus dedos cautelosos se mueven de forma artera, sin traslucir su desesperación, sus caricias ahuyentan los temores de Miranda, atraen el amor hacia sus cálidas superficies, y ella, feliz, le corresponde y él obtiene lo que quiere: los demonios ya no están. Pero eso no es todo: cuando los demonios desaparecen es fácil olvidarse de ellos, y ahora él se siente libre para mirarla a la cara y amarla, y ella también se siente libre, absuelta, los ojos se le ven diáfanos, profundos, llenos de pasión, y entonces dice:

—Te quiero, Peter, te quiero...

Ese momento le sirve a Peter de muleta hasta el final del día; o por lo menos le permite hacer lo que hay que hacer para sobrevivir a un sábado de invierno. Trabaja de disc jockey y cinco tardes por semana su voz sale de él para penetrar en unos oídos que jamás conocerá. Cuando era más joven había sido actor. Luego tuvo un hijo y lo llamó David, y luego una hija y la llamaron Kathi, y entonces entró en la radio. Durante un tiempo odió su vida y por las noches bebía. Al cabo de un par de meses empezó a sentirse bien. Empezó a sentirse muy bien. El trabajo no era apasionante, pero le gustaba ganar dinero y

llevárselo a Norma, David y Kathi. Le gustaba tener dinero para ir a ver obras de teatro, y le gustaba no tener que preocuparse por aparecer en ninguna. Ganó peso e hizo amistades que iban a su casa los sábados por la noche. Al mismo tiempo que abrazaba felizmente la posibilidad de la paz, admitió que no tenía más talento que otros miles de personas y que se habría pasado el resto de la vida intentando grabar anuncios a la espera de algún papel para la escena. Durante una larga temporada disfrutó de los placeres del dinero y del amor familiar. Pero ahora su familia vive en Colorado y Norma está casada con un hombre de buena posición; él sigue mandando dinero para los niños, pero no lo necesitan.

Se fueron el verano pasado y aquella mañana él se despertó con el corazón pesado y muerto, como quien se despierta para ir al funeral de su mejor amigo; se bebió un zumo y sacó la panceta del frigorífico y puso tres lonchas en una sartén, pero temblaba y tenía la tripa removida, así que volvió a guardar las lonchas ya encorvadas en el envase, apretándolas bajo el celofán. Se habría tomado una copa, pero no quería que, con los años, el recuerdo que los niños tuvieran de él adquiriera el gusto y el olor del alcohol en los labios de su padre a primera hora de la mañana. Sintió un vahído de miedo y, después de respirar hondo varias veces, se metió bajo la ducha. Su corazón ya no plañía una muerte ajena, sino que se purificaba con vistas a su propia ejecución; mientras se frotaba bajo el agua caliente, trató de no ver ni sentir más que su mano y la pastilla de jabón y la piel húmeda rebozada de espuma, pero acabó viéndose a sí mismo yendo hacia allí con el coche y a los críos saliendo de la casa con el amor y el adiós estampados en el rostro, y entonces gritó «No, no, no» cerrando los ojos y golpeando el aire y el agua con los puños, hasta que finalmente resbaló: los pies le fallaron y estiró los brazos, uno en dirección a la pared mojada y lisa, el otro en busca del asa de la puerta de cristal, intentando en vano aferrarse a ella al tiempo que se daba de cabeza con la parte posterior de la bañera y se quedaba tendido boca arriba, con el chorro mojándole la ingle y la barriga; entonces cerró los párpados, convencido de que iba a desmayarse. Al rato abrió los ojos y se tocó la cabeza. Una hinchazón; sin sangre. Se puso de pie: podía valerse. Podría valerse para afeitarse, para vestirse, para conducir hasta la casa, para hacer lo que tenía que hacer. Antes de salir echó un vistazo a la bañera, donde habría deseado estar tendido, sangrando bajo el agua caliente, luego tibia y por fin, ya con el sueño, fría.

Era un día azul y cálido, la brisa soplaba del este: un día de playa. Le esperaban en los escalones de la casa de la que él se había ido: Kathi, rolliza y pelirroja, los ojos sobreexcitados, verdes y atribulados de amor; apenas tenía ocho años, pero Peter sabía que, aparte de las mañanas y las noches sin su padre en Colorado y de las tímidas cenas con aquel nuevo padrastro, su hija veía los desvelos y los preparativos que ahora él trataba de disimular. Su hijo tenía diez años, el pelo castaño claro por encima de las orejas y largo casi hasta los hombros, prácticamente rubio tras unos días en el mar; siempre había sido huesudo, pero ahora, además, tenía músculo, las espaldas anchas y caídas, y el tacto de su mano resultaba delicioso, si bien es cierto que Peter presentía en ella una paz separada y era consciente de que, por el hecho de ser Kathi una niña, recordaría a su padre de manera distinta a como lo recordase su hijo. Cuando Peter se fue de la casa, David no quiso ayudar a Kathi y a Norma a meter las cosas en el coche, y cuando Peter volvió adentro a darle un beso, intentando sujetar su cara esquiva, el chiquillo se negó a salir, así que Peter se fue hasta el coche con Kathi y Norma, les dio un beso y puso el motor en marcha; de repente David salió a toda velocidad, estaba anocheciendo y la luz grisácea le desdibujaba las facciones, y entonces, cerca ya de la ventanilla, se agachó para recoger algo entre el oscuro césped, arrancó a correr de nuevo, levantó el brazo y, con un gesto adorable en el rostro, llorando y gritando «Desgraciado, desgraciado, desgraciado», lanzó algo que erró el blanco mientras Peter se alejaba. Cuando volvieron a verse dos días después, el muchacho ya había aceptado la traición paterna; se reintegró en su amor, lo aceptó, pero en aquella aceptación había un aura de decisión varonil, y Peter tuvo la sensación de que sus ojos y su tacto le decían: «Has elegido marcharte. Muy bien. Ahora tendré que crecer sin ti y, puesto que no tengo más remedio que aceptarlo, iré un paso más allá: lo elijo». Los tres estaban sentados en los escalones de la entrada, con el coche delante de la puerta del garaje, preparado ya para el viaje hacia el oeste, y los ojos azules de David se dolían por su padre y por él mismo, pero con un dolor atenuado por su voluntad de resistir. Peter, abrazado a él, trataba de agradecerle esa voluntad.

En ese momento salió Norma y, en cuanto los vio, giró la cabeza y se frotó los ojos, luego se dio la vuelta otra vez, le apretó la mano a Peter y se encaminó hacia el coche. Peter se levantó y tiró a Kathi y David de la mano. Los tres siguieron a Norma hasta el vehículo. Entonces ella se volteó y, clavando los ojos en algún punto situado entre el

cuello y el pecho de Peter, extendió los brazos, lo estrechó con fuerza, le palmeó la espalda, murmuró «Cuídate» y se giró antes de que él pudiera susurrar un «Tú también» que ella nunca llegó a oír. Norma rodeó el coche, se subió al asiento y Peter no acertó a verle la cara hasta que se puso en cuclillas entre David y Kathi: un mero vistazo de perfil, el roce fugaz de los dedos en los ojos; después miró a los niños y hubo largos abrazos y profusión de besos, fuertes apretones prolongados hasta el sollozo, repitiendo una y otra vez «Nos veremos en Navidad», y entonces les preguntó quién se iba a sentar delante, y era Kathi, y Peter la acomodó en el asiento y le abrochó el cinturón y, entretanto, David se sentó detrás y se abrochó el suyo. Norma, por suerte, ya había puesto el motor en marcha y Peter se asomó al interior, le dio un beso a David y retrocedió sonriendo, saludando con la mano en dirección a aquellos rostros apesadumbrados y risueños, deseándoles buen viaje, que le escribieran cómo había ido el viaje, que le hiciesen dibujos del viaje, que le mandasen fotos del viaje, regalándoles aquella última imagen mientras se alejaban agitando los brazos por la ventanilla: la imagen de su padre sonriendo bajo el sol de la mañana, deseándoles lo mejor.

Después de eso, se fue en coche a casa llorando, intentó una vez más cocinarse algo y, una vez más, no pudo comer; luego se echó en la cama y se entregó con curiosidad y esperanza al arrebato del desconsuelo. Así pasó una hora, mientras las caras de David y Kathi lo acosaban. Finalmente se rindió: ni podía morirse de pena ni podía volverse loco. Se levantó de la cama, alisó las arrugas de la colcha, se quitó la ropa, la colocó con cuidado encima de la cama, se puso el suspensorio y el pantalón corto, y, con el corazón pesado pero la sangre ávida de retos y esperanza, se anudó las zapatillas blancas de correr, se ciñó la frente con un pañuelo rojo para que el sudor no se le metiera en los ojos y salió a correr.

Eso mismo es lo que está haciendo ahora, vestido con un traje de nailon, un cortavientos, mitones y una gorra. Se encuentra a tres kilómetros de su apartamento, en una carretera que se dirige hacia el este. Vive en una localidad pequeña, donde enseguida se sale a campo abierto; corre por delante de granjas, casas y estaciones de servicio. No hay muchos coches y la mayor parte del tiempo disfruta de la intimidad de sus propios sonidos —la respiración constante, las zancadas sobre el asfalto húmedo y enarenado— y, sobre todo, la privacidad absoluta de su cuerpo imponiendo su presencia en una

carretera rural, entre las blancas colinas, los verdes árboles en sombra, los establos grises, los olmos, arces y robles pelados a la espera de la primavera: su cuerpo insistiendo en sí mismo, bombeando sangre y pateando cuestas. Correr es la única faceta de la vida en la que las cosas valen lo que cuestan. Así de sencillo.

A cuatro kilómetros de casa, en lo alto de una loma, echa un vistazo a través de los resplandecientes prados de color blanco, salpicados de árboles y establos, y divisa el Merrimack y algún trozo de hielo que flota en dirección al mar. A continuación, da media vuelta y emprende el camino de regreso. El sudor se le hiela en el bigote en forma de manubrio, corre de cara a un viento glacial que le congela una perla de sudor en la mejilla lacerada por el frío, en la parte inferior de su campo de visión alcanza a distinguir la gotita solidificada, el hielo le obstruye parcialmente uno de los orificios nasales, la temperatura roza los siete grados negativos y el azote del viento acentúa aún más la sensación de gelidez, el suspensorio está rígido como si llevara un escudo en la entrepierna y los bordes le rozan los muslos. Se aproxima a un hombre que va a pie, un hombre de más sesenta años bajo cuyas ropas se adivina un cuerpo recio; camina con brío por el arcén, vestido con botas, pantalón de pana, suéter y chaquetón de leñador, tiene la cara roja por el frío y, de algún modo, Peter sabe que no se dirige a ningún lado, que camina por caminar, y, cuando se encuentran lo bastante cerca, el hombre dice: «Ojalá yo pudiera hacer lo mismo», a lo que Peter responde: «A usted no le hace falta». El hombre tiene unos ojos bondadosos, y Peter saluda y prosigue su carrera, revitalizado por la imagen de aquel hombre mayor de mirada refulgente que sonríe y camina a toda prisa, y, abriéndose paso contra el gélido viento, corre feliz hacia su casa con los pulmones doloridos.

El atardecer llega a su apartamento antes que al cielo. Peter enciende las luces, sale a la calle y se queda de pie sobre la acera helada, contemplando la llegada del ocaso. Se está tomando un toddy. En el prado de delante, donde los jóvenes se sientan a fumar cuando hace calor, pinos, arces y olmos proyectan sus últimas sombras encima de la nieve. Al otro lado del prado hay una iglesia blanca cuyo campanario iluminado se alza entre los árboles, descollando sobre el resto de la ciudad contra el cielo penumbroso. Hacia el oeste se divisa una franja ancha de luz, pero los colores han desaparecido con el sol, y mientras Peter va dando sorbos y tiembla y observa, la luz palidece y cae el atardecer, la peor hora para quienes están solos, aquella en

que los ruidos más retumban y el silencio adquiere formas que Peter percibe al caminar, aquella en que la muerte llama a la ventana a lomos de un viento glacial. Poco después, el atardecer también toca a su fin, la noche se oscurece y se enfría, Peter levanta la vista a las estrellas e intenta recordar esta mañana con Miranda, pero la memoria es cerebral y nada puede frente a la oscuridad. Regresa adentro y, como sus hijos, teme doblar esquinas y abrir armarios, y quisiera decirles que tenían razón, que aquel día que les dijo que todo eran imaginaciones suyas él también tenía razón, pero no toda, porque aquello que veían sin llegar a verlo les daba miedo y era real.

Se prepara otra copa y da la vuelta a los discos, suenan Brubeck y Mulligan, y se sienta en la cama, mirando el teléfono amarillo de la mesita de noche. Su cuerpo todavía vibra de resultas de la carrera, se siente fuerte y capaz, y más vale que así sea, porque ahora los demonios rondan por el cuarto y se mantienen al acecho. No saldrán a buscarlo. Lo que hacen siempre es observar a cierta distancia. Cuando se siente fuerte, observan en silencio, como perros acostados; cuando lo notan débil, empiezan a agitarse y casi es posible oírlos. Peter ha aprendido las reglas: son incapaces de salvar esa última distancia, no pueden atraparlo a menos que él mismo les abra las puertas. Levanta el teléfono, marca el prefijo del desastre y, seguidamente, el número de la casa donde viven. Contesta Norma.

—¿Te encuentras bien? —pregunta.

—Sí —dice él mientras aprieta los párpados y se la imagina en la casa de Colorado. El tiempo no la ha cambiado: sigue teniendo el pelo castaño y corto, usa barra de labios, fuma Lucky. Lleva pantalón y un suéter ceñido que resalta las curvas de ese cuerpo que él ya no puede tocar. Peter no ha visto la casa; es probable que no llegue a verla nunca. Los niños le han explicado por carta que es nueva y grande y que las ventanas son grandes y que desde la cocina se ven las montañas. Kathi ha hecho un dibujo de la casa y se lo ha enviado; parece un rancho. En el dibujo se ve su cara sonriente asomada a la ventana del cuarto. Detrás de la casa, el sol brilla radiante sobre las montañas y un perro feliz se pasea por el césped.

Pregunta por los niños y Norma dice que va a pedirles que se pongan, deja el auricular y Peter oye cómo los llama, escucha atentamente todos los sonidos de la casa, olores y colores incluidos, el calor y la

luz, escucha en busca de la alegría y del dolor y de todo cuanto desconoce, hasta que Kathi y David se ponen cada uno a un aparato y Peter habla entonces con voz cálida y alegre:

—Me han gustado mucho vuestras cartas y los dibujos. ¿Qué tal estáis?

—Bien.

—Bien, ¿y tú?

—Yo bien. ¿Qué estabais haciendo?

—¿Cuándo?

—Ahora. Cuando he llamado.

—Viendo la tele.

—Viendo dibujos —dice Kathi—. Está nevando.

—¿Una buena nevada?

—¡Sí! —dice David—. No hemos ido al colegio.

—Tenemos tres días de fiesta —dice Kathi—. Solo que mañana se supone que tenemos clase de esquí. Aunque a lo mejor no.

—¿Clase de esquí? ¿Los dos?

—Sí —dice David—. Estamos en el mismo grupo.

—Cuesta caminar cuando te los pones.

—¿Os gusta?

—¡Es súper! —dice David.

—¿Y a ti te gusta, Kathi?

—Puede. Ya veremos.

—Genial. Ahora aprended a esquiar, y luego vendrá la primavera y en verano iremos a la playa todos los días que haga sol. Voy a poner una

litera en el salón...

—¿Una litera? —dice David—. ¡Súper!

—Me pido arriba —dice Kathi.

—Ya lo organizaremos. Intentaré trabajar por las mañanas de seis a diez, en lugar de por las tardes, así tendremos el resto del día para ir a la playa, estoy seguro de que me dirán que sí y entonces ya veréis, vamos a ligar más bronce que un marinero en un naufragio...

Después se ponen a hablar del verano, de cuando vayan a Boston, hablan de la playa, David quiere comer bogavante cocido en aquel tenderete barato que pone mesitas de pícnic en una pérgola frente al mar, Kathi no soporta el colegio, quiere verano, a David el colegio no le desagrada, dice que Kathi no ha hecho amigas, que por eso no le gusta, y, cuando la niña asiente con su silencio (un silencio palpable, de esos que te suben el bochorno a las mejillas mientras un escalofrío, como una bruma, te impregna el corazón), a Peter se le parte el alma, sus brazos anhelan abrazarla, protegerla, hacer lo que sea para que pase sus días con alegría, y al mismo tiempo se da cuenta de que eso es y no es del todo cierto, porque él por Kathi haría lo que fuera menos someterse a esa muerte consistente en vivir con su madre e intentar volver a amarla después de aquel dolor asesino, y al final lo único que acierta a decir es:

—Haz un esfuerzo, Kathi; yo también era tímido; tienes que hacer un esfuerzo, porque nadie va a venir a buscarte, la gente no es así, va a lo suyo, pero tienes que intentarlo, ¿me oyes?

Sabe que no está diciendo nada, y ahora empiezan a decirse que se quieren, y se lanzan besos por el auricular, y sus ojos entornados ven a Kathi y a David, y luego vuelven a decirse te quiero te quiero te quiero y besos y besos a través del cable, a través de la noche despejada de Peter y el atardecer nevoso de los niños, y cuando cuelgan no se decide a soltar el aparato y los demonios empiezan a avanzar, y entonces alarga el brazo, aprieta la horquilla y llama a Jo. Como siempre, su voz suena recelosa, como la de una fugitiva. Peter la invita a cenar. El tono de ella no cambia, pero accede. Después, Peter quita los discos y enciende la radio para no encontrarse la casa en silencio cuando vuelva, deja la luz prendida y huye del apartamento.

Hay personas que se divorcian porque tienen esperanza en la resurrección, y luego uno ve en ellas una fuerza, una energía renovada. Peter, sin embargo, cree que Jo se divorció con las últimas fuerzas que le quedaban, como el suicida que se encarama a la silla y mete la cabeza en la soga.

—Hacía tiempo que no me comía una cena decente —dice ella.

—¿Qué comes?

—Congelados. Comida de lata. Pizza. Es terrible hacerles eso a las niñas. A veces me siento mal y cocino algo y me lo como con ellas.

Están con brandi y han acercado las sillas a la chimenea, donde arden un par de leños. En el restaurante, Jo ha estado fumando y hablando sin parar y ha comido en abundancia, ostras frescas, vieiras a la parrilla, y Peter, que sentía un hormigueo en la espalda como si fuera un pistolero impaciente (porque los demonios lo habían perseguido hasta el coche y se habían puesto a deambular entre las mesas), degustaba unos espetos de gambas a la parrilla con tomate y panceta sobre lecho de espinacas, bebía chablis y lo apostaba todo a esa buena cena, a la botella de vino; aparte de eso, la compañía de Jo era agradable, mejor que comer solo; sin embargo, ella no ha vuelto a reírse desde entonces, su sonrisa sabe forzada y en su voz y sus ojos oscuros hay un dolor amargo, desafiante, y Peter se siente como si estuvieran no delante de una chimenea, sino agazapados junto a una hoguera en un bosque peligroso.

La conoció a principios de otoño, antes de Miranda. Ella es una de sus oyentes, una de las mujeres con las que habla las tardes de diario, la única a la que conoce de verdad. En otoño, la emisora organizó un concurso con cien ganadores: las mujeres que habían escrito la mejor carta explicando por qué había que dejar al marido en casa e irse a ver el partido de los Patriots. «Me he pasado la vida mirando a los hombres —escribió ella—. Cuando era pequeña miraba cómo los niños se molían a palos y a pedradas y echaban carreras por el patio después del colegio. Cuando era adolescente miraba cómo jugaban al fútbol y al baloncesto, y, cuando los lagos se congelaban, miraba cómo jugaban al hockey sobre hielo al otro lado de la calle desde mi ventana. Miraba cómo salían a pasear con sus coches, miraba cómo hacían autoestop hasta Florida, miraba cómo se alistaban en el

ejército y cómo al volver se daban aires y presumían de sus aventuras. Siempre creí que cuando me casase llegaría mi turno. Mi marido me miraría a mí. Me equivocaba. Lo que mira es el fútbol en televisión. Si he de dedicar mi vida a mirar a hombres que no me miran, por lo menos una vez debería divertirme y tener la oportunidad de arreglarme para hacerlo. Quizá mi marido me vea en televisión, y así podrá mirarme mientras miro yo también.»

Peter se sentó a su lado durante el partido, ella le habló de la carta y comprobó satisfecha que se acordaba. Durante el partido, Peter estuvo observándola. Se la veía entusiasmada, se divertía, pero su diversión tenía un regusto desesperado, como si acabara de salir de la cárcel. Lo mismo ocurrió aquella noche, después de la fiesta en el estudio, durante la cual bebieron lo suficiente como para dar rienda suelta a sus intenciones: en el motel, ella le hizo el amor con furia, pero Peter sabía que su actitud era forzada, que la tensión de sus brazos y el estremecerse de sus caderas tenían como destinatarios los grilletes que resonaban en su corazón. La relación fue breve porque aquellos grilletes nunca dejaron de resonar. Se manifestaban en su voz: cuando fingía —y fingía casi siempre—, su voz sonaba grave y plana, como si acabara de despertar de un sueño profundo; no obstante, la mayor parte del tiempo su voz sonaba aguda y quebrada de alborozo, y su risa, forzada y estridente, y Peter percibía en ella los linderos de la histeria. Como todas las esposas infieles, no sentía ninguna clase de remordimiento: creía que se merecía un amante. Y, sin embargo, no le hacía ningún bien. Su corazón estaba rodeado por una serie de rígidos círculos concéntricos de desengaño y amargura; como ella no podía atravesarlos, Peter tampoco pudo y, finalmente, rompieron, simulando que los motivos eran la aversión al engaño y el tiempo robado del adulterio.

—Siempre te ha gustado comer —dice Peter.

—Ya lo sé.

—¿Qué más hay que ya no te guste?

—No es que no me gusten las cosas.

—Es que no puedes, ¿verdad?

—Eso es. A veces tomo pastillas.

—¿Para animarte?

—No, no son tan buenas. Es que no deja de llamarme, no quiere que siga adelante con el divorcio, quiere que vuelva con él. A veces pienso que debería. Esto no merece la pena.

—¿El qué no merece la pena?

Ella se encoge de hombros. Peter está furioso, le apetece decirle que lleva años sin pensar en el pecado, sin creer en el pecado, sin usar la palabra pecado, pero que ahora empieza a creer que la depresión es un pecado, acaso el único que muchas personas pueden cometer. En lugar de eso, se lleva los vasos a la cocina para servir más brandi. Jo tiene la casa limpia; Peter sabe que a menudo las mujeres infelices se abandonan al desorden y la mugre, y, cuando regresa al salón, siente un ramalazo de afecto y piensa en ella sacando el polvo de los muebles mientras su voz suena por la radio. Se sienta a su lado y le cuenta anécdotas graciosas, hace el payaso y es como si hubiera vuelto a subirse a un escenario, deja de ser Peter Jackman para convertirse en un rostro cambiante, una voz quebrada, un pozo de risas, y ella se ríe y, de vez en cuando, incluso logra reír de veras, y cuando lo consigue salva la escasa distancia que separa ambas sillas y lo toma del brazo o de la mano, y a él le pesa pero no sabe ignorar la corriente que emana de sus dedos, de modo que, sin mediar palabra, acepta. Y, aun así, se levanta con la esperanza de marcharse, pero, cuando se besan, la lengua de ella es como un grito desesperado y él la sigue hasta el piso de arriba, pasan por delante de los cuartos de las niñas y se meten en la cama, donde Peter le hace el amor con su corazón de nieve apelmazada y, después, se acuesta a acariciar su rostro como si la frotase con un paño frío para mitigar la fiebre. Cuando ella se adormece, él se levanta y se viste bajo la luz de la luna, y ella, con voz queda, le pregunta:

—Peter, ¿vas a volver algún día?

Y él dice que sí, y se adentra en la noche.

—Quiero que te importe —dice él.

—Pues no puede ser —dice Miranda.

Está sentada en el sofá de color calabaza; en otro momento, Peter se

habría sentado a su lado, pero lo sucedido la noche del sábado (por ambas partes) ha abierto un cisma, aunque él es el único que lo sabe; o por lo menos cree que es el único que lo sabe. De modo, pues, que la observa desde una silla de mimbre en el otro lado de la angosta habitación. Miranda bebe té y está cansada. Fuma Marlboros, uno detrás de otro. Como tantas chicas de su edad, fuma casi sin parar. Una parte de Peter la admira por ello; lo ve como indiferencia hacia la muerte. Otra parte de él lo ve como indiferencia hacia la vida.

—¿Qué significa que no puede ser? ¿Quieres decir que no puedes sentir nada porque no eres capaz o que no puedes porque no debes?

—No debo.

—¿Pero has sentido algo cuando te lo he dicho?

—Sí.

—¿Te ha gustado?

—No.

—Entonces no eres libre. Y yo tampoco lo soy. Aunque yo eso ya lo sé. Eres tú quien tiene que darse cuenta. Anoche los dos hicimos el amor con otras personas. Y debería importarnos. Si no, entonces estamos atrapados en otra cosa.

—Estoy cansada —dice ella.

Apaga el cigarrillo y enciende otro. En los últimos minutos ha construido una jaula en torno a sí y ahora lo mira desde dentro con cara de miedo y confusión. Peter sabe que lo que querría es poner música y fumar grifa y fundirse discretamente con los ritmos que salen del tocadiscos. Es domingo de noche entrada, Miranda ha vuelto hace una hora de Connecticut y se ha plegado a sus súplicas telefónicas —Peter llevaba llamando cada media hora desde las seis en punto— y le ha permitido ir a tomar una copa. Está con bourbon, aunque sabe que no debería, porque el bourbon le lubrica la lengua y entonces habla, y una de las reglas con Miranda, una de las reglas que le permiten conservarla, es no hablar demasiado acerca de sus sentimientos, y es que si supiera cuánto la quiere (lo sabe), cuánto la necesita (lo sabe), huiría despavorida bajo la presión. Sin embargo, no huye: ni le dice

que se vaya ni lo deja allí plantado. Sencillamente se retrae dentro de sí misma mientras le lanza una sonrisa, le tiende una mano; y eso hace que él se sienta más solo que la deserción de cualquier mujer que haya conocido. Por eso, con ella, Peter vive a diario con canciones que nunca cantará y gritos que nunca gritará. Esta noche, sin embargo, se ha puesto a beber, y en un pavoroso momento de descompresión decide irse a la cocina a servirse otra; mientras llena el vaso a rebosar, sabe que a él también le falta nada para desbordarse, y dentro de su alivio palpita un fondo de ira, y las contradicciones se enredan en él como un alambre de espino, porque lo que siente es amor y quisiera decírselo a Miranda, pero al mismo tiempo está furioso porque ella ha dispuesto las cosas de tal manera que no puede, y ahora, mientras regresa con el bourbon al salón, lo que desea con toda su alma es sacarla de ahí y convertirla en su esposa, aunque al mismo tiempo le gustaría aferrarla por los hombros y zarandearla hasta que llore.

Al llegar a la puerta del salón se detiene. Observa su perfil calmo y delicioso: da un sorbo al té, se frota los labios con el dorso de la mano que sostiene el cigarrillo, los labios forman un beso cuando los frunce para secárselos, después da una calada, exhala y vuelve a empezar con el té. Sabe que él está en la puerta, pero no que se ha parado a mirarla, y en ese instante, mientras se seca el té de los labios, Peter siente el embate de un amor purificante que, si pudiera sustentarlo, sabe que podría ser su salvación. Ve a una chica joven y triste que trata de vivir lo mejor que sabe; que si lo lastima, no es por rencor ni por maldad, sino para subsistir; que le da de sí tanto como puede y solo titubea cuando él le exige más; que lo ha ayudado a sobrevivir a tantas y tantas noches. No podía evitar enamorarse de ella; lo que sí habría podido evitar fue lo que ocurrió después, porque fue él quien eligió hacerle el amor a una mujer con anillo de casada; y, mientras aguarda de pie en el umbral, a punto está de decir sencillamente te quiero y darle un beso de buenas noches e irse a casa para dejar que duerma. Pero ahora, a pesar de que sigue sin mirarlo, Miranda sabe que él la observa y, viendo su perfil, Peter se da cuenta y la distancia del momento se rompe y él toma una decisión irrevocable: atraviesa la estancia y se sienta en la silla.

—Dime algo —le dice.

Ella levanta los ojos, luego se mira las manos con el cigarrillo y el té, y, acto seguido, da un sorbo e inhala una calada.

—Tienes que explicarme qué es lo que tienes ahí dentro. ¿Crees que es a mí a quien quieres? ¿Es eso? ¿Estás esperando a estar segura? Dime algo, Miranda. ¿Por qué haces el amor conmigo? No sabes decírmelo, ¿verdad? ¿No te das cuenta de que a mí me hace daño cuando desapareces un fin de semana y fingimos que no ha pasado nada? Si al menos pudiéramos hablar de ello, a lo mejor no sería tan grave. Si por lo menos dijeras algo sobre cómo te sientes, aunque solo fuera para decir que a él lo quieres y que conmigo estabas pasando el rato, nada más que eso, así sabría a qué atenerme, pero no dices nada, te quedas ahí sentada mirándote las manos. En tu interior hay muerte. Tú y tu grifa, y tus silencios, y tus dos amantes... Tú misma te anulas. Pues bien, no vas a anularme a mí también. Porque eso es lo que ocurre cuando me siento solo y termino yendo a ver a Jo. Y no pienso volver a hacerlo. Ya no puedo más. Por Dios, Miranda, ya no puedo más...

Sentado en la silla de mimbre, Peter se siente sutilmente abrumado, la memoria lanza un ataque por sorpresa, la sangre recuerda haber hecho el amor con el corazón aherrojado, y él, entretanto, sigue ahí sentado con los fantasmas de un amor que fue: las aventuras adúlteras con esposas melancólicas de las cuales siempre creía enamorarse, hasta que indefectiblemente llegaba el día del adiós, por regla general después de que ambos corazones se hubieran dado la espalda o retornado a sus respectivos propietarios. Daba igual, todas y cada una de aquellas relaciones fueron una despedida desde el instante del primer saludo, en ellas la pasión se alimentaba de los armarios vacíos de las casas de los amantes; y durante todo ese tiempo, a fin de dotar a aquellos apareamientos de una cualidad profunda en vez de privativa, se esforzó por creer que estaba enamorado, que su amor por Norma había muerto hacía tiempo, asesinado por sus mutuos adulterios, síntomas de una distancia más compleja que nunca ha acabado de entender; y a cada nueva mujer se decía: «Tiene que ser la última, será la última, es la última», porque había muerte en aquella repetición de amantes, cada adiós era una pequeña muerte, y las propias aventuras lo eran también por su cualidad superficial y efímera, y por eso él también se sentía superficial y efímero, un alma sin estrenar en camino hacia la muerte, un extraño entre los muslos de una extraña...

—Miranda.

Se levanta. Querría cruzar la estancia y quitarle la taza y el cigarrillo

de las manos, pero no se atreve porque teme que sus ojos y el tacto de sus manos no puedan alcanzarla. De modo, pues, que se queda en la silla y recurre a la voz.

—Miranda, ¿quieres vivir conmigo?

Ella levanta la vista y en sus ojos se adivina un atisbo de asentimiento; Peter lo ve, lo aferra, se abraza a él como si la vida le fuera en ello, pero Miranda vuelve a bajar la vista hacia la taza vacía, el cigarrillo consumido ya también, alarga la mano en dirección a la cajetilla, la coge, cambia de parecer, la deja, cambia nuevamente de parecer y saca un cigarrillo.

—Te quiero, Miranda. No puedo seguir compartiéndote. Quiero que vengas a vivir conmigo. Ahora mismo, esta noche.

Echa un vistazo al salón para ver qué cabe en los coches: las fotografías de las paredes, las lamparitas, la mesa de centro, los cojines; del dormitorio, el tocadiscos y unos cuantos vinilos; se imagina a los dos cargando las cosas hasta el piso de abajo, el corazón más ligero con cada viaje, suben juntos la escalera a por más bultos, tanta impulsividad hace que les entre la risa floja.

—Podemos llevarnos algunas cosas esta noche. Mañana por la mañana alquilaré una furgoneta y me llevaré el resto mientras estás en el trabajo. Cuando vuelvas, ya estará todo hecho. Esta semana te construiré un cuarto oscuro, en la cocina hay sitio, a mí me sobra espacio. Lo haremos. ¿Verdad que sí? No quiero parecer un animal herido que necesita que lo recojan de la calle, pero ya no tengo tiempo de andarme por las ramas... ¿Quieres vivir conmigo?

—No puedo.

—¿Por qué? Pero si es lo que quieres. Lo presiento. No es él lo que te lo impide. Si lo quisieras, no querrías estar conmigo. Entonces, ¿por qué no puedes?

—Soy demasiado joven.

—¿Cómo vas a ser demasiado joven? Tienes dos amantes.

—Ojalá no tuviera ninguno.

—Lo que quieres decir es que ojalá nadie te hiciera preguntas.

—Exacto. Eso es lo que quiero decir.

—Eso no se puede, Miranda. No puedes hacer el amor y ahorrarte las preguntas. Joder, Miranda...

Pero no hay nada que decir. Ya lo ha dicho todo y entre él y Miranda ya solo quedan sus tripas colgando en el aire. Peter navega a la deriva por esa desesperada región de la vulnerabilidad adonde ella no tiene ninguna intención de seguirlo, volver ya es imposible, así que se rinde a ese viejo y obstinado músculo llamado corazón y lo sigue a través de la estancia, se ve a sí mismo caer de rodillas y arrebatarle el cigarrillo y apagarlo, y a continuación la toma de las manos, mira sus llorosos ojos verdes y dice:

—Miranda, no puedo seguir así. No puedo fingir que te quiero menos, no soy lo bastante fuerte para seguir fingiendo que soy fuerte, no puedo seguir esperando y viviendo de lo poco que tú das, porque eres lo único que tengo, ¿es que no te das cuenta? Pues claro que te das cuenta. No tengo a mis hijos, no tengo nada que hacer, aparte del trabajo. Miranda, escucha: no estoy tan loco como parece. Desesperado, sí. Quiero decir que soy consciente de que me paso veintitrés horas al día preparándome para esa hora en la que podría llegar el hundimiento. ¿Es eso lo que te asusta?

Las lágrimas empiezan a resbalar por las mejillas de Miranda, que sacude lentamente la cabeza.

—Tiene que ser esto o nada, Miranda. No puedo seguir con lo otro. Ven conmigo, Miranda. Tú me quieres. Saldremos adelante. Vamos, cariño, ven conmigo...

Las lágrimas se aceleran, fluyen hacia los labios y le caen sobre el regazo, pero ella sigue diciendo que no con la cabeza, a pesar de que con la mano lo agarra por la nuca y lo atrae hacia sí; la otra mano busca su espalda, él hunde la cara entre sus pechos y siente el latido de su corazón contra la frente. Peter intenta levantarse, pero los brazos de ella lo aferran con fuerza. Apoyando las manos en sus rodillas, Peter se levanta, se pone de pie y los brazos de ella se desploman. Miranda se levanta también. Lo abraza fieramente y de pronto se produce un giro que apacigua su angustia; el silencio y las

lágrimas que Miranda vierte en su mejilla lo sacan de sí mismo, la abraza, le acaricia el cuello a través del pelo suave, busca su oído con los labios y dice:

—Lo siento, Miranda. Tengo que hacerlo. Tal y como están las cosas, resulta demasiado doloroso. Tengo que intentar sobrevivir. Lo siento, cariño...

Y la abraza con fuerza, echa un vistazo a su cara húmeda mientras se da la vuelta y recoge el abrigo y se va.

No habrá quien duerma esta noche. Se da cuenta nada más entrar en su apartamento, donde las luces están encendidas; en el dormitorio suena Janis Joplin por la radio. Se dirige a la cocina: ha empezado con el bourbon a última hora de la tarde y ha seguido bebiendo conforme la noche alcanzaba su desolador crescendo; tal vez ahora le permita sosegarse. Se sirve una copa, se lleva la botella a la mesa, se sienta y apoya los pies sobre una silla. Se dispone a beber, pero, en lugar de ello, se queda inmóvil y escucha a McCartney. No le gusta cuando la música viene del dormitorio, porque solo llega a los espacios más cercanos a la puerta, donde está el fregadero. En cambio, en el lado del frigorífico y los fogones, o donde están el armario y la encimera que hay delante de la silla, o aquí a su lado, junto al oscuro reflejo de la ventana y el amplio alféizar sobre el cual apoya el brazo, la música no se oye y, cuando mira esos espacios, solo ve silencio. Se va al dormitorio a por la radio, la desenchufa, conecta la alimentación con pilas y sigue escuchando a McCartney mientras cruza el pasillo; con pilas la señal no es tan buena, así que coloca el aparato en la encimera, lo enchufa, vuelve a conectar la corriente alterna y la poca estática que había desaparece. Apaga la luz del techo, de tal forma que la cocina queda iluminada solamente por la luz procedente del pasillo. Se sienta, da un trago al bourbon y enciende un cigarrillo, el primero del día. Los demonios empiezan a agitarse, nota cómo se arrastran por el pasillo y, al cabo de un momento, se encuentran ya en el fregadero, a su derecha, y él se siente como un coronel con un flanco al descubierto. Apura la copa y luego otra, pero en su mente hay una daga de sobriedad implacable que no flaquea ante el alcohol. Lo que tiene que hacer es dormir, así que se lleva la radio al dormitorio y se mete en la cama.

Las piernas le dicen enseguida que de nada sirve. No piensan relajarse,

no piensan hundirse en el colchón, están tan inquietas como antes de salir a correr. Trata de hipnotizarse los dedos, las pantorrillas y los pies, pero, para cuando se dice «Mis piernas tienen sueño», reaparece la comezón. No consigue que la cabeza le deje de dar vueltas. Si lo consiguiera, los músculos seguirían pacíficamente su ejemplo y se echarían a descansar como una serpiente al sol; sin embargo, a pesar de que en su cabeza arden la idea y la necesidad del sueño, cuanto más trata de imponérsela al resto del cuerpo, más se revuelven contra él los músculos y la sangre, hasta que la contienda le provoca una sensación muy similar al prurito. Aun así, procura relajarse, cierra los ojos y respira como lo haría si se estuviera adormentando, y por un instante casi lo consigue, su cabeza no piensa más en dormir y se desliza hacia el sueño cuando de repente repara en ello y se despierta de inmediato con el corazón palpitante y los brazos rígidos a los lados.

El reloj luminoso de la cómoda le informa de que pasan ocho minutos de las dos, y ahora sabe que permanecerá desvelado por lo menos hasta las cuatro, probablemente las cinco o las seis, y que se despertará a las ocho como de costumbre y que el día que le espera será largo, y que su cuerpo estará agotado, sus reflejos distorsionados —la menor cosa será motivo de sobresalto—, y que, con la caída de la tarde, su corazón y sus nervios volverán a las andadas y tendrá que hallar el modo de deslizarse entre la noche y sorprender al sueño con la guardia baja. Furioso, aparta la colcha y sale de la cama, los pies pisan en el suelo con fuerza, las piernas lo conducen apresuradamente a la cocina, saca hielo, se sirve un bourbon y regresa al cuarto, donde enciende la radio y baja el volumen mientras suenan Crosby, Stills, Nash and Young, se mete otra vez en la cama y se recuesta sobre un par de almohadas para poder beber. Prende un cigarrillo y observa el humo exhalado en la penumbra.

Antes de terminarse la mitad de la copa, sabe que acabará llamando a Jo. Aunque él mismo trata de convencerse de lo contrario. Las cosas con Jo nunca han ido como debían y no quiere hacerle daño a otra mujer, nunca. No se ve capaz de amar a Jo, pero teme que Jo pueda amarlo a él. Además, no quiere recurrir a ella en esas condiciones, porque sabe que podría confundir el amor con el alivio y luego todo se torcería y alguien saldría malparado. Tiene que pasar por esto él solo, tiene que domar la noche, aferrarse a su cuello y su melena y amansarla. Además, son las dos y veintisiete, Jo estará durmiendo (levanta el teléfono), debería ser más fuerte (empieza a marcar),

debería ahorrarle a la pobre todas las molestias que ha de provocarle esta llamada (suena), no es justo, debería... Jo contesta después del segundo tono. Estaba durmiendo y en su voz se palpa el miedo.

—Jo, lo siento.

—¿Peter?

—Lo siento. Estabas durmiendo, sabía que estarías durmiendo, pero...

Peter oye cómo las lágrimas acuden a su voz, pero no piensa permitir que se la usurpen, se calla.

—¿Qué ha pasado? —dice Jo.

Peter no responde. Sigue escuchando su garganta silenciosa, intentando averiguar si será capaz de decir algo sin romper a llorar, pero al final no hace falta. Jo toma la iniciativa y, por un momento, Peter cree incluso que la ama.

—Ven a casa —dice ella.

—No puedo.

Peter ha contestado sin escucharse previamente y la voz le sale normal; por lo menos no se le quiebra hasta licuarse. Jo toma la iniciativa por él.

—Claro que puedes. Anda, ven.

—Es muy tarde. No vas a dormir nada.

—Ya dormiré mañana, mientras las niñas están en el colegio.

—¿Seguro?

—Anda, ven.

—Traigo un poco de bourbon.

Peter enciende la luz y pestañea y ahora por fin las piernas le sirven para algo, cruza la habitación, saca ropa del armario, se viste y se va a la cocina a por la botella. Al pasar de nuevo por delante del

dormitorio, ve la cama deshecha y, aun sabiendo que es una cautela absurda, entra y la arregla hasta borrar todo signo de deterioro que pudiera infundir ánimos a los demonios. Se toma un momento para decidir si debe apagar la radio, la apaga y hace lo mismo con la luz de la mesita de noche, toma el abrigo, los guantes y cruza corriendo el pasillo, sale por la puerta al rellano, a su izquierda se alza un tramo oscuro de escaleras, sale al frío y, una vez en el estrecho y helado porche delantero, se detiene.

El parterre de césped que hay frente al apartamento mide como mucho seis metros desde los escalones de la entrada hasta la acera. Si Peter llega a la acera, doblará la esquina del edificio hasta el garaje, situado en la parte trasera. Para alcanzar la acera, no tiene más que cruzar el césped caminando por la senda abierta a golpe de pala entre dos pequeños montículos blancos de nieve. Sin embargo, es incapaz de bajar hasta ahí. Se queda en el porche mirando los escalones, la T que forman las dos aceras y la nieve dura y lisa que cubre el césped. Se prepara para posar el pie en el primer peldaño, la pierna se mueve, toca el escalón, la otra pierna la sigue, Peter se encuentra ya de pie en la escalera, pero en realidad no está ahí: sea quien sea, Peter ha regresado al calor y la luz del apartamento en un ataque de pánico; en la escalera no está. Su cuerpo se tiene abandonado y sin alma, parece como si careciera de hueso y músculo, como si no fuese más que un trozo de carne trémula vestido con unas ropas que no le pertenecen. Da la espalda a la calle oscura y el parterre y vuelve al interior del apartamento, donde se reencuentra consigo mismo sentándose en la cama, encendiendo la lamparilla y dando un trago a la botella para después taparla, tirarla encima de la cama y levantar el teléfono.

—Jo, he sido incapaz de cruzar el césped. Parecía enorme, parecía Nebraska. He dado un paso. O dos. Llevaba el bourbon y las llaves del coche en la mano. Pero no he podido bajar los escalones.

—¿Quieres que vaya a buscarte?

—No puedes dejar a las niñas.

—Podrían quedarse solas un minuto.

—No.

—¿No quieres que vaya?

—Lo que quiero es poder moverme. Mira, ya me encuentro mejor.

Echa una ojeada a la habitación, a las cosas que ha comprado, cosas que a diario le confirman que está en casa. Y eso mismo es lo que parecen decirle ahora. Que ese cuarto es un lugar del que puede irse, que la voz de Jo al otro lado del teléfono es la de alguien a quien puede acudir. Quita el tapón de la botella.

—Creo que podré apañármelas solo —dice.

Da un trago y, al mismo tiempo, ella responde:

—Voy encendiendo el fuego. Haremos hot toddies. Lo pasaremos bien.

Con la botella en una mano y las llaves colgando en la otra, Peter se encamina al fondo del pasillo. Sin darse cuenta, se pone a silbar. Silba «Summertime». En el descansillo, cierra la puerta del apartamento, y en ese espacio cerrado y oscuro los demonios están tan cerca que le gustaría hacer algún ruido, no chillar ni sollozar de miedo, pero sí gruñir, alzar la voz, dar una orden, para que sepan que todavía tienen que vérselas con un hombre en posesión de... Sale del descansillo, vuelve a estar en el porche, y cierra la puerta tras de sí y observa el cielo oscuro y ominoso sobre los tejados oscuros salpicados de blanco; al otro lado de la calle el prado se ve blanco y liso; en él se yerguen árboles negros de hoja perenne, altos y gruesos, ensombrecen el cielo, ocupan el horizonte, hasta que mira más allá, hacia el campanario blanco de la iglesia, en cuya parte superior brilla una luz, una luz casi blanca en las ventanas abiertas y sin cristales, donde se encuentran las campanas. De fondo se ve el cielo sin estrellas. Peter baja la vista hacia el parterre blanco y silencioso, cruza el porche, pisa el primer escalón y, con la zancada siguiente, el segundo, luego sigue por el sendero, se mueve, llega a la acera que corre paralela a la calzada y tuerce a la derecha y llega a una esquina donde hay una farola.

Mira hacia la izquierda, levanta los ojos a la luz del campanario, inspecciona la apacible nieve del prado, y entonces, de forma abrupta, gira a la derecha y se encuentra ante una calle oscura; conforme avanza, deja atrás la farola, pasa por delante del salón y se acerca ya a la ventana del dormitorio; él, no obstante, mantiene los ojos pegados a la acera oscura, ve el suelo y el ancho tocón que fuera un árbol hasta que instalaron los postes telefónicos, ve la nieve en sombra apilada

entre la acera y el apartamento y, mirando al frente, por el rabillo del ojo izquierdo, la calzada en la penumbra. No hay más viento aquí del que había en la parte delantera del apartamento, en realidad esta noche no sopla el viento, pero en esta acera hace más frío, la respiración se le acelera como si llevara varios kilómetros caminando a paso vivo; la esquina del edificio se encuentra a pocos metros, solo tiene que doblarla hasta la rampa y luego girar y subir y abrir la puerta del garaje y meterse en el coche... Se detiene. Por un instante (y, durante ese instante, su miedo paraliza el tiempo y él permanece de pie en el círculo de una pausa que amenaza con aprisionarlo), sabe que no puede seguir adelante, pero también que no puede volver sobre sus pasos, no puede regresar a la esquina por la que acaba de pasar, y piensa que ha de quedarse inmóvil con la botella de whisky y las llaves del coche en la mano hasta que vaya alguien a salvarlo.

De repente se da la vuelta, se dirige apresuradamente hacia la esquina, demasiado aliviado como para sentir vergüenza o frustración, la farola le espera, luego la puerta, llega por fin al cálido pasillo y se va directo a la cocina. Se saca los guantes y se sirve una copa. Se va al dormitorio, tira el abrigo al suelo y enciende la radio. Judy Collins canta con voz dulce y lastimera. Se sienta en la cama, da un par de sorbos, otro, y finalmente llama a Jo. Ella ni siquiera dice hola.

—Voy a ir a buscarte —dice.

—Espera. Cada vez que dices eso tengo la sensación de que puedo hacerlo solo. Esta última vez casi llego a la rampa del garaje, he llegado hasta la ventana de la cocina. Mira, ¿por qué no esperas un segundo? Voy a echar un vistazo fuera, a ver cómo están las cosas. ¿Me esperas un momento?

—Te espero. He encendido la chimenea. Estoy mirando las llamas.

—¿Qué llevas puesto?

—El camisón y una bata. Los dos de color rosa. Voy descalza. Antes tenía frío en los pies, pero con el fuego he entrado en calor.

—¿Estás tomando algo?

—Un poco de brandi con café.

—¿Café? Así no vas a pegar ojo.

—Necesito despejarme un poco. Cuando me has despertado estaba como drogada. Y acabo de fumarme el último cigarrillo. Y ya sabes las ganas de fumar que da el café con brandi. Así que tienes que salir de esa casa para traerme cigarrillos. Hay estaciones de servicio que abren toda la noche.

Su voz es cálida y alegre, acaso divertida. Él sabe a qué está jugando, pero lo necesita y parece funcionar. Se imagina a sí mismo en el coche, conduciendo.

—Yo aquí tengo —dice—. Te los llevo.

—Genial. Ve a ver cómo están las cosas ahí fuera.

—Voy —dice él, y deja caer el auricular sobre la almohada, no desde el oído, sino bajándolo antes hasta una altura razonable; siente que debe tratar el teléfono como si Jo estuviera en el interior del aparato. En cuanto empieza a recorrer el pasillo, pasando por delante de los dibujos de los niños (evita fijarse en el sol feliz y el perro feliz de Kathi, y en el feliz rostro de su propia hija asomada a esa ventana en Colorado), ve que no lo conseguirá. El pasillo es demasiado largo y él ya se ha alejado demasiado del dormitorio, el único lugar donde esta noche puede estar, y ¿qué ocurrirá si se deja reconducir hacia allí y también esa estancia se le acaba haciendo insoportable? Se imagina hecho un ovillo encima de la cama mientras los demonios reptan por el suelo. Mira a través de la puerta de entrada, pero no cruza el umbral, ni siquiera suelta el picaporte, echa un vistazo apresurado y, al mismo tiempo que ve el césped blanco y la calle oscura con sus montones de nieve sucia y el rastro de arena amarilla bajo la luz de la farola, la negrura de los pinos y la cicuta, los despojados robles, arces y olmos del prado y el campanario iluminado al fondo, se ve a sí mismo frente al pasaje frío y solitario que conduce por el lateral de su apartamento hasta el garaje de la parte posterior, y entonces da media vuelta y cierra la puerta. Mientras deshace camino por el pasillo, da un trago, dos, antes de levantar a Jo de la almohada.

—Las cosas pintan mal ahí fuera —dice. Se sienta en la cama y mira alrededor—. Y aquí dentro no están mucho mejor. Avanzan a toque de clarín. Me siento como si estuviera en la batalla del embalse de

Chosin.

—Peter, escúchame: suelta la botella.

—Dios mío —dice él soltando la botella.

—¿Tienes el abrigo puesto?

Peter mira hacia el suelo, sacude la cabeza y dice:

—No.

—Muy bien. ¿Dónde está?

—En el suelo. Aquí al lado.

—Déjalo ahí. Deja la botella encima de la mesita. ¿Tienes las llaves del coche?

—Las tengo en el bolsillo.

—Sácalas y sujétalas en la mano.

Para hacer eso tiene que levantarse. Se levanta y se hurga en el bolsillo y saca el llavero. Prepara la llave del coche y deja que las demás se deslicen hacia la parte baja de la anilla.

—Ahora sal a la calle lo más rápido que puedas. No te pares a cerrar la puerta. No mires a derecha ni izquierda. No te pongas los guantes ni el abrigo. Si te paras, te entrará el frío. Tendrás frío de todos modos. Métete en el coche, arranca y conduce hasta la puerta de tu casa. Deja el motor en marcha, vuelve a entrar, recoge el abrigo y dime que vienes de camino. Tú me has despertado y ahora estaré despierta hasta la hora de desayunar y quiero esos cigarrillos y quiero verte a ti. Anda, haz lo que te digo.

El actor que fue está muerto, pero ni mucho menos enterrado, y murmura con voz grave: «De acuerdo, cariño», suelta el aparato y lanza una larga mirada a la botella en la mesita, pero no la toca. Cruza el pasillo al trote y sale de la casa dejando la puerta abierta, de suerte que la luz y el calor lo acompañan hasta la calle como una ovación muda y táctil. Consigue llegar hasta la acera, se gira y camina tan aprisa como puede, y cuando llega a la esquina tiembla del frío. Gira y

se dirige hacia la oscuridad, sin apartar la vista del suelo; al pasar por delante del salón siente su vacío, pero, al llegar a la altura del dormitorio, siente la presencia de Jo sobre la almohada, ella es como un avión de escolta en una película de la Segunda Guerra Mundial, él tiene el cristal de la cabina roto y no ve nada, es ella quien le dicta las indicaciones necesarias para regresar al portaaviones, la que lo guía hasta la última ventana del dormitorio y la ventana solitaria de la cocina, donde hasta entonces no había conseguido llegar.

Tiene los dedos entumecidos y se los mete en el bolsillo, la llave sigue aferrada en su mano derecha; ha superado ya la esquina trasera del edificio, se aproxima a la rampa, gira con una sensación victoriosa y emprende la subida, aunque sabe que todavía le aguardan dos pruebas: entrar en el garaje y subirse al coche. Aun así, lleva impulso y se ve capaz de conseguirlo, la nieve apelmazada de la rampa cruje debajo de sus botas, a su derecha se levanta la mole oscura del edificio donde otros duermen, el garaje se halla al frente, la puerta cerrada espera el tacto de su mano. Ahí está él y su mano fría se cierra en torno al asa negra y empuja para arriba, resulta agradable ejercitar el brazo y el hombro, ocuparse de algo tan físico y directo como levantar la puerta de un garaje. La puerta se enrolla en el tambor y desaparece encima de él. Sabe que no debe detenerse. Entra rápidamente en el garaje a oscuras y se sienta frente al volante del Volvo con los dientes castañeando, sus dedos temblorosos no encuentran el contacto, y cuando por fin logra insertar la llave, girarla y poner el motor en marcha, se percata (cuánto sabe Jo, seguramente se ha vuelto loca unas cuantas veces) de que los escalofríos que recorren su espalda son tan fuertes que anulan ese otro escalofrío que debería haber sentido en una noche como esta: el que le avisa de que, si mira por el retrovisor, verá por fin la cara de un demonio.

Pero ahora no tiene tiempo para demonios, no hay un hueco lo bastante cálido en su cuerpo donde ese miedo pueda alojarse. Mientras sale del garaje marcha atrás mirando el retrovisor de la derecha, solo piensa en el abrigo y los guantes tirados en el suelo del dormitorio. Conduce hasta la esquina, deja el motor al ralentí y, trotando, atraviesa la acera, la puerta y el pasillo. Se pone el abrigo y los guantes, levanta el teléfono y dice:

—Voy de camino.

—Perfecto —dice Jo, y Peter cruza de nuevo el pasillo y sale por la puerta.

Conduce por la pequeña ciudad vacía, deja de temblar, entra en calor gracias al abrigo y los guantes, enciende la calefacción y el coche se caldea. En la radio, Joan Baez salmodia como si celebrase su paso frente a los comercios con las persianas bajadas y los neones encendidos, mientras un policía bien arrebujado comprueba los candados.

Jo lo abraza en la puerta y se lo lleva a la chimenea del salón y, sin soltarlo todavía, le dedica una sonrisa maternal y posesiva que, cualquier noche más cuerda, le habría puesto el miedo en el cuerpo. Al mirarla, Peter empieza a pensar que a lo mejor nunca se ha vuelto loca, que a lo mejor para dirigirlo le ha bastado con su instinto, del mismo modo que siempre sabe qué hay que hacer cuando alguien está herido o enfermo. Le entrega los cigarrillos y ella enciende uno agradecida y le pregunta si le apetece un hot toddy. Él dice que sí. Jo le desabrocha el abrigo, le quita la bufanda, se pone detrás de él y le recoge el abrigo.

—Siéntate junto al fuego —le dice—. Yo preparo la bebida.

Toma la botella y se va. Él se sienta a contemplar el fuego y apoya los pies encima de un escabel de cuero. La calidez y el color de la estancia (paredes azules, verdes plantas en macetas, una escena marina colgada en una pared, un paisaje en otra), el olor a humo de madera y el crepitar de los leños en las llamas hacen que se sienta a salvo, y, cuando ella regresa con las bebidas, Peter se deleita con el tacto de los dedos que le tienden el vaso. Jo deposita el suyo en el suelo y se sienta a sus pies y le desanuda las botas. Él se deja. Al principio, un instinto le advierte que está dejando que vaya demasiado lejos, que si lo salva terminará poseyéndolo, pero él quiere quitarse las botas, quiere que se las quite una mujer y observa sus dedos entre los cordones, y cuando termina se pone a tirar de la bota hasta que se la quita del pie. Le quita la otra y él se recuesta de nuevo en la silla y toma un sorbo. Jo se queda sentada cerca de sus pies, de espaldas al fuego. Entre su cabello castaño se aprecian unos mechones largos y grises, y él le acaricia uno cariñosamente con los dedos y vuelve a colocárselo en su sitio. Se la ve despierta, con la mirada alerta, pero su boca y sus ojos traslucen un cansancio que probablemente no vaya a desaparecer

nunca; y eso a Peter, esta noche, le gusta.

—¿Qué ha pasado? —dice ella—. ¿Lo sabes?

—Ha sido una chica llamada Miranda.

—¿Miranda?

—Miranda Jones. Tiene veintiún años.

Jo enciende un cigarrillo y apoya la espalda en el escabel; sus costillas le rozan la pierna, la mano izquierda de ella descansa sobre su rodilla y su muslo.

—Háblame de ella —dice.

—No hace falta. Quiero decir que ya he pasado por esto antes. Ya no necesito sacarlo todo.

—Pero quiero que lo saques. Por mí. Quiero oírlo.

Peter bebe y se lo cuenta; en un momento dado, ella se levanta y le prepara otro hot toddy y vuelve a sentarse con el brazo apoyado en su pierna, y de vez en cuando le toma la mano, le acaricia los dedos y, cuando Peter termina su historia, dice:

—En realidad no la querías. Solo creías que la querías.

—Nunca he entendido cuál es la diferencia.

—Solo era un chaleco salvavidas.

—Basta un chaleco salvavidas cuando estás en medio del océano.

Y, dicho esto, se entrega a ella. Toma su mano y la aprieta con intención, se levanta de la silla y se tiende al lado de esa mujer triste a la que esta noche está aprendiendo a amar; y mientras sus dedos le abren la bata, dice:

—Tú y yo. Esto es lo que queda después de la tormenta.

Aun así, no consigue dormir. Se levanta y echa otro leño al fuego, luego se acuesta sobre la alfombra y ella vuelve a apoyar la cabeza

sobre su hombro. Jo se interpone entre él y el fuego, Peter siente calor y paz, y su mano se desliza por el costado de ella hasta posarse en su cintura.

—¿Qué has hecho hoy? —pregunta.

—¿Que qué he hecho?

—Sí. Qué has hecho.

—Les he preparado el desayuno a las niñas.

—¿Qué les has preparado?

—Copos de avena. Avena y torrijas.

—Qué bueno. ¿Y luego qué?

—He lavado los platos y me he llevado a las niñas a la iglesia. Quizá te parezca ridículo.

—No. No, creo que está bien.

—¿Eres creyente?

—Sí.

—Yo también. ¿Alguna vez has recibido alguna señal de Dios?

—No demasiadas. ¿A qué iglesia vais?

—La unitaria.

—¿Esa antigua de color blanco, al lado del prado?

—Sí. He visto tu apartamento. Ha sido mi manera de darte los buenos días.

—¿Y qué has hecho después?

—He ido al supermercado. Anoche me hiciste sentir culpable, por lo de que no cocino. En el supermercado ha ocurrido algo curioso.

—¿Qué ha pasado?

—Vas a pensar que soy un bicho raro.

—No, ni hablar.

—He dejado la cesta y me he ido.

—¿Por qué?

—Tenía la cesta llena. Había comida para una semana.

—¿Y por qué te has ido?

—Estaba triste. Ya te lo he dicho, vas a pensar que soy un bicho raro.

—No lo pienso. Has dicho que estabas triste.

—Estaba mirando a las mujeres. Parecían tristes. Algunas iban con niños y les gritaban. Algunas fumaban. Algunas llevaban el abrigo abrochado y tenían calor, pero no se lo quitaban. Una estaba de pie frente al mostrador de la carnicería. Estaba mirando. Quería algo. Al otro lado del mostrador no había nadie. Hay un botón para llamar al carnicero y que salga del cuarto donde se corta la carne. La mujer ha apretado el botón. Pero no ha salido nadie. Yo me he quedado mirándola y luego he mirado hacia la ventanilla donde se supone que están los carniceros. Había unas mesas con carne encima y piezas de carne colgadas en ganchos. Pero no había nadie. Y ella continuaba apretando el botón. Entonces me he ido.

—¿Adónde te has ido?

—Al ultramarinos ese pequeñito que hay en la esquina. Bajando esta calle. Habré pagado como diez dólares más. El local es muy estrecho y la gente se da codazos mientras compra. Había un carnicero y un hombre en la caja registradora. Conocían a toda la clientela de la tienda excepto a mí. Todo el mundo estaba hablando. El carnicero se ha puesto a charlar conmigo mientras me cortaba la carne. Decía que esa carne era buenísima. Y que me estaba dando trato preferente. Es un hombre mayor, y el cajero es su hijo. Lo he deducido por cómo hablaban. El cajero me ha dicho que iba a caer medio palmo de nieve. Y por eso he pagado diez dólares. Pienso volver.

—Iré contigo.

Fuera, el cielo se ilumina por momentos, la noche casi ha terminado, y, dentro, Peter yace despierto. Jo duerme entre sus brazos. La piel de él está caliente por el fuego y su corazón parece una piñata: es como si reventase y despidiera unos colores invisibles que solo él acierta a distinguir, los colores del fuego, los esperanzadores tonos rosa, oro y rojo del amanecer, y entre los colores distingue a Jo, sus ojos ríen en dirección al cielo azul pálido, y esta noche Peter piensa llevarle vino y flores; esta tarde, entre canción y canción, dirá, solo una vez y con voz suave: «Hola, Jo»; y será un hola sentido con hondura, porque su corazón caliente late al son de ese saludo y él está decidido a seguir su pista, porque el amor también es tiempo, y, tendido ahí, frente al fuego, observando la cara dormida de ella recostada en su brazo, sabe que será capaz de amarla, y su sangre, con gran alivio y fuerza renovada, fluye por su cuerpo, y entonces la besa hasta que, cálidamente, ella se despierta y lo estrecha entre sus brazos; Peter asciende; es Prometeo; y hace una pausa en su pasión para besar con delicadeza sus ojos relucientes.

Vuelos separados

Las ballenas, cuyo periódico instinto de suicidio nunca ha hallado explicación entre los científicos, empezaron a embarrancar ayer por la tarde en la costa de Cayo Grassy orientada a la bahía de Florida, unos diez kilómetros al norte de Marathon, en los Cayos de Florida.

The New York Times

Para Lynn

1

En las breves tardes de invierno, Beth Harrison prendía las luces temprano y encendía el fuego en el salón; cuando su hija Peggy regresaba a casa del instituto, se sentaban en un par de sillas frente al fuego, Peggy con un chocolate caliente y Beth con un bourbon con agua que según ella siempre era el segundo, aunque en ocasiones era ya el tercero. Tenía cuarenta y nueve años. No sabía —o intentaba no saber, pues no había motivos para ello— cuándo exactamente la copa de antes de la cena se había adelantado hasta una hora más temprana de la tarde. En invierno bebía en cuanto prendía las luces y encendía el fuego. Ahora, sin embargo, en mayo, se servía un gin-tonic cuando el sol entraba todavía por las ventanas de la cocina y la señora Lester de la esquina jugaba al golf y los hijos de los Crenshaw, que vivían en la acera de enfrente, gritaban y daban batazos a la pelota. Generalmente estaba sola, ya que Peggy y Bucky se iban a comer helado después del colegio y se quedaban paseando en coche y Peggy volvía a casa justo a tiempo para la cena, con las mejillas acaloradas, los ojos relucientes como si hubiera visto un árbol verdeante y a los granjeros arando sus campos bajo el sol.

Ese día, cuando Lee llegó a casa, Beth estaba pelando patatas en la

mesa de la cocina mientras se tomaba el tercer gin-tonic desde que había acompañado a la asistenta a su casa a las tres y media. Cuando Lee vio el vaso en su mano, se le mudó la expresión, los ojos se le ensombrecieron un instante como con disgusto o desprecio; luego dijo hola y rodeó la mesa para besarla fugazmente en los labios.

—Ya tengo los billetes —dijo.

—¿Quién sale primero?

—El mío es a las tres treinta, y el tuyo, a las tres y cuarenta.

Mientras él subía a cambiarse de ropa, ella preparó un par de copas y, cuando su marido bajó ya en camiseta y zapatillas, le cogió la suya y se dirigió al salón.

—¿Te veré en Chicago? —dijo Beth.

—Tengo la conexión enseguida —dijo él volviéndose hacia la puerta —, así que nos veremos en San Francisco.

—¿Tendré que esperar mucho?

—Claro que no. Iré a buscarte.

—En Chicago, quiero decir.

—Unos treinta minutos. Vas en el 427 de Chicago, yo voy en el 502.

Él se giraba ya de nuevo hacia el salón cuando Beth dijo:

—Entonces si el 427, o el 502, se cae, habremos cometido un error.

—Sí, es verdad, pero es mejor jugársela por separado que los dos juntos.

—¿Y tú sabes lo que te estás jugando?

—Lo hago por Peggy, ya lo sabes.

—No, ella es el comodín. Me refiero a lo que llevas en la otra mano.

Lee la miró un instante; acto seguido dio un cuarto de vuelta hacia el

salón y se quedó de perfil frente al vano de la puerta de la cocina.

—Lo único que sé es que es un buen plan, es práctico. Nuestra compañía lo hace, otras compañías también lo hacen... —Entonces hizo una pausa—. En fin... —añadió, y encogiéndose de hombros entró en el salón.

Beth oyó como arrastraba el reposapiés y, a continuación, desplegaba la primera página del Des Moines Register. Acabó de pelar las patatas y luego salió al jardín a encender las brasas. Estuvo mirándolas hasta que Bucky dejó a Peggy en casa, entonces Lee salió también y los tres se sentaron en las sillas de pícnic alrededor de la parrilla. Peggy llevaba en la mano una pequeña pistola de agua de color rojo que disparaba cuando los chorretones de grasa se encendían al contacto con el carbón.

—Peggy —dijo Lee—, ¿sabes lo último que he hecho hoy antes de volver a casa? He telefoneado a una mujer que enterró a su marido la semana pasada. Tenía una buena póliza, así que económicamente está mejor que antes, pero lo importante es que ahora es viuda. ¿Y sabes cuántos años tiene? Cincuenta y cinco. Aunque a ti te parezca que son muchos, en realidad es bastante joven para ser viuda en mil novecientos sesenta y siete. Probablemente viva otros veinte años. ¿Y su marido? Su marido tenía cincuenta y ocho...

Beth dio un sorbo a su vaso y observó cómo dos ardillas jóvenes correteaban por el olmo cuyas ramas tocaban casi el tejado, y se preguntó si llegaría a ver el año setenta y cinco, o si quería. Luego miró a la derecha, hacia Peggy, cuyos ojos azules brillaban todavía más por efecto de las lentes de contacto, sus mejillas cóncavas cada vez que daba una calada al cigarrillo, el vello sedoso y fino de su rostro reflejando la luz del sol, y se le hizo imposible imaginar que su hija, la segunda y última..., no: era incapaz de imaginar cómo sería su vida dentro de sesenta años. Cuando Beth era pequeña, los años parecían lisos y rectos como una carretera. Ahora, sin embargo, eran anchos y profundos, ilimitados como maizales alfombrados de nieve, o a principios de primavera, cuando los campos se extendían desnudos hasta donde alcanzaba la vista y el viento soplaba del sudoeste y el cielo se tornaba negro y amarillo; te ponías a mirar por encima de las nubes de polvo y los árboles dispersos medio encorvados a la espera de divisar el embudo del tornado. De pronto se dio cuenta de que Lee

había dicho algo, pero no sabía qué, y de que las ardillas se habían ido del árbol o se habían metido dentro del tronco, y ella, mientras, pensaba en los viejos tiempos, cuando vivía en el pueblo y la primavera era así. Su mano se había levantado hasta el hombro de Peggy y se había posado en él.

—¿Y qué hago yo con un millón de dólares? —dijo Peggy.

—Dos, pues. Que sean dos.

—Ay, papá. Mira, gracias. Lo digo en serio. Gracias por preocuparte por cómo puedo morirme. Pero no quiero dejarlo y tú sabes muy bien que, si uno no quiere, no puede.

—Yo lo dejé.

—Porque te entró miedo.

—Y tú deberías tenerlo. ¿No has visto a tu madre? ¿No te das cuenta de cómo respira cuando viene cargada con la compra o sube la escalera? ¿No oyes cómo tose por las mañanas?

—Tiene razón —dijo Beth, y se levantó para darles la vuelta a los filetes—. ¿Qué tal está Marsha?

—Mejor —dijo Peggy—. Vic vendrá de permiso hacia junio.

—¿Y luego lo mandan fuera?

—Eso cree.

—Puede estar seguro —dijo Lee.

—Pobre, lo que os ha tocado —dijo Beth clavando el tenedor en uno de los filetes, y Peggy disparó un chorro de agua a las llamas.

Esa noche, Beth se fue a la cama mientras Lee se quedaba viendo las noticias. Estuvo acostada con los ojos cerrados durante treinta minutos; entonces llegó Lee y, cuando este encendió la lámpara de su mesita de noche, ella se hizo la dormida. Intentó no enfurecerse, intentó aferrarse a ese poco de calma que había reunido en aquella media hora tumbada en silencio, y él entretanto se vació los bolsillos y dejó las monedas tintineando encima de la cómoda: aunque hubiera

estado dormida, se habría despertado con la luz y con el ruido. Lee se metió en la cama, apagó la luz y ella escuchó cómo su respiración se volvía más pausada y profunda (y sí, claro que sí, tenía toda la razón: ella respiraba mal), y se preguntó en qué pensaría durante esos últimos minutos de conciencia. Pasaron enseguida: en un momento dado movió una pierna y se durmió. Beth encendió un cigarrillo y pensó que, de haber sido ella la que dormía, el chasquido de la piedra, el cierre de la tapa del Zippo, a lo mejor incluso la llamita del mechero, habrían sido una intrusión tan estridente como la alarma del reloj o el aterrador timbrazo del teléfono después de la medianoche. Estaba segura de que habría bastado un sonido cualquiera: una llovizna, el suave susurrar del viento entre las hojas del olmo, Lee o incluso Peggy dándose la vuelta en la cama al fondo del pasillo. A veces se despertaba por la noche y no oía nada; se quedaba acostada en el silencio, asustada como si la hubiera despertado la presencia de la niebla al otro lado de la ventana.

Lo había probado todo menos los fármacos. Había hablado con Polly Fairchild, que tampoco podía dormir: Polly le había dicho que picando algo antes de acostarse la sangre le bajaría del cerebro y le ayudaría a relajarse. Que si se desvelaba a media noche, se levantase y se pusiera a leer, que tomara un poco de leche, y que no fumase. A veces, una podía adormecerse hablando sola: «Mis pies tienen sueño, mis pies tienen sueño, mis tobillos...». Y que no se preocupase: si a las nueve o así empezaba a preocuparse de si esa noche podría dormir o no, lo único que iba a conseguir sería ponerse más tensa. La cuestión es que a Polly no le funcionaba nada de todo esto: ella se tomaba una pastilla todas las noches y dormía como un tronco. Le había dicho a Beth que eran muy suaves, que no creaban hábito y que, aunque por la mañana tardaba un rato en sentirse totalmente despierta, era un precio más que modesto a cambio de un buen sueño.

Beth dijo que no. Cuando Lee sugirió que recurriese a las pastillas, se reiteró en su negativa; dijo que no pensaba tomar fármacos para dormir. Si no podía hacer algo tan natural e inevitable como dormir, quería saber por qué. Y así, noche tras noche, se iba a la cama y se quedaba despierta o, tras haber dormido un rato, volvía a despertarse y fumaba a oscuras durante una hora, a veces más. Y, sin embargo, después de todo ese tiempo a solas seguía sin saber por qué era

incapaz de conciliar el sueño. Lo que sí sabía era que no estaba preparada para resolver un problema de esa índole. Hasta entonces siempre se había enfrentado a problemas que brindaban alternativas, y una las sopesaba y tomaba una decisión, como comprar un lavaplatos en lugar de otro. De nada servía ahora ese instinto de compradora: lo que hacía falta era llevar a cabo una profunda introspección, y esa era una tarea amarga y poco rentable. Y es que cada vez que hacía el intento de autoexplorarse encontraba..., ay, por Dios: no encontraba nada.

Salió de la cama, bajó a la cocina y se preparó un gin-tonic. Se sentó en el sofá con el salón a oscuras, prendió un cigarrillo y exhaló rápidamente, antes de que la tos le pegase un sacudón en el pecho. Sabía que era medianoche pasada, pero estar despierta en el piso de abajo no parecía tan grave, siempre y cuando no pensase en lo cansada que estaría cuando se levantase por la mañana; por las tardes nunca dormía porque le daba miedo que la siesta la dejase sin sueño para la noche. No obstante, cuando conseguía no pensar en dormir y se concentraba en el instante presente, el hecho de estar sentada a solas en una casa oscura y en silencio adquiría una cualidad atrayente y furtiva. Y ella sabía por qué: porque arriba Lee dormía como un niño, con sus pulmones limpios, su cuerpo en forma y una mente que funcionaba con la precisión de los números.

Al cabo de una copa, empezó a sentirse soñolienta. Temió que subiendo la escalera se le acelerase el pulso y la respiración y volviera a despertarse; así pues, se acostó en el sofá y se durmió. Se despertó con las zancadas de Lee en la cinta de correr del dormitorio, justo encima de ella. Peggy fue la primera en bajar y se sentó en la mesa de la cocina con un café. Cuando Lee bajó, oliendo a loción de afeitado, Beth estaba echando harina de trigo sarraceno en un cuenco.

—¿Qué has hecho? ¿Has dormido en el sofá?

—Cuando me entró sueño estaba aquí abajo, así que me quedé.

—Estabas durmiendo cuando yo subí.

—No me duró mucho.

Lee se sirvió un café y se sentó.

—No tienes por qué sufrir insomnio —dijo.

—Ya lo sé.

—No tiene nada de malo tomar algo para que te ayude a dormir.

—Yo antes dormía —dijo ella.

Por la tarde, llevó a Lee con el coche al aeropuerto de Cedar Rapids y regresó a Iowa City, recogió a Peggy en el instituto y llegó al aeropuerto a tiempo para tomarse una copa rápida en el bar, un martini para ella y una cola para Peggy. No es que le entusiasmase la idea de ir a un congreso de corredores de seguros en San Francisco, pero de cara a Peggy fingía que sí. Le explicó a su hija qué comida había en el frigorífico, le recordó que no cerrase con llave la puerta trasera mientras estuviera en clase para que los de la lavandería pudieran entregar la ropa, y le recordó una vez más cómo se llamaba el hotel de San Francisco. Luego le dijo:

—Mira, seguramente no hace falta que te diga esto, pero te lo diré de todos modos: no metas a Bucky en casa mientras no estamos.

—No pensaba hacerlo.

—De acuerdo, confío en ti, y si no fuera por los vecinos a mí me daría lo mismo. Pero no queremos que corran chismorreos.

—No.

—Entonces despídete de él en el porche, ¿de acuerdo?

Así fue. Durante las tres noches siguientes, después de hacer el amor en su cama (porque nunca habían podido disponer de una), Peggy se despidió de Bucky en la penumbra del porche, con el salón detrás de ellos también a oscuras, para que él pudiera escabullirse por el césped hasta el coche, aparcado calle abajo.

—No —dijo Beth en el avión de San Francisco a Chicago—. A mí no me da ningún miedo.

Tenía asiento de ventanilla y miró hacia el exterior, como para poner a prueba la afirmación que acababa de hacer. Volaban entre unas nubes tan espesas que no se veía ni el ala. Pensó en el piloto guiándose con los instrumentos, pensó en el error humano, imaginó una colisión en pleno vuelo. Luego se giró hacia Robert Carini, el platero de Nueva York que un momento antes había levantado su copa a modo de saludo y le había dicho que le daban miedo los aviones y que era un alivio tener alguien con quien conversar.

—Aunque a mi marido le caerían veinte mil dólares. Eso no me gusta.

—No es tanto, a mí una vez me tocaron sesenta y cinco.

—Oh, no me refiero a las tragaperras. Mi marido me dijo que jugara, pero no lo he hecho. No, lo que digo es que tiene una póliza por diez mil dólares a mi nombre, con cláusula de doble indemnización por muerte accidental.

—Eso sí es un funeral caro.

—No es para enterrarme. Dice que las mujeres se valoran más hoy en día y que eso es lo que costaría contratar a alguien para que hiciera lo que yo hago.

Al decir eso intercambiaron una sonrisa.

—Cocinar, quiero decir —dijo Beth.

—¿Y él dónde está ahora?

—Volando hacia Chicago. Hemos tomado vuelos separados.

—Ah, entiendo. Para no...

—Exacto. Para no morir juntos.

Dos horas antes estaba tomando un café con Lee en una cafetería del aeropuerto de San Francisco. En una de las mesas a su derecha, un joven soldado y su esposa estaban terminando de almorzar y charlaban discretamente, desplazando la mirada de un lado para otro

con esa despreocupación propia de las conversaciones con las que la gente mata el rato. En la terminal había soldados sin mujeres: en el quiosco de las revistas, en el mostrador del estanco, durmiendo en los bancos; y mientras caminaban entre ellos, Beth había dicho: «Si fuera joven y estuviera soltera, saldría con un soldado». Lee la miró de soslayo mientras volvía a encender la pipa. Caminaba demasiado deprisa y, para cuando llegaron a la puerta de embarque, a Beth le faltaba el resuello. Cruzó el vestíbulo con él hasta la puerta. Lee miró al cielo y dijo: «Aún está nublado», y luego la besó y dijo: «Nos vemos en Cedar Rapids». Beth esperó en el umbral hasta que él hubo subido al avión y entonces se fue a buscar un bar. Había dos hombres sentados cada cual por su cuenta en la barra y un joven oficial de marina con una chica en una de las mesitas. Beth se sentó al fondo de la barra y pidió un bloody mary.

Eso de esperar a un vuelo separado la hacía sentirse como si tramara una triquiñuela infantil. Sin embargo, con la segunda copa imaginó que su avión se estrellaba, una muerte mucho más rápida que la que sería su verdadera muerte. Una muerte violenta como esa representaría un golpe terrible para Peggy, y empezó a sentirlo por Peggy y por Helen y por los dos hijos de Helen, Wendy y Billy, que se preguntarían si la abuela había sentido dolor en el momento de estrellarse su avión; incluso lo sintió por Lee, que, como era un sentimental, creería que estaba enterrando algo y, al año siguiente, cuando Peggy se fuese la universidad, se encontraría solo en casa por las noches. Durante todo el tiempo que estuvo dando sorbos a su cóctel y cavilando sobre su propia muerte, notó que en el fondo de su cabeza algo daba vueltas, algo desesperadamente cruel, hasta que, por fin, suspirando con remordimiento, logró darle forma: ¿y si el que se estrellaba era él? Apuró la copa de un trago y se fue del bar.

Embarcó en su avión; el señor Carini, un hombre alto, de espesa cabellera blanca y curtida tez morena, se encontraba ya en su asiento del pasillo. La azafata les sirvió un cóctel de champán y, antes de que el aparato despegase, Beth ya sabía cómo se llamaba y que era platero.

—¿En serio? —había dicho ella—. Creí que solo los mexicanos y los indios se dedicaban a eso.

Él sonrió y dijo que oh, no, que él también, aunque ahora se dedicaba sobre todo a dirigir el negocio y solo de vez en cuando labraba algo

para su esposa o su hija. Beth le preguntó si llevaba encima alguna pieza, algo que hubiera hecho él mismo, y él dijo que no pero que le enviaría un brazalete, y ella le apuntó sus señas en un cuadernillo. Llevaba mucho tiempo sin conocer a alguien que tuviera un trabajo distinto o interesante. Él pidió martinis y ella le hizo preguntas sobre su trabajo, preguntas de verdad, para las que esperaba respuestas, y, cada vez que él le daba fuego, ella le tocaba la mano para dirigir la llama.

—Su marido es un hombre muy pragmático —dijo entonces.

—Vende seguros de vida.

—Ah. ¿Y usted a qué se dedica?

—Yo a nada.

—A algo se dedicará.

—A esto —dijo ella levantando la copa.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Tiene hijos?

—Dos chicas. Una está casada, la otra tiene diecisiete años.

—Así que pasa sola la mayor parte del tiempo.

—Tengo amigas: lo típico, las esposas de los amigos de mi marido. Y Helen, mi hija la que está casada, vive en Iowa City, así que a veces, después de hacer la compra, me voy a verla y tomamos una cerveza en la cocina.

—Me alegra que tengan una relación tan estrecha.

—En realidad no tanto. O sea, sí, pero en el fondo no me cuenta gran

cosa. No sé si me explico. Pero al menos está ahí y parece que le gusta que vaya a visitarla, aunque procuro no ir demasiado. La mayoría de las tardes hago otras cosas.

—¿Jugar al bridge?

—Por ejemplo, pero también otras cosas.

—¿Tan mal?

—Lo odio —dijo ella.

Beth se sorprendió al decirlo; luego se alegró.

—No será para tanto —dijo él.

—Sí. Es para tanto.

Dicho esto, apartó los ojos de los de él y miró por la ventanilla, donde todavía no se veía nada más que aire con aspecto de humo mojado.

—Mucha gente es así —dijo él.

Beth lo miró.

—Pero usted no.

—No —dijo él—. A ver, a lo mejor me engaño, pero diría que no.

—Pero usted al menos se da cuenta de que los demás también existimos. Mi marido no. Él cumple con su rutina como un soldado y no ve más allá.

—Pero eso, vivir así, puede ser por desesperación. Es como la presión del agua en el fondo marino: cuando sacas a un pez de ahí, se queda panza arriba y se muere.

—Algún día lo intentaré con él, a ver qué ocurre.

Se tomaron un segundo martini y después la azafata les sirvió el almuerzo, chateaubriand, y una copa de borgoña, y le preguntó a Robert si querían quedarse con la botella. Dijo que sí. Les habló como si fueran pareja en lugar de dos simples pasajeros, lo cual divirtió a

Beth, que además sentía una emoción placenteramente maliciosa. Observó la cara de Robert; de repente, este entornó los ojos y ella se giró hacia la ventanilla: habían dejado atrás las nubes y volaban por un cielo deslumbrante hasta donde alcanzaba la vista. Beth se fijó en los rectángulos de tierra verde y amarilla que se extendían abajo.

—No sé qué estado es este.

Robert se inclinó hacia la ventanilla, acercando la cara a su hombro.

—Uno de los llanos.

—¿Se siente más seguro cuando está despejado?

—Algo mejor. Las nubes dan un poco de cosa.

—Y tan bien que me lo estaba pasando yo, tomando una copa con usted entre las nubes.

—Nos lo pasaremos mejor a cielo abierto —dijo él, y le sirvió más vino.

—No me han puesto en este avión para que me lo pase bien. Me han puesto aquí para que me muera sola.

—¿Y usted trata bien a su marido?

—Creo que sí. Eso intento.

—Ya me parecía. Sin embargo, hace comentarios muy duros sobre él.

—Puede que sí. Y supongo que no debería compadecerme de mí misma solo porque ha terminado ocurriéndome lo que le ocurre a la mayoría de la gente.

A continuación, en voz baja y colusoria, en esa extraña intimidad que a la vez era pública y, por tanto, desprendía un regusto ilícito, Beth se puso a hablar de amor. Ignoraba en qué momento había dejado de querer a su marido, decía. En cierto sentido, daba gracias de que hubiera ocurrido tan tarde porque, para entonces, ya había dejado de creer en el amor en general. No, decía Robert, seguramente fue al revés. Beth le dio vueltas a aquel comentario mientras encendía un cigarrillo con la colilla del que se estaba fumando (siempre tenía la

impresión de que la bebida le limpiaba los bronquios para poder fumar más) y acabó diciendo que sí, que probablemente tuviera razón. A lo mejor había dejado de quererlo mucho antes de admitirlo y, entonces, engañándose todavía con respecto a Lee, había dejado de creer en el amor, armándose así para cerrar el círculo y admitir que ya no lo quería. De esa forma era más fácil admitirlo: una sospechaba que algo había muerto en su interior, entonces miraba alrededor y veía que para los demás hacía tiempo que aquello también estaba muerto; después de eso, una ya podía regresar y mirar debajo de su cama, para encontrar, claro está, un cadáver.

Beth había aceptado esa muerte. Era algo tan natural y predecible como las arrugas en la cara. No volvería a mirar bajo su cama ni la de nadie porque, ay, ya había mirado demasiadas, demasiadas veces... Le habló a Robert de su madre, que probablemente vivía en un estado de satisfacción, y a buen seguro de estulticia, pues ignoraba a toda costa los fiascos del corazón humano. En la cabeza de su madre, todo el mundo vivía una vida que podía resumirse en una esquela de periódico: nació aquí, estudió allá, se casó con un hombre que trabajaba de esto o de lo otro, tuvo hijos. Cuando se le preguntaba por alguien, decía: «Oh, está estupendamente; tiene un buen marido y dos hijos encantadores».

—Una vez me dijo eso de una de mis sobrinas. Y yo le dije: «Eso ya lo sé, madre; lo que te he preguntado es cómo está».

¿Cómo podía alguien estar tan ciego ante algo que se veía aunque no se buscase? Si me dejaran una hora en una habitación llena de parejas casadas, decía, vería sus hostilidades tan claramente como la ropa que llevan puesta. No era un don agradable. Pero era la verdad, la pura verdad, y por lo menos, en cuanto lo comprendías y lo aceptabas como algo habitual, se hacía menos difícil aceptar que tu vida —que tiempo atrás creías destinada al amor— había seguido el patrón común al resto de la humanidad. Lo difícil era escondérselo a tus hijas. Obviamente, en la boda de Helen se le escaparon algunas lágrimas, en parte por razones que ya tenía asimiladas: su hija había crecido y ahora se iba, una fase de su propia vida tocaba a su fin. Pero también eran lágrimas amargas, porque sabía que el resto de la vida de Helen jamás estaría a la altura de las promesas emocionales de ese día. Como en las ceremonias de graduación, cuando oyes todas esas palabras sobre lo que tienes por delante, y de repente sales ahí fuera y

no ocurre nada. Helen y Larry terminarían convirtiéndose, de forma amistosa, en fuente mutua de tedio y aversión. Beth estuvo pensando en ello durante toda la boda; durante la recepción, mientras escuchaba a esos viejos lujuriosos y a esas ancianas tiernas y optimistas, tuvo que morderse la lengua para no replicar con ironías. Y ahora su hija de diecisiete años, Peggy, estaba enamorada y disfrutaba comentando sus planes, con ese tono adulto en la voz, y lo único que se podía hacer era escucharla, no como quien escucha a una niña que quiere ser estrella de cine, sino a una niña cuya esperanza de tener amigas y ser feliz es tan fuerte, y a la par tan fútil, que sabes perfectamente que se le acabará partiendo el corazón.

—Tenía usted demasiadas esperanzas —dijo Robert—. ¿Por qué no le dice que no espere demasiado? Que no apueste toda su vida al matrimonio. Es parte de su vida, pero no toda.

—¿A qué se dedica su esposa?

—Es profesora. De cuarto curso.

—Eso está muy bien.

Estaba acabándose el vino cuando el piloto anunció que el avión estaba iniciando la aproximación a Chicago.

—Me lo he pasado bien —dijo Beth.

—¿Tiene que esperar para su escala?

—Una hora.

—Yo tengo dos horas y media. Podemos tomar una copa.

—Nos emborracharemos.

—Bueno, a usted eso ya le gusta, y a mí no me vendrá mal para volar hasta casa.

—Pues venga esa copa.

—Los despegues y los aterrizajes son lo peor —dijo él.

El avión había empezado a descender; Robert tomó su mano.

En el aeropuerto bebieron de pie en un bar abarrotado. Un reloj los observaba desde lo alto de la hilera de botellas. A veinticinco minutos para el vuelo de ella, Robert pidió una segunda ronda; Beth estuvo a punto de decir que no había tiempo, pero no lo hizo. Se dio la vuelta y miró a un par de tenientes de la Fuerza Aérea que acababan de entrar y se dirigían a la barra. Todavía estaba observando sus insignias plateadas cuando anunciaron su vuelo. Se giró hacia su copa. Estaba a medias; la levantó, pero, en lugar de bebérsela, la removió con el dedo.

—Acaban de entrar dos pilotos —dijo—. Todo este rato, mientras estábamos en el avión, me había olvidado de la guerra.

Robert se dio la vuelta para mirar.

—Ellos no tienen la culpa —dijo—. No son más que críos.

—Supongo, pero son pilotos... —Mientras daba un sorbo a su copa, levantó la vista hacia el reloj—. Nosotros votamos por la paz en el sesenta y cuatro, por Johnson.

—Nosotros también.

—¿Por la paz?

—Sí. Y mi hijo se gradúa en la universidad este mes.

Beth le tocó la muñeca.

—Ay, pobre. ¿Y lo van a reclutar?

—Seguro, más tarde o más temprano.

—Me alegro de no haber tenido hijos.

—A mí me gustaría que el mío se quedase. Es un... —De repente frunció el ceño y sacudió la cabeza; sus ojos estaban en otra parte, en Nueva York, en la cara de su hijo, en Vietnam—. ¿No era ese su vuelo?

—No lo sé. ¿Qué han dicho?

—Dos veintitrés con destino a Cedar Rapids.

—Dios mío, sí.

Miró el reloj, apuró la copa y caminaron a paso ligero por el pasillo en dirección a la puerta.

—Quizá ya ha salido —dijo él.

—Faltan un par de minutos.

Encontraron la puerta y se abrieron paso más rápidamente aún entre un grupo de pasajeros que acababan de bajarse de otro avión.

—Pues a lo mejor sí —dijo Beth—. No veo a nadie caminando en esta dirección.

Robert se miró el reloj.

—Tres minutos —dijo—. Lo he pasado bien.

—Yo también.

Ya en la puerta, un asistente recogió su billete y sacudió la cabeza.

—Casi lo pierde, señora.

—El caso es que está aquí —dijo Robert—. Limítese a hacer su trabajo.

Mientras cruzaba con ella el pequeño vestíbulo, la tomó del brazo y le dijo:

—Le enviaré un brazalete.

—Encantada.

Robert le apretó la mano y Beth aminoró el paso por un instante.

—Si algún día pasa por Nueva York...

—Por supuesto —dijo ella, y entonces se dio la vuelta y caminó tan aprisa como pudo hacia la calurosa luz del sol. El hombre uniformado que estaba al pie de la escalera le indicó que se apurase; en la escotilla, la azafata, que estaba molesta, sonrió y le dijo algo, y Beth

agachó la cara para que no le oliese el aliento a ginebra. Se sentó en un asiento vacío que había al fondo. El aparato era pequeño, con hélices; el aire acondicionado no funcionaba y el aire estaba viciado. Beth iba achispada. Mientras el avión despegaba, se preguntó si Robert estaría de pie en la puerta, mirando. Después se desabrochó el cinturón y encendió un cigarrillo y miró por la ventanilla hacia la tierra plana.

Lee y Peggy la esperaban en el aeropuerto. Los besó y le preguntó a Peggy si todo había ido bien. Luego Lee dijo:

—Bueno, ha funcionado.

—¿Qué ha funcionado?

—Los aviones —dijo sonriendo—. Ninguno se ha estrellado.

3

De camino a casa pararon en un restaurante para cenar. Con voz alegre y aflautada, Beth le explicó a Peggy lo bien que lo había pasado en San Francisco (no lo había pasado bien en San Francisco) y le habló del Top of the Mark y de Fisherman's Wharf mientras se comía su filete, arrebujada en la calidez de su secreto. Esa noche se lo llevó consigo a la cama y, cuando Lee se quedó dormido, encendió un cigarrillo y pensó en Robert Carini y en un hotel en Chicago; se arremangó el camisón por encima de las caderas; se movió despacio para no desvelar a Lee, y la amenaza de que se despertase la excitó, como la excitaba pensar en Robert Carini; se sentía malvada y sus dedos temblaban sujetando el cigarrillo. Luego se durmió.

Aquello se convirtió en uno de sus rituales: al principio se dijo que lo hacía porque su corazón era infiel y esa era su manera de pasar la noche con Robert (que no le mandó ningún brazalete; a los diez días se dio por vencida, más desilusionada de lo que había previsto), pero al cabo de unas cuantas noches dejó de pensar en Robert o en nadie. Luego se dijo que lo hacía para dormir mejor, aunque la mayoría de las noches seguía durmiendo igual de mal. Finalmente vio la verdad:

el hecho de acostarse junto a Lee y de moverse y respirar con una pasión secreta trasladaba su soledad y su aversión por él al plano activo; pensaba en que él estaba a su lado y, sin embargo, no sabía nada de su vida, de lo poco que en ella representaba. Después se sentía culpable y atesoraba esa culpa porque era una sensación nueva. Pero la culpa se desvaneció bien pronto; con el tiempo, el acto en sí se le hizo aburrido; y, aun así, se aferró a él, se obligó a sentir las únicas emociones que le quedaban: su corazón, latiendo desbocado hacia el orgasmo, se le antojaba cruel y vengativo.

Lo cual no era suficiente. La culpa había sido el justo desenlace de aquellos minutos nocturnos: con ella se sentía como si volviera a casa tras haber cometido un pecado. Ahora que la culpa había desaparecido, las noches eran distintas: la pasión no la llevaba ni la sacaba de ninguna parte. No era más que una extensión de la amargura de sus días. Empezó a hacerlo menos.

Lo que quería no era tanto pecar como ser capaz de pecar. Empezó a pensar otra vez en Robert Carini. No se imaginaba haciendo el amor con él. Pensaba en la culpa: en telefonear a Lee desde Chicago diciendo que había perdido la conexión y que volaría a Cedar Rapids al día siguiente para luego, con el cosquilleo de la mentira, salir a cenar con Robert; después, en el vestíbulo del hotel y en el ascensor y en el pasillo, sin duda habría tenido que pasar cuentas con su conciencia y pensar en Peggy y en Helen y en Wendy y en Billy; e incluso en Lee. Y tal vez por la mañana habría abierto los ojos con temor y remordimiento. A lo mejor incluso habría regresado llena de ternura y compasión al lado de su meticuloso, disciplinado y cornudo marido.

Claro que a lo mejor solo habría sentido una aprehensión natural al volver a ver la cara de Lee, que le habría preguntado dónde había pasado la noche, si había tenido problemas para encontrar habitación o si le había alcanzado el dinero. Porque para pecar hay que apartarse de algo en lo que se cree, y ella no tenía la menor certeza de que ser madre, abuela y esposa fueran los condimentos necesarios para aderezar con maldad una noche como esa. En tal caso, si pasar la noche con Robert había de ser algo no más pecaminoso que aquellos minutos de intimidad junto a Lee, tanto mejor no haber perdido aquel avión.

Pero, entonces, ¿adónde había ido? La habían criado como católica, pero en algún momento entre el inicio de la universidad y la boda con Lee había dejado de serlo. Había ocurrido sin que se diera cuenta, como cuando la cara se te broncea en verano o se te pone blanca en invierno. Ningún profesor iconoclasta ni ninguna compañera de piso agnóstica tenían la culpa: había sido, en gran parte, cuestión de dormir hasta tarde los domingos. Al recordarlo ahora, pensaba que tuvo que haber algo más, el cuestionamiento de algún punto del dogma, alguna desavenencia con algún cura, algún libro, algún curso de filosofía. Pero no, y se sentía avergonzada: no por no tener religión, sino porque había cambiado su vida sin planteárselo siquiera. Y desde entonces ni lo había pensado, salvo cuando se moría algún amigo o familiar (y Kennedy y Marilyn Monroe y Hemingway y Gary Cooper) y, por unos instantes, se preguntaba si sería inmortal.

Pero eso era todo. Daba por sentado que Dios existía, pero a lo mejor no; y lo que es peor, parecía no tener demasiada importancia. Ignoraba si Lee era o no creyente. No recordaba que hubieran hablado nunca sobre Dios. No era lo habitual, una no se sentaba y se ponía a hablar sobre Dios. Hablaba con frustración sobre cosas ajenas a su vida, como Johnson y la guerra; o sobre las cosas superficiales de la vida, los hijos, los nietos, el colegio de Peggy, lo que ha hecho y lo que le queda por hacer: «... con la compra ahí y entonces he mirado el bolso y he visto que me había dejado el monedero en el otro bolso, y tampoco llevaba el talonario, así que se han tenido que esperar a que fuera al mostrador de atención al cliente para que me hicieran un talón de los suyos; ¿y qué le regalamos a Peggy para la graduación?, ¿un reloj?, mira, llévate tú el Volkswagen al trabajo y que cambien los rodamientos del Lincoln mientras hago la compra; quizá un reloj, ¿no crees?». Una se apuntaba esas cosas en la agenda, buscaba un hueco para hacerlas y por la noche le proporcionaban tema de conversación. A lo mejor un día, cuando Peggy se fuera a dormir, debía sentarse con Lee y una botella de ginebra para explicarle lo que hacía por las noches y por qué, para hablarle de Robert y del brazalete que había estado esperando que llegase por correo, y para decirle que las noches que hacían el amor ella se sentía ansiosa y caliente, pero que se lo tenía para sí, y que una mano le cubría el corazón para no cedérselo a él.

Conforme el verano avanzaba y aumentaba el calor, la idea de aquella conversación resultaba cada vez más seductora. Su creencia en Dios

había cambiado pasivamente, pero su matrimonio podía cambiar de forma rápida y violenta en una sola noche. Lo aterrador, y a la vez atrayente, era que no podía predecir qué ocurriría. Separación, divorcio, un asesor matrimonial..., incluso algo nuevo y bueno, como que los dos empezaran a dar voz a sus antipatías, sus secretos (se acordó del momento, en San Francisco, en que había imaginado que el avión de Lee se estrellaba), porque quizá después de eso conseguirían alzarse entre los restos del tejado y las paredes derruidas del que creían que era su matrimonio y, heridos y temblorosos y solos, se darían la mano y volverían a empezar. Pero soñar semejante cosa era absurdo, y ella lo sabía, así que el verano continuó su curso.

Una noche de mediados de julio se despertó y se quedó acostada fumando y escuchando el runrún del aire acondicionado en la ventana. No sabía qué hora era ni quería saberlo: sabía que seguiría despierta por lo menos una hora, probablemente más. Su mano empezó a bajar, pero se detuvo; no quería hacerlo, era aburrido, tardaba demasiado y ni siquiera la ayudaba a dormir. Se levantó y se puso un salto de cama de verano; tomaría gin-tonics en el salón y hablaría sola hasta que le entrase el sueño. Al día siguiente era sábado, así que no había razón para levantarse, y mientras bajaba la escalera pensó que cuando Peggy se fuera a la universidad podría llevar una vida nocturna. Podría quedarse despierta la mayor parte de la noche hasta que le entrara sueño de verdad, levantarse el tiempo justo para prepararle el desayuno a Lee y luego volver a la cama y dormir hasta la tarde. El insomnio solo era malo cuando había que acostarse y levantarse a horas determinadas. La solución de simple y llanamente renunciar a todo horario resultaba extravagante, pero no podía negarse que era una solución; y mientras cruzaba la cocina a oscuras sintió un aguijonazo de satisfacción al pensar que Lee jamás vería con buenos ojos un estilo de vida como ese. Encontraría mil motivos para oponerse, aunque nunca admitiría el verdadero motivo de su rechazo: que el día se hizo para estar despierto y la noche para dormir.

Beth prendió una luz y miró pestañeando el reloj de la pared de la cocina: las tres menos diez. Oyó el aire acondicionado del salón; pensó que a lo mejor se había olvidado de apagarlo o que Peggy y Bucky habían estado ahí después de salir y que Peggy se lo había dejado puesto, lo cual ya le venía bien porque en la cocina hacía calor, así que se sentaría en el salón y bebería ginebra y quizá hasta vería el

amanecer. Abrió el frigorífico y vio que había cerveza y decidió tomarse una porque era más sencillo y, en la cantidad adecuada, le provocaba sueño. Sacó una lata y apagó la luz de la cocina, pues prefería estar a oscuras; atravesó la puerta de vaivén que comunicaba con el salón y se detuvo a buscar con los ojos el origen de aquel sonido que reconoció aun antes de vislumbrar las dos siluetas que se movían a toda velocidad junto al sofá del otro lado de la estancia. La mano se le disparó hacia la lamparita que tenía al lado, pero por un instante se limitó a sujetar el interruptor entre el pulgar y el índice; abrió la boca para decir algo, pero tampoco llegó a hacerlo; entonces encendió el interruptor y dio un paso atrás ante el repentino fogonazo y la imagen que este iluminó: la cara de Peggy escondida bajo el vestido a medio poner y Bucky de espaldas, sin camisa, acabando de abrocharse el pantalón. Beth apagó la luz antes de que Peggy asomase la cabeza por el cuello del vestido. Atravesó nuevamente la puerta de la cocina y, apoyándose en la encimera, dio un buen trago de cerveza.

Debían de estar cuchicheando. No podía oírlos, pero se apartó de la puerta de todos modos. Se acabó la cerveza antes de oír como la puerta se cerraba, y entonces siguió esperando. Encendió un cigarrillo y se disponía a sacar otra cerveza del frigorífico cuando Peggy apareció y se quedó de pie con la cabeza gacha delante de la puerta. Beth la abrazó y le acarició el largo cabello.

—¿Quieres una cerveza mientras hablamos?

Peggy asintió sobre su hombro. Se fueron al salón y, evitando el sofá, Beth tomó asiento en las butacas donde ella y Lee se sentaban por las noches para leer o ver la televisión. Las butacas estaban una al lado de la otra, separadas por una mesita y una lámpara; una vez sentadas, la pantalla de la lámpara les impedía verse las caras.

—¿Estabais... haciéndolo?

—Sí.

—No le diré nada a papá.

—Por favor. No se lo digas nunca.

—No. No lo sabrá. Él ve las cosas..., no sé cómo ve las cosas, pero las ve de otra manera. Y ahora...

¿Y ahora qué? En lugar de encender aquella lamparita podría haberse ido del salón, podría haber vuelto a la cama y actuar como si aquello no hubiera ocurrido: ante Peggy, y gradualmente ante sí misma, podría haber fingido que creía que solo se estaban besando. Lo cual era otra mentira: todo el mundo sabía que la juventud hacía de todo menos el amor, pero lo llamaban besarse. Podría haber hecho todo aquello esa noche, pero no solo no lo había hecho, sino que al encender la lamparita había asumido el espantoso riesgo de formar palabras y arrojarlas a la oscuridad como chispas en plena estación seca. Ahora que había llegado el momento, no tenía nada que decir, y le faltó poco para salir con un «Vamos a dormir y lo hablamos mañana cuando papá se vaya a jugar al golf». Pero eso no podía hacerlo, no quería. De modo que decidió hablar de las cosas que conocía, al menos para afrontarlas y, acaso, extirparlas.

—Si yo todavía fuera católica, tú también lo serías y lo único que tendría que hacer es enviarte mañana a hablar con el cura. Te diría que lo que has hecho es pecado y él te diría lo mismo y tú te lo creerías. Después el cura te diría que rompieras con Bucky. Pero como no somos católicas ni somos nada, tenemos que conformarnos con los clichés, pero lo malo de los clichés es que son una salida fácil, algo que está ahí a la espera de que alguien lo utilice, y cuando recurres a uno te ahorras tener que pensar. Así pues, podría decirte que las chicas buenas hacen el amor por primera vez en su noche de bodas y nunca hacen el amor con nadie más a menos que antes se divorcien... —La palabra divorcio le hizo pensar en Lee durmiendo en el piso de arriba, y en que tenía cuarenta y nueve años, y en que Peggy se iría a la universidad dentro de dos meses, y en que durante los próximos cuatro años cada vez tendría menos necesidad de unos padres y un hogar—. Pero evidentemente no tiene sentido que te diga nada de eso porque tú ya sabes que las cosas no son así. Es decir, ¿tú te sientes mal? ¿Mala persona?

—Ahora mismo sí, pero no...

Tomó uno de los cigarrillos de Beth.

—¿Con él no?

—No.

—Bien. Yo quiero que seas feliz y no te voy a pedir que dejes de verlo...

—¿No?

—¿Creías que te iba a pedir eso?

—Pensaba que no tendrías más remedio.

—Eso también sería mentira. Porque la verdad es que no tengo motivos para pedirte tal cosa. Al menos, no buenos motivos. Quiero que tengas clara una cosa: no creo que seas una mala persona, y te quiero mucho, y nunca debes avergonzarte. Puedes decirle a Bucky que no he visto nada o puedes decirle la verdad.

—La verdad.

—Perfecto.

—Le dará miedo. Cuando tenga que volver a verte.

—Dile que no lo tenga. ¿Necesitas que hablemos de algo más?

—No.

—Hasta ahora te he dicho lo que no es verdad con respecto al sexo, o al menos lo que yo creo que no es verdad. Me imagino que ahora debería hablarte..., no sé, de algo más.

—No hace falta.

—¿Tú estás bien?

—Sí. Lo quiero.

—¿Y si te dejase embarazada?

—Toma precauciones.

—Esos chismes no siempre funcionan.

—Más vale que sí.

—Pues no, yo misma te lo garantizo. Quiero que empieces a tomar la píldora.

El cielo aún estaba oscuro; en un par de horas más llegaría el amanecer; dos horas más tarde, Lee se despertaría en una casa que había cambiado.

—Te pediré una cita y te acompañaré.

Se puso en pie delante de Peggy, que seguía sentada con la cabeza gacha y las rodillas juntas.

—Diremos que te vas a casar.

—Podría hacerlo, pero...

Se calló.

—Es lo único que te pido. ¿Lo harás por mí?

Al cabo de un instante, Peggy asintió.

—Yo por ti haría cualquier cosa —dijo.

Abrazadas la una a la otra, subieron las escaleras y se dieron un beso. Beth se fue al dormitorio y cerró la puerta y observó la cara de Lee entre la penumbra: la boca abierta, el gesto cansado. Pensó con ternura en cómo había cambiado su cara. Luego se metió en la cama y durmió. Se despertó mientras Lee hacía flexiones en el suelo. Le dijo que había pasado casi toda la noche en vela y le preguntó si podía prepararse él mismo el desayuno para poder seguir durmiendo. Él dijo que de acuerdo, que comería cereales. Cuando se despertó pasada la una, se vistió y bajó la escalera; Peggy estaba tomando un café en la cocina.

—¿Papá se ha ido?

—Sí. —Peggy se puso colorada—. Bucky te manda recuerdos.

—Ah, ¿le has llamado?

—En cuanto papá se ha marchado.

—Muy bien. Voy a tomarme un café y luego te llevaré a almorzar. A menos que tengas otros planes.

—No, a Bucky todavía le da miedo venir, aunque vendrá a recogerme esta noche.

Se fueron en el Volkswagen a un restaurante que había enfrente de la universidad; con el calor de la tarde, visitaron varias tiendas y compraron una blusa para Peggy. Se pasaron el resto de la tarde conversando y riéndose de cosas triviales, y durante la cena Lee les sonrió con curiosidad y orgullo. A lo largo de los cuatro días siguientes, Beth tuvo arrebatos puntuales de temor, pero en todo momento se sintió feliz: pensaba en lo maravillosamente paradójico que resultaba el que ella y Peggy estuvieran aún más unidas que antes debido a que su hija tenía una aventura. Al quinto día fueron a ver a un ginecólogo de Cedar Rapids. A la ida, Peggy se mostró nerviosa y estuvo hablando de la fiesta en la piscina del día anterior; a la vuelta, estuvo distante y apenas abrió la boca.

—Me parece que no se lo ha creído —dijo—. Sabe que no tengo edad para casarme.

—Eso da igual.

—No sé yo.

—Lo peor ya ha pasado. Eso es lo importante.

Por la noche, después de cenar, Peggy enjuagó los platos, los introdujo en el lavavajillas y subió al piso de arriba. Al cabo de un rato Beth subió también. Peggy estaba leyendo en la cama.

—¿No vas a salir?

—No.

—No habréis peleado, ¿no?

—No.

—Es muy temprano. ¿Te encuentras bien?

—Sí, solo que no me apetece salir.

—Oh. Vaya...

—No te preocupes. No pasa nada.

Beth se quedó bajo el dintel de la puerta unos instantes, viendo cómo leía; luego se fue al piso de abajo. Al día siguiente por la noche, Peggy se fue al cine con Marsha. A la tercera noche, Bucky la sacó a cenar. El muchacho ya era capaz de volver a mirar a Beth a los ojos, y, cuando esta los acompañó hasta el porche para despedirse, tuvo la sensación de que con quien estaba compinchada era con Bucky, no con Peggy. Eran casi las ocho, pero, como estaban en horario de verano, el cielo todavía estaba iluminado. Vio cómo subían al coche. Bucky dijo algo, y Peggy, con la mirada fija al frente, se encogió de hombros. Cuando arrancaron, Beth se dio media vuelta en dirección a la puerta, pero de repente se quedó parada; no quería entrar. Los platos estaban lavados, la cocina limpia, en la televisión no echaban nada y no le apetecía leer. Se sentó en los escalones de madera del porche y vio cómo caía la noche. Cuando volvió adentro, Lee seguía sentado en su sillón, leyendo el Time.

—¿Qué hacías?

—Estaba sentada. Hace fresco, pero los mosquitos son un incordio.

Encendió un cigarrillo y se sentó en el sofá de cara a él. Durante un rato estuvo observándolo mientras leía.

—¿Lee?

—Qué —dijo él sin levantar los ojos.

—¿Tú crees en Dios?

—Claro.

Lee mantuvo la mirada fija, probablemente porque quería terminar el párrafo; al fin, bajó la revista.

—¿Por qué? ¿Tú no?

—No lo sé.

—Nunca me lo habías dicho.

—No. ¿Me llevas al cine?

—¿Ahora?

—Si te apetece.

—¿Llegamos a tiempo?

—Llamo y pregunto.

La última sesión empezaba al cabo de veinte minutos, así que fueron.

Cuando volvieron a casa, Lee terminó de leer lo que sea que había estado leyendo en el Time, y Beth se tomó una copa. Se dirigía a la cocina a por otra cuando Lee se fue al piso de arriba, de modo que cerró el mueble bar y lo siguió e hicieron el amor.

—No querías que hablásemos de Dios, ¿verdad? —dijo él con voz soñolienta.

—No.

—Mejor. No sé más que tú sobre eso.

—Entonces no sabes nada.

—¿A cuento de qué venía la pregunta?

—Porque me estoy cuestionando la forma en que vivimos.

—¿Qué quieres decir?

—El por qué hacemos las cosas.

—¿Qué cosas?

—No lo sé. Pienso en las chicas, en cómo las hemos criado.

—Las hemos criado estupendamente.

—Creo que la cosa no es tan sencilla.

—¿Qué cosa?

—Nada. Nada es tan sencillo.

Siguió despierta otra media hora o así y luego se durmió. Se despertó cuando Peggy cerró la puerta principal. Lo siguiente que oyó fue el frigorífico. Al rato, Peggy subió la escalera y se fue a su cuarto. Beth quería hablar con ella, pero no se le ocurría ninguna excusa. Encendió un cigarrillo y se levantó y se quedó de pie junto a la ventana, contemplando la farola de la esquina. De vez en cuando se daba la vuelta hacia Lee, que dormía de costado, y deseaba ser como él: tener el convencimiento de saber todo lo que debía saber y no preocuparse de nada más. Si fuera de esa forma, no estaría ahí mirando por la ventana; estaría durmiendo o incluso hablando con Peggy, a lo mejor bajarían a la cocina a comer algo y se sentarían a charlar; porque por encima de todo, si fuera de esa forma, no habría encendido aquella lamparita.

4

Al día siguiente, después de comer, en cuanto Lee se fue a jugar al golf, Beth le preguntó a Peggy si necesitaba el coche.

—No.

—Es que tengo que hacer un recado —dijo Beth.

Iba a ver a Helen, y el hecho de tener que mentirle a Peggy hacía que se sintiera aún más sola. De camino compró paletas de helado para Wendy y Billy. Helen vivía en el campo; para los últimos tres kilómetros, Beth salió de la carretera y condujo por una pista de tierra entre campos altos de maíz. Cuando embocó la entrada de la casa, Wendy y Billy la vieron desde el parque de juegos que habían instalado en el jardín y salieron corriendo en dirección al coche. Iban en bañador. Beth los abrazó, los besó y desenvolvió las paletas de helado; después los niños continuaron jugando. Helen estaba en la puerta de la cocina, sujetando la mosquitera.

—¿Cerveza?

—Por qué no.

—Larry ha vuelto a la cama. Anoche hubo una fiesta y hemos dormido como tres horas.

—¿Y tú no duermes?

—Esta noche. Podría poner a los niños a hacer la siesta, pero no me gusta. Wendy no duerme.

—Podría quedarse en la cama con un libro o algo. No le pasaría nada.

—Ya lo sé, pero me sentiría como una degenerada. Anda, vamos al salón.

Se sentaron delante de un ventilador grande y Beth miró por el ventanal hacia el sauce del jardín, cuyas ramas tocaban el suelo. Al otro lado de la carretera de tierra se veía cómo el calor refulgía sobre el maíz, que crecía hasta donde alcanzaba la vista. Helen prendió un cigarrillo con las manos temblorosas.

—Tú también tienes resaca.

—Solo estoy cansada. No me emborracho en esas fiestas.

—Muy inteligente por tu parte.

—Sería más inteligente aún si la próxima vez me marchase antes. ¿Qué tal Peggy?

—Bien.

—¿Impaciente por irse a Nueva Inglaterra?

—Supongo.

—¿Todavía sale con el novio?

—Sí, claro.

—Menos mal que se marcha, entonces. Es demasiado joven para eso.

—Tú no eras mucho mayor.

—No, supongo que no. ¿Otra?

—Te entrará más sueño.

—Si hay que sufrir, que sea bebiendo.

—Venga, pues.

Helen se llevó las latas vacías a la cocina. Beth sabía que lo mejor era marcharse y dejar que Helen descansase un poco, o por lo menos ahorrarle el esfuerzo de tener que hablar. Pero entonces pensó en volver a casa con Peggy y no pudo. Helen regresó mordisqueando un sándwich.

—Mantequilla de cacahuete. ¿Quieres?

—No, gracias. Oye, ¿por qué no subes, te acuestas y yo vigilo a los niños?

—Si he aguantado hasta ahora, puedo aguantar hasta la noche.

—No seas tonta. Acábate la cerveza, sube y duerme.

—No sé quién es la tonta aquí. ¿Qué clase de visita es esta?

—Ni que hubiera conducido cien kilómetros. Anda, hazme caso. Si sabes que me encanta estar con ellos.

Helen dio un trago largo y se dejó caer sobre la butaca.

—Me estás tentando.

—Pues venga. Piensa en lo bien que estarás arriba durmiendo.

—Está bien.

—Así me gusta.

—Pero primero acostaré a Billy.

—Yo me ocupo. Tú acábate la cerveza y vete a la cama.

—Madre mía —dijo dando un trago—. Me haces un favor.

Ahora que su ofrecimiento había sido aceptado, Beth quería algo a cambio. Ardía en deseos de hablar sobre Peggy, pero al mismo tiempo sabía cuál era la causa de esa necesidad. No quería consejo: si lo quisiera, no se lo pediría a su hija de veinticinco años. Tampoco quería que Helen hablase con Peggy. Solamente quería explicarse, compartir con alguien la carga de su decisión. Pero no podía hacerlo: habría sido un acto cobarde e injusto para Peggy. Así que siguieron hablando de trivialidades, hasta que Helen dijo: «Ahí dentro hay cerveza y hay que bebérsela», y se fue para arriba. Beth salió al jardín y se llevó a Billy a su cuarto; cuando hubo acabado de arroparlo y encendió el ventilador, al pequeño ya se le estaban cerrando los ojos. Mientras bajaba pensó que le apetecía otra cerveza, pero pasó por delante del frigorífico y salió al jardín; hacía demasiado calor y no quería beber demasiado deprisa e irse a casa medio achispada. Durante un rato, estuvo empujando a Wendy en el columpio.

—¿No tienes calor? —le dijo.

—No.

Le dio otro empujón, pero luego agarró la cadena y el columpio se detuvo.

—Yo sí. ¿Qué hacéis en ese sauce?

—¿Qué sauce?

—El que hay delante de la casa.

—Nada.

—Pues ven. Montaremos una merienda.

En la cocina, preparó Kool-Aid de uva.

—¿Hay galletas?

—Mamá las esconde.

Beth miró en lo alto de la despensa, encontró Oreos de chocolate y puso unas cuantas en un plato. Wendy se lo llevó todo al sauce. Beth cogió una cerveza, la jarra de Kool-Aid y un vaso para Wendy. Debajo

del sauce hacía sombra; al otro lado de la carretera, los tallos se mecían bajo una suave brisa y, al cabo de unos minutos sentadas sin moverse, Beth y Wendy empezaron a notar el fresco.

—Me gusta este sitio —dijo Wendy.

—¿Verdad que sí?

—Seguro que nadie puede vernos.

—No, a menos que se fijen mucho.

Cuando se terminaron las galletas, Wendy no aguantó más rato sentada. Se puso a caminar con la cabeza por delante entre las ramas colgantes y a mirar entre los hierbajos cubiertos de tierra de la cuneta que corría junto a la carretera.

—¿No quieres sentarte aquí? —dijo Beth sentándose sobre la hierba.

—No.

—Espera. Vuelvo enseguida.

Entró en la casa. Arriba, en el cuarto de Wendy, encontró un tablero de ajedrez y una caja con fichas para jugar a las damas: estaban todas. Cogió una cerveza y salió.

—¿Sabes jugar a las damas?

—Ya no me acuerdo.

Beth apartó las ramas para pasar y se sentó en la sombra.

—Ven, yo te enseño.

Durante las dos horas siguientes, hasta que Helen y Larry salieron con la cara lavada y gesto adormilado, estuvo tomando cerveza y jugando a las damas con Wendy. De camino a casa, bajó todas las ventanillas del coche para que le diera aire en la cara, pero cuando estacionó en el garaje todavía se le notaba la melopea. Además, había fumado demasiado: mientras cruzaba el césped se puso a resollar y cuando tosió para despejarse el pecho sintió que algo le subía a la boca. Tragó y entró en la casa.

Oyó el tocadiscos en el cuarto de Peggy y estuvo a punto de avisar de que ya estaba en casa, pero no lo hizo. Necesitaba comer algo. Cortó un poco de queso y jamón y se los comió de pie. Mientras cortaba una rodaja de lima y echaba hielo en el vaso, se dijo que tenía que estar sobria para cuando Lee volviera a casa; se sirvió un gin-tonic sin pensar, como si todavía no hubiera decidido si bebérselo o no, y luego subió al piso de arriba. Peggy tenía la puerta abierta y estaba echada de través sobre la cama, leyendo una revista. Beth bajó el volumen del tocadiscos y se sentó en la cama.

—¿Adónde has ido?

—A casa de Helen.

—Más vale que te comas una cebolla antes de que vuelva papá.

Lo dijo en tono cómplice, sonriendo, y Beth le guiñó el ojo. Era su primer momento así desde la visita al ginecólogo.

—Sí, mejor. ¿Has estado aquí todo el rato?

—He salido a jugar al tenis con Marsha.

—¿Con este calor?

—Me ha dado dolor de cabeza.

—¿Te has tomado algo?

—Dos aspirinas. Marsha ha quedado con un chico, así que esta noche saldremos los cuatro.

—No me digas.

—He tenido que convencerla yo. Vic estará un año en Vietnam y le he dicho a Marsha que quede con alguien en plan amigos, para distraerse. Falta le hace.

—Claro que sí.

Peggy cerró la revista y se volteó sobre la espalda. Beth se acercó a la ventana y miró por encima del olmo hacia la calle enladrillada.

—Peggy —dijo sin girarse—. ¿Hice mal?

—No.

Se dio la vuelta hacia la chica, que seguía tendida en la cama.

—¿De verdad?

—Sí.

—Pero no estás feliz.

—No es culpa tuya.

—Entonces es verdad.

—¿Qué es verdad?

—Que no estás feliz.

—No. No lo estoy.

—Entonces hice mal.

—No, no es eso. Estuviste fantástica. Cualquier otra madre se habría..., qué sé yo, vuelto loca o algo. No, es por Bucky. Creo que me estoy cansando de él.

—Bueno, eso es normal.

—No debería serlo.

—Pero lo es, cariño. Acabas de cumplir dieciocho años.

El tocadiscos se apagó solo; Peggy se levantó, dio la vuelta a los discos y lo puso en marcha otra vez.

—Tengo ganas de que empiecen las clases —dijo.

—¿Por Bucky?

—Sí.

—Entonces yo también tengo ganas de que empiecen. Pero podrías

decírselo, ¿sabes? No tienes por qué esperar hasta septiembre.

—Da igual, esperaré.

—Sé feliz. No pierdas el tiempo.

Peggy se encogió de hombros y volvió a echarse en la cama tapándose los ojos con el brazo.

—Esperaré hasta que empiece el curso. A lo mejor una vez ahí cambio de opinión. No sé, a lo mejor hemos pasado demasiado tiempo juntos este verano.

—En cualquier caso, me alegro de que me lo hayas dicho. Pensaba que era por lo otro.

—No. Con eso no pasa nada.

—¿Te han dado mareos?

—No, de momento.

—Muy bien. Ahora voy a darme una ducha. ¿Por qué no...? Nada, no me hagas caso.

Peggy apartó el brazo para mirarla.

—¿Por qué no qué?

—Te iba a pedir que encendieras la parrilla, pero da lo mismo. Tú descansa, a ver si se te pasa el dolor de cabeza.

—Ya casi se me ha ido.

Se levantó.

—No, ya lo haré yo.

—Demasiado tarde —dijo Peggy saliendo del cuarto en dirección al piso de abajo.

Beth dejó el vaso apoyado en el lavamanos mientras se duchaba. Estuvo un buen rato bajo el chorro de agua caliente y al final dejó

correr la fría unos segundos; cuando salió se sentía mejor, pero todavía algo tocada. Se secó y se empolvó, y luego se acabó la copa mientras se vestía y se perfumaba en el dormitorio. Se puso un vestido amarillo, color sorbete de limón, suave, fresco y bonito. Se miró en el espejo de cuerpo entero: tenía la cara y los brazos bronceados y tersos y olía bien. Robert había visto en ella a una mujer atractiva, eso lo sabía. Entonces, ¿por qué la había dejado tomar el avión? Claro que eso tampoco habría cambiado nada. Bajó la escalera y se preparó otra copa y salió al jardín, donde Peggy estaba sentada en una silla plegable, vigilando el carbón.

—Qué guapa —dijo Peggy.

Beth bajó la escalera como si fuera una modelo, hizo una pirueta a cámara lenta delante de Peggy y forzó una breve carcajada que sonó casi a sollozo.

—Tú también —dijo—. ¡Quiero verte feliz siempre!

Se sentaron con las piernas al sol y el cuerpo a la sombra; cuando las sombras del olmo y la casa les ceñían ya las piernas, Lee llegó a casa. Para entonces, Beth ya estaba ebria.

Lee lo sabía, y ella podía ver en sus ojos que lo sabía, pero no dijo nada. Comieron pollo a la parrilla y judías con salsa de tomate y ensalada de patata; Beth creía que comiendo se le pasaría, así que repitió y rebañó la bandeja del pollo con pan de barra. Consiguió que se le despejase la cabeza, pero seguía sin estar sobria; puestos a estar medio borracha, prefería prolongar el estupor, así que mientras limpiaba la cocina se sirvió otra copa, consciente de que Lee, detrás de su periódico en el salón, fruncía el ceño ante el sonido de los cubitos y el removedor. Cuando la cocina estuvo limpia, se llevó la copa afuera y se sentó en una silla plegable. El sol ya estaba muy bajo. En la acera de enfrente, a un lado de la casa, vio a la señora Crenshaw agachándose para darle las sobras al perro; al levantarse, saludó. Después de eso, la señora Crenshaw regresó adentro y Beth se quedó sola. Tenía la impresión de que habían pasado años desde la partida de damas con Wendy bajo el sauce. Miró por encima del hombro hacia la casa. Peggy tenía la luz del cuarto encendida y las cortinas bajadas mientras se vestía para salir. La luz de la cocina también estaba encendida. Igual que la del salón, donde Lee estaba leyendo. Beth

apartó la vista: ahora todo estaba en sombras y se distinguía un halo de color rosa brillante sobre los tejados al oeste. Por algún motivo, el hecho de dar la espalda a la casa la hacía sentirse amenazada. Sin embargo, no pasaba nada: la cocina estaba limpia; el problema de Peggy era con Bucky, no con ella; Lee ponía morros, pero eso era normal.

El cielo estaba casi oscuro cuando el coche de Bucky embocó la calle. Cuando abrió la puerta, se encendió la luz del habitáculo y Beth pudo ver a Marsha y a un chico en el asiento trasero. Bucky echó a caminar por el césped hacia la puerta de la casa, entonces la vio y se acercó a saludarla.

—Entra por la cocina —le dijo. Y levantando la vista hacia el dormitorio de Peggy añadió—: Creo que ya ha bajado.

Lo vio entrar por la cocina; luego oyó como daba unos golpecitos en la pared y decía hola. Se acercó al coche; Marsha bajó la ventanilla trasera y Beth asomó la cabeza. Se quedó ahí, hablando del calor y del tenis con Marsha y el chico cuyo nombre no había oído, hasta que Peggy y Bucky se subieron al coche. Entonces se apartó y, mientras se alejaban, gritó:

—¡Divertíos mucho!

Entró por la puerta trasera en la cocina. Estaba poniéndose hielo en un vaso cuando Lee apareció desde el salón.

—No —dijo.

Beth titubeó. Luego, sin mirarlo, exprimió una lima en el vaso.

—Por Dios, ¿tenías que ir hasta el coche? ¿No podías quedarte donde coño sea que estabas?

—Quería saludar a Marsha. ¿Qué tiene de malo?

—¿Qué tiene de malo? Estás tan borracha que ni te das cuenta. ¿Qué demonios te crees que le parece eso a Peggy? Su madre ahí, pegando voces como una borracha para que la oiga todo el barrio...

—No estaba pegando voces.

Llenó la mitad del vaso de ginebra y añadió la tónica.

—Sí, estabas pegando voces. Siempre haces igual cuando estás borracha, solo que tú no te das cuenta.

—Oh. Pues menos mal que no estoy sobria como tú, porque tú también estás levantando un poco la voz, suerte que tenemos todo cerrado y el aire acondicionado encendido; si no, te estaría oyendo todo el vecindario.

—Es la última que te tomas hoy.

—Ja.

—He intentado mantenerme al margen, pero esto ya pasa de castaño oscuro.

—Ja. Ellos no te oyen... —dijo moviendo un brazo en dirección a la ventana—, pero yo sí, y cuando me quedo encerrada contigo en casa me entran ganas de beber.

—Olvídate de mí. Ya sé lo que piensas de mí. Me estoy refiriendo a...

—Me alegra que sepas algo.

—Me estoy refiriendo a Peggy. Yo te doy igual y tampoco haces nada por ti misma. Te estás matando a golpe de alcohol y cigarrillos...

—Tienes toda la puñetera razón.

—... no duermes, pero te niegas a ver a un médico. Muy bien: eso es asunto tuyo. Pero por lo menos podrías mantenerte sobria mientras Peggy está en casa.

—Peggy. Por Dios, de verdad que no te enteras de nada, vives en la inopia. No sabes que...

Se dio la vuelta y caminó rápidamente hacia la puerta trasera, pero, cuando llegó, la furia y la velocidad de su reacción se revelaron falsas; no quería irse, pero al volver la mirada lo vio ahí de pie, sacudiendo la cabeza con los labios apretados. Decidió irse afuera, donde el cielo ya estaba oscuro. Se detuvo en el jardín y dio un trago, continuó hasta el garaje y se subió al Lincoln. La llave estaba en el contacto.

Sujetando el vaso entre las piernas, salió marcha atrás y miró la casa al pasar por al lado: no se veía a Lee ni en la puerta trasera, ni en la ventana de la cocina, ni en la del salón. Al llegar a la esquina, paró, miró a ambos lados y cruzó la intersección gritando.

Se le habían quedado los cigarrillos en la mesa de la cocina o en el césped, al lado de la silla plegable. Condujo en dirección a un supermercado que abría hasta las nueve; aquella oscura intimidad y el susurro del motor la hacían sentir bien; pero en cuanto se acercó caminando a las luces fluorescentes de la tienda volvió a sentir la borrachera. La tienda estaba casi vacía y los chicos estaban barriendo. Caminó deprisa para no hacer eses, agarró dos cajetillas de Pall Mall y las estampó encima del mostrador; mientras la chica registraba la compra, Beth echó un vistazo al reloj de la pared y, seguidamente, a su reflejo en el cristal del escaparate. La chica, sin duda, podía oler su aliento, pero eso daba igual cuando una iba guapa y bien vestida a alguna parte. Recogió la vuelta, le dio las buenas noches a la chica y se fue.

El vaso se había quedado en el suelo, debajo del acelerador, y nada más entrar lo recogió y se lo puso en el regazo hasta que hubo salido del estacionamiento. Las calles estaban iluminadas en cada esquina, y los faros del tráfico, espaciado pero constante, permitían ver el interior de los coches. Aquello habría hecho las delicias de cualquier poli: parar a una mujer sola un sábado por la noche. Tras esconder el vaso entre el volante y el regazo, salió de la ciudad y tomó la carretera del oeste en dirección a casa de Helen.

Se acabó la copa, tiró el hielo y la lima por la ventanilla y dejó el vaso encima del asiento. En la siguiente curva, el vaso rodó al suelo; alargó el brazo para recogerlo y el coche invadió el carril contrario, pero no venía nadie y al dar un golpe de volante le faltó poco para terminar en el arcén. Redujo a sesenta. Al llegar al granero blanco que había antes de la carretera donde vivía su hija, redujo para girar; no tenía previsto parar en casa de Helen; solo quería pasar por delante y continuar por la pista de tierra para ver adónde conducía. Sin embargo, se había dejado el encendedor en casa, de modo que también podía hacer un alto y preguntarle a Helen si estaba ahí, y entonces mirarían en la cocina y el salón y con una linterna bajo el sauce, y así podría quedarse y hablar. A menos de un kilómetro había una suave cuesta desde la cual se veía la casa iluminada. Redujo a treinta y, al pasar por

delante, se inclinó y miró a través del ventanal: Helen estaba en el salón, seguramente hablando con Larry, que debía de estar en algún lugar a la derecha. Pasó de largo. Aceleró un poco, siguió la carretera de color pardo a través de los oscuros maizales que separaban las luces de las granjas. Cada vez que encontraba un desvío torcía a la derecha para volver a la carretera principal, hasta que por fin se incorporó y puso rumbo a la ciudad. Se le estaba pasando el efecto del alcohol, y, si ahora se iba al cine, le sobrevendría el cansancio y la boca y la garganta se le secarían. En cualquier caso, era demasiado tarde para ir al cine.

Entonces, casi furtivamente, el pie derecho pisó el pedal mientras la mano izquierda se deslizaba hacia el cinturón de seguridad, lo desabrochaba y regresaba al volante. Evitó mirar el velocímetro: inclinada hacia el frente, escrutó las curvas y las cuestas en busca de las luces de otros coches. A la salida de una curva, dio gas a fondo; en ese tramo la carretera era recta pero estrecha y Beth fijó los ojos en la línea central. No debía colisionar con nadie. Percibía cómo el paisaje llano y oscuro se deslizaba junto a ella, pero no se atrevía a mirar; de vez en cuando, se distinguía el borrón blanco de una casa. Un camión de grandes dimensiones apareció de frente, Beth contuvo el aliento y clavó los ojos en el asfalto mientras el camión pasaba estrepitosamente por su lado. Sentía las piernas flojas y, en los músculos de la derecha, un agarrotamiento tembloroso. Aun así, mantuvo el pedal pegado al suelo medio minuto más, hasta que vio acercarse las luces de las casas. Levantó el pie y lo posó en el suelo al lado del pedal del freno; cuando llegó a los edificios, el coche iba a cincuenta kilómetros por hora y ella pensaba en lo bonita que estaba con su reluciente vestido amarillo, al tiempo que sollozaba en voz alta. Puso rumbo a casa.

Las luces del salón estaban encendidas; se quedó sentada en el coche, en el garaje, fumando. Se acordó del vaso y lo recogió del suelo. Todavía estaba agachada cuando Lee pronunció su nombre.

—¿Beth? —repitió.

Se incorporó y lo vio enmarcado por la puerta del garaje. Salió del coche y se puso a caminar directamente hacia él; al ver que no se apartaba, se detuvo.

—¿Te encuentras bien? —dijo Lee.

Ella asintió.

—He salido a dar una vuelta.

—Ah.

Caminaron juntos hacia la casa.

—Estaba preocupado —dijo él.

—Solo estaba dando una vuelta.

En la cocina, Lee vio cómo se preparaba otra copa y luego la siguió al salón. En la televisión echaban una película.

—¿Qué ponen? —dijo ella.

—Pal Joey.

—Ah, qué bien.

Ella se sentó en su butaca y él en la suya, con la pantalla de la lámpara en medio; Lee solo alcanzaba a verle las manos cuando bebía. Durante cinco minutos, Beth estuvo mirando la película.

—Cariño, ¿qué ocurre? —dijo él.

—No lo sé.

—¿Crees que te está viniendo el cambio?

—No. Además, con las píldoras se retrasa.

—De todos modos, podría ser eso.

—No, no es eso. Me moriré de cáncer con el támpax puesto.

Lee guardó silencio un rato.

—Con respecto a la bebida... —dijo al fin.

—¿Qué pasa con la bebida?

—¿Podrías beber menos, si quisieras?

Sinatra estaba cantando «I Could Write a Book».

—Espera —dijo Beth—. Vamos a escucharla.

Cuando terminó pusieron un anuncio de detergente para lavadoras.

—¿Te habías fijado en que los anuncios de las películas del sábado por la noche son sobre todo para mujeres? —dijo Beth—. ¿Qué crees que hacen los hombres los sábados por la noche?

—No lo sé. Entonces, dime, ¿qué pasaría si te propusieras no beber hasta las cinco de la tarde? ¿Te resultaría fácil o te subirías por las paredes?

—No lo sé. Nunca he tenido motivos para proponérmelo. Pero ya que soy tan mala madre...

—No, un momento. —La mano de Lee gesticuló bajo la lámpara para interrumpirla—. No estoy hablando de eso. Olvídate de eso. Lo que quiero decir es que, si eres capaz de dejarlo, no pasa nada. Pero si no, entonces tienes un problema y deberíamos hacer algo.

—¿Por qué?

—Porque podrías ser una alcohólica, por eso.

—Ah, muy bien. Pues entonces mañana no beberé nada hasta las cinco.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

—¿Y el lunes tampoco? ¿Y el resto de los días?

—No, tampoco el lunes ni el resto de los días.

—De acuerdo. Es lo mejor que he oído en mucho tiempo.

Beth notó que Lee se ponía a mirar otra vez la película.

—¿De verdad? Pues sí que eres fácil de complacer. Me imagino que si dejase de fumar ya no cabrías en ti de contento.

—¿Por qué me hablas así? La pelea se ha acabado.

—Muy bien —dijo ella levantándose—. Supongo que, ya que mañana me voy a portar tan bien, puedo tomarme otra.

—Yo también quiero una.

Beth le preparó una copa. Cuando la película hubo terminado, Lee se levantó y limpió la pipa.

—¿Subes? —dijo.

—Creo que voy a leer un poco.

Lee se quedó de pie unos instantes y, a continuación, le dio las buenas noches y se fue al piso de arriba. Beth apagó el televisor y las luces y volvió a sentarse. Tardó unos quince minutos en admitir que tenía la esperanza de que Peggy volviera a casa mientras ella seguía sentada ahí. Después de eso, perdió otros cinco minutos pensando en qué era lo que quería decirle a Peggy: que lo de Bucky no era para tanto, que era libre con respecto a él y con respecto a cualquiera, que no tenía por qué casarse hasta los veinticinco o los treinta, o que no tenía por qué casarse nunca. Luego se fue arriba. Cuando entró en el dormitorio a oscuras, Lee se dio la vuelta hacia ella, despierto. Beth se sentó en el borde de la cama, lo tocó y dejó que le quitase el vestido amarillo y lo tirase al suelo, y que creyera que la pelea se había acabado y todo estaba resuelto.

Al día siguiente, Peggy y Bucky y Marsha y el otro chico salieron de pícnic; Lee se fue a jugar al golf. A las tres, Beth se puso a esperar y, exactamente a las cinco en punto, se preparó un martini. Cuando Lee volvió a casa, estaba sobria.

Las cosas siguieron así hasta finales de agosto. No fue fácil, pero tampoco difícil: más bien molesto, como pasar hambre. De vez en cuando se saltaba la regla: cuando se iba a ver a Helen o cuando alguna amiga se acercaba por casa y la aburría. Cosa que le ocurría con casi todas. Conocía a algunos hombres interesantes, pero solo coincidía con ellos en fiestas, y aun entonces casi siempre se quedaba retenida entre las esposas. La compañía de Polly Fairchild resultaba agradable solamente cuando tenía problemas o quería hacerle alguna confidencia. Las tardes que Polly pasaba por casa, Beth preparaba unas copas y Polly se ponía a hablar de la guerra o de Johnson. Beth hacía algún comentario general acerca del matrimonio y los cambios en la moral, a lo que Polly solía responder con chismorreos. Era una mujer inteligente, de esas que se detienen a buscar la palabra adecuada, la sonrisa adecuada, el término psicológico exacto; en su boca, un chisme cualquiera se convertía en un debate objetivo sobre el matrimonio y la moral. Sin embargo, después de estas conversaciones, cuando Polly ya se había ido, Beth siempre se sentía avergonzada.

No obstante, la mayoría de los días nadie iba a visitarla ni ella iba a casa de Helen, así que no bebía hasta las cinco de la tarde. Pasaba mucho tiempo con Peggy, planificando lo que podía necesitar en la universidad y comprando ropa. Comían juntas en la ciudad o se tomaban una cola o un helado; un día, terminadas las compras, pasaron por delante de un cine, echaron una ojeada a las fotografías de la entrada, convinieron en que era lo mejor que se podía hacer una tarde como esa y se metieron dentro. A pesar de todo, desde que le había dicho a Beth que estaba cansándose de Bucky, Peggy estaba distinta. Volvía a mostrarse amistosa, eso es cierto, pero le recordaba a Helen de recién casada. Helen había vuelto de la luna de miel con un yo conyugal secreto que nunca sacaba a relucir en presencia de Beth. Y ahora, con demasiada frecuencia, los ojos y la sonrisa de Peggy escondían también algún secreto. Nunca hablaba de Bucky.

Una mañana nubosa de finales de agosto, Peggy y Bucky salieron de pícnic. Fueron solos. Lee no se lo habría consentido, pero estaba en el trabajo. Beth había dormido muy poco la noche anterior, por lo que cuando Peggy se marchó, hacia las diez, volvió a meterse en la cama. Cuando se despertó a mediodía la habitación estaba oscura y fuera caía un aguacero. Se vistió y bajó a la cocina; mientras sacaba el Spam y una cola del frigorífico, Peggy dijo hola y entró por la puerta del salón. Tenía las gafas puestas.

—Ah, ya estás en casa. ¿Bucky ha venido contigo?

—No.

—¿Cuándo ha empezado a llover?

—Hace como una hora.

Beth se sirvió la cola con hielo, dio un sorbo y se la tendió a Peggy.

—Toma, ¿quieres?

Peggy la agarró.

—¿Por qué debería beberme una cosa de estas cuando lo que me apetece después de echar una cabezadita es una cerveza?

—Pues tómate una cerveza.

—Eso pienso hacer. Ahora que ya he demostrado que no es por necesidad.

Abrió una cerveza y se puso a preparar un sándwich.

—¿Has almorzado?

—En el coche.

—Qué lástima, aunque a mí me gusta la lluvia. —Se acercó a la ventana y miró hacia el cielo gris y los árboles de color verde oscuro meciéndose al viento y la lluvia resbalando por la calle enladrillada—. Podrías haberle dicho que entrase.

—Prefiero a otras personas para quedarme encerrada en un día de lluvia.

Beth volvió a la mesa y acabó de preparar el sándwich.

—Él ya tenía sus planes para aprovechar una tarde de lluvia. En realidad, lo que quería...

—Espera, vamos al salón. Podemos abrir las ventanas.

Apagaron el aire acondicionado, abrieron las ventanas que daban al jardín delantero y se sentaron disfrutando del olor a lluvia y brisa fresca. Beth tomó asiento en su butaca y Peggy en el sofá, frente a ella.

—A un motel —dijo Peggy—. Ahí quería que fuésemos. Pero ¿quién iba a dejarlo entrar en un motel? Si apenas se afeita todavía.

Beth esperó.

—Se ha vuelto muy gallito —dijo Peggy—. Claro, como su chica toma la píldora, uhhh...

—¿Por qué no lo dejas?

—¿Para tener un Bucky en miniatura? Antes muerta.

—No, que por qué no lo dejas a él.

—Porque... Oh, pues porque no puedo. Ojalá...

Se estiró en el sofá, apartó la cara de Beth y se puso mirando a la ventana.

—¿Ojalá qué?

—Nada.

—No, dime.

Peggy seguía mirando por la ventana.

—Ojalá me hubieras mandado lejos de aquí. Aunque fuera por las apariencias. Ojalá lo hubieras hecho.

La lluvia repiqueteaba con fuerza en el canalón. Las ventanas estaban debajo del tejadillo del porche, de suerte que no entraba más que la brisa; las cortinas ondeaban y cada vez que Peggy exhalaba una bocanada de humo, este se quedaba en el salón.

—Pero entonces no habrías aprendido nada —dijo Beth.

—¿Aprender? ¿Pero qué he aprendido?

—Que no lo quieres. Que no era real. Si te hubiera mandado de viaje quién sabe adónde, habrías creído que se te partía el corazón.

—Pero es que yo lo quería.

—No creo.

—Claro que sí. —Se giró hacia Beth—. Por el amor de Dios, pero si me acosté con él.

—Eso no significa nada.

—Entonces ¿qué es lo que significa algo?

—No lo sé.

—No lo sabes.

—No.

—Pues sí que estamos bien.

—¿Querías que te mintiera? ¿Que te contase una de esas historias románticas?

Peggy negó con la cabeza. Beth se llevó el plato y la lata vacía de cerveza a la cocina.

—¿Quieres una cerveza? —gritó.

—No.

Se abrió una para ella. Durante un par de minutos, estuvo sentada en el salón bebiendo en silencio y mirando por encima de la cabeza gacha de Peggy hacia la lluvia y la oscuridad del exterior. Un coche atravesó la calle despacio.

—¿Por qué no rompes con él de una vez? Ahora mismo, cariño.

Peggy dijo que no con la cabeza.

—Te lo digo en serio, cariño. Él y sus moteles... Tienes razón, es un crío. No es lo bastante bueno para ti.

—Pero sí lo suficiente como para ponerme a tomar la píldora.

—Eso no era por él. Era por ti.

—Para que pudiera acostarme con él. Y ahora no puedo dejarlo porque entonces..., entonces... —dijo levantando los ojos al techo.

—Estás muy equivocada —dijo Beth—. Lo que yo quería era que no te vieras obligada a estar con él para siempre, por eso lo hice, para que fueras libre. Para que no tuvieras que tomártelo en serio.

—Por Diosss —dijo Peggy incorporándose y fulminando a Beth con la mirada—. Ahora se ha convertido en lo más importante que tengo en la vida, ¿no lo entiendes? —Se puso en pie y se inclinó hacia delante agitando una mano—. ¿Es que no lo ves? En cuanto rompa con Bucky voy a ser la que folla. ¿No lo entiendes?

Beth hizo ademán de levantarse para abrazar a Peggy, pero de pronto se detuvo porque sabía que la chica se quedaría rígida y cautiva entre sus brazos, de modo que se dejó caer de nuevo en la butaca y, tapándose los ojos con una mano, lloró sin hacer ruido.

—No llores —dijo Peggy, que acababa de agacharse junto a Beth y le apretaba el hombro—. No es culpa tuya.

—Sí que lo es. —Seguía tapándose los ojos con la mano—. Pero yo no quería que las cosas terminasen así. No quería que acabases como yo.

—¿Como tú?

Peggy dio un paso atrás. Beth se frotó las lágrimas de los ojos, se secó las mejillas y levantó la vista.

—Consumida como yo. Infeliz como yo. Casada como yo.

—Pero...

—¿No lo sabías?

—No —dijo sacudiendo la cabeza—. No sabía nada. —La sacudió otra vez—. De verdad.

—Bueno, pues ya lo sabes. Ojalá no fuera cierto, pero lo es. Y no soy

yo, le ocurre a todo el mundo. Si no me crees, pregúntale a Helen. Coge el coche y habla con ella, ella te lo explicará. Ahora no, porque las carreteras estarán embarradas, pero hazlo antes de irte a la universidad. O mírala, tan solo. Fíjate en su cara. ¿Te acuerdas de lo feliz que estaba siempre antes, Peggy? ¿Te acuerdas?

Peggy asintió con la cabeza mientras retrocedía hacia el sofá; cuando sus piernas dieron con el mueble, se sentó.

—Fíjate en sus ojos ahora. No solo es el cansancio lo que se ve en sus ojos, no solo son las tareas de la casa. Oh, cariño, sálvate tú... —Se levantó, se sentó al lado de Peggy y la estrechó y la meció con ambos brazos—. Deberías oír a Polly Fairchild, las historias que cuenta, toda esa gente tan estupenda. Todo es una farsa, tesoro, el amor, el matrimonio, la fidelidad... —Peggy se puso rígida entre sus brazos—. No, no, cariño, yo nunca lo he hecho. Pero da lo mismo. Todo da lo mismo.

—Pero papá...

—No te preocupes por papá. Es un buen hombre. Es algo natural, no pasa nada. Son cosas que ocurren y nadie puede hacer nada por evitarlo.

Peggy volvió la cara y su cuerpo se volvió con ella, rebulléndose entre los brazos de su madre. Beth la soltó.

—¿Os vais a divorciar?

—No, cariño. —Beth la abrazó otra vez, pero Peggy seguía girada y rígida, así que Beth regresó a la butaca, recogió la cerveza y bebió dándole la espalda—. No, no vamos a divorciarnos. Podemos vivir juntos, como hace todo el mundo. No nos odiamos. Lo que pasa es que no hay nada, y se supone que esta tenía que ser mi vida. La vida de todas las mujeres. Pero no lo es. Estáis tú y Helen, y ahora también Wendy y Billy. Pero tú y Helen tenéis que crecer y vivir vuestra vida, y está bien que sea así. Pero las cosas no deberían haber sido así para mí. Tenía que haber habido algo más.

—¡Algo como qué!

Beth desplazó la vista hacia la pared que tenía enfrente y se encogió

de hombros; en sus ojos había lágrimas.

—No lo sé, y, aunque lo averiguase, ya es demasiado tarde para darle importancia. Pero para ti no es demasiado tarde. Tú eres joven. Tienes la vida entera por delante.

Peggy salió corriendo hacia la puerta de la cocina y ahí se detuvo y se giró hacia Beth.

—¡Por qué tuviste que bajar esa noche! ¡Por qué! ¡Por qué! ¡Por qué no podías quedarte arriba y ocuparte de tus porquerías!

Después, llorando con la cabeza erguida y los puños apretados a los lados, salió a grandes trancos del salón y subió la escalera dando fuertes pisotones.

6

Peggy se pasó el trayecto desde Iowa a Massachusetts sentada en el asiento trasero con su transistor. La universidad le había enviado una lista de libros para leer durante el verano; no iban a examinarla; solo era una lista de libros que querían que leyera. Empezó con el primero, El gran Gatsby, nada más salir de Iowa City. Lee apenas dijo nada durante la mayor parte del viaje; ni siquiera puso reparos cuando Beth colocó una neverita con cervezas en el suelo, detrás del asiento delantero, o cuando tres o cuatro veces al día se bebía una mientras circulaban. El hombre llevaba de morros desde que había vuelto a casa aquel día lluvioso casi tres semanas antes: tras entrar en el salón, donde Beth estaba viendo el programa de Merv Griffin (antes había estado viendo una película; Peggy estaba arriba y no bajó hasta la hora de la cena), saludó, echó un vistazo rápido pero atento a su cara, después al gin-tonic y, por último, al cenicero rebosante.

—¿Qué ha pasado con lo de las cinco de la tarde?

—Cállate. No estoy de humor.

—Al cuerno con tu humor...

—Lo digo en serio. —Sin apartar los ojos de la pantalla, le indicó que se callase—. Además, Peggy está arriba.

Lee empezó a decir algo, luego sacudió la cabeza y se fue arriba a cambiarse de ropa. Durante la cena apenas hablaron. Peggy y Lee hicieron algún comentario a propósito de la lluvia y de que Vic llevaba ya casi un mes en Vietnam, y Lee dijo que a Bucky más le valía sacar buenas notas y seguir estudiando. Ambos sabían que Beth estaba borracha y ella sabía que lo sabían, pero de todos modos fingía estar sobria. Comió en silencio, despacio y con cuidado. Después de cenar, Peggy salió con Bucky. Lee, entonces, quiso hablar.

—¿Lo has hecho porque no tenías más remedio? ¿No podías evitarlo?

—No.

—Lo has hecho porque has querido.

—Efectivamente. Es lo que quería.

No dijo nada más. Lee intentó reanudar la conversación en varias ocasiones, pero ella se negaba a abrir la boca. Al final desistió. El problema podía obviarse la mayor parte del tiempo porque ya no se emborrachaba. Sencillamente volvía a beber como antes. Por regla general, se tomaba una antes de acompañar a la asistenta a su casa; cuando Lee volvía, solía ir por la tercera o la cuarta. Pese a ello, se la veía en condiciones: la cabeza y la lengua le funcionaban, cocinaba, limpiaba la cocina después de cenar, pagaba las facturas, llevaba la agenda y una vez a la semana se iba con el Volkswagen a una estación de servicio y lo lavaba. La mayoría de las noches bebía durante toda la cena y continuaba hasta que se iba a la cama, pero lo hacía a sorbos y espaciando las copas, con lo que mantenía la apariencia de estar sobria.

Por suerte, ya habían comprado todo lo que Peggy necesitaba, así que no había motivo para que estuvieran juntas. Peggy pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa; durante el día, se iba a nadar o a jugar al tenis o a montar en el picadero o se iba a dar una vuelta en coche con las amigas de las que se separaría en septiembre. Por las noches, salía con Bucky. Cuando Beth los acompañaba hasta la puerta o les daba las buenas noches desde la butaca, Peggy la miraba con unos ojos que, a veces, eran fríamente curiosos; otras, amargamente

desafiantes; y otras, joviales y orgullosos. A diario se presentaban ocasiones en las que tenían que hablar, y lo hacían con ese tono vacuo y cortés que emplean los amantes tras una discusión encarnizada. Beth esperaba.

Por fin, a principios de septiembre, Peggy empezó a ablandarse. Pasaba más tiempo con Beth. No se puede decir que hablara con ella, pero hacían cosas juntas. Después de cenar, Peggy la ayudaba en la cocina. Una noche fueron al cine. Unas cuantas tardes jugaron al bádminton o al cróquet. Obviamente, estas eran actividades planificadas, en ocasiones incluso cronometradas: si Marsha tenía previsto recoger a Peggy para ir a jugar al tenis, esta se preparaba una hora antes, colocaba el palo y los aros y le preguntaba a Beth si le apetecía jugar. Al principio, Beth abrigó esperanzas. Cuando cayó en la cuenta de que Peggy lo hacía por pena, supo que la había perdido.

La universidad se encontraba al norte de Boston. Era un centro para chicas, tenía ciento cincuenta y ocho años, tantos como el edificio de cuatro plantas de ladrillo rojo en cuya escalera de entrada, entre maletas y baúles, padres e hijas y ordenanzas haciendo las veces de porteros, abrazaron y besaron a Peggy, hablaron de Acción de Gracias y se despidieron de ella. Peggy se quedó mirándolos mientras daban la vuelta con el coche; cuando se pararon en la calle para echar la vista atrás por última vez, los saludó con la mano. Después de eso, Lee se incorporó a la calle en dirección al sol bajo del otoño. Se frotó los ojos con un dedo, alargó el brazo y tomó a Beth de la mano.

—Nuestra niña —dijo.

—Yo ya la perdí hace mucho —dijo ella apartando la mano.

—¿Qué quieres decir?

—Que me odia.

—¡Beth!

—Es la verdad.

—Vamos, Beth... No digas tonterías. Mira...

—Déjalo.

Aunque Lee no estaba furioso, se mordió el labio y el vehículo empezó a perder velocidad.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa de Peggy? ¿Qué te pasa, Beth...?

—Oh, tú no te enteras de nada. ¿Lo sabías? No te enteras de nada.

Se puso de rodillas sobre el asiento para sacar una cerveza, pero antes lo miró a la cara.

—¿Alguna vez me has sido infiel?

—Dios mío.

Se inclinó sobre el asiento e introdujo la mano en la neverita.

—Yo sí —dijo.

—Mentira.

Beth volvió a sentarse y abrió la lata. Ya habían salido a la carretera. Miró por el retrovisor y tomó un sorbo largo.

—Ah, qué bien.

Apretó el mechero del salpicadero.

—Tómate las que te dé la gana —dijo él—. Lo digo en serio.

—Ya lo sé.

—Falta te hace. Mira, a ti te pasa algo y deberíamos...

—Se llama Robert Carini.

—Cállate.

Beth encendió un cigarrillo.

—Es platero y vive en Nueva York. Me prometió que me enviaría un brazalete, pero no lo hizo. ¿Y la tuya cómo se llama? O quizá tienes más de una. Sí, seguramente.

—Beth, basta.

—No me crees, ¿verdad?

—Claro que no.

—Tiene gracia, porque tú lo tenías todo pensado para que no nos matásemos en el mismo avión. ¿Te das cuenta? Ahí fuera puede ocurrir cualquier cosa... —dijo señalando con la lata al horizonte—. Impulsos, oportunidades, sorpresas, cosas que nadie entiende. Solo que tú no lo ves, Lee.

Circulaban por una zona de colinas boscosas; los árboles eran dorados y rojos y amarillos, y, al mirarlos con la mano levantada para hacerse pantalla contra el sol, Beth sintió una tristeza lindante con la nostalgia.

—¿Me estás diciendo que pasó algo en San Francisco?

—No. En el avión de vuelta.

—Eso es absurdo.

—En eso tienes razón, no me acosté con él. Pero lo habría hecho, que es lo mismo.

—¿Desde cuándo es lo mismo?

—Desde siempre. Y le hablé de ti.

—Ah, conque sí.

—No se puede ser más infiel. Piénsalo, Lee: una tarde de este verano tu esposa te fue infiel.

—Yo no lo llamaría así.

—Llámalo como quieras, pero es lo que es.

Beth volvió a inclinarse sobre el asiento, dejó la lata vacía en la neverita y sacó otra de entre el hielo.

—¿Y tú, entonces, qué? —dijo.

Lee no respondió; con una mano se puso a rellenar la pipa con el tabaco de la bolsa.

—Muy bien —dijo Beth—. Podemos hablar del paisaje y el tráfico.

Él continuó conduciendo serenamente. Ella se acabó la cerveza y abrió otra.

Quedaban nueve. Mañana compraría más y bebería desde Massachusetts hasta Iowa. La idea la divertía: ¿cuántas personas habrían bebido cerveza desde el Atlántico —o, en fin, a quince kilómetros del Atlántico— hasta el corazón del país? A los lados de la carretera había ahora tiendas y centros comerciales, y el tráfico era más denso. Cuando volvieron a salir a campo abierto, Beth se fijó por la ventanilla en las hojas de colores, en el verdor de los pinos y en los abetos; el sol se estaba poniendo y el cielo se veía entre rosado y naranja por encima de los árboles; se divisaban cercas de piedra y, de vez en cuando, grandes caserones construidos a cierta distancia de la carretera; en un par de ocasiones vio unos peñascos blancos que se alzaban solitarios en mitad del prado, de color verde claro al sol y verde oscuro bajo la alargada sombra de los bosques. Cuando el sol se hubo puesto, dijo:

—¿Puedes seguir conduciendo o estás cansado?

—No, no estoy cansado.

—Perfecto. Me encanta la carretera de noche.

Estaba oscureciendo, por lo que los colores ya no podían apreciarse; Beth deseaba que el ocaso cediera rápidamente paso a la noche para no ver más que la tenue luz verde del salpicadero, las luces rojas de los coches de delante y los faros blancos de quienes circulaban en sentido contrario.

—¿Tienes hambre? —dijo él.

—No. ¿Y tú?

—Todavía no.

—Podemos comer más tarde y luego conducimos un rato más.

—Muy bien —dijo él.

—Las cosas van a ser distintas, ahora que Peggy se ha ido. No me iré a la cama hasta que me entre sueño de verdad. Por la mañana me levantaré, te haré el desayuno y después volveré a la cama y dormiré hasta el mediodía o así. Ahora puedo hacerlo.

—Supongo que sí.

—Es lo que pienso hacer. Voy a leer mucho.

—Sí.

—De todos modos, has hecho bien en no decírmelo. Lo de las otras mujeres. Porque no tiene importancia. Eso es lo que nadie admite, que no tiene ninguna importancia. Porque el hecho de que no hayas contestado significa que hay alguien, ¿verdad?

—Sí.

—¿En serio? Me lo imaginaba.

La voz resonó en su garganta con un timbre extraño. Luego se puso a mirar por la ventanilla en dirección a los árboles, que se veían más oscuros que el cielo, y empezó a llorar desconsoladamente.

—... entiendo nada —decía él—. Querías que te lo dijera, ¿qué pasa ahora?

Beth movía la cabeza tapándose la cara con las manos.

—Porque tiene importancia pero no tiene importancia pero la tiene. Porque te odio y me odio a mí misma. Pero eso tampoco es verdad, nada es verdad... —Se escurrió hacia abajo en el asiento, de lado, con la cabeza cerca de Lee—. Ay, Lee —dijo con la cara enterrada en la tapicería de piel—, cuando me muera...

—Ya está —dijo él tocándole el brazo—. Ya está, no digas eso.

—Agarra esos diez mil dólares y vete con Peggy de viaje, a Europa o adonde sea.

Después, para que ninguno de los dos tuviera que decir nada, dejó la

boca abierta y se puso a respirar con suavidad, fingiéndose dormida. Al cabo de unos minutos, Lee le quitó la lata de cerveza de entre los dedos sin fuerza, se bebió lo que quedaba y dejó la lata en el suelo.

Índice

Ya no vivimos aquí

Al monte

El médico

En mi vida

Si conocieran a Yvonne

El hundimiento

Vuelos separados